

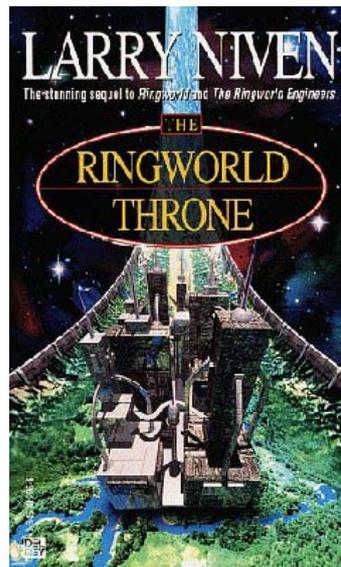
Trono De Mundo Anil I o

(Mundo Anil I o 3)

Larry Niven

TRONO DE MUNDO ANILLO

Larry Niven



Título original: The Ringworld Throne

Traducción: abur_chocolat

© 1996 by Larry Niven

Edición digital: abur_chocolat

Revisión: Sadrac

PRÓLOGO – EL MAPA DEL MONTE SANTA ELENA

1733 - Caída de las Ciudades. El régimen Experimentalista de los titerotes introduce la plaga de los superconductores en Mundo Anillo.

2851 - Primer contacto. El Embustero colisiona con Mundo Anillo.

2878 - La Aguja Candente de la Cuestión despega de Canyon.

2880 - La Aguja aterriza en Mundo Anillo.

2881 - La estabilidad del Anillo es restaurada.

2882:

El Ser Último bailaba.

Decenas de miles de titerotes danzaban tan lejos como el ojo puede ver, bajo una techumbre que era un espejo plano. Se movían en ajustados patrones como grandes curvas cambiantes, las cabezas subiendo y bajando para mantener la orientación. El chasquido de sus pezuñas formaba parte de la música, como innumerables castañuelas.

«Coz corta, coz larga, giro. Una mirada a la pareja. En este movimiento y en el siguiente, nunca mirar hacia la pared que oculta a los prometidos. Nunca hacer contacto».

Por millones de años, la competencia de danza y un amplio espectro de otras disciplinas sociales, han determinado quién conseguiría pareja y quién no.

Por detrás de la ilusión de la danza, surgía la ilusión del marco de una ventana, mostrando algo distante y enorme. La vista del Patriarca Oculto era como una distracción, un riesgo deportivo, un obstáculo para la danza. «Extender una cabeza; inclinarla...»

Los otros danzantes trípodos, el vasto suelo y el techado, eran proyecciones extraídas de la memoria de la computadora de La Aguja Candente de la Cuestión. La danzamanentía al Ser Último en condición saludable, física y mentalmente. El último año había sido de letargo, recuperación y contemplación; pero ese estado de cosas podía cambiar en un instante.

Hacia un año terrestre —o medio año arcaico titerote, o cuarenta rotaciones del Anillo— el Inferior y sus esclavos alienígenas habían encontrado un enorme velero de kilómetro y medio de longitud, amarrado bajo el mapa de Marte. Ellos lo habían bautizado Patriarca Oculto, y habían echado velas, dejando al Ser Último escondido allí. La pantalla por detrás del baile era una toma en tiempo real de la cámara red instalada en el nido de cuervo del mástil de proa del velero.

Lo que mostraba la pantalla era más real que los bailarines.

Chmeee y Luis Wu estaban repantigados en primer plano. Los rebeldes sirvientes se veían algo desmejorados. Los programas médicos del Ser Último les habían devuelto la juventud hacía un par de años, pero aunque seguían viéndose jóvenes, ahora parecían flojos y perezosos.

«Coz hacia atrás, unir las pezuñas. Rulo; rozar las lenguas».

El Gran Océano yacía bajo una capa de niebla; jirones de bruma formaban patrones ondulados por encima del enorme navío. En la cercana costa, la niebla se apilaba como olas rompiendo. El mástil, a ciento ochenta metros de altitud, parecía hincado en lo blanco. Lejos tierra adentro, más allá del pálido sudario, sobresalían los picos montañosos, de oscuras laderas y brillantes cumbres.

El Patriarca Oculto había llegado a casa. El Inferior estaba a punto de perder a su tropa alienígena.

La cámara captó sus voces:

Luis Wu: —Estoy bastante seguro de que ése es el monte Hood, y aquél el Rainier. Ése otro no lo conozco, pero podría ser el Santa Elena, que estalló y perdió la cumbre hace como mil años...

Chmeee: —Aquí una montaña no explotaría, a menos que recibiera el impacto de un meteoro.

—Ése es precisamente mi punto, ¿entiendes? Presumo que deberíamos atravesar la bahía de San Francisco en las próximas diez horas. Con el viento y el oleaje que se forman en este océano, necesitarás una buena bahía para desembarcar, Chmeee. Puedes comenzar tu invasión aquí, si no te importa ser tan evidente.

—Me gusta ser evidente.

El kzin se puso en pie, se estiró y descontracturó, las garras extendidas. Dos metros y medio de pelaje naranja armado con dagas; una visión de pesadilla. El Ser Último tuvo que recordarse a sí mismo que sólo se trataba de un holograma; el kzin y el velero estaban a quinientos mil kilómetros del agujero que excavó la Aguja en el mapa de Marte.

«Rulo; deslizar la pata delantera hacia la izquierda, paso a la izquierda. Ignora la distracción».

El kzin volvió a sentarse.

—Este barco está predestinado, ¿no lo ves? Fue construido por Kzinti para invadir el mapa de la Tierra. Robado por Teela antes de hacerse protector, para llegar hasta el mapa de Marte y el Centro de Mantenimiento. Ahora el Patriarca Oculto cumple su destino de alcanzar el mapa de la Tierra.

En la estropeada nave interestelar del Ser último, un viento fresco se levantó a través de la cabina. La danza era más rápida ahora. El sudor perlaba la elegante melena del titerote y corría por sus patas.

La pantalla entregaba más que el espectro visible. El radar mostraba la bahía —hacia el sur, según la orientación del mapa— y una rielada de ciudades que los kzinti arcaicos habían construido a lo largo de la costa. La curva planetaria debe haberlas ocultado a sus ojos.

Habló Luis:

—Voy a extrañarte.

Por momentos, pareció que el kzin no lo había escuchado. Luego la gran masa anaranjada respondió sin volverse.

—Luis, escúchame. Aquí hay señores que vencer, y parejas para dar a luz a mis hijos. Éste es *mi* sitio. No el tuyo. Aquí los homínidos son esclavos, y ni siquiera son de tu especie, de todas formas. Tú no debes venir, y yo no he de quedarme.

— ¿Acaso he dicho algo distinto? Tú te vas, y yo me quedo. Voy a extrañarte.

—Pero contra tu naturaleza.

— ¿Eh?

—Luis, escuché algo sobre ti, años atrás. Quisiera saber la verdad acerca de ello.

—De acuerdo.

—Luego de que retornamos a nuestros mundos, luego de que entregamos el navío titerote para que nuestros respectivos gobiernos lo estudiaran, Chtarra-Ritt te invitó a visitar el coto de cacería de la ciudad de *Sangre de Chwarambr*. Fuiste el primer alienígena que entró a ese sitio a otra cosa que a morir. Pasaste dos días y una noche en el parque. ¿Qué te pareció?

Luis se mantenía a sus espaldas.

—En realidad, me gustó. Principalmente por el honor que significaba, pienso; pero a veces un hombre debe probar su suerte.

—Escuché un comentario a la noche siguiente, en el banquete que dio Chtarra-Ritt.

— ¿De veras?.

—Estabas en el cuadrante interior, entre los importados. Te hallaste frente a un animal valioso...

Luis se enderezó como un resorte.

— ¡Sí, un tigre de Bengala albino! Encontré ese hermoso bosque verde entre la jungla roja y naranja, y me sentí abrigado, cómodo y nostálgico. Luego ese... ese hermoso y terrible comehombres salió de entre los arbustos y me observó. Chmeee, tenía tu tamaño, quizá pesara cuatrocientos kilos, y estaba famélico... Oh, disculpa. Continúa.

— ¿Tigre de Bengala? ¿Qué es eso?

—Un carnívoro de la tierra. Un antiguo enemigo, podríamos decir.

—Nos fue narrado que diste un único salto y tomaste una rama caída. Enfrentaste al animal y blandiste la rama como un arma, diciendo: «¿Recuerdas esto?». El animal se retiró.

—Así fue.

— ¿Por qué hiciste tal cosa? ¿Acaso los tigres de Bengala hablan?

Luis rió.

—Pensé que se alejaría si yo no actuaba como presa. Si eso no funcionaba, probaría descargar un golpe contra su hocico. Había un árbol desgajado, y

encontré una rama que tenía el tamaño de un bate. Y le hablé, porque quizá hubiera algún kzin escuchando. Morir como un turista inepto ya era bastante malo; pero como una gimoteante presa... nones.

— ¿Sabías que el Patriarca te había destinado una guardia?

—No, supuse que debía haber cámaras monitorizando. Miré al tigre retirarse, y al darme vuelta me encontré cara a cara con un kzin armado. Me aterroricé; pensé que era otro tigre.

—El guardia dijo que tuvo que aturdirte. ¿Tú desafiaste. Estabas listo para golpearle.

— ¿Él dijo que me aturdió?

—Así es.

Luis Wu rió otra vez.

—Tenía un aturridor de la Brazo, con la culata adaptada. Vuestro Patriarca nunca hizo construir armas clementes, de modo que hubieron de comprarlas a la ONU, supongo. Cuando me preparé para atizarlo con la rama, él arrojó la pistola aturridora y extendió las garras. Entonces vi que era un kzin y no el tigre que supuse, y lancé una carcajada.

— ¿A qué te refieres con una carcajada?

Luis echó la cabeza atrás y rió, la boca abierta, mostrando todos sus dientes. Si el que lo hubiera hecho fuera un kzin podría haber sido un directo desafío... Las orejas de Chmeee se plegaron contra el cráneo.

— ¡Ja, ja, jaaa! No pude evitarlo... Nej, tuve mucha suerte. Él no iba a aturdirme: iba a asesinarme con un golpe de sus garras... Afortunadamente, se mantuvo bajo control.

—De todas formas, es una historia interesante.

—Chmeee, una idea cruzó por mi cabeza. Si consiguiéramos dejar Mundo Anillo, tú volverías como Chmeee, ¿no?

—Dudo que pudieran reconocerme. El tratamiento de rejuvenecimiento titerote borró incluso mis cicatrices. Me vería apenas más viejo que el mayor de mis hijos, quien debe estar hoy al frente de mi hacienda.

—Sí. Y el Inferior no cooperaría...

— ¡No pienso pedírselo!

—Y a mí, ¿me lo pedirías?

—No veo la necesidad —dijo Chmeee.

—No estoy muy seguro de que el Patriarca aceptara la palabra de Luis Wu respecto a quién eres. Pero quizá lo hiciera, ¿no crees?

—Supongo que podría hacerlo, Charla-con-tigres, pero has elegido morir.

—Vamos, Chmeee —resopló Luis—, no moriré antes que tú lo hagas. Tengo otros cincuenta años, al menos, y Teela Brown convirtió en escoria el mágico artefacto cirujano del Inferior.

Eso —pensó el Ser Último— había sido demasiado.

—El titerote debe tener su propio autodoc en la cabina de comando —dijo el kzin.

—No podemos entrar ahí.

—Y la cocina tiene programas médicos, Luis.

—Y tendría que mendigar de un titerote...

Cualquier interrupción podría enfurecerlos. ¿Quizá una distracción?

El habla de los titerotes era más concisa y flexible que cualquier lengua humana o kzinti. El Ser Último silbó y gorjeó unas pocas frases: (orden [] danza [] bajar complejidad un nivel [] otra [] cámara seis en velero[] enviar/recibir [] vista, audio, no olfato, no textura, no atractivo sexual).

—Chmeee, Luis...

Ambos dieron un salto de sorpresa y quedaron de pie, con la mirada fija.

— ¿Puedo interrumpiros? Quisiera mostraros ciertas imágenes.

Por un momento, ellos simplemente lo miraron bailar. El Ser último podía adivinar qué tan ridículo les parecería. Los rictus de sendas sonrisas les cruzaban las caras... La de Luis significaba diversión; la de Chmeee, furia.

—Has estado espíándonos —dijo el kzin—. ¿Cómo...?

—Mira hacia arriba. No la destruyas, Chmeee, pero mira por encima de tu cabeza hacia el mástil que porta la antena de radio. Justo al alcance de tus garras.

Las caras de los alienígenas se extendieron.

—Un patrón fractal. Se ve como una telaraña de bronce, con una araña negra en el centro. Difícil de ver, aún desconectada. Pensé que un insecto del Anillo había hecho eso.

—Es cámara, micrófono, telescopio, video, y tiene algunos otros usos. Se coloca con un proyector, que las lanza como un aerosol. Las coloqué en varios sitios, no sólo en el velero. Luis, ¿puedo ocupar vuestra atención ahora? —silbido: (Orden [] localizar Ingenieros)—. Tengo algo que mostraros. Los demás deberían ver esto, también.

—Lo que estás haciendo —dijo Luis— parece taekwondo.

(Orden [] Búsqueda: taekwondo). La información apareció: un estilo de lucha. Ridículo. Su especie jamás luchaba.

—No quiero perder mi tono muscular. Lo inesperado siempre llega en el momento menos oportuno —una segunda imagen se mostró entre los danzantes: los Ingenieros de las Ciudades preparaban comida en la enorme cocina del velero—. Quiero que todos vean...

Las garras de Chmeee giraron ante los ojos del titerote. La cámara número seis se puso en blanco y se cerró.

«Coz. Entrelazado siguiendo al Líder del Momento. Alto. Desplazarse un milímetro. Alto. Paciencia».

Evítenme si pueden.

Lo evitaron por diez horas, igual que antes lo habían evitado por medio año arcaico, pero tarde o temprano tendrían que comer.

La mesa de madera era enorme, del tamaño adecuado para un banquete kzinti. Un año atrás, el Ser último se había visto obligado a cerrar el bulbo olfatorio de la cámara, debido al hedor a sangre vieja que desprendía la mesa. Por suerte el tufo era más débil ahora. Los tapices kzinti y los frescos crudamente esculpidos habían sido retirados; eran demasiado sangrientos para el gusto de los humanos. Algunos estaban ahora en la cabina de Chmeee.

El olor a pescado asado pesaba en el aire. Kawaresksenjajok y Harkabeeparolyn trabajaban en la improvisada cocina.

Su pequeña hija se veía muy contenta en uno de los extremos de la mesa; en el otro, la mitad cruda de un gran pescado esperaba por el kzin. Al entrar, Chmee le echó una mirada.

—Veo que habéis tenido suerte —aprobó.

Sus ojos deambularon por techo y paredes. Halló lo que buscaba: una telaraña brillante, justo debajo del gran bulbo naranja en la cumbre del domo.

Los Ingenieros entraron en el comedor, limpiándose las manos. Kawaresksenjajok, un muchacho apenas salido de la adolescencia; Harkabeeparolyn, su pareja, unos años mayor. Ambos absolutamente calvos en la cima de sus cráneos, con una corona de cabellos que les llegaba hasta los hombros. Harkabeeparolyn levantó al bebé y le dio de mamar. Kawaresksenjajok se volvió al kzin.

—Te irás pronto, ¿verdad?

—Tenemos un espa —dijo Chmeee—. Lo sospechaba; ahora lo sabemos. El titerote colocó cámaras por todo el barco.

El chico rió ante su disgusto.

—Nosotros hubiéramos hecho lo mismo. Es natural querer estar al tanto de las cosas.

—En no más de un día estaré a salvo de las miradas del titerote. Kawa, Harka, os extrañaré mucho. Vuestra compañía, vuestros conocimientos, vuestra extraña sabiduría. Sin embargo, seré libre para pensar sólo en mí, desde ahora.

Los perderé a todos, pensó el Ser Último. Mi supervivencia requiere que descubra la forma de traerlos a todos aquí.

—Camaradas, ¿podría entreteneros durante una hora? —dijo.

Los Ingenieros dieron un respingo. El kzin gruñó. Luis Wu, que entraba, dijo:

— ¿Entretención? Seguro.

— ¿Podrías apagar la luz?

Luis lo hizo. El titerote silbó una melodía. A través del monitor, miraba sus caras.

Donde había estado la cámara red, ahora aparecía una ventana: una vista a través de la lluvia, a lo largo del borde de una vasta meseta. Lejos, hacia abajo, unas pálidas formas humanoides se arracimaban de a cientos. Se veían bastante gregarios. Se rozaban unos a otros sin hostilidad, y yacían en parejas aquí y allá sin preocuparse por la privacidad.

—Esto sucede ahora —dijo el Ser Último—. He estado vigilando este sitio desde que hemos restablecido la órbita del Anillo.

—Vampiros —dijo Kawaresksenjajok—. Caramba, Harkā. Habías visto tal cantidad antes?

— ¿Y entonces? —preguntó Luis.

—Antes de traer la sonda de regreso al Gran Océano, la utilicé para distribuir unas cuantas cámaras. Estáis viendo la región que exploramos en primer término; coloqué la cámara en la estructura más alta que pude encontrar, para obtener la mejor vista. Desgraciadamente, las nubes de lluvia la han mantenido cegada casi siempre. Sin embargo, podéis ver que hay vida allí.

—Vampiros —dijo Luis.

—Kawaresksenjajok, Harkabeeparolyn, esto está hacia babor de donde vosotros vivisteis. La vida parece haber regresado allí. Podrías quizá retornar a vuestros hogares.

La mujer esperaba, demorando el emitir un juicio. El muchacho se quebró. Dijo algo en su propio idioma, intraducible.

—No prometas lo que no puedes realizar —dijo Luis Wu.

—Luis, me has evitado desde que rescatamos al Anillo de su pérdida. Dijiste que sería como pasar un enorme soplete sobre terreno habitado, a lo largo de millones de kilómetros cuadrados. Cuestioné esos datos, pero no me prestaste atención. Ahora, mira por ti mismo: ¡hay vida!

—Maravilloso. Los vampiros lo resistieron.

—No sólo los vampiros. Mira.

El Ser Último silbó; la vista se dirigió a las montañas lejanas.

Una treintena de homínidos marchaba a través de un paso entre cumbres. Veinte de ellos eran vampiros; otros seis eran de los pequeños Pastores Rojos que habían conocido en su última visita; había cinco grandes homínidos oscuros y otros dos de reducido cráneo, quizás no inteligentes. Todas las presas de los vampiros estaban desnudas, y ninguna intentaba escapar. Estaban cansados, pero se veían felices. Cada miembro de las otras especies tenía un vampiro como acompañante. Sólo algunos de los vampiros llevaban ropas para protegerse de la lluvia y el viento. Las ropas claramente no les pertenecían; unos desgarros lo insinuaban.

Los vampiros no eran realmente autoconscientes, o al menos eso era lo que sabían hasta entonces. Se preguntaron si unos animales podrían mantener esclavos, o ganado..., pero no importaba mucho.

—Luis, Chmeee, ¿lo ven? Hay otras especies, y vivas. Incluso pude ver a un Ingeniero cierta vez.

—No veo cáncer ni mutaciones —arguyó Luis—, pero deben estar ahí. Inferior, obtuve mi información de Teela Brown; ella era un protector, más brillante que tú o que yo. Ella mencionó mil quinientos millones de muertos.

—Teela era inteligente, pero la conocí cuando era humana, Luis. Aún después del cambio, siguió siendo humana. Los humanos no miran al peligro cara a cara. Nos llaman cobardes a los titerotes, pero no mirar... es cobardía.

—Olvídalo. Ha pasado sólo un año. El cáncer matará a un diez, o a un veinte por ciento, pero las mutaciones afectarán a toda la generación.

—Los Protectores tienen sus límites. Teela no tenía noción alguna de la capacidad de mis computadoras. Me permitiste hacer unos ajustes, Luis, y...

— ¡Olvídalo!

—Continuaré observando —dijo el titerote.

El Ser Último danzaba. Seguiría en ello hasta que cometiera un error. Se obligaría hasta que estuviera exhausto; eso lo mantendría saludable y lo fortalecería.

No prestó atención a la cena de los alienígenas. Chmeee no había destruido la cámara, pero ninguno revelaría algún secreto frente a él.

De todos modos, ya no era necesario. Hace un año, mientras su abigarrada tripulación intentaba poner en marcha la solución que había encontrado Teela Brown para recuperar la estabilidad del Anillo, el Ser Último colocó cámaras por todo el Patriarca Oculto mediante la sonda de repostar.

Le costaba concentrarse en la danza.

Ya era hora de hacer algo. Chmeee se iría pronto. Luego, Luis se llamaría a silencio. Pasado otro año, también él abandonaría el velero, y el Ser Último perdería contacto. ¿Valdría la pena utilizar a los Ingenieros de la biblioteca?

Igual no le servían, en cierto sentido. El Ser Último controlaba las facilidades médicas de la Aguja. Le reprochaban que usara su poder para extorsionarlos, pero no decían más que la verdad. Habían sido muy claros: tanto Chmeee como Luis habían rechazado el autodoc.

Luis y Chmeee caminaban vigorosamente por un corredor en penumbra. La recepción era pobre, pero al menos no detectarían esa cámara. El Ser Último pudo escuchar sólo parte del diálogo; luego lo hizo pasar varias veces.

Luis: —...es un juego de dominio. El Inferior se ve impelido a dominarnos. Estamos relacionados con él; es concebible que busquemos dañarlo.

Chmeee: —Ya buscaré yo el modo.

Luis: — ¿Qué podrías hacer? No importa. Nos ha dejado en paz durante un año, y luego busca conectarse con nosotros en medio de su rutina de ejercicios. Nada de lo que nos mostró justifica tal hecho.

Chmeee: —Yo sé lo que estás pensando. Nos estaba escuchando, ¿verdad? Si pudiera retornar al Patriarcado, no lo necesito a él para recuperar mis propiedades, pues te tengo a ti. Aún no me has dicho tu precio.

Luis: —No.

El Ser Último consideró interrumpir la conversación, pero ¿qué diría?

Chmeee: —Él puede chantajearme con la recuperación de mis tierras, pero ¿cómo puede chantajearme a ti? Te tenía atado con el cable, pero tú has pasado de la droga. El autodoc del módulo de aterrizaje está destruido, pero quizá la cocina esté programada para fabricar el revitalizador.

—Eso sería muy bueno, incluso para ti.

Chmeee lo descartó con un gesto de la mano.

—Pero si te vuelves viejo, él no obtiene nada... —Luis estuvo de acuerdo—. Sin embargo, ¿te creará el titerote? Para él... No intento insultarte, Luis... Creo que estás decidido. Pero, desde el punto de vista del titerote, que te dejes envejecer equivale a un suicidio.

Luis asintió otra vez, en silencio.

— ¿Es acaso que quieres condenarte, como una forma de hacer justicia por tantos millones de muertos?

En otra oportunidad, Luis no hubiera respondido a eso. Ahora dijo:

—Es lo más justo que he encontrado. Si yo muero de viejo, el Inferior pierde a sus esclavos, y pierde control sobre el entorno.

—Pero, ¿y qué sucede si los homínidos han sobrevivido?

— ¿Sobrevivido? Vamos, sabes que el Inferior hizo la programación del evento porque yo no podía entrar a esa sección del Centro de Mantenimiento, debido a que está infestada del Árbol de la Vida; pero le entregué el control del chorro de plasma que sale del sol, para que lo usara contra el cinco por ciento del Mundo Anillo. Si acaso no hubiera hecho tal matanza, entonces yo merecería vivir. Y así, el Inferior me tendría de nuevo en sus manos. Y eso es importante, dado que como hoy no me domina, no puede dominarte a ti tampoco.

—Entiendo.

—Por ello, debe haberse dicho: ~~me~~ ~~esto~~ le a Luis una toma antigua, y hagámosle creer que ocurre actualmente.

El viento era ahora más fuerte, y las ráfagas ahogaban las voces.

— ¿Qué pasa si... números... —se escuchó decir a Chmeee.

—...Último lo dejaría...

—...mente se pone vieja más rápido que tu cuerpo!

El kzin, perdida la paciencia, se puso en cuatro patas y brincó de la cubierta. Ya no importaba; estaban fuera del rango del micrófono.

El Ser Último lanzó un silbido de frustración, comparable al de un tren expreso en tono y volumen.

En ese silbido había inflexiones y armónicos que ninguna criatura en la Tierra o en Kzin podría oír: contenían considerable cantidad de información, relativa a la ralea de esas dos especies apenas salidas de la jungla, apenas bajadas de los árboles.

A todo lo largo de la cabina del Ser Último, los controles miniaturizados cubrían los paneles como una capa de pintura. Poseía equipo que podía causar una erupción solar, y luego emitir láser a partir de esa erupción: un cañón a la medida del Mundo Anillo. Controles de enorme potencia y flexibilidad.

— ¡ Vosotros, retorcidos engendros semisalvajes, brutas criaturas! Vuestro lastimoso protector, la «afortunada» Teela, no poseía ni flexibilidad ni entendimiento, pero nunca habéis tenido el tino de escuchar. ¡Yo los he salvado a todos! ¡Yo, mediante los eficientes controles de mi nave!

Un solo alarido, y el Ser Último se había calmado nuevamente. No había siquiera perdido el paso.

«Uno atrás y reverencia, mientras el Líder del Momento enlaza a los desposantes, formando cuadro: una oportunidad para un sorbo de agua, muy necesario».

Una de sus cabezas se inclinó a beber, la otra se alzó para atender a la danza. A veces había variaciones.

¿Luis Wu se volvía senil? ¿Tan pronto? Es cierto que tenía bastante más de doscientos años de edad... El revitalizador había mantenido a los humanos saludables y en plenas facultades por quinientos años, y a veces más, incluso. Pero sin sus beneficios, Luis envejecería rápido.

Y Chmeee se estaba apartando.

No importaba. El Ser Último estaba en el lugar más seguro que se podía imaginar: su nave, enterrada bajo miles de metros cúbicos de magma frío, en medio del Centro de Mantenimiento de Mundo Anillo. Nada era urgente. Podía esperar. Estaban los bibliotecarios; algo podría cambiar...

La danza recomenzaba.

PRIMERA PARTE – EL NIDO DE SOMBRAS

CAPÍTULO PRIMERO – GUERRA DE AROMAS

Año 2892:

Las nubes cubrían el cielo como una lápida gris. Los pastizales, marchitos y amarillos, revelaban que la lluvia era mucha y la insolación poca. No había dudas de que el sol seguía allá arriba, y el Arco aún estaba en su sitio, pero Valavirgillin no los había visto por veinte días.

Los cruceros rodaban bajo una lluvia interminable, a través de los altos pastos, sobre sus ruedas de la altura de un hombre. Vala y Kay se sentaban en el banco de la cabina de guía; Barok estaba sobre ellos, a cargo del cañón.

En cualquier día, en cualquier momento...

— ¿Es aquello lo que buscas? —apuntó Sabarokaresh.

Valavirgillin se alzó del asiento; apenas se podía ver. A lo lejos, la vastedad del pastizal se convertía en una vastedad de rastros.

—Ellos dejan esos rastros —dijo Kaywerbrimmis—. Pronto veremos a los centinelas de la cosecha. Jefa, no comprendo cómo supiste que habría Gigantes por aquí. Yo mismo nunca he estado tan lejos a estribor, y tú eres de Ciudad Central. Esto está a cien días a babor.

—Alguien me lo comentó —dijo Valavirgillin.

El hombre no hizo más preguntas. Lo consideró un secreto de mercader.

Al penetrar el campo de rastros, giraron a la izquierda. Los cruceros se movían más rápido ahora. Rastros a la derecha, y el pastizal —alto hasta los hombros— a la izquierda. Lejos, allá adelante, multitud de pájaros daban vueltas en el aire y se lanzaban en picado. Eran grandes y negros: carroñeros.

Kaywerbrimmis revisó sus pistolas, por seguridad. Eran de avancarga, y el cañón tenía la longitud de su antebrazo. El gran Sabarokaresh se introdujo en la torreta. El techo de la cabina de carga portaba un cañón; quizá fuera necesario. Los otros carromatos se movieron a derecha e izquierda, para cubrir al de Kay mientras avanzaba para investigar.

Los pájaros en vuelo se fueron retirando; dejaron plumas negras por todo el campo. Veinte de ellos permanecían entre los rastros, con sus vientres tan colmados que apenas podían remontarse. ¿Qué habría sido lo que encontraron?

Cuerpos. Homínidos de pequeña estatura, con cabezas en punta; algunos entre los rastros, otros entre los pastos. Desnudos de carne. Centenares. Tenían la estatura de niños, pero eran adultos.

Vala buscó ropas entre los cadáveres; en terreno desconocido, nunca se sabía cuáles homínidos pueden ser inteligentes.

Sabarokaresh se dejó caer a tierra, con el arma en la mano. Kaywerbrimmis dudó, pero al no salir nada de entre los pastos, resolvió seguirlo. Foranayeedli asomó su rostro soñoliento por la ventana y dió un respingo; era una joven de unos dieciséis falans, apenas entrando a la edad reproductiva.

—Igual que anoche —comentó Kay.

El hálito de podredumbre no era demasiado fuerte aún. Dado que los Chacales no habían llegado antes que las aves, entonces esas víctimas habrían muerto aproximadamente al anochecer del día anterior.

— ¿Cómo morirían? Si ésta es una práctica común de los Gigantes, no me gustará acercarme a ellos —dijo Barok.

—Puede haber sido faena de las aves —comentó Kay—. ¿Ves los huesos rotos? Loshan partido con los picos, para buscar el tuétano. Éstos son Recolectores, Jefa. Mira, esas deben ser sus vestiduras: plumas. Siguen a los herbívoros, quienes al comer los pastos exponen las madrigueras de smerps, bolas de fuego, cualquiera de esos roedores pequeños.

Plumas, claro... Las plumas eran negras, rojas, púrpuras y verdes. No había sólo negras.

—Pero, ¿qué habrá sucedido aquí? —preguntó Vala.

—Conozco ese aroma —dijo Forn.

Por detrás del hedor, algo familiar, no tan desagradable..., pero que inquietó a Foranayeedli.

Valavirgillin había contratado a Kaywerbrimmis para guiar la caravana porque era local y parecía ser competente. Los demás eran de su propia gente. Ninguno de ellos había estado tan lejos a estribor.

Pero Vala sabía más de este sitio que ninguno de ellos..., si es que era realmente el lugar que creía.

—Bueno, ¿dónde están?

—Observándonos a nosotros, probablemente —dijo Kay.

Vala podía ver bastante lejos desde su puesto en la proa del crucero. El campo se veía liso, y el pasto estaba cortado bajo. Los Gigantes herbívoros medían de dos metros a dos metros y medio. ¿Podrían esconderse en un pastizal de la mitad de su altura?

Los traficantes acomodaron sus coches en triángulo; su almuerzo provino de los depósitos de a bordo: frutas y raíces. Cocinaron algo de la gramínea local para acompañar las raíces; no tenían carne fresca.

Se tomaron su tiempo. La mayoría de los homínidos se vuelve más amigable con el estómago lleno. Si los Gigantes herbívoros pensaban como el Pueblo de la Máquina, dejarían que los extraños comieran antes de hacer el primer contacto.

Pero no hubo embajadores esa vez. La caravana siguió su rumbo.

Los tres carrmatos rodaban perezosamente por la llanura, sin animales que tiraran de ellos: grandes plataformas rectangulares de madera con cuatro ruedas, una en cada esquina. El motor, colocado detrás, transmitía su potencia a dos de ellas; las dos delanteras servían para guiar el crucero. Una carrocería hecha de planchas de hierro fundido estaba dispuesta por delante del motor, similar a una cocina de leña con una gruesa chimenea: la cabina de carga. Había grandes resortes de ballesta bajo la proa, y bajo el banco de conducción. Un salvaje que viera el conjunto quizá se preguntaría por la torre encima de la cabina, pero ¿qué podría conjeturar si jamás había visto un cañón?

Inofensivo.

De repente, Vala distinguió unas formas del color de los dorados pastos, demasiado grandes para ser hombres: dos humanoides los observaban desde la cima de una colina lejana. Pudo verlos sólo porque uno de ellos se dio la vuelta y corrió a grandes zancadas a través del pastizal. El otro avanzó a lo largo de la elevación, yendo hacia el punto por donde ellos cruzarían.

El Gigante los esperó en su camino, viéndolos llegar. Tenía el color de los pastizales: dorada piel, melena de oro. Era grande, e iba armado con una gigantesca espada curva.

Kaywerbrimmis se apeó del vehículo y caminó al encuentro del gigante. Valavirgillin dirigió el crucero tras de él, como si fuera una bestia amigable.

La distancia hacía sonar extraños algunos tramos del dialecto de comercio. Kaywerbrimmis había intentado enseñarle algunas de las variaciones en la pronunciación, nuevas voces y significados. Ella escuchaba ahora, intentando seguir el parlamento de Kay.

—Venimos en paz... comerciar... Oteadores... rishathra...

Los ojos del gigante iban de un lado al otro mientras Kay hablaba. Sus mandíbulas de un lado al otro también, diciendo Forn y Vala y Kay y Barok. Parecía divertido.

Su cara tenía más cabello que cualquiera del Pueblo de la Máquina. Las lindas mandíbulas de Forn mostraban una pequeña línea de barba apenas crecida lo suficiente para que las puntas comenzaran a rizarse. La barba de Vala viraba ya a un elegante blanco, en dos puntos del mentón. Otros homínidos se habían mostrado sorprendidos por las barbas del Pueblo de la Máquina, especialmente en las mujeres.

El gigante soportó la charla de Kay, y luego lo eludió, acercándose al carrmato y sentándose en la tabla que formaba su plataforma. Apoyó las espaldas contra la cabina de hierro, e inmediatamente saltó dando un grito, apartándose del caliente metal. Recuperó su dignidad a poco, e indicó hacia delante.

El gran Barok aún estaba a una altura superior a la del gigante, por estar sobre la cabina. Forn trepó al lado de su padre; ella era alta también, pero el Pastor les hacía parecer enanos.

—Tu gente, ¿está para ese lado? —le preguntó Kaywerbrimmis.

El dialecto del gigante era menos comprensible.

—Sí. Vamos. Buscáis abrigo. Nosotros buscamos guerreros.

— ¿Cómo practicáis el rishathra?

Era la primera cosa que todo comerciante debería saber, y cualquier macho también, sobre todo si eran como los Gigantes.

—Vamos rápido, o aprenderemos demasiado sobre el rishathra.

— ¿Qué quieres decir?

—Hay vampiros.

Los ojos de Forn se abrieron.

— ¡Ese olor!

Kay sonrió, considerándolo más una oportunidad que una amenaza.

—Yo soy Kaywerbrimmis. Aquí están mi patrona Valavirgillin, Sabarokaresh y Foranayeedli. En los otros cruceros también hay Gente de la Máquina. Esperamos persuadirlos de que se unan a nuestro Imperio.

—Yo soy Paroom. Nuestro líder es conocido como Thurl.

Vala dejó que Kay llevara el peso de la conversación. Las guadañas de mano de los Gigantes herbívoros tenían muy corto alcance. A los cañones de los Oteadores les costaría poco trabajo repeler un ataque de los Vampiros. Eso impresionaría al Toro, y luego... a negociar.

Docenas de gigantes empujaban carros repletos de pasto a través de la abertura hecha en una pared de tierra amasada y apisonada.

—Eso no es normal —dijo Kaywerbrimmis—. Los Gigantes de las praderas no levantan muros.

Paroom lo escuchó.

—Tuvimos que aprender. Hace cuarenta y tres falans estuvimos en guerra con los Rojos; aprendimos de ellos a levantar muros.

Cuarenta y tres falans eran 430 rotaciones del patrón estelar, que volvía a repetirse cada siete días y medio. En cuarenta falans Valavirgillin se había hecho rica, había formado pareja, tenido cuatro hijos y luego resuelto seguir su vida en otro sitio. Los

últimos tres falans los había pasado en travesía.

Cuarenta y tres falans era mucho tiempo. Intentó hacerse entender.

— ¿Eso fue cuando vinieron las nubes?

—Sí, cuando el antiguo Thurl hizo hervir un mar.

¡Bravo! Éste era el sitio que había estado buscando.

Kaywerbrimmis se encogió de hombros, tomándolo por una superstición local.

— ¿Cuánto hace que tienen vampiros?

—Siempre hubo algunos —respondí Paroom—. Pero en estos últimos falans están por dondequiera, y más cada noche. Esta mañana hallamos unos doscientos Recolectores, todos muertos. Esta noche tendrán hambre otra vez. Las paredes y las ballestas los mantendrán fuera.

—Aquí —dijo el centinela—. Entren los carros y prepárenlos para la lucha.

¿Tenían *ballestas*?

Y se fue la luz.

Estaba atestado allí dentro. Gigantes machos y hembras descargaban los carros, haciendo frecuentes pausas para comer de los pastos. Miraban a los de la Máquina mientras éstos se paseaban, tragaban y volvían al trabajo. ¿Habrían visto antes carros autopropulsados? Pero los vampiros eran un asunto más urgente.

Un grupo de machos vestidos con armaduras de cuero se alineaba contra la pared. Otros apilaban tierra y piedras para cerrar la abertura.

Vala podía sentir en sí la mirada de los Gigantes, que examinaban su barba con sorpresa.

Parecía haber un centenar de ellos: machos y hembras en número semejante. Pero lo común en todas partes era que las hembras de los Gigantes fueran mucho más numerosas, y no podía ver niños por ningún sitio. Habría que agregar unos cientos más, entonces: mujeres atendiendo a los niños, ocultos en algún lugar de la construcción.

Una enorme forma plateada se acercó a ellos y se quitó el yelmo adornado con una cresta, para revelar una dorada melena. El Thurl era el macho más grande de entre los Gigantes. La armadura que vestía se abultaba en cada articulación, y no parecía pertenecerle; Vala nunca había visto un homínido con tal aspecto como para usarla.

—Thurl —dijo Kaywerbrimmis cuidadosamente—, los Comerciantes Oteadores han venido en vuestra ayuda.

—Bien. ¿Qué sois, de la Máquina? Hemos oído acerca de vosotros.

—Nuestro Imperio es poderoso, pero crecemos gracias al comercio, no a la guerra. Esperamos persuadir a vuestro pueblo para que fabrique combustible para nosotros, y pan, y otras cosas. Las gramíneas de las que os alimentáis hacen un buen pan; debiera ser sabroso incluso para vosotros. A cambio, les podemos mostrar maravillas. Cuando menos, nuestras armas. Estas pistolas tiene mayor alcance que vuestras ballestas. Para lucha cercana tenemos lanzallamas y...

—Son cosas para matar, ¿verdad? Tenemos suerte de que hayáis venido, entonces. Vosotros también, al haber encontrado refugio. Deberíais colocar vuestras armas sobre el muro.

—No podemos. Están montadas en los carros.

El muro era del doble de altura de una persona del Pueblo de la Máquina. Sin embargo, Valavirgillin recordó una palabra del dialecto local.

—Rampa. Thurl, ¿hay alguna rampa que lleve a la cima de la pared? ¿Podrían nuestros cruceros trepar por ella?

Los colores del día se estaban volviendo grises. Había vuelto a llover. Muy por encima de las nubes, las sombras de la noche estarían comenzando a cubrir el sol.

Y no había ninguna rampa, pero el Thurl gritó unas órdenes. Todos los enormes herbívoros dejaron sus labores y empezaron a mover tierra.

Vala notó que una hembra trepaba, guiaba y daba órdenes a los gritos. Grande y madura, con una voz que podría partir roca. Captó su nombre: Moonwa. Tal vez la primera esposa del Thurl.

Carrocería y motor de metal, y una plataforma de madera de un palmo de espesor: los cruceros eran pesados. La rampa tendía a hundirse bajo su peso. Los carromatos treparon uno a uno, rozando la pared del lado derecho; diez grandes machos alzaban y balanceaban el lado izquierdo. ¿Cómo harían para bajarlos luego?

La coronación del muro era apenas más ancha que el ancho de los cruceros. Los centinelas los guiaron.

—Dirijan las armas hacia giro y estribor; los Vampiros vienen de allí.

Los conductores emplazaron sus vehículos; luego se reunieron en conferencia. Kay tomó la palabra:

—Whand, Anth, ¿qué opináis? ¿Cargamos con metralla? Suelen atacar en grupos. Lo he visto a menudo.

—Hagamos que los gigantes busquen grava —sugirió Anthrantillin—. Eso servirá para los cañones, y nos ahorrará munición. De todas formas, ¿hemos de separar los coches?

—Eso es lo que ellos quieren —dijo Whandernohttee.

—Yo estoy de acuerdo —aseveró Kaywerbrimmis.

—Los Gigantes tiene ballestas —hizo notar Vala—. ¿Por qué están preocupados? No tienen el alcance de nuestras pistolas, pero aún así ha de ser mayor que el de la esencia de los Vampiros.

Se miraron entre ellos. Anth dijo:

—No son más que unos miedosos comedores de hierba...

—Oh, no. En todos lados son considerados como temibles guerreros —arguyó Whand.

Nadie respondió.

Los cruceros de Whandernohttee y Anthrantillin se alejaron en direcciones opuestas. Se habían hecho invisibles en la lluvia y la oscuridad, antes de que los guerreros Gigantes los detuvieran.

—Barok, tú al cañón —dijo Kay—, pero mantén las manos libres. Yo manejaré las pistolas. Forn, tú las cargas —ella era demasiado joven para confiarle algo más duro—. Jefa, ¿se haría cargo del lanzallamas?

—Nunca se acercarán tanto —protestó Vala—. Y soy buena lanzando.

—Lanzallamas y granadas, entonces. ~~Con~~ en que podamos hacer uso del lanzallamas. Ayudaría que podamos mostrar otro uso para el alcohol. Los gigantes no necesitan el combustible; tiran de sus carros ellos mismos. ¿Son inteligentes los vampiros?

—Los que están cerca de Ciudad Central no, al menos.

Forn comentó:

—En la mayoría de las lenguas se los llama «vampiros», no «Vampiros». No usan las mayúsculas para los animales.

Los idiomas no eran cosa del interés de Kay.

— ¿Cargarán todos juntos, jefa? ¿En una gran ola?

—Sólo luché con ellos una vez.

—Eso es una vez más que yo. He oído relatos. ¿Cómo fue aquello?

—Yo fui la única que sobrevivió —respondió ella—. Kay, ¿sólo conoces por relatos? ¿Sabes de los paños y el combustible?

Kay frunció el ceño.

— ¿Qué?

Pero giraron sus cabezas al oír el alerta en voz de bajo de un centinela.

Todo era sombras ahora, y el sonido de las cuerdas al tensarse, y el suspiro de los dardos. Los gigantes eran parcos con sus municiones. Las balas tampoco serían fáciles de conseguir, allí donde no había nadie que las fabricara.

Vala seguía sin poder ver nada. Los gigantes quizá no estuviesen tan ciegos, porque esas eran sus tierras. Una ballesta silbó, y algo pálido se alzó y rodó a un lado. El viento se levantó... No, no era el viento.

Era un canto.

—Disparen a lo blanco —avisó Forn, innecesariamente. Kay disparó, cambió de arma. Disparó.

Había sido correcto separar los carromatos. Los fogonazos eran cegadores. Vala pensó en ello, mientras se apagaban los globos de fuego en sus ojos. Rodó y se colocó debajo del crucero, arrastrando detrás de sí el lanzallamas y la mochila llena de granadas. El carro cubriría sus ojos de la luz de las armas.

¿Y el cañón?

Disparaban todos a su alrededor. Su vista volvía poco a poco a ser nítida. Allí, una pálida forma homínida. Otra. ¡Podía ver veinte, o más! Una cayó, y las demás retrocedieron. La mayoría debía estar aún fuera del alcance de las ballestas. Su canto crispaba los nervios.

— ¡Cañón! —gritó Barok, y ella tuvo el tiempo justo de entrecerrar los ojos.

El fuego pareció prender en los rastrojos. Había cuerpos pálidos caídos, seis... ocho. Y treinta o cuarenta de pie a plena vista, aún al alcance de las armas, calculó.

¿Porqué un grupo armado de ballestas temería a los vampiros? ¡Porque nunca se habían visto tantos vampiros juntos!

Era macabro, insano. ¿Cómo podían conseguir suficiente alimento, saliendo en tal cantidad?

El grupo de comercio Altos Guardianes había fenecido en una ciudad desierta, cuarenta y tres falans atrás. Los Altos Guardianes se habían encontrado con unos quince vampiros esa noche, matando a no más de la mitad de ellos. Ahora todos los Guardianes estaban muertos, y sólo una casualidad había salvado a Valavirgillin de tener el mismo destino.

Recordó el canto, trepando por el aire desde la calle. Recordó a los vampiros, pálidos, desnudos, bellos. El terror. Los Guardianes se habían refugiado en un edificio en torre, disparando desde las ventanas del piso décimo. Colocaron centinelas a lo largo de las escaleras. Uno a uno los centinelas fueron desapareciendo, y luego...

—El viento sopla desde la derecha —dijo Kay.

— ¡Cañón! —ladró Barok.

Ella entrecerró nuevamente los ojos para evitar el deslumbramiento. El cañón bramó, y luego se escuchó otro disparo, más alejado.

—Podrían rodearnos... —la voz de Barok se oía débilmente.

—No son inteligentes —recalcó Kay.

A la izquierda, un cañón bramó. Otro, lejos a la derecha.

Los vampiros no usan herramientas, ni visten ropas. Si uno se acerca al cadáver de un vampiro, verá mucho cabello en la hermosa cabeza, pero escaso cráneo. No construyen ciudades, no forman ejércitos. No inventan movimientos envolventes.

Pero los guerreros a lo largo de la pared cuchicheaban entre ellos, mientras apuntaban y disparaban sus dardos en la oscuridad, hacia giro, estribor y antigiro.

— ¡Kay! ¡Ellos tienen olfato!

Barok miró hacia abajo.

— ¿Cómo has dicho? —preguntó Kay.

—No tienen un plan de batalla —dijo Valavirgillin—. Simplemente evitan el tufo de cientos de gigantes, y de sus primitivos sistemas de cloaca. ¡Es el mismo olor que los atrajo hasta aquí! Buscarán ponerse a favor del viento, simplemente para evitar olerlo. Y entonces, ¡nosotros estaremos recibiendo el aroma de ellos!

—Le diré a Whandernohttee que mueva su crucero hacia allí —dijo Barok, y salió disparado. Vala le gritó:

— ¡Lleva trapos y alcohol!

Él volvió sobre sus pasos.

— ¿Para qué?

— Moja con el combustible un trapo, ~~ólo~~ un poco, y pónelo sobre la nariz, atándolo a tu nuca. Eso evita que te domine la esencia. Explícale a Whand.

Kay protestó desde arriba:

— Todavía tenemos enemigos aquí, Jefa, y no están al alcance de tus granadas. Ve tú y dile a Anth que se mueva. Háblale de los paños mojados en alcohol. Los Gigantes también deberían enterarse, imagino. ¿Recuerdas que queríamos mostrarles otros usos para el combustible?

Maldito idiota.

Enjuagó un paño para sí y se llevó otros dos con ella. Así podría volver a toda prisa.

En la oscuridad, cayó en la cuenta que a ambos lados de la negrura había una caída de cuatro metros, al menos. Debía vigilar dónde pisaba, de modo que frenó su carrera. La canción de los vampiros flotaba en el viento. Respiró las fumarolas de alcohol que brotaban del paño alrededor de su cara. Eso la mareó.

Escuchó a la distancia: «Cañón», y entrecerró los ojos, aguardando el rugido y marchando luego a toda prisa hacia la sombra cuadrada que se insinuó entonces. Llamó a toda voz:

— ¡Anthrantillin!

— ¡Está ocupado, Vala! —era la voz de Taratarafasht.

— ¡Pronto estará más que ocupado! Los vampiros están rodeando hacia este lado. Buscad unos trapos, mojadlos con alcohol y atáoslos como barbijos. Luego moved el cruceo unos sesenta grados más hacia la derecha.

— Valavirgillin, yo recibo mis órdenes de Anthrantillin.

Qué mujer más imbécil, pensó Vala.

— Ubica el carro donde te he dicho, ¡o irás a charlar con los Chacales, maldita sea! Alcánzale un trapo mojado a Anth, rápido. Pero primero dame un bidón lleno de alcohol, para llevar a los gigantes.

Pausa.

— Claro, Valavirgillin. ¿Tienes suficientes trapos?

El recipiente era pesado, y Valavirgillin estaba terriblemente consciente de que había dejado sus armas sobre la pared. Cuando al fin descubrió la gran forma de uno de los centinelas, se sintió vergonzosamente aliviada.

El Gigante no se volvió al decir:

— ¿Cómo va la defensa, Valavirgillin?

— Nos están rodeando a favor del viento —dijo ella—. Los olerás en minutos. Ata esta tela...

— ¡Puaj! ¿Qué infecto olor es ése?

—Es alcohol. Es lo que hace mover a nuestros carros, pero ahora nos salvará. Ata esto alrededor de tu cara.

El gigante no se movió, ni la miró. No era correcto insultar a un invitado. Por eso dijo:

—Valavirgillin no ha hablado.

No había tiempo para juegos.

—Indícame dónde está el Thurl.

—Dame el paño.

Ella se lo arrojó. El gigante resopló de disgusto, pero lo ató a su cuello. Señaló entonces, pero Vala ya había paseado la vista y había descubierto el brillo de la armadura del Toro.

El Thurl miró la toalla en sus manos, alejándola a medida que sentía el olor del alcohol.

—Pero...¿para qué?

— ¿No has oído nada acerca de los vampiros?

—Nos han llegado comentarios. Son fáciles de matar, y no piensan... Pero por lo demás... ¿Tengo que cubrirme las orejas con esto?

— ¿Cómo? ¿Porqué lo dices?

—Para que sus cantos no nos traigan la muerte, claro.

— ¡No son sus cantos! Es su aroma.

— ¿Aroma?

Los gigantes no eran idiotas, pero no habían tenido la suerte de ella. Para descubrir el truco de los vampiros, primero algún adulto debía sobrevivir a uno de sus ataques. Si el que sobrevivía era un niño, jamás podría contar por qué los adultos se perdían. Alguien debía develar el misterio, más allá de la urgencia que ahora tenían.

—Los vampiros lanzan un perfume sexual, Thurl. Tu lujuria crece, tu mente se apaga y te vas con ellos.

— ¿Y el tufo del combustible resuelve el problema? Pero, ¿no agrega otro problema eso? Hemos escuchado acerca de vosotros, los de la Máquina, y de vuestro Imperio del combustible. Vosotros convencéis a otras especies para que hagan ese líquido para vuestros carros. Entonces ellos aprenden a beberlo. Pierden interés en el trabajo, en el juego y en la vida, y sólo les interesa el combustible. Mueren jóvenes.

Vala rió.

—El perfume de los vampiros te hace lo mismo, pero te condena a muerte con la primera respiración.

Sin embargo, el Thurl había dado en el clavo: ¿se pondrían beodos los ballesteros mientras los vampiros los rodeaban?

— ¿No hay otra cosa? Hierbas olorosas, por ejemplo.

—Pero, ¿cuándo vas a buscar esas hierbas? El combustible lo tienes ahora mismo.

El Toro se dio la vuelta y empezó a ladrar órdenes. La mayoría de los machos estaba ahora sobre las paredes, pero las hembras rompieron a correr. Fardos de ropas aparecieron; las mujeres treparon por las paredes y fueron por la cima hacia los cruceros. Vala aguardó, con toda la paciencia que pudo reunir. Luego el Toro se volvió hacia ella:

—Ven —bramó.

Lo siguió a un segundo edificio de tierra, algo más pequeño. Estaba techado con telas, que iban de las sucias paredes a una columna central. Había altas pilas de pastos secos, pero también otros vegetales, que exhalaban mil aromas. El Toro aplastó unas hojas contra la nariz de ella; el olor la hizo huir. Otras hojas, que olió ahora con más cuidado. Otras.

—Bien, pruébalas todas, pero no desprecies el alcohol. Encontraremos lo que mejor funcione. ¿Para qué guardan estas hierbas?

Ahora el Thurl se rió.

—Éstas como aderezo: pimentena y minch. Ésta otra la comen las mujeres, mejora su leche. ¿Crees que sólo comemos pasturas? Las gramíneas amargas o algo marchitas requieren algo que les dé sabor.

El Toro reunió un fardo de plantas con diferentes olores y salió dando grandes zancadas y llamando a gritos. Se podría oír su llamado desde Ciudad Central, supuso Vala. Su voz y la de las mujeres, e incluso el arrastrarse de los enormes pies mientras trepaban.

Recuperó su bidón con alcohol y lo siguió.

Desde la cima, miró las grandes sombras: los guerreros quietos, y las hembras moviéndose, distribuyéndoles trapos impregnados. Interceptó a una mujer enorme y madura.

— ¿Moonwa? —preguntó.

—Valavirgillin, ¿ellos matan con el olor?

—Así es. No sabemos cuál aroma protege mejor. Algunos hombres ya tienen paños mojados en alcohol; probad las plantas en los otros. Veremos qué sucede.

—Veremos quién muere antes, ¿eso quieres decir?

Vala se puso en marcha. Los vapores del alcohol la habían mareado. Podía manejarlo, pero descubrió que su toalla estaba casi seca.

Esa misma mañana había estado pensando que Forn pronto estaría madura ya para practicar rishathra, e incluso para pensar en emparejarse. Pero la chica había dado por tierra con su suposición. Ella no podía conocer el aroma de los vampiros, ¡pero reconocía el de un amante!

Y de repente, aquel viejo aroma de lujuria y muerte estaba de nuevo en sus narices, y se abría paso hacia su cerebro.

Los guerreros eran todavía sombras quietas entre las móviles de las hembras. Pero...eran menos ahora.

Las hembras también se dieron cuenta: brotaron alaridos de furia y pavor. Varias de ellas corrieron hacia el fondo del terraplén, llamando a gritos al Thrurl. Otras equivocaron el camino, y gimiendo fueron a dar al campo de rastrojos.

Vala se movió hacia los que quedaban, remojando trapos en alcohol. Machos, hembras, lo que encontrara. En la oscuridad, la prisa podía matar. El combustible protegería. ¿Las hierbas? Bien, el olor de las hierbas quizá durara más.

Podía ver homínidos pálidos en cualquier dirección que mirara, aunque con muy poco detalle. Había que imaginar cómo se verían; pero con la esencia cosquilleando el cerebro, hubiera visto gloriosas fantasías.

Se acercaban. ¿Porqué no escuchaba los disparos? Llegó hasta el cruce de Anthrantillin y trepó a la plataforma, gritando:

— ¡Hola! ¿Anth?

La cabina parecía vacía en su negrura.

Abrió la poterna y entró al carro. Se habían ido. No había daños, ni rastros de lucha.

Remojó la toalla; luego trepó hacia el cañón.

Los vampiros se agrupaban a giro. ¿Alrededor de quiénes? ¿Anth, Forn, Himp? No importaba ya. Disparó el cañón, y vio caer a la mitad de ellos.

Varias veces, durante esa noche, pudo escuchar un llamado, como en susurros:

— ¿Anthrantillin?

—Se ha ido —contestó, pero no pudo oír su propia voz—. ¡Se ha ido! —aulló—. ¡Soy Valavirgillin! —pero igual apenas pudoírse, su alarido convertido en susurros por el estruendo del cañón al disparar.

Era tiempo de mover el carromato. Los vampiros se habían retirado de esta zona, e incluso habían aprendido a no agruparse, pero encontraría presas donde fuera. El cañón no sería necesario a estribor, ni a giro. A favor del viento respecto de ellos, las ballestas serían suficiente.

—Aquí Kay. ¿Todos se han ido?

—Sí.

—Estamos bajos de municiones. ¿Y tú?

—Bastante bien.

—No tendremos combustible en la mañana.

—No, es cierto. Yo entregué el que tenía aquí; les dije a las mujeres cómo sacarlo. Creo que... Moonwa, la hembra que ponía trapos en la cara de los guerreros... ¿Le enseñaremos a usar el cañón? ¿Necesitamos...?

—No, Jefa, no. Esos son secretos.

—Tomaría mucho enseñarle, de todas maneras...

El rostro de Kay se asomó por el acceso de la cámara del cañón. Alcanzó un bote de pólvora y lo alzó en vilo con un gruñido.

—Bien, de vuelta al trabajo...

— ¿Necesitas perdigones?

—Tengo bastante quincalla... —él la miró y se asomó. Dejó caer el bote, que impactó sobre el piso del carronato con un ruido sordo.

Ella se deslizó hacia la cabina inferior. Se movieron al unísono.

—Tenemos que remojar las toallas... —dijo ella, en forma insegura.

Fue su último pensamiento coherente por algún tiempo.

Kay se deslizó por la poterna hacia afuera, aterrizando sobre el barro, en medio de la lluvia. Vala lo siguió, y lo sujetó fuertemente por las espaldas.

Él se desgarró la camisa. Vala se apretó contra él, pero Kay la apartó aullando y terminó de romper la tela. Se fue hacia un lado, y regresó con dos medias camisas empapadas. Le plantó una en la cara, y se puso la otra.

Vala aspiró profundamente los vahos del alcohol, ahogándose.

—Ah... Ya estoy bien...

Kay le ató la tela alrededor de su cuello; luego hizo lo propio.

—Tengo que volver al—dijo—. Habás de manejarte sola, dadas las... circunstancias —ambos rieron nerviosos, a las sacudidas—. ¿Estarás bien... sola?

—Tendré que hacerlo.

Lo vio irse.

Ella jamás lo hubiera hecho. Nunca. Nunca había estado con otro hombre. Su mente y su personalidad habían sido lavadas en una marea de lujuria. ¿Qué hubiera pensado Tarb de ella?

Juntarse con Tarabillast nunca había sido tan intenso.

Pero ahora su cabeza se le iba. Estaba excitada.

Se cubrió la cara con la tela. El alcohol se introdujo en su mente y la aclaró, a menos que fuera sólo una ilusión. Miró a lo largo del muro y aún vio sombras grandes, aunque pocas. Los cuerpos pálidos en los campos también habían decrecido en número, pero se los veía más cerca ahora. Eran más altos y esbeltos que la Gente de la Máquina. Cantando y rogando, empezaban a acumularse en las cercanías del carronato.

Trepó a la torreta y cargó el cañón.

CAPÍTULO 2 – RECUPERACIÓN

Una incierta claridad se descubría hacia giro. Los cantos habían cesado. Vala no escuchaba el tañido de una ballesta desde hacía rato. De pronto los vampiros eran difíciles de hallar.

Sin darse cuenta, habían superado la terrible noche.

Si alguna vez estuvo más cansada que ahora, no lo guardaba en su memoria. Y allí llegaba Kaywerbrimmis, gritando:

— ¿Te queda algo de munición?

—Algo. Nunca he recibido gravilla aquí.

—Barok y Forn se habían ido para cuando regresé al crucero...

Vala se restregó los ojos. No parecía haber nada más que decir.

Whandernohtee y Sopashintay llegaban, apoyados el uno en la otra.

—Qué noche —dijo Whand.

—Chit se emocionó con las voces—comentó Sopash—. Tuvimos que atarlo al crucero. Creo que puse demasiado alcohol en su paño... Ahora duerme como si...

—se abrazó a sí misma, con desesperación — ...como lo haría yo, si pudiera... dejar de temblar de miedo...

Oh, dormir... Y un centenar de machos Gigantes esperando...

—No podré hacer rishathra ahora —informó Vala. Había eliminado de su memoria el yacer con Kay. Eso podía traer malas consecuencias.

—Durmamos en los coches, al menos por hoy —sugirió Kaywerbrimmis—. Hola, mira quién viene... —tomó el hombro de Vala para hacerla girar.

Nueve Gigantes y una armadura plateada se acercaban hacia ellos. Su cansancio era visible, y también se podía oler.

— ¿Cómo les ha ido, Gente de la Máquina? —dijo el Thurl.

—Hemos perdido la mitad de los nuestros —respondió Vala.

—Nunca esperamos que fueran tantos —reconoció Whand—. Pensábamos que podríamos enfrentarnos a cualquier cosa.

—Los viajeros nos habían contado que los cantos de los vampiros nos traerían la perdición.

—La mitad de la sabiduría —comentó Kay— consiste en aprender qué es lo que no hay que aprender.

—Nos habíamos preparado para el arma equivocada. ¡Esencia de vampiros! Nunca lo hubiéramos adivinado. ¡Pero los hemos hecho huir! —gritó el Tore—. ¿Saldremos a cazarlos por el llano?

Whand dejó caer los brazos y se alejó a los trompicones.

Vala, Kay y Sopash se miraron entre ellos. Si acaso los gigantes de los prados podían aún luchar... Whand estaba deshecho, pero alguien tendría que representar al Pueblo de la Máquina...

De modo que siguieron a los guerreros, bajando hacia el mojado campo de rastrojos, saliendo del refugio.

Unas formas se meneaban al pie del muro de tierra. Dos homínidos, desnudos. Todas las ballestas y pistolas giraron hacia ellos, pero las detuvo un alarido:

— ¡No disparen! ¡No somos vampiros!

Un macho pequeño y una mujer enorme se apoyaban mutuamente para no caer. No, no eran vampiros; eran una hembra de los Gigantes y...

— ¡Barok!

El rostro de Sabarokaresh estaba transido de terror. Miró a Valavirgillin como si ella hubiera sido un espectro, y no él. Sucio, exhausto y medio loco, lastimado... pero vivo.

—Creo que... estoy muy cansado...

Vala lo cargó en su hombro, feliz de sentirlo sólido bajo su mano. ¿Dónde estaría su hija? Pero no quiso preguntarle; en lugar de eso, dijo:

—Tendrás una buena historia que contar, supongo..., pero será luego.

El Thurl llamó a uno de los ballesteros —resultó ser Paroom—, y le encargó a la pareja. Paroom los guió y ayudó a trepar al refugio.

El Toro rompió entonces a trotar, alejándose del vallado hacia antigiro. Su gente lo siguió a regañadientes —una noche de terror, insomnio y copulaciones salvajes los había dejado sin fuerzas—, y luego los de la Máquina.

Comenzaron a encontrar cuerpos de vampiros. Nada de belleza sobrevivía en ellos una vez muertos. Un Gigante se detuvo a examinar a una hembra vampiro ensartada por un dardo. Sopash también se paró.

Vala recordó haber hecho lo mismo, cuarenta y tres años atrás. Primero sientes el olor a carne podrida. Luego, los restos de la esencia golpean en tu mente.

El Gigante trastabilló y se hizo a un lado; se inclinó hacia adelante y vomitó. Poco a poco se enderezó, aunque mantuvo la cabeza gacha. Sopash se enderezó de golpe, y salió corriendo hacia Vala, enterrando la cara en su pecho, rompiendo a sollozar.

—Tranquila, Sopash —le dijo Valavirgillin, comprendiendo—. No has hecho nada, recuerda. Sólo *quisiste* hacer el amor con el cadáver, pero esa no eres tú. Tranquila.

—Vala, si no podemos siquiera examinarlos, ¡no podremos aprender sobre ellos!

—Eso es lo que lo hace tan *difil*, ¿comprendes? La lujuria y el tufo a carne corrupta no pueden mezclarse en la cabeza.

Los cadáveres más cercanos al muro habían sido muertos por dardos; los más alejados, aparecían reventados por las balas y la metralla. Vala observó que las

armas del Pueblo de la Máquina habían matado unas cien veces más vampiros que las de los herbívoros.

A doscientos pasos de la pared, ya no hallaron más cuerpos de vampiros. Pero comenzaron a aparecer otros. Los gigantes yacían desnudos o a medio vestir, descarnados, las mejillas y los ojos hundidos. Salvajes heridas abrían sus cuellos, codos y muñecas.

Ese rostro... Vala había visto a esa hembra correr hacia la oscuridad, unas horas atrás. ¿Dónde estaban sus heridas? Su garganta estaba sana. El brazo izquierdo, extendido, no presentaba cortes. Vala se acercó y tomó su brazo derecho.

El interior del codo había sido desgarrado. Un macho gigante que miraba a su lado se volvió y trastabilló de regreso a la pared, haciendo arcadas.

Una mujer alta, un vampiro pequeño. No pudo alcanzar su cuello. Sopash tiene razón, pensó. Tenemos que aprender.

Algo más allá, el colorido de unas ropas atrajo su atención. Vala rompió a correr, luego se detuvo al llegar. Era el traje de fajina de Taratarafasht.

Lo alzó del suelo. Estaba limpio, sin sangre ni huellas de haber sido arrastrado por el campo. ¿Porqué Tarfa habría sido llevada tan lejos? ¿Dónde estaría ahora?

El Thurl había adelantado a la partida por una buena distancia. Casi había llegado al pasto sin cortar. ¿Cuánto pesaría esa armadura? Trepó a una pequeña colina —de no más de diez o quince metros de altura— y se detuvo en la cima, esperando al resto.

—No hay rastro de ellos —ladró—. Deben haberse escondido en alguna parte. Los viajeros cuentan que no resisten la luz del sol, ¿es cierto eso?

—Eso sí es verdad —respondió Kay.

—Entonces —continuó el Toro— yo diría que se han ido.

Nadie hizo comentario alguno. El Thurl resopló:

— ¡Beedj!

— ¡Thurl! —un macho se acercó trotando: maduro, más grande que la mayoría, con una energía que resultaba indecente.

—Aquí, Beedj; vendrás conmigo. Tarun, tú con el resto rodearás el muro por la izquierda; nos encontraremos del otro lado. Si no estás ahí, asumiré que has encontrado lucha.

—Sí, Thurl.

Beedj y el Thurl fueron hacia un lado; el resto de los gigantes hacia el otro. Vala dudó un momento, luego siguió al Toro.

Cuando el Gigante la escuchó seguirlo, detuvo su paso para esperarla. Beedj también lo hizo, pero un gesto del Toro lo volvió al camino.

—No encontraremos vampiros vivos allá en el pasto —comenó el Thurl—. El pasto crece hacia arriba; no hace sombra. La noche se cruza delante del sol, pero el sol

ya no se mueve como antes. ¿Dónde puede esconderse un vampiro durante el día?

— ¿De veras recuerdas cuando el sol se movía? —preguntó ella.

—Era sólo un niño. Fue una época temible.

No se veía muy asustado por ese recuerdo, pensó Vala. Luis Wu había estado entre esta gente; pero parecía que lo que le había contado a ella no se lo había dicho a los Gigantes.

—El mundo es un Anillo —le había explicado Luis Wu—. El Arco que se ve es la parte del Anillo en que no estamos parados. El sol comenzó a bambolearse porque el Anillo está fuera de su centro; dentro de pocos falans chocará con el sol. Pero yo juro que lo impediré, o moriré en el intento.

Poco tiempo más tarde, el sol había dejado de oscilar.

Beedj seguía trotando adelante, cerca del muro, deteniéndose aquí y allá a examinar cadáveres; de vez en cuando sujetaba una mata de pasto y tiraba un mandoble, por si escondía algo. Luego se la comía, una vez satisfecho con la revisión. Quemaba aún más energía que el Thurl. Vala no veía competencia entre ellos —uno ordenaba, el otro obedecía—, pero estaba segura de que en Beedj estaba contemplando al próximo Toro.

Se obligó a preguntar:

—Thurl, ¿vino alguna vez un homínido a ti, clamando venir de algún lugar del cielo?

El Thurl se detuvo de nuevo.

— ¿Del cielo?

Era difícil que lo hubiera olvidado, pero debía esconder sus secretos.

—Un macho, con poderes de mago. Cara lisa y estrecha, piel de color del bronce, cabello negro y lacio, sólo una coleta detrás, y el resto afeitado. Algo más alto que yo y estrecho de hombros y cadera... —achinó los ojos con los dedos—. Tenía los ojos de

esta forma. Hizo hervir un mar en esta zona, para terminar con la plaga de girasoles.

El Thurl asentía con la cabeza.

— Eso fue hecho por el anterior Thurl, con la ayuda de ese tal Luis Wu que describes. Pero... ¿cómo sabes tú de estas cosas?

—Luis Wu y yo viajamos juntos un trecho, lejos a babor de aquí. Sin la luz del sol, los girasoles quedaban indefensos, me dijo. Pero... las nubes nunca se fueron, ¿verdad?

— Nunca lo hicieron. Ahora sembramos nuestro pasto, tal como el mago nos sugirió. Los smerps y otros roedores comenzaron a emigrar por delante de nosotros. Allí donde fuéramos, encontrábamos girasoles con las raíces devoradas.

El pasto no crece bien sin el sol, por lo que al principio tuvimos que comer girasoles.

»En tiempos de mi padre, los Rojos alimentaban su ganado con nuestros pastos, y mi pueblo y el suyo tuvieron que luchar. Pero cuando estas cosas que narras pasaron, nos siguieron a las nuevas tierras. Los Recolectores cazan a los roedores para alimentarse. La Gente del Agua regresó a los ríos de donde los habían expulsado los girasoles.

—Y ¿qué hay de los vampiros? —preguntó Vala.

—Parecen habérselas arreglado, también.

Ella hizo una mueca.

—Proviene de una región —siguió diciendo el Thurl— que todos evitamos. Los vampiros necesitan refugiarse de la luz diurna: vivirán en cuevas, o bajo los árboles, o alguna otra cosa. Desde que vinieron las nubes, aprovechan la ausencia del sol para llegar más lejos... Eso es todo lo que sabemos.

—Tendremos que preguntarle a los Chacales.

— ¿El Pueblo de la Máquina trata con los Chacales?—al Thurl no parecía caerle bien la idea.

—No sé cómo se las arreglan, pero siempre se enteran de cuando caen los muertos. Tienen que saber dónde cazan los vampiros, y también el lugar en donde se ocultan durante el día.

—Los Chacales sólo salen de noche. Yo no sabría cómo hablarles.

—No hay problema —Vala intentó recordar, pero su mente no funcionaba bien. Estaba demasiado cansada—. Ya se ha hecho. Cuando una nueva religión aparece, o cuando un predicador muere y un rito ordena al nuevo chamán, éste debe comunicarse con los Amos de la Noche. Los Chacales deben conocer y aceptar todo rito que se solicite para los muertos.

El Toro asintió. Los Chacales seguirían los ritos, dentro de ciertos límites.

— ¿Cómo lo hace tu gente?

—Hay que llamar su atención. Cortejarles. Cualquier cosa puede funcionar, pero son suspicaces. Es una verdadera prueba, también: un nuevo sacerdote no será tomado en serio hasta que no trate con los Chacales.

El Toro se había erizado de pavor.

— ¿Cortejarles, has dicho?

—Hemos venido aquí a comerciar, Thurl. Los Chacales tienen lo que queremos: información. ¿Qué podemos ofrecerles a cambio? No mucho, en verdad. Los Chacales rigen el mundo, el Arco y todo... Sólo pregúntales.

—Cortejarles... —hizo rechinar los dientes—. ¿Cómo?

¿Qué sabía ella? Sólo cuentos narrados en reuniones; no mucho respecto a cómo hacer negocios con ellos. Pero una vez había visto Chacales, y había hablado con ellos.

—En mi ciudad, lejos hacia babor, los Amos de la Noche mantienen para nosotros una granja en sombras, debajo de un grupo de edificios flotantes. Les pagamos con herramientas, y los Ingenieros les dan privilegios de acceso a la Biblioteca. Ellos se interesan por la información.

—Pero... nosotros no «sabemos» nada.

—Casi estás en lo cierto.

— ¿Qué otra cosa tenemos para ofrecerles? —clamó el Thurl—. Oh, Valavirgillin, eso es algo horrible...

— ¿A qué te refieres?

El Thurl señaló alrededor. Podía verse un centenar de cadáveres de vampiros, todos yaciendo contra la pared, y unos cincuenta Gigantes desparramados entre el muro y el límite del pasto alto.

Beedj examinaba un cadáver pequeño. Vio que ella lo estaba mirando, y alzó la cabeza del muerto para que Vala pudiera verle la cara desde donde estaba. Era Himapertharee, de la tripulación de Anthrantillin.

Un escalofrío recorrió la espalda de Vala. Pero el Thurl tenía razón.

—Los Chacales tiene que comer —dijo, con voz afligida—. Más que eso: si todos estos cadáveres entran en putrefacción, puede haber plagas. Todo el mundo culparía a los Chacales si tal cosa pasara. Han de venir a limpiar.

—Pero, ¿porqué me escucharían? —se quejó el Thurl. Vala sacudió la cabeza; la sentía rellena de algodón—. Y una vez superamos dónde se esconden, ¿qué deberíamos hacer? ¿Atacarlos por nuestra cuenta?

—Los Chacales podrán decirnos eso, también...

El Thurl rompió a correr. Vala giró la cabeza y vio a Beedj tambaleándose, llevando... ¿qué cosa? En ese momento, el Gigante se sacudió violentamente, y luego arrojó lejos lo que llevaba. Allí donde aquella cosa cayó, se retorció y se quedó quieta, mientras Beedj aullaba de pavor.

Era una hembra vampiro, aún viva.

—Thurl, lo lamento —clamaba Beedj—. Estaba sólo herida, un dardo en la cadera. Pensé que podía hablarle, examinarle... algo... Pero el aroma...

—Cálmate, Beedj. Dime, ¿lanzó el olor de repente? ¿Quizá como defensa, al creerse atacado?

— ¿Como una ventosidad, dices? ¿A veces lo guardas, a veces no? Bien... no estoy seguro...

—Sigue la marcha, entonces.

La espada de Beedj siguió rebuscando entre la hierba. El Thurl comenzó a caminar. Vala había estado meditando.

—Tendrás que destinar una delegación, aquí entre los muertos. Unos pocos hombres, con una tienda...

— ¡Los encontraremos secos de sangre por la mañana!

—No. Creo que estaremos seguros por un par de noches. Ya han cazado antes por el área, y olerán los cadáveres de su gente. A pesar de ello, será mejor que armes a tus guerreros y... hum... acomoda juntos a hombres y mujeres.

—Oye, Valavirgillin...

—Conozco vuestras costumbres; pero si cantan los vampiros, será mejor que tus súbditos encuentren pronto con quién aparejarse.

¿Debía habérselo dicho? Al menos no lo dijo frente a otros Gigantes. El Toro bufó, pero accedió.

—Bien. Entiendo. Y lo que el Thurl no ha visto, jamás ha sucedido —hizo señas a Beedj para que se acercara—. ¿Tu grupo de Oteadores se unirá a nosotros ante los Chacales?

—Os acompañaremos. Dos especies en peligro harán más fuerza que una.

Los Oteadores normalmente evitaban los problemas, pero no podrían con éste: casi todo su combustible se fue en mojar trapos.

—Seremos tres las especies. Un gran número de Recolectores murieron la otra noche; imagino que ellos se nos unirán. ¿Más especies sería mejor? Los vampiros habrán hecho presa también entre los Rojos.

—Valdrá la pena preguntarles.

Cuando Beedj los alcanzó, el Thurl comenzó a hablarle más rápido de lo que Vala podía entender. Beerj intentó argüir, pero luego accedió.

—Deberíamos dormir durante el día —sugirió ella.

Su cuerpo entero clamaba por reposo.

Algo se cerró sobre su muñeca.

— ¿Jefa?

Despertó de un salto, lanzando un quejido que había intentado ser un grito. Giró a un lado y se sentó... Pero sólo era Kaywerbrimmis.

—Jefa, ¿qué le has estado diciendo al Thurl?

Aún se sentía aturdida. Necesitaba un trago, un baño o... Ese tableteo, ¿era la lluvia? Y un relámpago, y un bramido lejano que debía ser un trueno.

Se había quitado las sucias ropas antes de acostarse. Ahora apartó las cobijas y se deslizó fuera de la cabina del carronato, alzándose bajo la fría lluvia. Kay observaba desde la tronera del cañón su danza bajo el diluvio.

Vala no quería problemas. Los comerciantes no se juntan entre ellos. Comparten rishathra con las razas que encuentran en su camino, pero no forman parejas dentro del grupo. No era bueno preñarse en medio de la expedición, o enzarzarse en juegos de dominio sexual, y mucho menos enamorarse.

Pero en reinos lejanos, entre homínidos extraños, no se podía huir por siempre, tampoco. De modo que Vala le hizo gestos a Kay para que se le uniera.

— ¡Ven, quítate esa mugre! ¿Qué hora es?

—Está anocheciendo. Hemos dormido mucho. Kay se desnudaba con algo parecido al alivio—. Supongo que tendremos que armarnos contra los vampiros.

—Lo haremos. ¿Cómo está Barok?

—No lo sé.

Bebieron, se lavaron uno al otro, se secaron y comprendieron que podían resistir la urgencia por yacer juntos.

La lluvia se detuvo. Podía verse al viento remolinear las últimas gotas a lo lejos, sobre los rastros. Pinceladas de cielo azul ultramar se abrieron paso entre las rotas nubes, y una repentina línea vertical se destacó por encima del horizonte a giro, punteada de blanco y azul claro.

Vala se sorprendió. Hacía ya cuatro rotaciones que no veía el Arco.

Bajo el brillo del Arco, pudo ver formas moviéndose por el llano de rastros. Unos rectángulos pálidos sobre el suelo, dispuestos en semicírculo, una tienda de campaña en medio de ellos. Unos Gigantes se movían de aquí para allá, y una multitud de homínidos mucho más pequeños los seguían. Sobre los rectángulos — ¿sábanas?— habían tendido unos cuantos cadáveres.

— ¿Tú les has dicho que hicieran eso?

—No, pero no parece mala idea —dijo ella.

Encontraron a Barok en el cruce de Anthrantillin, con una mujer que tenía dos veces su talla. Se veía algo postrado, pero estaba sonriendo.

—Wemb, éstos son mis compañeros Kaywerbrimmis y Valavirgillin. Amigos, ésta es Wemb.

—Pensábamos que... —empezó diciendo Kay.

La risa de Barok no era del todo normal.

—Acertaron, si pensaron que dormimos todo el rato.

—Dormir aquí —dijo Wemb— nos permitió prescindir de los demás, y también del rishathra. Estuvimos cómodos los dos.

Forzando su mente a pensar, Barok se dio cuenta de algo:

—¿Qué hubo de Forn? ¿Habéis hallado a mi hija?

—Se ha ido —dijo Vala.

El cuerpo de Barok tembló, bajo un incontenible escalofrío. Su mano se cerró en la muñeca de Valavirgillin.

—Le grité, en medio de la batalla: «¡Carga!», pero no me respondió. Salí de la torreta del cañón para ver si la veía, para detenerla si acaso seguía los cantos. Me detuve afuera, y entonces mi mente se apagó. De pronto me encontré al pie del muro, con la lluvia cayendo sobre el terreno. Wemb había tropezado conmigo sobre la pared, y ambos caímos. Luego... Bueno, la palabra rishathra no sé si alcanza...

Wemb lo tomó por el hombro, volviéndolo hacia ella.

—Tal vez fuera amor compartido, o aún sexo; pero hemos de llamarlo rishathra, Barok.

—Rasgamos nuestras ropas —continuó él— y rishamos, rishamos, y nuestras mentes se escurrían. Esas cosas pálidas nos rodeaban en semicírculo, acercándose. El viento y la lluvia deben haber lavado algo la esencia. Había ballestas en el suelo, todo a nuestro alrededor; los guerreros deben haberse descolgado de la pared a lo largo de la noche, arrojando allí sus armas y toda otra cosa que llevaran.

—Tomamos las ballestas —dijo Wemb—. Vi a Makee yaciendo con un vampiro en sus brazos, ambos muertos por el mismo dardo; su aljaba estaba frente de mí. Tomé la aljaba, vaciándola ante mis pies, y le pasé unos dardos a Barok. Comenzamos a disparar...

—Al principio —comentó él— no podía ni cargar la ballesta...

—¿Era ésa la causa de que aullaras? —le preguntó Wemb—. Nunca hablamos de ello antes.

—Aullaba porque mis fuerzas no alcanzaban a tender la cuerda. Esos malditos arcos no están hechos para la Gente de la Máquina...

—¿Estuvieron allí afuera toda la noche? —preguntó Vala.

Wemb asintió. Barok continuó con la narración:

—Cuando la lluvia comenzó a amainar, me procuré unos trapos. Había pilas de trapos ahí —su presión se hizo dolorosa en la muñeca de Vala—. Luego vimos porqué.

—Varios guerreros iban hacia los vampiros —dijo Wemb—. Disparé a Heerst en una pierna, pero no se detuvo. Siguió caminando tras las voces. Los vampiros se acercaron a él, le quitaron la tela del rostro y se lo llevaron con ellos. Era mi hijo...

—Si tenías algo en la cara, ¡te lo quitaban! Heerst tenía un trapo mojado con alcohol, pero la lluvia lo había lavado. Tomé unos trapos que olían a rayos... Wemb, ¿qué era?

—Pimentena y minch.

—Bien, éstos protegían de la esencia. Nos mantuvieron vivos, eso y el rishathra. Cada vez que nos sentíamos ir, rishábamos. Y los dardos... Los guardias dejaban caer las ballestas, pero no las aljabas. Tuvimos que ir buscando dardos, arrancándolos de los cadáveres.

—Vi algo que no entiendo aún —comentó Wemb—. He de decirle al Thurl. Los vampiros hacían rishathra con algunos, luego los guiaban fuera hacia el pasto alto, y más allá. ¿Por qué mantenerlos con vida? ¿Seguirán vivos todavía?

—Los Chacales han de saber porqué —dijo Vala.

—Los Amos de la Noche guardan bien sus secretos —aseveró Wemb.

El cielo se había cerrado nuevamente. En la creciente oscuridad, Barok comentó:

—Disparé a la hembra vampiro que se llevaba a Anth. Me costó dos dardos matarla. Otra recomenzó la canción, y también le disparé. Anth siguió a una tercera, pero para entonces ya estaba fuera del alcance de la ballesta. Lo llevaron hacia los pastos, y no volví a verlo. ¿Tendría que haberlo matado?

Nadie hizo comentarios. Sólo se miraron entre ellos.

—No podré vigilar esta noche —continuó Barok—. No podré hacer rishathra ahora. Mi cabeza está demasiado... No sé si lo puedo explicar...

Ellos palmearon suavemente su hombro, y le aseguraron que comprendían. Lo dejaron allí.

CAPÍTULO 3 – AMENAZA DE TORMENTA

La tienda estaba plantada a un costado de la senda, con el acceso hacia el campo. Frente a ella, las sábanas formaban un arco.

Los cadáveres estaban colocados lado a lado, dos gigantes por paño, o cuatro vampiros. Habían hallado a Anthrantillin y a Himapertharee, su tripulante, y ambos yacían en sábana aparte; Taratarafasht y Foranayeedli aún estaban perdidas. Otra de las sábanas acomodaba a seis pequeños Recolectores.

Los Gigantes concluían con su trabajo. Unos pequeños homínidos se movían entre ellos; no ayudaban a mover los cadáveres, pero distribuían comida y portaban luces.

Cualquiera de los herbívoros podía alzar un vampiro sin dificultad, pero se necesitaban dos de ellos para mover a uno de los de la propia raza.

Sin embargo, Beedj llevaba sin ayuda en sus espaldas a una hembra Gigante. La volcó de un solo movimiento sobre uno de los paños, tomó su mano y se puso a hablarle de forma afligida. Vala lo había buscado para hablarle, pero se lo pensó mejor.

Dos hembras estaban terminando de acomodar a unos vampiros. Una se volvió hacia ellos y reconocieron a Moonwa.

—Hemos frotado pimentena en los bordes de las sábanas; eso alejará a los carroñeros pequeños. A los grandes los combatiremos con las ballestas. Los Amos de la Noche no tendrán que luchar por lo que es suyo.

—Les agradecerá esa cortesía —dijo Vala.

Unas mesas pondrían a los cadáveres fuera del alcance de los carroñeros, pero...¿dónde hallarían madera los gigantes?

—¿Puedo ayudarles en algo? —preguntó Moonwa.

—Hemos venido a acompañaros en la vigilia.

—La batalla ya os ha costado bastante cara. Los Chacales no vendrán aún esta noche; aprovechad y recuperaos.

—Es muy amable de vuestra parte, pero... después de todo, esto fue mi idea.

—Idea del Thurl, dirás —le informó ella.

Vala asintió, intentando no sonreír. Era una convención social, descubrió, como la de «Luis Wu ayudó al Thurl a hacer hervir un mar». Se dio vuelta, mirando ahora a los pequeños homínidos.

—¿Quiénes son?

—Perilack, Silack, Manack, Coriack... —llamó Moonwa; cuatro pequeñas cabezas se volvieron—. Estos son unos amigos: Kaywerbrimmis, Valavirgillin, Whandernohttee.

Los Recolectores sonrieron y asintieron con las cabezas, pero no se acercaron enseguida. Se movieron hacia un sitio algo alejado de la tienda, donde algunos

Gigantes se quitaban las prendas que habían usado para tratar con los cadáveres, y luego tomaban sus guadañas y ballestas. Los Recolectores también se cambiaron de ropas, armándose con unos delgados sables que colgaron de sus espaldas.

Vieron acercarse a Beedj, ya limpio y nuevamente armado.

—Bienvenidos. Hay trapos en la carpa; los hemos frotado con minch.

Los Recolectores no llegaban a los hombros de la Gente de la Máquina, ni al vientre de los gigantes. Sus caras en punta no tenían pelambre, y sus sonrisas eran amplias y tal vez demasiado llenas de dientes. Vestían túnicas hechas con cuero de smerp, el pellejo beige profusamente decorado con plumas. Los arreglos de plumas de las hembras, Perilack y Coriack, formaban pequeñas alas en sus espaldas; ello las obligaba a caminar con cierto cuidado para no echarlas a perder. Las vestiduras de los machos —Manack y Silack— eran similares, pero dejando mayor libertad para los brazos. Para que no les estorbaran en la lucha, seguramente.

Cuando la Gente de la Máquina entraba en la tienda, reinició la lluvia. Espesas montañas de hierba se apilaban en el suelo: comida y cama para los Gigantes. Vala detuvo a sus compañeros y todos se quitaron las sandalias.

Estaba lo suficientemente oscuro como para que apenas pudieran distinguirse las caras. El rishathra era más conveniente durante la noche.

Pero no en el campo de batalla.

—Este es un mal asunto —dijo Perilack.

— ¿Cuántos de ustedes habéis perdido? —le preguntó Whandernohttee.

—Cerca de doscientos, hasta ahora.

—Nosotros éramos diez al principio; cuatro se han ido. Sopashintay y Chitakumishad están de guardia sobre el muro, con un cañón, y Barok se recupera de una noche en el infierno.

—El esposo de nuestra Reina se ha ido con la mujer del Thurl, a negociar con otros homínidos. Si los... —sus ojos parpadearon— ...Amos de la Noche no vienen hoy, otras voces se nos unirán luego.

Según la leyenda, los Chacales oírían cualquier palabra que se hablara sobre ellos, excepto —según sostenían algunos — en pleno día. Debían estar por allí cerca, aun ahora.

Kay preguntó:

—Y el esposo de vuestra Reina, ¿hará rishathra con sus compañeros de viaje?

Los cuatro Recolectores rieron con disimulo, pero Beedj y Moonwa hicieron tronar sus carcajadas. Una de las pequeñas —Perilack— respondió:

—Habrá que ver si la dama Gigante se fija en él. El tamaño tiene su importancia. Pero ustedes y nosotros podremos llegar a algo.

Perilack y Kaywerbrimmis se miraron uno al otro, como sorprendidos por la misma idea. La pequeña hembra tocó el codo de Kay, mientras que él le acarició las plumas.

—Me imagino que ustedes acumularán más plumas que las que pueden aprovechar — dijo Kay.

—No —respondió ella—. Se echan a perder con rapidez. Podemos comerciar un poco, pero no gran cosa.

—Y ¿qué pasaría si encontramos una forma de que no se pudran?

De vez en cuando, Valavirgillin sentía el hedor del campo de batalla, y bufaba y resoplaba para quitárselo de encima, pero tal cosa no sucedía con Kay: había entrado en régimen de vendedor. Su mente sólo veía números, ganancias y pérdidas; el desagrado era algo que no se podía dar el lujo de experimentar, y parecía convencido de que la supervivencia de todo el Imperio dependía de que la basura que un homínido rechazaba fuera la panacea para otro.

Ya era noche cerrada, pero gracias al reflejo del Arco, Vala pudo ver una amplia sonrisa en el rostro de Beedj.

— ¿Has participado antes de una sesión de negocios?

—Algunas veces. Luis Wu llegó aquí cuando yo era sólo un niño, y los acuerdos fueron sólo entre él y el viejo Thurl. Hemos hecho las paces con los Pastores Rojos hace treinta falans, dividiendo los territorios. Hace veinticuatro falans nos reunimos con los Rojos y la Gente de la Aguas, y compartido mapas. Todos hemos aprendido algo sobre los nuevos territorios, pero siempre nos encuentran demasiado grandes a nosotros, los gigantes.

Una educada excusa no sería bien recibida esta vez, aunque Vala apenas llegaba a los codos de Beedj. Había estado pendiente de la llegada de los Chacales, pero el único sonido era el de la lluvia.

El cielo se había encapotado, y la oscuridad era completa ahora. Uno de los machos Recolectores dijo:

— ¿No deberíamos esperar a los Chacales antes de comenzar? ¿No encontrarán eso más educado?

Debía ser Manack el que habló. Tenía el pelo más espeso alrededor de la garganta, como si él fuera un macho alfa y Silack un beta. En un buen número de especies había un macho principal, que tomaba las decisiones y las recompensas; pero Vala no sabía cómo se pautaba tal cosa entre los recolectores.

—Manack, ésta es tierra de los Gigantesrespondió Vala—. Incluso deben considerar el entretener a los Amos de la noche, también. ¿Harás el rishathra conmigo? —y agregó rápidamente, para el Gigante—. Beedj, a causa del tama ño, de hecho, necesito hacerlo primero con él. Supongo que Whand y Moonwa lo iniciarán...

Sin embargo, se dio cuenta de que Kay y Perilack ya no discutían sobre intercambios. Las filosofías difieren a veces.

Rishar con un macho Recolector no era más que un precalentamiento.

Pero con el sucesor del Thurl era otra cosa. Tenía sus cosas buenas... Él era grande, bastante ardiente, orgulloso de su autocontrol... aunque apenas se controlaba. Pero era *realmente* grande.

Kaywerbrimmis tuvo una buena faena, o así parecía. Bromeaba o secreteaba con Moonwa ahora. Buen comerciante, ese Kay. Incluso un buen tipo. Vala lo seguía con los ojos.

Habrían congeniado, sin duda. Pero no podía pensar en ello. No debía intentarlo siquiera, aunque una orgía de rishathra fuera una buena excusa.

El apareo es una cuestión natural. Eones de evolución han desarrollado muchas pautas entre los homínidos: estrategias, olores, posturas y movimientos, señales visuales y táctiles. El desarrollo de la cultura entregó algunos más: bailes, ritos, modas, palabras y piropos.

Pero la evolución nunca se metió con el sexo interespecies, y por ello el rishathra es siempre una forma de arte. Donde las formas convencionales no encajan, otras formas deben hallarse. Quienes no pueden participar directamente pueden mirar, o dar sugerencias...

O hacer guardia, en lugar de ello, mientras quienes han hecho el intercambio descansan.

La noche se mantuvo bastante serena, pero no todos los murmullos eran debidos al viento. Los Chacales debían estar ahí; era su quehacer. Pero si por algún motivo no les había llegado noticia de la mortandad causada por la batalla, entonces esos rumores podían ser de vampiros.

Vala se encaramó en un banco de metro y medio de altura, lo suficientemente robusto como para soportar el peso de los Gigantes. La noche era lo bastante cálida como para estar desnuda, o era quizá que se sentía acalorada; de todas formas, las armas estaban a su alcance detrás. Al frente sólo caía la lluvia, y había muy poco que ver. A sus espaldas las acciones se habían calmado un poco.

Uno de los Recolectores le hablaba:

—Con los gigantes mi pueblo se lleva bien, porque no somos meros parásitos. Allí donde una vez hubo girasoles, ahora hay comedores de plantas, presas que nos son útiles como alimento. Forrajeamos por delante de la gente del Thurl; exploramos, guiamos, y hacemos sus mapas.

Éste era Manack. Era un tanto pequeño para una mujer del Pueblo de la Máquina —aún para una principiante—, pero aprendía rápido. La actitud correcta era sencilla de adquirir para algunos, y para otros imposible.

El apareo tenía sus problemas: la respuesta de los homínidos al apareo no estaba regida por la mente. En cambio, el rishathra no tenía consecuencias, y la mente no debía perder el control en absoluto. El bochorno era algo inapropiado, y las risas siempre eran para ser compartidas. Rishathra es diversión, diplomacia y amistad, porque las armas siempre están al alcance de la mano en la oscuridad.

—Esperamos hacer fortuna —estaba diciendo Kay ahora—. Quienes como nosotros sededican a extender el Imperio siempre son tenidos en cuenta por las

autoridades. Éste crece gracias al suministro de combustible; si podemos persuadir a una nueva comunidad a que genere combustible y lo venda al Imperio, nuestra comisión por el acuerdo permitirá a cada uno de nosotros establecerse y mantener una familia.

—Esa será vuestra recompensa, de acuerdo comentó Moonwa—, pero los nuevos proveedores se enfrentan a otras cosas. Quienes beben vuestro combustible sufren la pérdida de las ambiciones, de las amistades y parejas, y caen en la decepción y una temprana muerte.

—Hay quienes son demasiado débiles de espíritu para decirse «ya es suficiente». Pero tú debes ser más fuerte que eso, Moonwa.

—Por supuesto. De hecho, puedo decirlo ahora mismo: ya es suficiente, Kaywerbrimmis.

Vala se volvió, para descubrir varias sonrisas, grandes y pequeñas.

—Yo tenía uno de esos paños con combustible la otra noche —terció Beedj—: me dejó mareado y perdí mi puntería.

Kay cambió de tema con cierta gracia.

—Vala, ¿volverás a Ciudad Central? ¿Te casarás, formarás una familia?

—Ya estoy casada —respondió ella.

De repente, Kay enmudeció. Parecía no tener más para decir.

Él no lo sabía... ¿Qué habría supuesto, que ellos dos podían formar pareja?

—Me hice rica muy joven gracias a un regalo de Luis Wu, del Pueblo de la Esfera —continuó ella; cómo lo había hecho no era de la incumbencia de nadie, y además había sido ilegal —, y entonces me casé con Tarabillliast. Su familia es amiga de la mía, y así se acostumbra entre nosotros, Moonwa; Tarb era pobre, pero es un buen padre, y este hecho me permitió dedicar mi tiempo a los asuntos del comercio.

»Tuve ciertas inquietudes. Recordé que Luis Wu sugirió... no, preguntó si mi gente hacía alguna cosa con los restos que quedaban luego de la destilación del alcohol. Plástico, es lo que dijo. Esa palabra no tiene traducción, pero él ha dicho que significa «sin forma propia». Un plástico puede tomar cualquier forma que se decida. Esos desechos eran inútiles, y un fango bastante repugnante, de modo que cualquiera estaría contento de quitárselos de encima.

»Armé un laboratorio químico, entonces—sonrió en la oscuridad—. Esas cosas siempre cuestan más de lo que uno supone, pero obtuve algunas respuestas. Realmente hay secretos guardados en ese fango.

»Pero llegó el día en que me quedé sin dinero. Tarabillliast y los niños están ahora con mis familiares, y yo aquí, buscando fortuna. Coriack, ¿estás lista para tomar la guardia?

—Por supuesto. Guárdate las palabras, Whandernohttee. Vala, ¿cómo están las cosas ahí afuera?

—Llueve. Vislumbré algo negro y brillante una vez, y escuché algunas risas disimuladas. Pero ni traza de vampiros.

—Bien.

Moonwa se puso a bromear en lenguaje de los gigantes, y Beedj se reía con estruendosas carcajadas. En la grisácea luz del alba, los Recolectores conversaron entre ellos, se movieron hacia las tierras iluminadas y luego se lanzaron al suelo en un montón.

— ¿Piensas que han venido? —preguntó Sopash, a nadie en particular, mientras salía de la tienda.

—No me importa. Déjame dormir —respondió Whand.

—Han venido —dijo Sopash luego.

Vala salió al exterior.

Una de las sábanas estaba vacía, ¿qué hubo en ella? La más alejada a la izquierda... Sí, los seis Recolectores. El resto estaba sin tocar.

Breedj salió de la tienda con brío, balanceando vigorosamente su espada guadaña. Otros Gigantes llegaron desde los muros. Conferenciaron y luego se agruparon para iniciar la exploración, para buscar evidencia de lo que los Chacales hubieran hecho.

Pero Vala trepó hasta la pared para dormir en la cabina de su crucero.

Despertó hambrienta al mediodía, con un sabroso aroma a carne asada en sus narices. Siguió el olor hasta la tienda.

La Gente de la máquina y los Recolectores estaban reunidos. Los pequeños habían estado de cacería. En el fuego en el que asaban las presas, Barok y Whand cocinaban algo de pan, que habían hecho de las gramíneas locales.

—Tomamos cuatro, cinco, a veces seis comidas al día —le comentó Silack—. Pint nos ha dicho que ustedes sólo comen una vez. ¿Es cierto eso?

—Sí, pero comemos mucho. ¿Consiguieron suficiente carne?

—Cuando tu gente vino a comer, los nuestros fueron poásm Come lo que quieras; los cazadores regresarán pronto.

El pan resultó bastante bueno, y Vala felicitó a los hombres. La carne de smerp estaba bien, más allá de ser magra y algo dura. Al menos los Recolectores no tenían la costumbre —común en muchos homínidos— de alterar el sabor de la carne agregándole sales, hierbas o bayas.

Vala imaginó la cría de los smerps en otros sitios, pero todo comerciante conocía la respuesta a eso: la conveniencia de una especie era la plaga de otra. Si no hubiera predadores locales para reducir su número, los smerps se comerían los cultivos, multiplicándose más allá de sus verdaderas posibilidades alimentarias, y cuando el hambre los debilitara serían vectores de enfermedades.

Mientras meditaba en estas cosas, Vala arrasó con todo lo que había, ante la sorprendida mirada de Recolectores y Comerciantes.

—Hubo baile anoche —comentó Silack.

— ¿Me he perdido de algo? —preguntó ella.

—Los Chacales han estado activos —respondió Kay—. Ya no quedan cadáveres de Gigantes entre la pared y los pastos altos. Beedj encontró unas ordenadas pilas de huesos tras los pastos. Sin embargo, no han tocado a los vampiros; supongo que los han reservado para esta noche.

—Muy considerado de su parte —sin el espectáculo de sus muertos, el luto de los gigantes llegaría a su fin—. Será más considerado aún si se llevan también al resto. ¿Alguna otra cosa?

Silack señaló a lo lejos.

Ya no llovía. Las nubes formaban un techo plano e infinito, muy arriba. Podía apreciarse un largo tramo del llano. Vala vio un enorme carromato desplazarse pesadamente por los dominios de los gigantes.

Lo arrastraban cinco bestias de enormes lomos. Era más de lo que requería el carro, a pesar de su tamaño.

—Estarán aquí bastante antes del anochecer. Si tu raza puede dormir durante el día, tienes algo de tiempo aún.

Vala asintió, y trepó la pared para descansar un poco más.

Paroom guiaba la carreta desde el techo, y sentado a su lado venía un homínido mucho más pequeño, de piel rojiza. Otros tres Rojos viajaban en el pequeño espacio interno inferior.

Se detuvieron contra el muro, cerca de la entrada, y bajaron una cosa de la caja del carro. Vala entrecerró los ojos, intentando ver algo que parecía invisible. Su instinto mercenario chispeó a lo largo de sus nervios, y masculló dos o tres confusas palabras.

Cuando el Derrumbe de la Ciudades, los vehículos voladores cayeron desde el cielo. Esa hoja transparente era del tipo de cosa que solía rescatarse de tales vehículos. La mayoría estaban hechas añicos, pero esta parecía intacta. Su valor debía de ser considerable.

Los Rojos tomaron la delantera, cargándola por las esquinas. Todos estaban armados con espadas tan largas como sí mismos, que portaban en vainas de cuero colgando de sus espaldas. De cuero también eran las faldas y mochilas de machos y hembras, aunque las de las mujeres estaban adornadas con brillantes colores. Sus dientes eran puntiagudos, todos ellos, como una doble hilera de colmillos.

Valavirgillin, Kaywerbrimmis, Moonwa, el Thurl en su armadura, Manack y Coriack esperaban para recibirlos.

—Thurl, esto es una ventana —dijo un macho Rojo, con voz solemne—. Es un presente de la Gente del Pantano; ellos no pueden salir de donde viven. Solicitan que nosotros los protejamos de la plaga de los vampiros. No pueden salir del pantano, porque sólo en él pueden mantenerse con vida.

Vala detectó extrañeza en la mirada del Thurl, por lo que informó:

—Conocemos especies como ésa. Viven en pantanos, desiertos, laderas de una montaña, o bosques de un solo árbol. Sus sistemas digestivos se han adaptado al tipo de alimento disponible, o al frío o al calor, o a poca humedad del aire, o a mucha; si dejan su hábitat, simplemente mueren al poco tiempo. Pero es un presente magnífico...

—Lo es, sí. Haremos todo lo que esté a nuestro alcance por la Gente del Pantano. Vosotros, nuestros aliados, acercaos... —y el Thurl hizo las presentaciones, hablando con lentitud, pronunciando los nombres de los Recolectores y la Gente de la Máquina con variada suerte.

—Yo soy Tegger hooki-Thandarthal —dijo el macho Rojo—. Ésta es Warvia hooki-Murf Thandarthal. Nos acompañan Anakrin hooki-Whanhurhur and Chaychind hooki-Karashk.

Hechas las presentaciones, los otros dos machos fueron a atender a las bestias.

— ¿Vuestra gente comparte rishathra? —indagó el Thurl.

—No podemos —respondió Warvia, sin ampliar detalles.

Paroom hizo una mueca, y Vala ocultó una sonrisa, al ver el descontento del Gigante. El Thurl, en su rol de anfitrión, habló en nombre de todos como requería el protocolo, pero su discurso fue breve. ¿Qué sentido tenía extender el parlamento acerca de las virtudes del rishathra, si los invitados no podían hacerlo? Tegger y Warvia simplemente asintieron cuando se hizo el silencio. Los otros dos machos ni siquiera habían escuchado al Thurl: examinaban los cadáveres de vampiro que yacían en las sábanas, y hablaban entre sí atropelladamente.

Tegger y Warvia se parecían mucho entre sí. Su roja piel era suave, y sus rostros estaban desprovistos de vello. Las faldas de cuero blando estaban decoradas con cordones de colores. Eran de la altura del Pueblo de la Máquina, pero de complexión mucho más delgada. Los dientes no parecían haber sido afilados en punta, sino que hubieran crecido de esa manera. Warvia tenía senos, pero eran pequeños y planos.

—Nunca habíamos escuchado de tantos vampiros juntos —dijo ella.

—Han matado a todo un ejército —agregó Tegger—. Yacen a montones. Vuestros vecinos se pondrán contentos.

— ¿Han venido ya los Chacales? —indagó Warvia.

—Un ejército de vampiros ha atacado antenoche —comentó el Thurl—. Luego se han ido al retirarse las sombras. Lo que ustedes ven son los muertos que han dejado atrás; los nuestros ya han sido retirados por los Amos de la Noche. De mi gente ha muerto la mitad que la de ellos, o quizá más, junto con un centenar de Recolectores y cuatro del Pueblo de la Máquina. Los vampiros son terribles adversarios. Sean ustedes bienvenidos.

—No hemos sabido nada de esto —aseguró Tegger—. Entre nosotros, algunos jóvenes cazadores han desaparecido. Hemos culpado a la poca dedicación de nuestros maestros, aunque también temimos que algún otro nos estuviera

cazando a nosotros —se volvió hacia Paroom—. Por favor, perdona si hemos descreído de tus palabras.

Paroom asintió con gentileza. El Thurl dijo entonces:

—Lo que nosotros sabíamos sobre los vampiros estaba bastante equivocado. Afortunadamente el Imperio de la Máquina llegó a tiempo de darnos una mano.

Vala estaba convencida de que ningún otro Gigante salvo el Toro podría haber dicho esas palabras, dado que desacreditar a la tribu sería lo mismo que ofender al Thurl.

—Hemos de enseñaros nuestras defensas —siguió éste—, pero ¿habéis comido ya? ¿Acostumbráis cocinar mientras aún es de día?

—No, jamás cocemos nuestra carne. Nos agrada la variedad, sin embargo. Vosotros sois herbívoros, pero ¿qué hay de los Recolectores, y los de la Máquina? Quizá podamos compartir. Esto es lo que hemos traído.

Señaló las cinco bestias de carga, y la jaula sobre el carro. El animal enjaulado sintió todas las miradas sobre él y gruñó. Era del tamaño de uno de los gigantes, y evidentemente un predador, según consideró Vala.

— ¿Qué animal es ese? —preguntó.

—Un jakarrch —dijo Tegger, con visible orgullo—. Un cazador que se encuentra en las colinas de la Barrera. Los Jardineros nos han enviado una pareja para nuestro esparcimiento. Aún a pesar de no estar familiarizado con el terreno, el macho mató a uno de los nuestros antes de que pudiéramos derribarlo—se jactaba de ello—. Somos grandes cazadores. Cazamos hasta a los más bravos predadores, y también cazaremos vampiros.

—Perilack, ¿podríamos intentarlo? —sugirió Vala—. No esta noche, sino mañana, a la hora de nuestra única comida.

—Trato hecho —respondió la hembra Recolectora Warvia, esta noche sacrificaréis una de vuestras bestias de carga. Mañana y luego, permitidnos ser vuestros anfitriones. Os daremos de comer a todos, «hasta que el borde de las sombras haya mordido al sol, pero aún brille», según acostumbran decir los Amos de la Noche. Os gustará la carne de smerp.

—Os lo agradecemos.

La única iluminación era la provista por la hoguera; el fuego no era suficiente para cocer, pero ya la cena había concluido. De los otros Rojos, Anakin hooki-Whanhurhur era un hombre mayor, arrugado aunque todavía ágil; Chaychind hooki-Karashk estaba plagado de cicatrices y había perdido un brazo en alguna antigua batalla.

Ambos habían ofrecido su propio presente: una gran jarra cerámica repleta de una cerveza negra y fuerte. No sabía mal del todo... Vala vio que Kay también se interesó. «Veamos cómo lo hace», se dijo.

— ¿Fabrican ustedes esta bebida? —preguntó Kay—. ¿La hacen en cantidades?

—Sí. ¿Piensas en el comercio?

—Chaychind, esto puede ser de valor, siempre que no sea muy costoso...

—No exageraban quienes nos contaron de vosotros, Gente de la Máquina...

Kay pareció azorado, pero Vala intercedió en su favor:

—Lo que Kaywerbrimmis intenta decir es que si podemos destilar lo suficiente de esto, podríamos usarlo como combustible para nuestros cruceros. Los móviles están armados, y pueden llevar a muchos hombres. Incluso se mueven más rápido que vuestras bestias, pero no pueden hacerlo sin combustible.

— ¿Lo queréis gratis, acaso? —preguntó Chaycind, mientras que Tegger exclamó:

— ¿Quieren quemar nuestra cerveza?

—Considérenlo como pertrecho de guerra. Todos debemos contribuir. Los gigantes luchan, los Recolectores informan, y vuestro combustible...

—Nosotros vemos.

— ¿Cómo?

—Ninguna especie puede ver tan lejos como los Pastores Rojos.

—Ustedes ven, de acuerdo... Pero nosotros ponemos los cruceros, los cañones, los lanzallamas... ¿Pueden contribuir con trescientos barriles de cerveza para la guerra contra los vampiros? Una vez destilados, nos darían unos treinta de combustible. Tenemos un destilador, que es lo bastante sencillo como para ser copiado...

— ¡Trescientos barriles! ¡Eso alcanza para emborrachar a una civilización!

—protestó Warvia, pero Tegger preguntó:

— ¿Qué tamaño de barril?

—Hum... —pensó Vala—. Uno que tú puedas cargar.

Tegger había hecho una pregunta obvia, pero que llevaba implícita la intención de acordar. Y uno de los de la Máquina podría cargar al menos un sexto más de peso... Dejémosles ganar, pensó.

—Estoy pensando en utilizar dos de los cruceros. Dejaremos el tercero aquí, para que el Thurl pueda llenarlo de combustible con más tiempo.

—Whand y Chit se quedarán para supervisar la tarea —dijo Kay.

— ¿Eh? ¿Porqué? —ella ya se había preguntado por el motivo de su ausencia.

—Han tenido demasiado, jefa. Sopash y Barok también vacilan.

Warvia la Roja cambió de tema:

—Todo ataque puede ser un suicidio, a menos que conozcamos a nuestros enemigos. ¿Han hablado ya los Chacales?

—Se han llevado algunos cuerpos —dijo el Toro, encogiéndose de hombros.

—Es el precio a pagar por nuestras gentilezas —aclaró Vala; todo comerciante debía saber cómo hacerse oír—. Los Chacales tomarán últimos a los cuerpos que

hemos protegido de los gusanos. Se han llevado a los Recolectores primero porque murieron un día antes.

El día siguiente le daría la razón.

Esa noche, Kay y Whand vigilaron sobre el muro junto a Barok, a cargo del cañón. Sopash y Chit habían intercambiado lugares con ellos en la tienda.

Parecía que la guardia sería más tranquila hoy, pero también menos entretenida. Los Recolectores y el resto de los de la Máquina, junto con una hembra gigante llamada Twuk, intentaban cosas en la oscuridad. El Thurl conservó puesta su armadura. Los cuatro Rojos miraban con curiosidad algo más allá, charlando en su propio idioma y manteniéndose aparte.

Los Rojos no eran tan huraños. Se mantenían algo acartonados frente al Thurl, pero con el resto se habían mostrado relajados y comunicativos. Luego, Sopash y tres de los Rojos comenzaron a intercambiar relatos. Los Pastores tenían considerable experiencia con homínidos de todas layas, aún a pesar del hándicap de no celebrar rishathra.

Vala escuchaba sin mayor interés. Los Rojos eran guiados por su dieta. Comían la carne cruda, y eran unos pastores con pretensiones de gourmet. Criar una o dos especies de ganado era por lejos más sencillo que mantener varios tipos de animales juntos, pero gustaban de la variedad. Por ello, las tribus de Pastores trazaban sus rutas cruzando las de otros, para así celebrar encuentros y variar la dieta.

También compartían experiencias, y se habían encontrado con homínidos en una variedad de entornos. Ahora charlaban acerca de dos razas de las Aguas, y ninguna de ellas parecía ser la que Vala conocía.

El cuarto Rojo —Tegger— cumplía guardia con Chit.

El Thurl dormía enterrado en su armadura, claramente desinteresado por el rishathra o los Chacales.

Sopashintay yacía recostada contra una de los parantes de la tienda.

—Me pregunto qué estará pasando dentro del recinto esta noche —arguyó con sorna.

—Bien, el Thurl está aquí —comentó Vala—. Beedj está allí, a cargo de la defensa. Lo que el Thurl no ve, no ha sucedido.

— ¿Dónde has escuchado tal cosa? —preguntó Sopash, alzándose sobre un codo.

—Del mismo Thurl. Los machos beta estarán emparejándose alegremente, imagino, y luchando un poco entre ellos, también. Supongo que nos estamos perdiendo la diversión...

—En mi caso, por segunda vez —dijo Sopash, mirando al Thurl.

—...pero no querrán rishar de todas formas, si es que pueden aparearse. Y a mí me viene bien descansar.

—Igual pasa con el Thurl. Míralo, parece un volcán dormido.

Chit miró sonriendo a las mujeres, y se movió silenciosamente fuera de la tienda. Una espesa neblina cerraba la noche. Tomó un hueso de las sobras de la cena y lo lanzó a la oscuridad. Vala escuchó un lejano *tuck*.

Una mole plateada se elevó a su lado; Vala la vio, pero no la escuchó. El Thurl olfateó, mientras con sus manos tensaba la ballesta sin el menor esfuerzo.

—No hay nadie cerca, ni vampiros ni Chacales. Chitakumishad, ¿alcanzas a ver algo? ¿Hueles algo?

—Nada.

* Leve error del autor. Si en el Mundo Anillo no puede haber volcanes, mal puede Sopash conocerlos.

El Thurl estaba demasiado alerta como para haber estado durmiendo momentos antes. Cerró el yelmo y salió de la tienda. El Gigante de guardia, Tarun, lo siguió. Sopash se veía confusa.

— ¿No le he gustado, acaso? ¿Por qué él no...?

—No, es por los Rojos —contestó Vala en un susurro. Fueron antiguos enemigos, y ahora están alrededor. Por ello conservó puesta la armadura, y fingió dormir. Puedes apostar.

Por la mañana no quedaban cadáveres de ninguna especie entre el muro y los pastos sin cosechar; sólo se conservaban los que yacían en las sábanas. Parecía que los Chacales habían hecho caso de las palabras de Vala.

Chaychind comentó al aire:

— ¿Dónde convendrá que soltemos al jakarrch?

Coriack miró a Manack, y respondió:

—Bastará con que sea lejos de los pastos altos, pero déjame preguntar a mis compañeros. Vala, ¿cazará tu gente con nosotros?

—No lo creo, pero preguntaré.

Ninguno se mostró ansioso. La Gente de la Máquina comía carne tradicionalmente, pero la de predador solía saber a rancio.

—Nos considerarán unos cobardes si no participamos de la cacería—re conoció Kay, sin embargo—. Al menos uno de nosotros deberá ir.

—Averigua bien, primero —dijo Vala—. Esa bestia parece peligrosa. Cuanto más sabes, menos te mueres.

Él no había escuchado antes el proverbio. Rió, y contestó a ello:

— ¿No es que sólo se muere una vez?

—Así es.

Vala durmió durante la cacería.

A mediodía se levantó para participar de la comida. Kaywerbrimmis había recibido un largo tajo en el antebrazo, el muy tonto; Vala le hizo un vendaje con un trapo limpio embebido en alcohol. El jakarrch sabía a gato muerto.

Los cadáveres eran pocos ahora, pero el hedor a corrupción sobrevolaba la tienda, y la noche tan temida se acercaba.

Los Chacales les escucharían, pensó Vala. Aquellos cuerpos preservados de los gusanos serían tomados al final. Esa misma noche.

CAPÍTULO 4 – EL PUEBLO DE LA NOCHE

Cuando las sombras ya se cerraban sobre el sol, Vala encontró a Recolectores y Rojos alrededor de una hoguera. Los pequeños estaban comiendo y le ofrecieron una parte. Los Rojos habían comido sus presas a medida que las cazaban.

Una fina lluvia comenzó a crepitar en los rescoldos. Los embajadores que estaban afuera se refugiaron en la tienda: Valavirgillin, Chitakumishad y Sopashintay por el pueblo de la Máquina, tres de los Pastores Rojos, los cuatro Recolectores. Anakrin hooki-Whanhurhur, el Thurl y una mujer que Vala no conocía ya se encontraban adentro.

Habían reemplazado las pilas de hierbas por otras más frescas.

La poderosa voz del Thurl dio fin a las charlas.

—Camaradas, os presento a mi embajadora Waast, quien tiene algo que referir.

Waast se puso de pie de forma muy agraciada para alguien de semejante talla.

—Paroom y yo hemos ido a pie hacia estribor, hace un par de días. Él ha vuelto en compañía de los Rojos del pueblo de Ginjerofer, mientras que yo continué con una guardia de Pastores para hablar con la Gente de los Pantanos. Ellos no pueden unírseos, pero hablarán de nuestras cuitas con los Amos de la Noche.

—Saben que habrán de enfrentar nuestros mismos problemas —comentó Coriack.

Algo llamaba la atención de Vala. Alguna cosa hacía cosquillas a su cerebro.

Waast tomó asiento, encarándose con los Rojos.

—Vosotros no podéis compartir rishathra, pero ¿os emparejaríais, al menos?

—No es mi hora —dijo Warvia. Anakrin y Chaychind sonreían, pero Tegger parecía contrariado.

Será el viento, tal vez.

Muchas razas eran monógamas, más allá del rishathra. Tegger y Warvia debían ser pareja, a juzgar por el común apellido. Y el Thurl estaba diciendo:

—Hube de vestir mi armadura. No sabemos qué nos visitará.

Mala cosa. Había que distraer los ánimos.

¿Música?

— ¿Escuchan música ustedes? —preguntó inquieta Sopash—. No parecen cantos de vampiros...

El sonido era todavía muy leve, pero crecía en volumen ahora, dolorosamente cerca del límite superior del rango auditivo. Vala sintió erizarse la piel de su nuca y espina dorsal. Eran instrumentos de viento y cuerda, y un redoble de percusión. No eran voces.

El Thurl bajó la visera de su yelmo y salió de la tienda; la ballesta en su mano apuntaba al cielo. Chit y Silack se acomodaron a ambos lados de la entrada, las armas listas. El resto se armaba a toda prisa.

El delgado Silack retrocedió hacia el centro de la tienda. El hedor llegó con él: tufo a carroña y pelambre húmeda.

Dos grandes formas humanoides lo seguían, y tras de ellos el Thurl, mucho mayor.

—Tenemos invitados —retumbó su voz.

La oscuridad era completa dentro de la tienda. Vala sólo entrevía el brillo de los ojos y la dentadura de los Chacales, y a duras penas distinguía las oscuras siluetas que se recortaban contra la escasa iluminación del Arco que penetraba por la entrada. Pero a medida que sus ojos se acostumbraron, descubrió más detalles.

Un macho y una hembra. Un pelaje cubría casi todo su cuerpo; se veía negro, erizado y húmedo de lluvia. Sus fauces eran como enormes sonrisas, sus dientes como puñales. Llevaban unas bolsas de cuero colgando de una correa, pero por lo demás iban desnudos. Sus toscas manos estaban vacías; no habían venido comiendo. Vala se sintió terriblemente aliviada por ello, a pesar de que a duras penas resistía el impulso de huir.

Salvo Valavirgillin, era muy probable que ninguno de los presentes se hubiera encontrado antes cara a cara con un Amo de la Noche. Algunos estaban reaccionando de mala manera. Chit se quedó en la puerta, en guardia, mirando hacia fuera. Sopash se mantenía valientemente de pie, pero parecía muy cerca del límite. Silack de los pequeños, y los Rojos Tegger y Chaycind se encogieron de terror, los ojos y las bocas abiertas.

Había que hacer algo. Vala se puso de pie y se inclinó con respeto.

—Sed bienvenidos. Soy Valavirgillin, del Pueblo de la Máquina; hemos estado aguardándoos para rogar por vuestra ayuda. Éstos son Anakrin y Warvia, de los Pastores Rojos; Perilack y Manack de los recolectores; Chitakumishad y Sopashintay, también de la Máquina... —los fue mencionando a todos, a medida que iban recuperando su aplomo.

El Chacal no hesitó.

—Conocemos de vuestras varias especies. Yo soy... —emitió algo entre suspiro y susurro. Sus labios no podían cerrarse completamente; de lo contrario, sus palabras hubieran sonado fluídas en el dialecto del comercio, con un acento más parecido al de Kay que al de Vala—. Pero pueden llamarme Arpista, por el instrumento que ejecuto. Mi compañera es...—otro susurro, algo silbante; la música seguía sonando afuera—. Habrán de llamarla Travesera. ¿Cómo practicáis rishathra vosotros?

Tegger había retrocedido, pero ahora se movió como un rayo al lado de su pareja.

—Nosotros no lo hacemos —dijo.

La mujer Chacal disimuló una sonrisa.

—Lo sabemos —dijo Arpista—. Tranquilizaos.

El Thurl habló directamente a Travesera.

—Estos camaradas están bajo mi protección. No tengo inconveniente en quitarme la armadura, siempre y cuando puedas responder por su seguridad. Luego de ello, sólo deberás preocuparte por mi tamaño.

Y Waast sólo sonrió a Arpista, pero Vala admiró su compostura.

Los recolectores formaron en una línea, firmes como en revista.

—Nuestra raza practica el rishathra —anunció Coriack.

Vala echó de menos su hogar. Podría haber hallado el sustento para su pareja e hijos en otro lado, y haberse olvidado de su afán de aventuras por un tiempo. Ahora ya era demasiado tarde.

—El rishathra mantiene unido a nuestro Imperio —declaró a los Amos de la Noche.

—Es cierto que el rishathra mantuvo unido al Imperio de las Ciudades —le respondió Arpista—, pero a vosotros lo que os mantiene unidos es el combustible. Compartiremos rishathra, pero no esta noche, me temo. Presumimos que eso molestaría a los Pastores Rojos...

—No somos tan melindrosos... —protestó Warvia.

—...y además, hay otra razón —continuó el Chacal—. Ustedes tienen una solicitud que hacemos, creo.

Todos hablaron a la vez:

—Los vampiros...

—¿Habéis visto el horror...?

—...todos esos muertos...

Pero la voz del Thurl se impuso a las demás.

—Los vampiros han devastado a todas las especies en un territorio de diez días de marcha. Por favor, ayudadnos a contrarrestar esa amenaza.

—Dos o tres días de marcha, a lo sumo —contradijo Arpista—. Los vampiros necesitan refugiarse luego de un ataque. De todos modos es un territorio muy amplio, que alberga a una decena de especies de homínidos...

—Pero nos alimentan bien —dijo suavemente Travesera, su voz un tono más aguda que la de su compañero—. El problema que vosotros enfrentáis es que para nosotros no hay tal problema. Lo que es bueno para cualquiera de vuestras razas es bueno también para el Pueblo de la Noche. Los vampiros nos alimentan en forma tan segura como el ansia del alcohol ataca a vuestros clientes, Valavirgillin. Pero si vosotros sojuzgáis a los vampiros, eso nos será útil también.

Vala se mantuvo en silencio, preguntándose si los otros se habrían dado cuenta de cuánto había revelado Travesera en tan pocas palabras. Pero los demás volvieron a hablar todos juntos.

—Para que comprendáis el asunto —interrumpió nuevamente el Chacal, considerad lo siguiente. Manack, ¿qué sucedería si vuestra Reina tuviera un altercado con la gente del Thurl? Tal vez intentaríais persuadirnos de no tocar los

cuerpos que yacieran alrededor de los muros de los Gigantes. De esa forma, ellos pronto se rendirían.

—Pero nuestros pueblos jamás... —protestó Manack.

—Por supuesto que no. Pero... Warvia, vuestro pueblo estuvo en guerra con los Gigantes hace cincuenta falans. Supón que vuestra líder Ginjerofer nos hubiera solicitado que dejáramos sin tocar cualquier Gigante que hubiera atacado a vuestro ganado...

—Muy bien, ya entiendo —respondió la Roja.

— ¿Realmente lo entendéis? Nosotros no debemos aliarnos a ningún homínido en su guerra contra otro. Todos vosotros dependéis de los Amos de la Noche —cantó de pronto la mujer Chacal, en su susurrante voz—. Sin nuestros servicios, vuestros cadáveres yacerían allí donde hubieran caído, pudriéndose y contaminando el suelo y los cursos de agua.

Ella ya ha dicho antes este discurso, pensó Vala.

—Hemos prohibido la cremación, pero supongamos que no lo hubiéramos hecho. ¿Qué sucedería si todas las especies tuvieran el combustible para cremar a sus muertos? Fijaos que las nubes aún cubren este tramo del cielo, cuarenta y tres falans después de que el mar fue evaporado... ¿Os imagináis las nubes de humo de los muertos incinerados, una pestilencia que crecería falan tras falan?

»¿Acaso tenéis idea de cuántos homínidos de las diferentes razas mueren en un falan? Nosotros sí lo sabemos. No podemos tomar partido.

Chaychind hooki-Karashk había ido volviéndose más rojo a medida que ella hablaba. Ahora estalló:

— ¿Cómo podéis hablar de poneros del lado de los vampiros? ¡No son más que animales!

—Ellos no piensan —respondió Arpista—, y vosotros lo hacéis. Pero ¿podéis siempre estar tan seguros? Sabemos de razas homínidas que están en el límite del pensamiento; viven unos grados más arriba del Arco. Usan fuego si lo encuentran, y se agrupan y colaboran si la presa es grande o peligrosa. Una de ellas usa azagayas hechas con ramas largas. Otra vive en el agua; no pueden aprovechar el fuego, pero fabrican herramientas de corte golpeando rocas. ¿Cómo los juzgaríais vosotros? ¿Dónde trazaríais la línea divisoria?

— ¡Los vampiros no usan fuego ni herramientas!

—No usan fuego, pero sí herramientas —aclaró Arpista—. Bajo la lluvia sin fin, han aprendido a cubrirse con las ropas arrancadas a sus presas. Cuando termina la lluvia, simplemente las desechan.

—Comprenderéis ahora —aseveró Travesera— el porqué de no practicar rishathra con vosotros, dado que no podemos acordar con vuestros deseos —la Chacal decidió no prestar atención a los sentimientos mezclados que su discurso generó.

Vala pensó que era su turno de intentar algo.

—Vuestra ayuda nos será de inmenso valor, si halláis un motivo para brindarla. Nos habéis contado del verdadero alcance de la depredación de los vampiros, y que han de retirarse a su sitio, y que ha de ser uno solo. ¿Qué más podéis comentarnos acerca de ello?

Arpista se encogió de hombros, sobresaltando a Vala. Sus huesos parecían desencajados, como si rodaran libremente debajo del pellejo. Pero ella continuó, obstinada:

—Hemos escuchado unos rumores, ábfulas. Se cuentan dondequiera que conocen a los vampiros. Habéis de entender que, para nuestros clientes más alejados de Ciudad Central, no hay explicación para la súbita aparición de tal cantidad de noctívagos.

—Su tasa de natalidad es alta —hizo notar Arpista.

—Así es —agregó Travesera—, y pequeños grupos se han desprendido del cuerpo principal, buscando otros refugios. En realidad, diez días de marcha no es una hipótesis tan aventurada.

Todos los demás esperaron que Vala continuara llevando el peso de la conversación.

—Pero la fábula crece, a pesar de no parecer veraz. Cuenta que la víctima de un vampiro se levanta de entre los muertos convertida ella misma en vampiro...

—Eso —declaró Arpista— no tiene el menor sentido.

Y por supuesto que no lo tenía.

—Estoy de acuerdo con ello, pero la historia ofrece una explicación a la causa de que la plaga se extienda tan rápidamente. Miradlo desde el punto de vista... —con cuidado ahora— ...del Pueblo Colgante. Están por todas partes, como sabéis —Vala se colgó con un brazo de la viga superior, dejando colgar sus piernas—. ¿Qué debo hacer?, se preguntará una viuda. ¿Debo permitir que mi pobre Vaynya vuelva una noche como mi enemigo? —remedó ella—. Los Amos de la Noche nos prohíben quemar a los muertos, a pesar de que otras veces sí lo han...

—Nunca —repuso Travesera.

—A doce días de camino a giro y estribor de Ciudad Central, los Cavadores conservan recuerdos de una plaga que...

—Eso fue hace mucho, y lejos de aquí —restalló Arpista sus dientes—. Nosotros mismos diseñamos el crematorio y les explicamos cómo usarlo antes de retirarnos.

Volvimos al cabo de unos falans, y la plaga ya había sido vencida. Los Cavadores aún cremaban a sus cadáveres, pero los persuadimos de que dejaran de hacerlo. Fue sencillo, dado que la leña era escasa.

—Ahora alcanzas a ver el peligro —recalcó Vala—. No creo que los moradores de aquí se avengan a cremar a sus muertos enseguida...

—No. Veríamos las trazas de humo.

— pero si una de nuestras especies clientes comienza, el resto las imitará.
—Entonces —dijo luctuosamente Travesera— habríamos de pensar en un trato de exterminio. Valavirgillin tragó saliva, sintiendo un escalofrío. Se inclinó en forma respetuosa y concluyó:

— ¿Por qué no comenzar ahora, entonces? Pero contra los vampiros.

Travesera lo meditó un rato.

—No será tan sencillo. Ellos también rigen la noche...

Vala cerró los ojos con cierto alivio. *Pero ahora es una preocupación, un desafío, y las especies menores esperarán de ti que lo resuelvas. Ahora estás en mis manos.*

Los Chacales limpiaron de hierbas parte del piso de la tienda. Trazaron el suelo en plena oscuridad, haciéndose comentarios el uno al otro en su propio y sibilante idioma. Discutieron sobre algunos rasgos que nadie podía ver, se pusieron de acuerdo, y luego Arpista se puso de pie.

—Cuando las sombras se retiren, podéis examinar este mapa. Hasta entonces habréis de esperar, pero os describiré lo que vais a ver. A dos días y medio de marcha hacia giro y babor, la antigua estructura de un centro industrial flota en el aire a unas doscientas alturas de hombre.

—Ah, yo conozco una ciudad flotante —dijo Vala.

—Por supuesto. Cerca de tu Ciudad Central hay una serie de edificios conectados. Los flotadores son raros ya por estos días. Creemos que éste en particular fabricaba maquinaria para los Constructores de las Ciudades. Más tarde fue abandonado.

»Los vampiros han vivido debajo de este flotador por varias generaciones, cientos de falans. La sombra perpetua que entrega el edificio es perfecta para su raza. Los habitantes de la zona hace tiempo que se mueven fuera de su alcance. Las migraciones y comerciantes pacíficos son advertidos de que es zona que hay que evitar; vuestros guerreros deberán arreglarse por su cuenta.

»Una cadena montañosa hacia antigiro y babor desde el Nido de Sombras se interpone entre vosotros y ellos. Forman una barrera, y una vez ha impedido la dispersión rápida de los girasoles. Los homínidos del lado lejano dieron en llamarlas Barrera de Llamas, por el fuego que a veces se veía a lo largo de sus crestas.

»Finalmente los girasoles lograron atravesar la cordillera, y atacaron el Nido de Sombras según su modo habitual; los vampiros no podían protegerse de los rayos horizontales de luz. Pero entonces llegaron las nubes.

Varias cabezas asintieron en la oscuridad. Arpista continuó:

—El alcance de los vampiros se hizo mayor entonces, ampliándose a un día de marcha. Travesera probablemente tiene razón; el daño es mayor que lo que yo dije antes. Su población ha aumentado, y el hambre obliga a las nuevas familias de vampiros a invadir otros dominios.

— ¿Pueden ustedes retirar esas nubes? —preguntó Vala.

Ambos chacales rieron sonoramente.

— ¿Acaso estás hablando de *mover* nubes? —preguntó Travesera.

—Os lo suplicamos.

— ¿Por qué piensas que nosotros podríamos hacer tal cosa?

Por encima de las risas ahogadas del resto, Valavirgillin declaró:

—Luis Wu las hizo.

—Ah, sí, el Reparador Omnívoro —dijo Arpista—. Un homínido no muy raro, que decía venir de afuera del Arco, de las estrellas. Tenía herramientas que demostraban que tal cosa era cierta, pero nunca supimos que pudiera fabricar nubes.

— ¡Pero sí que las hizo! —bramó el Toro—. Él y el antiguo Thurl hicieron hervir un mar para fabricar esas nubes que vemos ahora...

—Pedidle ayuda a él, entonces.

—Luis Wu se ha ido. También el viejo Thurl...

—Nosotros no podemos mover esas nubes. Quvergüenza la nuestra...—rió Arpista—. Creedme, nosotros no podemos hacer que vosotros mismos no podáis.

—Usaremos vuestros mapas —dijo el Thurl—; os estamos muy agradecidos por ello. Guiaré un ejército con todas las especies que se dispongan a la lucha y destruiremos ese nido de vampiros.

—Thurl —dijo Travesera—, tú no puedes ir.

Arpista preguntó porqué, sorprendido. Ella comenzó a explicarse, pero el Thurl no esperó a escuchar los motivos:

— ¡Yo soy el protector de mi pueblo! —ladró, haciendo vibrar la tienda—. Cuando éste va a la lucha, yo peleo en primera fila...

—Con tu armadura —lo interrumpió la mujer Chacal.

— ¡Por supuesto!

—No podrás usarla. Tu armadura retiene tu olor. Quienes vayáis a la lucha, deberéis hacerlo desnudos. Os deberéis lavar en toda agua que halléis, y habréis de limpiar cada superficie de vuestros carros y cruceros. ¿No os dais cuenta que los vampiros no deben oleros?

Buen punto ése, pensó Vala.

—Nuestro cuello de botella es el combustible —estaba diciendo Chitakumishad—. Los Rojos fabrican una cerveza que podría ser destilada para los cruceros...

—Entonces id a la guerra cruzando la zona de los Pastores Rojos. Nosotros podemos acercarnos en forma secreta a los planos de vuestro destilador, mañana mismo —ofreció Travesera—. Ellos comenzarán a fabricar el combustible allí, mientras aquí vosotros haréis otro tanto con estos pastos y el alambique que tenéis. Eso os pondrá frente al Nido de Sombras en no más de un día a partir de hoy.

Chit asentía vigorosamente, su propia cabeza llena de cálculos.

—Combustible para dos cruceros, ida y vuelta...

—Habréis de cruzar la Barrera de Llamas, pero creo que vuestros vehículos lo conseguirán. Hay algunos pasos practicables.

—Eso requerirá más combustible...

—Y para explorar, o para vuestros trapos húmedos, o para los lanzallamas... ¿Qué hay con ello? Sólo si salís victoriosos os hará falta el combustible de regreso, y para entonces vuestro tercer crucero podrá alcanzaros, o abandonaréis uno allí.

—Habremos de viajar en parejas —recomendó Arpista—. Travesera y yo siempre nos movemos juntos. Thurl, conocemos vuestras costumbres, pero también sabemos que de vez en cuando vuestra tribu se divide. Hacedlo de tal manera. Tegger, tú y Warvia confían en que resistirán a los vampiros, pero ¿qué hay de los otros dos machos? Habrán de buscar pareja, para no volcarse a rishar con chupasangres. Anakrin y Chaycind, debíerais volver a vuestros lares y...

Los argumentos siguieron apareciendo. Nadie aceptó los planes de guerra ofrecidos por los Amos de la Noche sin hacer críticas. Sólo Vala permaneció en silencio, sabiendo que había ganado su batalla.

Están con nosotros. Verdaderamente. Y habrán de bañarse también...

CAPÍTULO 5 – EL MORADOR DE LA RED

VILLA DE LOS TEJEDORES, 2892

No supieron cuánto tiempo había estado por allí el mago. Los jóvenes habían ido al Bosque Grande, a competir atrapando aves. El chico Parald lanzaba con visible gracia; su red mantenía la forma por más tiempo en el aire y volaba más lejos que las de los demás. A pesar de que sólo había atrapado dos pájaros, Strill estaba meditando algo para decirle, cuando se le ocurrió levantar la vista.

El mago estaba sobre el río, flotando alto sobre las plateadas aguas, parado en un grueso piso en forma de moneda, no más amplio que la altura de un hombre.

Ellos dieron voces, pidiéndole que bajara. Cuando los escuchó, detuvo su imponente ascenso sobre los árboles y descendió lentamente. Sonrió, y habló en una lengua desconocida. La mayoría de su cuerpo era lampiño, pero eso no era raro entre los visitantes.

Lo guiaron a casa, charlando todo el camino. Algunos de los jóvenes tantearon su saber con insultos; Strill les reprochó por ello, y luego supieron que ella estuvo acertada al hacerlo.

El mago nunca aprendió su lengua más allá de unas pocas palabras —como flup, o rishathra—, pero portaba un collar que hablaba como un maestro para cuando alcanzaron la villa.

Cualquier individuo de una especie extraña puede enseñar algo. Un mago que vuela, servido por un vehículo mágico, debía ser un educador excelente.

Habían pasado nueve años desde que se despidió de Kawaresksenjajok y Harkabeeeparolyn, y diez desde que Chmeee partió del mapa de la Tierra. Once habían pasado de aquel día en que abordaron el Patriarca Oculto y se hicieron a la mar inmensa. Doce desde el retorno a Mundo Anillo. Y cuarenta y uno desde que Luis Wu y sus extraños compañeros del Embustero chocaron contra la superficie, congelados en éstasis, a mil trescientos kilómetros por segundo.

Los primeros homínidos que había conocido eran unos seres pequeños, lanudos y religiosos fanáticos.

Estos jóvenes parlanchines parecían ser de una raza similar. Le llegaban al mentón, estaban cubiertos por un pelaje claro y bastante mullido, y vestían faldas de color marrón apagado. Lanzaban con increíble destreza sus redes, maravillosamente tejidas, en medio del laberinto de troncos por debajo de las copas de los árboles, que se desplegaban como la sombrilla de una seta.

Eran muy amigables. Todas las razas de alrededor del Gran Océano eran amistosas con los extranjeros; Luis ya estaba acostumbrado a ello.

La muchacha de mayor edad le preguntaba algo.

— ¿Qué forma tiene el mundo?

Se hizo el silencio, y las cabezas se volvieron. ¿Sería una prueba, acaso?

—Yo debiera preguntar antes que contestarte, Strill. ¿Qué forma tiene el mundo?

— El Morador de la Red dice que es único, la forma del infinito. Yo, sin embargo, no lo entiendo. Sólo veo un arco, como aquél... —ella señaló a lo lejos. Se veía una multitud de pequeños tejados cónicos al pie de la colina, diseminados entre los árboles: una gran ciudad engarzada a lo largo del vasto río. Corriente arriba, por donde ellos llegaban, aparecía un arco que encerraba al río; ancho en sus bases y haciéndose más delgado hacia la cima—. Como la Puerta del Río.

Entonces, todo estaba bien.

—El Arco es la parte del Anillo en la que no estás parada, Strill.

¿Quién será ese Morador de la Red?, se preguntó.

Caminaba a pie firme con ellos, mientras arrastraba con una mano la pila de platillos de carga, que flotaba a su lado.

Había millones de éstos en el Centro de Reparaciones, bajo el mapa de Marte. Luis había apilado varios, los había unido y luego soldado algunos aditamentos en el disco superior: un manillar, un respaldo para el somero asiento, un depósito para ropas y otro para alimentos, y un pequeño jet de posición, tomado de los repuestos de las sondas del Inferior. Y además, algo que había rescatado como botín de la batalla que había tenido lugar once años atrás: el botiquín de la aerosilla de Teela Brown.

En la villa, varios peludos adultos y niños vieron llegar temprano a los cazadores de aves. La mayoría continuó con sus tareas, pero un hombre y una mujer esperaron a un lado del arco para recibirlos. Strill les gritó:

— ¡Es un mago! ¡Señor Kidada, me ha dicho que el mundo es un anillo!

El hombre tenía los ojos fijos en los platos de carga.

— ¿Lo sabe usted, de veras?

—Lo he visto con mis propios ojos. Soy Luis Wu, del Pueblo de la Esfera.

No debería significar nada para ellos, pero sin embargo, los adultos se quedaron asombrados y los niños dijeron uuuhh.

— ¿Luis Wu, de la Esfera? —repitió la mujer. La edad había tornado blanco una parte de su dorado pelaje, y más aún en el caso del hombre. Sus faldas, largas hasta la rodilla, eran de tan elaborada tapicería que serían valiosas en cualquier cultura—. Yo soy Sawur, y éste es Kidada, ambos del Concejo, ambos del Pueblo Tejedor. Tú no eres del Anillo, ¿verdad? El Morador de la Red nos ha asegurado que eres sabio y poderoso.

— ¿El Morador de la Red?

¿Cómo podía alguien saber sobre él aquí?

—El Morador de la Red es ciertamente de otro mundo. ¡Posee dos cabezas! Y sus sirvientes, iguales a él, son incontables...

Oh, nej.

— ¿Y qué más os ha dicho el tal Morador?

—Nos ha mostrado imágenes desde muy alto en el Arco.

— ¿Y qué han visto en ellas? ¿Vampiros?

—Unos extraños seres blancos que viven en tinieblas, y una alianza de varias razas homínidas que se preparan a combatir con ellos. ¿Puedes informarnos algo sobre eso?

—Sé algunas cosas sobre los vampiros. Quizá el Morador sepa más que yo; no he hablado con él por treinta y seis falans.

— ¿Cómo celebra rishathra tu gente?—preguntó Sawur, disimulando una risa nerviosa.

Luis sonrió ampliamente.

—Tan bien como podamos. ¿Y los vuestros?

—A los Tejedores se nos conoce por lo gentiles que somos con nuestras manos, y a los visitantes les agrada acariciar nuestro pelaje. Debo preguntarte: ¿habremos de darnos un baño?

—Ésa es una buena idea.

Se llamaban a sí mismos el Pueblo Tejedor.

Su villa —su ciudad— no se veía hacinada, pero crecía y crecía, trepando abajo y arriba por ambos márgenes del río, floreciendo entre los árboles de la vasta foresta. Sus viviendas eran caparazones de mimbre trenzado, como hongos bajos.

Luis estaba siendo guiado a través de un risco vertical, hecho de pálida y desnuda roca.

— ¿Puedes ver el agua corriendo tras de esa cara del acantilado? —le preguntó Kidada—. Los baños están ahí abajo. La luz del sol calienta las aguas un poco, mientras fluyen.

La alberca era larga y estrecha. Había montículos de faldas entramadas, desparramados sobre unas mesas bajas; Sawur y Kidada añadieron las suyas a uno de los montones. Tres surcos paralelos corrían entre el pelaje de los glúteos del viejo, bordeados de pelos blancos; eso luego le daría pie a Luis para indagar acerca de posibles predadores.

Los Tejedores se bañaban solos. Los mayores y los más pequeños parecían mantenerse juntos, pero los adolescentes lo hacían aparte, y raramente en parejas. Luis había aprendido a tener en cuenta tales detalles.

El agua era barrosa, y no pudo ver toallas ni nada parecido. Se quitó las prendas —un atuendo de campaña de Canyon y una mochila, traídos desde doscientos años luz de distancia—, las puso sobre una de las mesas y entró caminando a la alberca. Cuando vas a Roma, haz como los romanos.

Tampoco estaba tan cálida; ni siquiera tibia.

Poco a poco se fueron mezclando las distintas generaciones, a medida que los Tejedores rodeaban al visitante extraño, al maestro. Los encuentros con una nueva especie siempre suscitan las mismas preguntas.

—Mis compañeros y yo guiamos aquella vez nuestra nave hasta las costas del Gran Océano, cuarenta falans atrás. Encontramos sólo desolación. Mucho antes de que cualquiera de vosotros hubiera nacido, el Puño-de-Dios alzó la costa a cuarenta alturas de hombre, a lo largo de veinte mil días de marcha.

Hubo alguna confusión entre ellos. El traductor de Luis acomodaba su descripción en medidas terrestres al día de treinta horas del Anillo, y a los setenta y cinco días que duraba un falan; pero la medida de los días de marcha variaban de especie a especie. Luis flotó sobre sus espaldas, removiendo el agua con sus manos, mientras discutían acerca de distancias, tiempos y alturas. No había prisas; ya conocía la música.

—Los pueblos más a giro de aquí recuerdan al Puño-de-Dios en sus leyendas. Algo mayor que cualquier montaña atravesó el suelo del mundo a velocidad de infierno, de abajo hacia arriba, hace unos tres mil quinientos falans —hacia el año 1200, supuso Luis por aproximación—. Empujó la tierra hacia arriba y se abrió camino a través de ella como una bola de fuego. Pueden ver desde aquí la montaña que dejó como huella, y los desiertos alrededor. La costa del Gran Océano se movió unos ciento cincuenta mil kilómetros más atrás. Todos los sistemas de vida cambiaron debido a ello.

El agua apenas le llegaba a las axilas, y era más playo aún en los extremos de la estrecha alberca, donde los más jóvenes estaban reunidos. Una especie de danza se estaba iniciando: no parecía un juego de cortejo, pero las hembras a su alrededor eran de la edad de emparejarse, y los machos de esa edad se retiraban hacia el exterior, formando un anillo. ¿Un baile de rishathra?

Su vista tropezó con la atenta mirada y hermosa sonrisa de Strill. Todos tenían preguntas que hacerle. Siempre las mismas. Pero Luis había detectado un brillo metálico en el desnudo risco sobre su cabeza. La telaraña fractal estaba fuera del alcance de los tejedores, y no resultaría salpicada por el agua que fluía hacia la alberca.

Por eso habló en beneficio de su oculta audiencia.

—Hubimos de volver al océano, o no hubiéramos encontrado qué comer. Viajamos por dos falans a lo largo de la costa, y descubrimos la enorme entrada de un río. De modo que nos movimos río arriba. Poco a poco las tierras volvieron a ser fértiles a lo largo del río, y permanecemos en el vasto valle del afluyente por treinta y cinco falans. Entonces mis amigos, dos Ingenieros de las Ciudades, quisieron quedarse en un poblado río abajo, y me dejaron partir.

— ¿Porqué te dejaron solo?

—Ellos tenían niños que cuidar. Yo continué río arriba. Afortunadamente, la gente ha sido muy amistosa dondequiera que he ido. Siempre les han gustado mis historias.

— ¿Y porqué te sorprende eso, Luis Wu? —indagó Sawur.

Él sonrió a la mujer.

—Cuando llega un visitante a tu pueblo, probablemente no coma lo que tú comes, o no duerma donde tú lo haces, o no se sienta cómodo en tu casa. Aquí en el Anillo, un extraño nunca es competencia para quien lo recibe. Pero en las Esferas, hay sólo una raza en todos los mundos. Allí un visitante puede significar malas noticias.

A esto siguió un silencio algo incómodo. Lo rompió uno de los pequeños marrones, detrás de Strill.

— ¿Puedes tú hacer esto, Luis Wu? —dijo, y pasó un brazo sobre su hombro y otro por detrás, tomándose las muñecas en su espalda.

Luis Wu rió. Alguna vez quizá hubiera podido hacerlo.

—No.

—Entonces habrá que lavarte las espaldas —dijo, y todos se acercaron.

La gran ventaja del Mundo Anillo era la variedad. Y lo bueno de la variedad era que el rishathra no sería tan útil como era si hubiera requerido de complicadas maniobras previas.

— ¿Cómo celebra rishathra tu gente?

—Es necesario que declares tu sexo...

— ¿Cuánto os aguantáis sin respirar? (el Pueblo de las Aguas)

—No, pero nos agrada hablar de ello.

—No lo hacemos. No os ofendáis por ello (los Pastores Rojos)

—Así fue como regimos el mundo (los Constructores de las Ciudades)

—Sólo con especies inteligentes. Ven, resuelve este acertijo...

—Sólo con especies no inteligentes. Preferimos no vernos involucrados...

— ¿Podemos verte a ti con tu compañera? (Luis tuvo que explicar cierta vez que Chmeee no era un homínido, y que era macho).

Se preguntó cuánto sabrían los Tejedores acerca de la telaraña de bronce instalada sobre sus cabezas. Estaban separándose por parejas ahora, pero no copulaban en público. ¿Cómo harían el rishathra?

Sawur lo guió fuera de la alberca, y con ayuda de Luis se sacudió unos litros de agua de su pelambre marrón y blanca. Al advertir que él estaba temblando, lo secó con su propia falda.

Luis olió a carne de ave a la parrilla.

Luego de vestirse, Sawur lo llevó hacia un círculo de viviendas hechas con mimbres trenzados.

—La Casa del Concejo —dijo, señalando una de ellas.

Las aves se cocían sobre un pozo con ascuas. El aroma era tentador. Aves y un enorme pescado, atendidos por...

—Sawur, éstos no son Tejedores.

—No, son Pescadores y Navegantes.

Un Tejedor de mediana edad cuidaba del menú, auxiliado por siete extraños, de dos especies distintas. Dos machos tenían las manos palmeadas y los pies amplios y planos, y un aceitoso pelaje cubría sus sinuosos y curvados cuerpos. Los otros cinco, tres machos y dos hembras, eran una versión más robusta y voluminosa de los mismos Tejedores, aunque con las mandíbulas distintas. Quizá lo suficientemente cercanos como para reproducirse, pensó Luis. Los siete vestían aquellas fantásticas faldas.

El mayor de los Pescadores, Shans Estrangula-Serpientes, hizo las presentaciones. Luis intentó recordar parte de los nombres. Su traductor los completaría, siempre que él recordara al menos un par de sílabas.

Shans estaba comentando:

—Los cambiamos por estas ropas, ¿comprendes? Somos competidores. Cuando Hishtare Clavados-desde-Rocas y yo ofrecimos cocer a la parrilla este monstruoso pescado que los Navegantes capturaron río abajo, ellos también se ofrecieron a hacerlo. Después de hablarlo con Kidada, aprendimos algo muy útil: pedir un precio menor.

—Mientras tanto, discutamos cómo cocinarás nuestro pescade—ése era el Navegante, Wheek—. Al menos, Kidada recibe sus aves en la forma en que las quiere.

—Yo diría que esas aves están listas —dijo Luis—. No estoy tan seguro respecto al pescado. ¿Cuánto hace que estás con él?

—Estará a punto en no más de cien respiraciones —aseveró Shans—. Cocido por debajo para los Navegantes, tibio por arriba para nosotros. ¿De dónde comerás tú?

—De abajo.

Los Tejedores, a medio secar aún, se agruparon para la comida. Las aves fueron retiradas del fuego; el pescado continuó allí. Luis pensó hacerse de algunos vegetales al día siguiente.

Conversaron.

Los hábiles dedos de los Tejedores construían redes para cazar las pequeñas aves y bestias del bosque, pero también vestiduras, que comerciaban aprovechando el río. Mallas, hamacas, redes de pesca, bolsos de cintura y mochilas... Una variedad de cosas, útiles para una variedad de especies.

Pescadores y Navegantes comerciaban a lo largo del río, acarreado la mercadería de los Tejedores, y también pescado ahumado o frito, sal, raíces...

Discutían de negocios, y Luis se aburría. Preguntó a Kidada por sus cicatrices, y le fue referido un encuentro con lo que parecía ser un enorme oso. Los otros Tejedores se abstrajeron de ellos; seguramente habrían oído lo mismo muchas veces. Kidada contó una buena historia, pero si había que juzgar por ella, sus cicatrices debieron haber estado en pleno pecho.

Al crepúsculo, todos los Tejedores parecieron desaparecer de repente. Sawur guió a Luis hacia un anillo de tiendas; sus pies crujían sobre hierbas secas.

Pescadores y Navegantes se quedaron conversando a la lumbre de los rescoldos. Alguien les recomendó desde lo oscuro:

—No se pongan a vagar por ahí. Sólo los Nocturnos usan esas sendas de noche.

Se agacharon para entrar bajo la protectora sombra de una cúpula de mimbre. Sawur se enrolló contra él, y cayó dormida al instante. Luis sintió una momentánea irritación, pero las especies difieren.

Dormir en lugares extraños ya era trivial para Luis Wu. No le había molestado en falans... no, en años. Ni dormir en los brazos de una mujer desconocida, ni aún rozándose contra un pelaje blando... como dormir con un perro grande. Tampoco el hecho de dormir en grupo. Pero con el ojo del Inferior cerca... Bien, eso lo mantuvo despierto un buen rato.

En algún momento de la noche, soñó que un monstruo hundía los dientes en su pierna. Se despertó, ahogando un grito.

Sawur le preguntó, sin abrir los ojos:

— ¿Qué te sucede, maestro?

—Un calambre. En mi pierna —Luis rodó alejándose de su abrazo y se arrastró hacia la entrada.

—También me dan calambres a veces. Camina un poco —dijo Sawur, y se sumió en el sueño.

Se puso de pie fuera de la tienda, renqueando un poco. Un costado de su pantorrilla aún daba alaridos. Odiaba esos calambres.

La luz proyectada por las zonas iluminadas del Arco era bastante más clara que la reflejada por la Luna de la Tierra en su fase llena. El botiquín le curaría del calambre, pero no más rápido que una breve caminata.

Sus pies hollaron las hojas secas.

Follaje seco alrededor de las tiendas. Amigables como eran, los Tejedores debían tener sus métodos para prevenir los hurtos. Las hierbas secas quizá fueran su alerta.

El calambre ya cedía, pero se encontró totalmente despejado. La pila de plataformas de carga flotaba fuera de la cabaña de invitados. Subió a bordo, y cruzó los flecos de la valla sin hacer el menor sonido, moviéndose a través de los troncos del bosque.

Nada nocturnos, esos Tejedores. No había el menor signo de ellos. Durmiendo como lirones, ¿cómo podían evitar los robos? Los otros visitantes se habían retirado también. En el río, unas linternas iluminaban la proa y popa de un velero de casco largo y de poco calado, al que no había prestado atención antes.

Un par de minutos más tarde, flotaba silenciosamente sobre la alberca, bajo el reflejo del Arco.

Hubo un movimiento en el risco... y un relámpago iluminó su cara.

Luis maldijo, entrecerrando los ojos. Miró dentro del brillo, a través de una ventana de bordes desdibujados, hacia un impresionante cono color ceniza, cubierto de lo que parecía nieve sucia. En cualquier otro mundo eso era un volcán. Pero en Mundo Anillo, era un cráter meteorítico empujado desde abajo. Se veía muy parecido al Puño-de-Dios, coronado por el vacío y dejando al descubierto el material del suelo del Anillo.

¿Sería un mensaje del Inferior?

Si el titerote se había enterado del curso de Luis río arriba, podría haber hecho volar la sonda para colocar este artefacto espía en el acantilado, y en otros sitios, sin duda. Habló con los tejedores... Había sido sencillo, pero ¿para qué tomarse tantas molestias? ¿Qué era lo que quería?

Algo salió despedido del cráter. Algo más. Tres «algos» en diez segundos.

—Esto fue hace seiscientos diez horas —dijo una familiar voz de contralto—. Observa.

La vista se acercó a los tres objetos. Espacionaves de forma lenticular, y grandes. Diseño kzinti, supuso Luis. Se detuvieron sobre la cumbre, luego iniciaron un lento descenso, volando a dos o tres metros por encima de la congelada pared del cráter.

—Los acorazados se movieron muy despacio. Te lo mostraré en cámara rápida.

Las naves aceleraron enérgicamente montaña abajo. Por encima y por debajo de ellas, las nubes se deslizaron formando rulos aerodinámicos.

—Les llevó dos horas y veinte minutos cubrir unos dos mil kilómetros, porque se mantuvieron por debajo de la velocidad del sonido. Sorprendentemente prudentes, para ser kzinti. Luego se separaron, como ves.

El paisaje y los móviles frenaron de golpe. Dos de ellos giraron en ángulo recto y se alejaron, a ambos lados. El tercero retomó el rumbo.

Hubo un cegador relámpago de luz blanca. Luego la escena fue la misma de antes, pero las naves se veían medio derretidas, y reflejaban como espejos. Comenzaron a descender... No, a caer.

—Campos de éstasis. Han detenido tu rayo —dijo Luis.

—Me preocupas, Luis. Te has equivocado dos veces en pocas palabras. ¿Acaso tu cerebro está deteriorándose?

—Eso puede suceder —dijo Luis, ecuánime.

—El láser fue de muy alta intensidad. Un enorme flujo de energía quedó atrapado dentro de los campos antes de que pudieran siquiera formarse.

—Pero...

—Vosotros con Nessus ~~habéis~~ sobrevivido a un ataque similar, simplemente porque *nuestros* mecanismos de defensa actúan realmente rápido. Pero esos

acorazados kzinti no son más que bombas ahora. Y fue la defensa antimeteoritos, pero... yo no la utilicé.

—Sí, seguro.

—Observa.

La vista cambió completamente, enfocando ahora al sol, oscurecido a límites tolerables para el ojo humano. De la fluída tormenta de la superficie se desprendió una pluma, en velocidad acelerada. Creció, moviéndose directamente hacia la cámara... cientos de miles de kilómetros. Una brillante onda de choque comenzó a crecer desde su base, y azotó luego la pluma, que se hizo de pronto terriblemente brillante.

—Un efecto láser supratérmico; definitivamente, la defensa contra meteoritos del Anillo, Luis. Pero no fui yo quien la utilizó.

El inferior podría estar mintiendo, pero ¿porqué golpear a unas naves invasoras?

— ¡Jamás hubiera hecho semejante cosa! Yo quería entrar en contacto con ellos. Un hipermotor me libraría de este maldito sitio.

—Supongo que debo creerte, pero... Inferior, ¿piensas que alguien más está en el Centro de Reparación, contigo?

—No creo que mis defensas hayan sido superadas. Pero hay dos océanos, Luis.

Le llevó unos momentos a Luis comprender el alcance de las palabras del Ser Último.

Un único océano hubiera desbalanceado el Anillo. La masa de agua involucrada era tan grande como la de una luna de un planeta joviano. Tenía que haber al menos dos, en puntos opuestos del arco, y así era.

Ellos habían hallado el Centro de Reparaciones bajo el mapa de Marte, en el Océano más cercano. El otro permanecía inexplorado.

Y estaba del otro lado del Anillo. El diámetro del Anillo era de dieciséis minutos luz. Dieciséis minutos pasarían antes de que un segundo Centro de Reparaciones pudiera informarse de unas naves invasoras a través del Puño-de-Dios. Ocho minutos más tomaría el comenzar a influir sobre el sol. Bastante más tiempo — ¿una hora? ¿Dos? — para lanzar una pluma de gas a lo largo de uno pocos millones de kilómetros, y luego hacerla lasear. La terrible espada de luz debía recorrer otros ocho minutos luego de formarse.

Dos horas y veinte minutos era una conjetura plausible.

—Entiendo. Asumes que hay otro Centro de Reparaciones en el lado opuesto del Anillo, y un protector al mando.

— ¿Porqué ha de ser un protector? Sin embargo, yo pienso lo mismo.

—Porque un protector encontraría el medio de llegar y acceder. Y en el difícil caso de que un simple homínido lo consiguiera, un *criador*, sería un protector ahora. El otro Centrotambién debe estar infestado con el Árbol de la Vida, igual que el que habitas. ¿Es por eso que me buscas? Tú sabes tanto de los protectores como yo, y ya es muy tarde en la noche. Mi cerebro no funciona bien a estas horas.

—La edad también debe estar afectando tu cerebro. Necesitamos conversar, y tengo otras cosas que mostrarte. Luis, ¿hice bien al presentarme ante los Tejedores y enterarles de tus poderes? ¿O no debí haberlo hecho?

—Muy considerado de tu parte, pero pudo haberse escapado de tu control.

Los Tejedores dormían, pero tanto los Pescadores como Los Navegantes podrían haber visto las imágenes, y ¿quién podía asegurar que no había algún Chacal por la zona?

Pero en realidad...

El Inferior no advirtió la repentina sonrisa que iluminó la cara de Luis.

—Esos Tejedores me parecieron muy hospitalarios —comentó el titerote.

—Todas las razas en derredor del Océano son fraternas, si vigilas bien lo que dices.

— ¿Tienes noticias de los otros?

—Chmeee tomó un vehículo de asalto para cargar su equipo. ¿Has puesto una cámara en él?

—La ha quitado y enterrado —se lamentó el titerote.

Luis rió de buena gana.

—Bien, podrá desenterrarla si acaso necesitar a ayuda. ¿Qué hay de los Ingenieros? —preguntó el Inferior.

—Cuando los dejé, Kawaresksenjajok y Harkabeeparolyn tenían dos hijos crecidos y otro en camino. No podría decir que nos aburríamos juntos, pero... en fin. Se quedaron en una villa río abajo, con uno de los botes de asalto. Enseñan allí, y a lo largo de la costa. ¿Cómo estás tú?

— En estos momentos no estoy presentable. Luis... —los tres globos plateados rodando montaña abajo fueron reemplazados por un brillo de nieve, una cadena montañosa bajo la plena luz del día. Un círculo de color verde rodeaba dos puntos que trepaban por un paso entre montañas —...permíteme dirigir tu atención hacia esto. Hace diez años te mostré...

—Lo recuerdo. ¿Es en la misma zona?

—Sí. Fue tomada hace tres días, por una cámara que monté en una estructura flotante sobre un nido de vampiros.

— ¿Es esto lo que has mostrado a los Tejedores?

—Sí.

La imagen se acercó. Eran dos grandes y burdos vehículos de seis ruedas, posiblemente movidos por vapor. Uno de ellos estaba dando la vuelta, sobre la pendiente. La cámara se centró en el otro, enfocando el asiento de conducción.

—Dime, Luis, ¿esos son Gente de la Máquina?

—Correcto —respondió—. Nota las barbas. También los vehículos son de los suyos, pienso. Oye, un momento...

- Luis, el programa de reconocimiento de mi computador...
- ¡Esa es Valavirgillin!

CAPÍTULO 6 – EL PASO DEL CORREDOR

La Barrera de las Llamas se veía gastada y erosionada.

Nadie salvo Valavirgillin las podía ver de esa manera. Luis Wu, del Pueblo de la Esfera, le había enseñado a ver el mundo como si fuera una máscara. Él y sus extraños acompañantes habían visto el lado opuesto, negro como la noche, donde los mares eran ampollas, las cordilleras eran sartas de pozos, y enormes cañerías extraían el flup de los fondos marinos para verterlo en las montañas derramadas.

Algún ente había tallado la Barrera de Llamas para adecuarla a un capricho estético, y labrado varios pasos en la cordillera para conveniencia de los viajeros. Algunas tribus de los Rojos habían seguido la retirada de los girasoles esclavistas, cruzando por el paso del Corredor. Dos de esos mismos Rojos guiaban ahora a los cruceros.

La noche mordía el borde del sol para cuando los cruceros superaron la cresta del paso del Corredor. Ninguno de ellos había visto el cielo claro en semanas, por lo que se gloriaron en ello. Las nubes sin límite quedaban debajo. La nieve no era muy profunda, pero lo suficiente como para que las ruedas resbalaran. Vala tenía problemas para conducir en línea recta. A derecha e izquierda las montañas ardían, debido al reflejo de la luz solar en las pendientes nevadas.

Debajo y por detrás del puesto del conductor, escuchó a Waast hablar con alguien fuera de su vista.

—Cuando cruzamos nosotros, no había nieve. Los girasoles la habían evaporado. Tegger fue quien le respondió.

—A los girasoles no les gustan las nubes. Queman todo lo que se mueve. Oye, Waast, ¿es buena idea separar los vehículos tan cerca del anochecer?

—Quien decide es el Crucero Uno —dijo firmemente la Gigante.

El Rojo frunció el ceño.

—Por supuesto que el piloto es quien da las órdenes. Pero presta atención a esto: las parejas han sido separadas. Valavirgillin y Kaywerbrimmis, Travesera y Arpista también... Kaywerbrimmis y Chitakumishad son ambos machos; ¿qué sucederá si los vampiros vienen? Warvia y yo estamos siempre separados. Beedj está contigo, Paroom con Twuk y Manack con Coriack, pero ¿qué hay del resto?

Vala guió el Crucero Uno ladera abajo, fingiendo no haber escuchado la conversación. Esa era la típica manera en que un Rojo expresaba su descontento: cuchicheando a las espaldas de uno. ¡Parejas!

La siguiente curva del camino reveló un ancho río de aguas marrones a lo lejos.

Los Rojos eran monógamos, y se emparejaban. No les agradaba que los separaran, pero cada crucero requiere un guía. Lo mismo pasaba con Kay y Vala: dos cruceros necesitan dos conductores... ¡Pero ella no era la pareja de Kay!

Y aquí llegaba Pilack a la carrera, por delante del Crucero Dos. Vala cortó la línea de combustible y dejó que el crucero se detuviera.

Los Recolectores corrían como el viento. Pilack la miró desde abajo, sonriendo mientras recuperaba el aliento.

—Kaywerbrimmis quiere subir más arriba.

Ella atisbó hacia atrás. A la izquierda del paso, la ladera era suave. Kay debía estar más allá del borde visible de la nieve, y querría tener una mejor visión del frente.

— ¿Hemos de esperarle aquí?

—Dice que no lo esperes. Detén el crucero si encuentras problemas. Te tendremos a la vista, e iremos hacia ti si lo necesitas —dicho esto, desapareció.

Sobre la colina, la tripulación de Kay aliviaba de carga el crucero. Eran varias toneladas. Sin Paroom y Twuk, hubieran tardado horas. Pero poco rato después el Crucero Dos volvía a moverse. Kay iba a los mandos, y el resto caminaba detrás, todos excepto Travesera, por supuesto. La hembra Chacal no se levantaría hasta medianoche.

Una curva los puso fuera de la vista.

El Crucero Uno contaba con Valavirgillin y Sabarokaresh, Waast y Beedj, Manack y Coriack, Tegger y Arpista. Viajaban fuera de la cabina de carga, sobre la plataforma. La cabina nunca había estado tan limpia, tan desodorizada. Arpista hubiera deseado refugiarse en su oscuridad, pero prefirió hacer como el resto, y cumplía sus turnos bajo el toldo, recostado sobre la cubierta y bajo unas mantas.

Los representantes del Pueblo de la Máquina en el Crucero Dos eran ambos machos. Vala y Kay habían dudado en tomar a Chitakumishad. Hubieran preferido a Sopash, pero nadie quería arriesgar su embarazo. Chit se había vuelto medio loco durante el ataque de los vampiros, pero al menos era un tipo despierto y hábil con las herramientas.

Pero todo estaría bien. Siempre habría el rishathra.

El Uno estaba debajo de la capa de nubes ahora. La luz menguante revelaba que el sol ya estaba cubierto por la mitad. ¿Qué era aquello que se movía allá en el río?

—Tegger, necesito tus ojos. Mira hacia el río y dime qué ves.

Los Recolectores eran cortos de vista; apenas podían verse los pies. Los de la Máquina tenían buenos ojos, pero ninguno como los Pastores. Tegger se trepó sobre la cabina de conducción, haciendo sombra con una mano sobre sus ojos; luego subió a la torreta del cañón, aún más arriba.

—Dos vampiros. Son horribles, Vala. ¿Puedes escucharlos?

—No.

—Creo que están cantando... Oye, una forma negra está saliendo del agua. ¿Cómo se ven las Gentes de las Aguas?

—Negros y húmedos. De tu tamaño, pero compactos y sinuosos...

—Brazos cortos —continuó Tegger—. Manos grandes con dedos palmeados... ¿Los pies también? Han tentado a uno de ellos. Ahora uno de los vampiros se aparta río

abajo. Supongo que será cuestión de géneros, no puedo asegurarlo a esta distancia. ¿Qué tan rápido podemos viajar?

—No lo suficiente.

No llegarían a rescatarlo. Ahora estaban más cerca. Vala podía distinguir dos formas blancas y una negra. Una de las blancas deambulaba por la costa; la negra se cimbreaba hacia la otra, que la recibió en sus brazos. Un momento después, la blanca se dejó caer de espaldas sobre el fango de la orilla.

La sombra negra se acercó nuevamente a ella, con los brazos extendidos. La blanca pareció asustarse y recular por la ribera, pero luego recuperó su coraje —o recordó su hambre—, se alzó y aceptó el abrazo.

Blanco contra negro. Vala pudo oír un chillido similar al de un gato de montaña, cuando la figura blanca se soltó del abrazo y corrió a lo largo de la costa, aguas arriba.

La figura negra no podía atraparla ya. Se detuvo y lloriqueó, con un desolado bocinazo.

— ¿Qué tan rápido? —Tegger de nuevo.

—Llegaremos antes de la mitad del paso de la sombra, a tiempo de darnos un baño. Luego habremos de testear nuestras defensas, pienso. Será mejor que el Dos se quede allá arriba. Manack, ¿me has oído? ¿Coriack?

—Te escuché —dijo Coriack—. Crucero Dos se queda arriba hasta el amanecer.

—Corre a decirle a Kay, y luego te quedas allí. No quiero que vuelvas solo por las laderas cuando anochezca.

Beedj se había apeado, caminando al frente y a la derecha, su ballesta cargada. Barok preparaba el cañón. Tegger continuaba sobre la tronera.

El homínido negro yacía inconsolable sobre el lodo del río. Pronto giró a un lado y contempló el crucero en su descenso. Esperó.

Manack se lanzó a tierra desde la plataforma y corrió adelante. La pistola de Vala estaba en sus manos, lista.

Un vampiro cantó.

La melopea era inconfundible, y hacía rechinar sus nervios. Manack se detuvo con una sacudida. Vala no vio blanco a qué tirar.

El Ser del Río anadeó, atravesando los arbustos. El segundo vampiro se mostró tímidamente, yendo a su encuentro, levantando implorante sus brazos. Era un macho. Con el canto y la esencia abriéndose camino en su cerebro, Vala disparó.

La bala lo alcanzó bajo la axila, volteándolo violentamente. En la creciente oscuridad, su sangre se veía igual de roja que la de cualquiera de ellos. Vala había recibido un buen golpe de esencia; estiró la mano y se plantó un trapo con pimentena.

Manack vaciló en seguir adelante. El Ser del Río se lanzó hacia el herido. El vampiro se retorció en agonía, luego quedó laxo.

Vala llevó el crucero hacia ellos. El resto de la tripulación tomó tierra.

Pelaje negro y resbaladizo, piernas y brazos cortos, anchas manos y pies, cuerpo sinuoso... y ropas. El torso de la hembra del Río estaba cubierto con el pelaje marrón de alguna otra criatura. Ella miró hacia el grupo, luego se apartó del vampiro con visible esfuerzo.

—Saludos —dijo—. Yo soy Wurblychoog... —un líquido fluir de sílabas y un esbozo de sonrisa—. Vosotros no podréis pronunciarlo.

—Saludos, Wurple. Soy Valavirgillin. Dime, ¿porqué huyó el vampiro?

—Por esto— dijo la mujer, y sus manos se deslizaron por su cuerpo.

La prenda que vestía era más rígida alrededor de su cuello. Los laterales eran de un cuero suave, sin pelos, probablemente rasurado. El resto, frente y espalda, el pelaje de alguna bestia marina.

—Usamos un gel que despide un predador flotante del Lago Profundo, a medio día de camino a campo traviesa. El animal envenena a los peces y se los come, el veneno está en el gel. Embadurnamos unas pieles de nutria con el gel, luego rasuramos los laterales, para que no nos dificulten al nadar. Los vampiros detestan el veneno... Oh, pero primero debemos... debemos... —se volvió hacia Manack—. ¿Puedes tú nadar, pequeño valiente? ¿Puedes retener el aliento por un rato?

—Me ahogaría —respondió éste.

La hembra se volvió hacia Vala.

—La tribu de la Corriente sólo dispone de cuatro de estos chalecos. Antes, los vampiros solían impedirnos llegar a la costa. Desde entonces, de cuando en cuando uno de nosotros se calza un chaleco y permite que algún vampiro lo abrace; esto les enseña a dejarnos en paz. Luego podemos cazar tranquilos en la costa por algún tiempo.

—Has mostrado gran coraje.

—Mostré mi coraje para Borubble, para que me tome por esposa.

—Y de paso, llevas algo de esencia en ti... —comentó Waast.

— ¡Hediondo flup! Eso no es algo para ser dicho. Tú, el Rojo, ¿puedes bucear al menos por diez respiraciones?

Tegger negó con la cabeza. Estaba harto del tema. La mujer de la Corriente suspiró.

—Hemos oído hablar del rishathra, pero nunca lo hemos practicado. ¡Siempre hemos de emparejarnos! Le daré a Borubble las buenas nuevas. Le hablaré también de las visitas. Quedaos aquí en el llano barroso, así veréis llegar de lejos a los vampiros.

Cruzó el lodo y se lanzó al río antes de que Vala encontrara algo inteligente que decir.

El agua podía ocultar otras amenazas, de modo que el grupo completo se bañó con armas de filo en las manos. Más tarde, Barok y los Recolectores caminaron río arriba para pescar. Vala lo envidió un poco, pero debía quedarse a organizar las defensas.

El Crucero Uno pasó la noche en el llano barroso. Nadie vino a visitarlos, ni vampiros ni Gente del Río.

Todo iba demasiado bien, se dijo Vala. Demasiado acorde a lo planeado. Eso la inquietaba.

Sus preparativos habían quedado terminados apenas tres noches antes.

Cuatro Rojos habían formado parte del contingente embajador, pero sólo. Warvia y Tegger permanecieron con ellos. Los otros dos machos, Anakrin hooki-Whanhurhur and Chaychind hooki-Karashk, fueron persuadidos de retornar al territorio Rojo, llevando instrucciones que serían la salvación de todos ellos. Whand había tenido suficiente de los vampiros, y con Sopash esperaba un hijo. Debían ser ellos quienes se quedaran para fabricar el combustible del tercer crucero. Eso dejaba a Valavirgillin y Kaywerbrimmis, los conductores que quedaban, al mando de los dos cruceros que partirían.

Habían definido los componentes de cada grupo desde el principio, pero luego discutieron acerca de ello cada noche.

Rastrillar las montañas de heces de los Gigantes durante varios días no colaboró a que aceptaran mejor a los del Pueblo de la Máquina, Vala estaba segura de ello. Pero la bosta de los herbívoros les había proporcionado varios barriles de salitre una vez cristalizada.

El mapa topográfico trazado en la tienda había ido volviéndose más elaborado y hermoso. Sólo a mediodía y medianoche podían los Chacales y las otras especies trabajar en conjunto en él, pero tuvieron un falan completo, setenta y cinco días, para hacerlo.

La mugre había sido reemplazada por greda de colores. Una vez que los testigos se hubieron puesto de acuerdo sobre las formas del paisaje, lo cocieron al fuego para endurecerlo y luego lo decoraron, marcando con arena de colores las posibles rutas para los vehículos. Ahora seguían esas líneas cuando la noche se cerró, y todos se retiraron a la cabina.

Los vampiros no atacaron todas las noches durante ese falan de preparativos, pero acudían en vastos enjambres.

No aprendían, no se comunicaban. Moonwa había montado la ventana cedida por la Gente del Pantano en la pared, hacia estribor y giro. Los vampiros atacaban siempre desde ese cuadrante, y los guerreros de cuatro especies los mataban con balas y dardos, disparándoles alrededor del borde de un escudo invisible.

Vala llegó a aprender cómo disparar las ballestas, con tanto tiempo de práctica. Disfrutó del falso sentimiento de seguridad que brindaba la ventana... Falso, porque no detenía la esencia.

El edificio principal de los Gigantes semejaba un domo, con sucios muros que iban estrechándose hacia la cima y un poste central. Era muy extenso, pero estaba atestado. Mil quinientos Gigantes de la Pradera, más mujeres que hombres, y muchos más niños, y bebés por dondequiera... generaban una fetidez que podía cortarse con cuchillo.

Wemb estaba en medio de un racimo de esposas. La alimentaban con sus manos, mientras comían ellas, y parecía disfrutarlo. Barok se llegaba hasta ella, y ella sólo debía recostarse, sin necesidad de levantarse. Se recuperaban bien, pensó Vala, luego de aquella terrible noche entre los vampiros.

Barok habría de viajar en el Crucero Uno. Vala se preguntó si al final él también optaría por retirarse del juego—como habían hecho Whand y Sopash—, o si confrontaría al enemigo que se había apoderado de su hija.

Los Gigantes eran muy voluminosos, pero no les molestaba el hacinamiento. Para la Gente de la Máquina, descubrió Vala, el quid era evitar ser aplastado por ellos.

Los Rojos eran un tema espinoso. Los Gigantes se mantenían apartados de ellos.

Si tanto los Rojos como los de la Máquina se veían abrumados, ¿cómo podrían evitarlo los pequeños Recolectores? Sin embargo, desarrollaron estrategias que parecían funcionar bien. Algunos jugaban con los niños, otros acicalaban a los adultos. Sus ojos miopes hallaban parásitos con facilidad.

El Thurl, liberándose de una decena de sus mujeres, preguntó cortésmente a Vala, sin asomo de malicia en su voz:

— ¿Habéis hallado lo que buscábais entre las heces?

Parecía la hora de revelar otro secreto.

—Sí, y os lo agradecemos. Cuando mezclemos esos cristales que conseguimos en las heces con el sulfuro y el carbón que los Rojos están reuniendo, tendremos el fuego que impulsa nuestras balas.

—Ah —dijo el Toro, intentando ocultar su sorpresa.

De todas formas, no podría fabricar pólvora, se dijo ella; no conocía las proporciones. Pero al menos ahora sabía que rebuscar entre la mierda no era una más de las perversiones de su Pueblo.

En medio de la calma, los cantos de los vampiros se insinuaron, y el reposo se convirtió en tenso silencio.

Pero ahora, el canto tenía un acompañamiento musical. Primero se acomodó al cantar de los vampiros. Vala había aprendido a manejar el arpa, la travesera, el chifle, la tuba. Pronto la música de los Amos de la Noche se arremolinó, sacudiendo el canto y ahogándolo, mientras la tuba en el fondo marcaba el ritmo cada vez más rápido, siguiendo al de los corazones. Y ahora ya no se escuchaban más los cantos.

En el crepúsculo siguiente, aún estaban rodando. A la noche acamparon en un risco sobre el río. Los vampiros los dejaron en paz.

Habían alcanzado las hordas de Ginjerofer temprano en el segundo día. Los Rojos tenían el combustible listo. También el sulfuro y carbón, que hubieron de importar de lejos, cambiándolos por sus tesoros, a pesar de que aún no había mucho para mostrar en favor de la empresa.

La noche los alcanzó antes de que acabaran de cargar los cruceros. Los Pastores acamparon en derredor de los vehículos. Cuando llegaron los vampiros, los cañones dispararon por sobre las cabezas de los honderos Rojos. Al amanecer, más de cuarenta vampiros yacían muertos.

Los cruceros partieron con varios regalos, y la gente de Vala hizo también presentes; pero esos cuarenta cadáveres los unieron más que los bienes.

El tercer día los encontró cruzando el paso del Corredor. Su longitud era de un día de marcha, pero se vería incrementada por las dificultades del terreno, la altitud, los desniveles y otros detalles. Sin embargo, Vala consideró que podrían superarlo en un par de días. Eso les permitiría alcanzar el refugio de los vampiros al mediodía del siguiente día, si es que eran tan estúpidos como para viajar directamente allí.

Al día siguiente por la mañana, el Dos bajó por la ladera. Warvia iba sentada sobre la casamata del cañón, bajo un toldo de tela.

Twuk gritó, jovialmente:

— ¡Waast! ¿Aún sostienes que el paso del Corredor es el más sencillo de practicar?

— Si los Rojos y los Amos de la Noche coinciden en ello, ¿cómo objetar?

— ¡Pues te diré que lo mismo opinan los vampiros!

El Crucero Dos traía el alboroto de una gran victoria. Incluso la cara de Arpista se apartó de la oscuridad, y entrecerrando los ojos por la luz, sonrió en forma grotesca antes de hundirse en las sombras de la cabina.

El festejo animó a todos. Vala vio incluso varias cabezas negras asomadas a lo largo de la costa. La Gente de la Corriente no se acercó, sin embargo, y lo dejó pasar, mientras Kay, Chit, Twuk, Paroom, Perilack y Silack se atropellaban para contar su historia.

Kaywerbrimmis había estacionado el Crucero Dos en un saliente de roca sobre el paso. La vista estaba cubierta de nubes —que no era lo que había esperado—, pero podía aguardar un rato. Todos se habían bañado en cada afluyente que cruzaron, dos veces en tres días. Si esto no era suficiente, al menos lo habían intentado.

(No estaban muy limpios ahora, pensó Vala, aunque sí sonrientes, confiados y peleándose por hablar. Pudo adivinar algo de lo que había pasado esa noche.)

La oscuridad fluyó sobre ellos, y los vampiros comenzaron a fluir también, a través del paso. Arpista, que tenía turno de vigía, dio aviso al resto.

La carga pesada que habían dejado en el paso antes de seguir subiendo debía tener rastros de su olor. Kay dirigió el cañón levemente a estribor de los bultos y esperó. Mató a veinte de ellos con sólo tres cargas.

Los noctívagos dejaron libre el paso por un rato, luego intentaron cruzarlo a la carrera. Los aliados aprovecharon la oportunidad de practicar su puntería, pero en caso de no tenerla segura los dejaban pasar. Los cascajos y balas se podían recuperar, pero la pólvora había que cuidarla.

Se apiñaron de nuevo, poco más tarde. Kay volvió al cañón, y derribó en el acto a la mayoría.

—Traían prisioneros, Vala. Machos lentos y grandes, de amplios hombros y manos fuertes. Mujeres de torsos amplios, una cabeza más bajas que los hombres. Todos de pelo amarillo, creciendo en sus cabezas como si fueran hongos. Warvia pudo verlos mejor, creo.

—Conocemos a los Granjeros —respondió ésta, como volviendo a la vida—. Son herbívoros. Plantan y cuidan vegetales y raíces, y crían animales también, en sociedad con algunas tribus de Pastores Rojos, que los defienden. Pero no vimos Rojos anoche.

—No iban agrupados entre sí —comentó Paroom—. Tampoco intentaron escapar, aprovechando la confusión. Cada uno marchaba con un vampiro como... huh... compañero. No podía disparar al vampiro sin herir al otro. Pero les disparamos al resto, a los vampiros que no tenían compañeros...

—Nos estaban cantando —siguió Twuk—. Travesera tocó su instrumento, y eso los asustó...

—No pude usar el cañón a causa de los prisioneros —completó Kay—. Quizá ya no hubiera salvación para ellos... ¿Desde cuándo los vampiros toman prisioneros?

—Los arriaban, quizás —adujo Tegger.

Habló como ausente. Estudiaba a Warvia, que no cruzaba miradas con ninguno de los presentes. De todas formas, el arreo era un feo pensamiento. Doblemente feo: implicaba una incómoda inteligencia en los vampiros.

Kaywerbrimmis continuó el relato.

—El viento era frío y húmedo, y mantuvo limpias nuestras narices hasta la mitad de la noche. Otros vampiros intentaron cruzar, y éstos no tenían prisioneros. Corrieron. Tal vez el olor a los propios muertos los puso nerviosos. Fue una linda cacería, pero luego el viento viró y comenzamos a sentir su olor.

Travesera miraba a lo lejos bajo su toldo de la cima; escuchaba, aunque su cara estaba en sombras.

—Debimos haberlos capturado, Kay. Nuestra música los confunde, los paraliza.

Los ojos de Kay estaban clavados en Vala.

—Lo que fuera. Invité a Travesera a unírseme en rishathra... —eso era una forma elegante de decir: ¡la Chacal estuvo a punto de unirse a los vampiros!.Y mientras ella tocaba, ambos danzábamos. Warvia me acusó de abandonar la lucha, pero el resto cayó bien en la cuenta de lo que sucedía...

En medio de la carcajada general, el susurro de tenor de Arpista sonó muy claro:

— ¿Cómo estuvo él?

—Inspirado —concedió Travesera—. Paroom también.

—Todos... —Kay se detuvo, pero Vala se dio cuenta al instante—. Todos nos unimos. Has de entender, Vala, los teníamos amontonados en el paso. Tan pronto como cesamos de disparar, pasaron a través como un caudaloso río. El aire estaba tan denso con su esencia que podríamos haber fabricado ladrillos para venderlos a los ancianos.

Tegger observaba a su pareja. El silencio de Warvia le tenía molesto, pensó Vala, pero aún le faltaba escuchar lo peor.

—Supongo que el Thurl nos cedió a Thuk porque ella es bastante pequeña. Una decisión inspirada.

Twuk le sonrió con placer. Warvia miraba a lo lejos, con cara de piedra.

—Dos décimos de la noche pasaron así, presumo. Luego el viento cambió. Yo no me di cuenta enseguida; el olor a vampiro ya no estaba pero nuestros olores sí. Entonces Chit dijo que...

— ¡Los chupasangres trataban de alcanzarnos a través del hielo! —aulló éste—. Son casi del mismo color de la nieve...

—El viento comenzó a soplar en ráfagas, y se mantuvo así —continuó Kay—. Ellos captaron nuestro olor y nos buscaron, y éramos claramente visibles, imagino...

—Eran cientos —dijo Paroom.

—Pero al romper la mañana, se retiraron. Hemos dejado una alfombra de vampiros muertos en el paso.

— Nada apesta tanto bajo el Arco como ~~el~~ ~~mercado~~ un centenar de chupasangres. Hasta ellos mismos evitan a sus muertos.

—Quizá valiera la pena tenerlo en cuenta —razonó Vala.

—A medio amanecer ya ~~hab~~ ~~er~~amos cargado todo, y recuperamos unas cuantas balas y metralla —comentó Twuk—. Vala, creo que hemos visto el Nido de Sombras.

—Háblenme de ello.

— ¿Warvia?

La Roja habló desde la torreta, sin mirar hacia abajo.

—Desde giro, la luz del día se acercaba a nosotros, mientras aún permanecíamos bajo la oscuridad. Todos estábamos exhaustos, pero yo conservé mi puesto, aquí en la torreta del cañón. Las nubes se apartaron, y pude ver dos líneas negras horizontales a lo lejos. Difícil precisar qué tan lejos o a qué altura, pero era una placa negra con estructuras arriba, más alta hacia el centro y con un brillo plateado, y su negra sombra paralela debajo.

—No es mucho más de lo que Arpista ya nos contó —dijo Vala, sondeándola.

Warvia reprimió un gesto de ira.

—Pude ver los meandros de un río, este mismo río, fluyendo bajo la sombra.

—Sabemos del Nido de Sombras —dijo una nueva voz.

Una forma oscura y satinada, de género y edad inciertas se elevó de las aguas, apeándose en el fango.

—Yo soy Rooballabl. Bienvenidos a la Corriente, vuestro paso por ella será libre. Yo hablo el idioma mejor que la mayoría. Me han contado que ustedes no risharán.

—No bajo el agua, Roobla —aclaró Vala, con pesar. Eso debía ser toda una hazaña—. Cuéntanos del Nido de Sombras.

—Es una cueva sin muros —dijo la forma—. Un techo negro de mil quinientos pasos de circunferencia, con los lados abiertos. Los vampiros han vivido y crecido allí desde mucho antes que cualquiera de nosotros naciera.

Arpista habló desde las sombras; sólo Vala pudo oírlo.

—Mil quinientos pasos de circunferencia deben de ser unos quinientos pasos de diámetro, para los de la Corriente. Doscientos para los Gigantes, trescientos para el resto de nosotros. Trescientos pasos de diámetro, tal como nos fue contado.

—Roobla, ¿qué tan alto es ese techo?

Rooballabl intercambió una larga serie de cornetazos con otro de ellos, aún sumergido.

—Fudghabladi no está muy seguro —luego de más cornetazos cruzados, declaró lo suficientemente bajo como para bloquear la lluvia, aún con un viento fuerte. Comprended, sólo Fudghabladi ha estado ahí.

—¿Cómo es el río bajo el Nido de sombras? ¿Pueden nadar los vampiros?

Un concierto de trompetas ahora. Uno se adelantó: franjas blancas en la cabeza, y a lo largo de donde debían estar sus fauces... Y lanzó más cháchara hacia Rooballabl. Al final, éste dijo:

—Hay que bucear muy cerca del fondo para pasar por él. Pero ninguno de nosotros lo hace ya. El agua es un albañal, a veces incluso un whonkee... —palabra desconocida—. Los vampiros nunca nadan.

Desde su sitio en las sombras, Arpista acotó:

—Whonkee, camino de los muertos.

Vala asintió.

Warvia se zambulló dentro de la torreta del cañón.

Vala prestó atención al Crucero Dos mientras la discusión se acallaba. Warvia no se veía. Y... ¿dónde estaría Tegger?

El pueblo de la Corriente había observado a los vampiros por generaciones, pero desde su personal punto de vista. Los noctívagos solían arrojar esporádicamente cadáveres al agua, cientos cada vez, de diez o veinte especies distintas, incluyendo la propia. Tiempo después, había un exceso de peces. Eso podía ser un dato valioso..., pero el viejo Fudghabladi no se había acercado al Nido en veinte falans, al menos. Dejando de lado la pesca fortuita, nada había de deseable en acercarse al Nido de Sombras.

Vala bajó la voz.

—Oye, Arpista. Esos cadáveres que caen al río son pérdidas para vosotros, ¿verdad?

—Los peces los comen, y los Pescadores comen peces, y al final de todo siempre estamos nosotros.

—Y un cuerno. Os están robando.

—Vala, los vampiros son animales. Los animales no roban.

Escuchó que Rooballabl estaba diciendo:

—...nadie excepto la Gente de la Corriente ha podido entrar al nido de sombras y salir con vida, pero ¿porqué hacéis todas estas preguntas? ¿Qué os trajo aquí, a todas vuestras especies?

Beedj habló antes de que Vala pudiera argüir:

—Venimos a poner fin a la amenaza de los vampiros. Los atacaremos en su propio terreno; otras varias razas de homínidos que no pueden viajar nos apoyan en esta cruzada.

La Gente del Río discutió el asunto. Vala creyó oír algunas risas ahogadas.

Pero tal vez se equivocaba. Rooballabl se volvió otra vez hacia ellos.

—Valavirgillin, creemos que hay un Amo de la Noche entre vosotros.

—Dos de ellos nos acompañan. Otros nos han acompañado como amigos. Ellos no soportan la luz diurna, Roobla.

—Los Chacales y vampiros son ambos Gente de la Noche.

¿Insinuaba el negro ser que eran aliados?

—Compiten por las mismas presas, en el mismo terreno. Es algo más complicado en realidad, pero...

— ¿Estáis seguros de que están de vuestro lado?

Por todo un falan, Vala se había preguntado por los motivos de los Chacales. Ahora contestó:

—Sí, estamos seguros.

—No podremos viajar con vosotros.

—No, por supuesto, ya...

—Pero si hacéis rodar vuestros vehículos cerca de la Corriente, podremos viajar a vuestro lado, Fudghabladi y yo. Os contaremos cosas. Nos pondremos los chalecos, os enseñaremos yendo aguas abajo.

Comenzaron a trabajar en los detalles. Era un inesperado golpe de suerte, y Vala supo que debía aprovecharlo, sobre todo desde que ni Tegger ni Warvia volvieron a ser vistos.

CAPÍTULO 7 – EL ALMA EN PENA

Tegger estaba en cuclillas, su espalda contra la roca blancuzca, muy calmado. La maleza a su alrededor lo cubría casi por completo, ocultándolo a la vista.

Este era el modo de cazar de los Rojos, y él estaba de cacería en su cabeza, buscándose a sí mismo. Sus manos jugueteaban con la espada, rozando el filo.

Varios pensamientos sobrevolaban la mente del Rojo. Si les permitía posarse, inevitablemente estarían relacionados con Warvia. Y sabía que no podría enfrentarlos.

El constante rumor de las aguas lo adormecía. No podría escuchar aproximarse a ninguna criatura con ese ruido de fondo. Sin embargo, podría olerla, o detectar el movimiento en los arbustos a su derredor. Y con su espada tenía suficiente defensa.

Toda la acción estaba allá, en la ribera del río. En determinado momento, las negociaciones se convirtieron en alguna fiesta del baño.

Una espada también era útil para autoinmolarse. Bastaba sólo con tomarla al revés. Quizá saltar desde una roca... El pensamiento acarició su mente.

—Tegger hooki-Thandarthal...

Tegger saltó y se detuvo sobre la roca, su espada dibujando círculos en el aire, aún antes de que su mente se percatara. Los vampiros no hablan. ¿Quién...?

Una voz apenas más alta que el sonido del río, tan suave que Tegger debía casi imaginársela, le dijo:

—No te haré daño, Tegger. Concedo deseos.

Nada vivo estaba a la vista. ¿Sería un alma en pena?

— ¿Deseos, has dicho?

—Alguna vez fui una mujer. Ahora ayudo a quienes buscan ser mejores personas. ¿Qué deseas de mí?

—Deseo morir.

—Eso es un desperdicio —dijo la voz, luego de una breve pausa.

Tegger logró oír un chirrido de esfuerzo escondido en el susurro. De alguna manera, no creía que su espada fuera lo suficientemente rápida para defenderlo.

—Espera —dijo.

—Esperaré —el susurro se oyó aún mas cerca.

Tegger había hablado dos veces sin usar el cerebro. Había evadido también una rápida muerte. ¿Acaso la deseaba? Pero si los deseos podían realizarse...

—Algo sucedió anoche; algo que no debió suceder. Deseo que nunca haya sucedido.

—Eso no puede ser.

Todo hombre en el Crucero Dos, no importa la dieta, el aspecto, el olor que tuvieran, había yacido con su mujer. Todos debían morir, pensó. Pero... ¿y las mujeres? Todos los que estaban enterados. Warvia también, aunque su mente se resistió a la idea.

«Nos han hecho esto a Warvia, a mí... ¡La culpa es de los vampiros! ¿Deberé matar a la mitad de nuestro ejército con un deseo? Indefensos, el resto moriría. Y la tribu de Ginjerofer luego...»

Descubrió, de repente, cómo se derrumbarían las tribus Rojas bajo la presión de una plaga creciente de vampiros. Hombres y mujeres, incapaces de confiar unos en otros, se separarían encolerizados. Las familias y tribus se desintegrarían. Los vampiros los tomarían entonces uno a uno...

—Deseo que mates a todo vampiro bajo el Arco.

—No tengo tal poder —dijo el susurro.

— ¿Qué poderes tienes?

—Tegger, soy una mente, y una voz. Conozco cosas. A veces puedo ver cosas antes de que tú las veas. Y jamás miento.

Era una criatura bastante inútil.

—Alma en pena, tus buenas intenciones son mayores que tus medios. ¿qué tal si deseo un pescado para comer?

—Puedo hacer eso. ¿Podrás esperar?

—Lo haré, pero... ¿porqué?

—No debo ser vista. En realidad, sería más rápido si te explico cómo conseguir el pez por ti mismo.

Verdad, la ribera estaba muy activa.

— ¿Tienes un nombre?

—Llámame como desees.

—Murmullo.

—De acuerdo.

—Murmullo, quiero matar a los vampiros.

—Lo mismo que todos tus compañeros. ¿Volverás con ellos?

Tegger se estremeció.

—No.

—Piensa en lo que te hará falta. A esta altura, ya has de saber que el poder de los vampiros tiene más alcance que tu espada.

Tegger gimió, la cabeza gacha, las manos sobre las orejas. El susurro aguardó a que se tranquilizara, y luego dijo:

—Necesitarás defensas. Podemos hacer una lista.

—Murmullo, no quiero tratar con ninguno de ellos.

Rememoró las largas noches durante el último falan, entre la gente del Thurl, y las veces que él y Warvia intentaron explicar porqué su naturaleza monógama los hacía superiores a la lujuria del vampiro. Eso irritó a las otras razas.

—El primer vehículo está vacío, salvo por Arpista. Duerme, pero aún si despertara, no te molestará. Toma lo que necesites.

Vala deseaba incorporarse al espíritu del asunto.

El agua estaba fría. Había que mantenerse activo para no perder el calor. Parecían estar bañándose unos a otros. Las discusiones que involucraban fisonomías o rishathra podían resolverse con sólo señalar. Chitakumishad y Rooballabl intentaban una disposición que dejaría la boca de Chit por sobre el nivel del agua. Beedj y Twuk miraban y hacían sugerencias. Los parásitos habían sido removidos ya, pero los Recolectores aún tenían éxito con las picazones en la espalda.

Barok se dio vuelta, sonriendo. Sus manos tomaron a Vala de los hombros y la giraron firmemente, y luego comenzó a rascar la espalda de ella con algún tipo de alga peluda.

Todo era maravillosamente amistoso, como siempre lo era entre especies que no competían por las mismas necesidades. Pero sería perfecto si sólo Warvia y Tegger salieran de la cabina y vinieran corriendo, tomados de las manos.

Vala miró sobre su hombro. El sonido del río cubriría su voz.

—Sabarokaresh, necesito tu ayuda. Os necesito a ti, a Kaywerbrimmis y Chitakumishad.

Barok continuó con sus friegas.

— ¿Qué clase de ayuda?

—Quiero que vengan conmigo; echaré una mirada en el Crucero Dos.

Sus manos se detuvieron. Miró alrededor.

—No me parece que haya que molestar a Chit ahora.

—No. ¿Piensas que lo lograré?

—Creo que sólo conseguiré ahogarse. Allí está Kay. Curiosa vista.

Kaywerbrimmis yacía sobre su estómago, de la cintura hacia abajo en el agua, dibujando mapas en el cieno de la orilla con las puntas de los dedos. Una de las personas del Río a su lado le aconsejaba. Vala se movió hacia el costado libre de Kay y lo interrogó:

— ¿Algo que aprender?

—Tal vez.

—Concédeme un rato de tu tiempo. Te necesito con Barok.

Él miró alrededor, estudió la cara de ella y decidió no hacer preguntas. Se empujó sobre sus piernas, y ayudó a Vala a salir del agua, tan desnuda como él y Barok. No había chance de que se acercaran a la pila de ropas.

Ella andaría desnuda por siempre, si no lloviera tanto. ¿Era tan peligrosa la ropa? Pero no era sólo cuestión de limpieza. Un vampiro podía haber aprendido que había sangre fresca bajo una capa de tejido o cuero.

Pero no eran las ropas lo que hubiera buscado, sino su mochila.

Una mochila se vería incongruente en una mujer desnuda.

Oh, bien, seguramente no habría de qué preocuparse.

Cuando los tres estaban lo suficientemente lejos para evitar ser oídos, Vala preguntó:

—Kay, ¿cómo actuó Warvia anoche, durante...?

—Rishó con todos nosotros.

Ella se subió a la plataforma.

— ¿Estaba molesta?

—Lo estaba. A veces intentó salir afuera. Tal vez sólo para librarse de nosotros, o tal vez para irse con los vampiros. La hubieran atraído, de todos modos. Ella no era inmune, según decía.

—Kay, nadie creyó tal cosa...

—Warvia sí se lo creyó. Imaginarás que no podíamos dejarla salir. Cuando llegó el día, intentamos que se calmara al respecto. Kay hablaba masticando las palabras—, pero no funcionó. Tal vez una mujer, o alguien que no hubiera estado allí... podría hacerla hablar.

—Lo intentaré.

Vala liberó la traba de la poterna e ingresó en la cabina.

No estaba demasiado oscuro. La luz se filtraba por la torreta del cañón. Vala olfateó los fantasmas de viejos cargamentos y esperó a que sus ojos se acostumbraran.

Pólvora. Minch y pimentena. Grandes pilas de pasto para Twuk y Paroom. Jabón: una sustancia extraña, fabricada por una especie que habitaba lejos a estribor. Olfateó buscando viejos tufo, el sudor frío de las gentes refugiadas contra el ataque, la agonía de los heridos; pero esos olores habían sido limpiados. No había trazas de olor a sangre.

Trepó por la escala hacia el cañón. Ni signos de Tegger.

Kaywerbrimmis asió su tobillo. Ella sollozaba a medias.

—Oh, flup, estaba tan segura de que todo estaba cubierto de sangre... Tegger habría adivinado, ¿y cómo podría Warvia mentirle? ¡Warvia!

Los pies de la Roja colgaban como muertos de la tronera del cañón. Vala se asomó hacia adentro por la apertura.

—Warvia, ¿dónde está él?

No hubo respuesta.

—Bien, ¿cómo lo ha tomado?

—Está muerto por dentro —respondió al fin.

—Warvia, querida aliada, nadie creyó realmente que fuerais inmunes a la esencia de los vampiros...

—Pensé que me mataría —dijo ella—. Esto jamás había cruzado por su mente.

— ¿Podemos hacer algo por él?

—Supongo que querrá estar solo.

— ¿Y tú?

—Yo también.

Vala bajó por la escala.

—No puede perderse —aseguró Kaywerbrimmis—. Puede seguir el rí, o las huellas de los cruceros. Tal vez sólo necesita algo de tiempo para digerir lo que ha sucedido.

Ella asintió con tristeza. Kay miró al cielo.

—Vala, hemos de mover los cruceros.

—Tomaré la retaguardia —mientras los tripulantes preparaban el Crucero Uno, tal vez ella pudiera encontrar a Tegger. Pero no lo creía posible—. Mantén tus ojos en Warvia, ¿quieres? ¿O deberá venir conmigo?

—Tómala. Eres el jefe, y ella tiene los mejores ojos...

—Ésa no es la razón.

—Pero es una excusa válida. Ella podrá hablar contigo porque... —y se encalló ahí.

—Porque no ha rishado con nadie del Crucero Uno.

—Exacto.

—Tú eres un macho, Kay...

—Jefa, apenas puedo imaginarme cómo se sentirá Tegger ahora. Estas cosas *no les suceden* a los rojos...

Tegger se descolgó en silencio por la abertura del cañón del Crucero Uno. No se veía nada viviente en torno, y por ello se sobresaltó cuando la voz susurró al lado mismo de su oreja:

— ¿Tienes todo lo que necesitas?

Se mantuvo agazapado, y habló en voz baja.

—Trapos y pimentena. Jabón. Ropas limpias. Mi espada. Seguiré el río, de modo que no necesitaré llenar de agua la cantimplora. La llené con alcohol, que puede resultar útil.

—No lo beberás, espero.

—El combustible arde —métete en tus cosas, pensó.

- ¿Planeas matar lo que aparezca, o piensas en algo más elaborado?
- No tengo mayor idea. Ellos viven bajo una ciudad factoría, una enorme estructura flotante. Murmullo, si nosotros...
- Si tú, dirás.
- Si yo no puedo destruir su refugio, no habré logrado nada. Si no puedo... hacer algo grande...
- ¿Por tu honor?
- Sí. Por lo que hizo Warvia... yo... yo no soy nadie ahora. Debo ser alguien por mí mismo.
- Pide un deseo.
- Destruir el Nido de Sombras.
- Lo harás.
- Hacerlo caer. Aplastarlos debajo.
- Eso puede ser algo difícil.
- ¿Difícil?

Tegger cargó su bulto al hombro. Se dio cuenta de que tres de los de la Máquina entraban desnudos al otro crucero. Eso no era peligroso, pero tal vez luego revisaran éste, de modo que saltó al suelo y se deslizó entre los arbustos.

Siguió conversando para sí mismo, o para el aire.

- ¿Difícil, dices? ¡Es imposible! No puedo invadir un nido de vampiros. Si pudiera subir a la factoría... Pero tendría que volar.
- ¿Qué esconde Valavirgillin?
- ¿Eh? Hum. El Pueblo de la Máquina tiene sus secretos —dijo Tegger.

—Ella sabía que tú y Warvia sucumbiríais a la lujuria provocada por la esencia. Sin embargo, aún cree que su pequeño ejército tiene oportunidades de vencer. ¿Sabe acaso algo que nadie más conoce?

La mente de Tegger pugnaba por cerrarse; la angustia subía por su garganta. Casi lo descubren. Lo hubieran visto... Su mente no tenía que ceder a la histeria de su cuerpo. *Piensa.*

El primer pensamiento coherente que tuvo por largo tiempo fue que acababa de oír la primera orden de Murmullo, oculta en la frase.

Luis Wu, del Pueblo de la Esfera, había visitado a la tribu de Ginjerofer. Valavirgillin lo conoció también, probablemente mejor, dado que el rishathra era una de sus habilidades. ¿Le habría revelado Luis Wu algo a ella?

Y la había visto desnuda un momento antes.

- La bolsa de Valavirgillin. Debe estar con sus ropas. Murmullo, ¿dónde están las ropas de Vala?

—Estoy viendo la playa... allí. La bolsa está en el llano barroso, pero la puedes alcanzar con una rama desde los arbustos.

—Oye, yo no soy un ladrón. Sólo quiero ver qué lleva.

— ¿Qué sucede si Valavirgillin oculta conocimientos que servirían a sus compañeros? —dijo la voz.

—La información es propiedad de quien la tiene.

La voz no respondió.

¿Estoy loco acaso?, se preguntó. Al fin y al cabo, esa alma en pena no había dicho nada que su propia mente no pudiera decir. Los sucesos recientes lo debían haber vuelto loco. ¿Estaba oyendo realmente voces?

Warvia también habría sufrido un shock destructivo. ¿Qué sentiría ahora? La terrible verdad era que debía estar tan insana como Tegger.

Y él avanzaba a rastras entre los arbustos como un predador, y su presa era una bolsa que no le pertenecía.

Se detuvo, prestando atención a los sonidos de los arbustos, a Murmullo o a los otros. Nada.

Debía estar lunático para sospechar de la mujer del Pueblo de la Máquina. Esta guerra era puramente de Valavirgillin. Incluso había logrado involucrar a los Amos de la Noche, cuando un megalomaniaco hubiera más bien reservado todo el poder para sí mismo. De hecho, la artillería de Valavirgillin había salvado sus vidas...

Allí estaban sus ropas, lavadas y colgadas de los arbustos, y la mochila. Podía echar un vistazo.

No hacía falta que se descubriera; con su espada la alcanzaría. Deslizó el extremo de la hoja bajo la correa y jaló el bulto hacia él, deslizándose luego hacia la protectora sombra de los arbustos.

La mochila se abrió completamente, como otras que había visto, pero a diferencia de aquéllas poseía una buena cantidad de bolsillos. Cuero por fuera, y por dentro un suave tejido como recubrimiento. El encendedor era tan bueno como el suyo propio, conseguido por canje lejos de allí. Una manta, una bonita cantimplora —vacía—, una caja conteniendo jabón húmedo, balas y una escopeta de mano descargada.

Esa arma podría ser la diferencia entre la vida y la muerte para Tegger. Entre ser un ladrón y ser un... bien, no había palabra para designar a lo que él y Warvia eran ahora, pero todo homínido conocía la palabra «ladrón».

«Lunático, tal vez», se dijo. Intentó guardar las cosas tal como las había encontrado. ¿Podría devolver el bulto a su lugar sin generar sospechas?

Suspiró en medio del silencio. «No me apropiaré del secreto de la pólvora del Pueblo de la Máquina; eso sí sería de ladrones», se dijo, y comenzó a arrollar la mochila nuevamente... pero se detuvo, y la abrió de nuevo. Había sentido algo frío al tacto.

El recubrimiento interior: estaba frío. Y el frío se iba apenas lo tocaba.

Lo restregó con los dedos. Su tejido era demasiado fino como para apreciarlo a cierta distancia. Eran capas, varias capas.

Separó una de las capas y tiró de ella. Se rompieron las costuras, hechas con un hilo de un material menos robusto, y la capa se despegó.

Era algo semitransparente, muy delgado. No veía la manera de volverlo a su sitio ahora. ¿Qué sería aquello?

¿Qué interés tendría Murmullo por aquello?

Se guardó la tela que había retirado, enrollándola y metiéndola en la cintura de su falda. Sería menos ostensible que desapareciera sólo uno de los filmes, que la bolsa entera. Cerró la mochila, y volviendo al arbusto la restituyó con la espada, esperando haber acertado en la rama correcta.

Sus antiguos compañeros andaban por la playa y entre los pastizales. Quizá lo estuvieran buscando... Sería mejor que echara a andar.

Se desplazó en cuclillas entre los arbustos hasta que éstos dieron paso a un llano despejado. Luego rompió a correr por el cieno, perdiéndose en la niebla que se estaba levantando.

El río se ensanchaba, lo mismo que la costa barrosa. Los cruceros ya estaban fuera de la vista, gracias a la bruma.

No le preocupaban los Seres del Río. Sus ojos, que debían ver tanto en el aire como en el agua, tendrían seguramente problemas para identificarlo. No podían nadar más rápido de lo que él corría, y apenas podían moverse fuera del agua. ¿Cómo iban a dar la alarma a los cruceros? Él corría más rápido que las noticias acerca suyo...

Tegger estaba solo, y por su cuenta.

Este conocimiento laceraba su pecho. A pesar de que los homínidos de las cuatro razas habían sido sus compañeros y aliados, no les dedicó mayores pensamientos. Su congoja era por Warvia. Nunca desde su unión, en su lejana niñez, se habían separado por más de unos pocos días.

Pero ahora, el mundo tendría que cambiar antes de que la pudiera enfrentar nuevamente.

El suelo que pisaba fue modificándose a medida que corría. Arena. Guijarros. Un grupo de árboles abriéndose paso por entre las peñas de un risco desnudo, cerca del agua. Un estrecho con rápidos luego, y se vió obligado a trepar por el costado de un acantilado para eludirlos. Tres vampiros adultos y uno cachorro, acuclillados en la exigua sombra que proporcionaba el saliente de las rocas al otro lado del río, lo contemplaron mientras corría, demasiado lejos para tener chance.

Corrió todo el día.

CAPÍTULO 8 – POR NO SER WARVIA

Había estado lloviendo desde el mediodía. Valavirgillin buscó huellas de Tegger sobre la roca desnuda, pero había manchones de lodo por todas partes.

Inclinándose, derrapando, procurando evitar un desastre, los vehículos se dirigieron río abajo, hacia el Nido de Sombras. Cuando la noche apenas mordía el sol, Vala ya había seleccionado un lugar alto donde establecer campamento.

El río tenía unos cuatrocientos pasos de ancho allí; Rooballabl y Fudghabladi deberían estar a salvo con eso. Los cruceros llenaron sus tanques de agua y luego subieron hasta la cresta. Estas alturas debían ser las últimas estribaciones de la Barrera de las Llamas, y el pico que las respaldaba debía pertenecer a la cordillera.

Los cruceros resbalaban a menudo por la pendiente del acantilado. ¿Demoraría la lluvia a los vampiros tanto como la demoraba a ella? Tenían que acampar pronto.

Afortunadamente, aún era de día cuando alcanzaron la posición.

Colocaron los vehículos popa contra popa, ambos cañones apuntando hacia la pendiente. Quienes habían de cocinar sus comidas, lo hicieron bajo un breve toldo mientras aún hubo luz. Warvia había abatido a una criatura lo bastante grande como para compartirla con la Gente de la Máquina. Con las últimas luces se lavaron, apilando luego las toallas con que se habían aseado a cierta distancia de los cruceros.

Los Recolectores se retiraron enseguida; no les gustaba la lluvia, y necesitaban dormir de noche. El resto de ellos conversó, durmió, o simplemente aguardó.

Vala hasta hubiera agradecido una alerta de los Chacales. Estaban ambos perchados en un desnudo pico granítico, mirando hacia el Nido de sombras y discutiendo en su propia lengua, de espaldas al fuego y los carromatos.

Los otros homínidos dejaron que los de la Máquina llevaran el peso de la conversación. De acuerdo, entonces.

—Cualquier vampiro que alcanzara este lugar, ~~de~~ caer exhausto luego de trepar la colina —comentó—. Nuestro olor está en las toallas, y los distraerá. Serán presa fácil.

«Ahora os toca a vosotros», pensó. «¿He olvidado algo, acaso?».

—Podrían quizá descubrirnos al volver de donde hubieren cazado —dijo Barok—. No esperarían encontrar comida tan cerca de su cubil. No deben quedar presas por aquí.

—Ya veremos.

—Cuando lleguen, vendrán en hordas —aseguró Chit.

—Eso me recuerda algo —dijo Kay—. Recogí tres barriles de grava del río, Vala. ¿Quieres una parte? No nos ahorraremos la pólvora, pero sí munición.

—De acuerdo.

— ¿Cómo está Warvia? —preguntó él en voz baja.

—Warvia hooki-Murf Thandarthal puede hablar por sí misma, Kaywerbrimmis —dijo la Roja, con voz dura—. Estoy bien. ¿Han tenido indicios de Tegger?

—Se ha llevado algunos pertrechos —comentó Vala—. Apenas lo necesario para llenar una mochila, y todo del Crucero Uno. Debe ser el ladrón más rápido que haya vivido...

Su mochila había sido revisada también, pero no echó nada en falta. Resolvió no mencionarlo.

—Pasemos al punto siguiente: ¿qué haremos mañana? ¿Qué sugerís vosotros, Amos de la Noche? —dijo, girándose hacia los vigías.

—Ven a ver —respondió Travesera.

Vala trepó a la roca. Era casi plana en la cima, y fría al tacto. Comprobó que Warvia la había seguido; se agachó y la ayudó a trepar el último tramo tendiéndole la mano.

Río abajo el cauce se dividía, y luego se dividía otra vez. Su mirada siguió el tramo principal hasta donde se sumergía en las sombras. La factoría flotante estaba ominosamente cerca, y era gigantesca.

Travesera no tenía casi olor; apenas un deje a pelo mojado. Señaló y dijo:

—Valavirgillin, ¿alcanzas a ver algo debajo del Flotante? Hay unos rizos colgados, justo en el centro de la vista desde aquí.

Era como Tegger la había descrito: un grueso disco que se acampanaba en el centro. Debajo... debajo sólo veía sombras, y una traza de alborotado movimiento se apreciaba en los bordes entre las tinieblas y el leve brillo nocturno.

—No alcanzo a ver nada —repuso Vala.

—Yo las veo —acotó Warvia—. Te las dibujaré cuando llegue el día.

—Esa hélice colgante —siguió la Chacal— es una rampa lo suficientemente ancha para permitir la subida de maquinaria pesada. Posee dientes en uno de los bordes, para que las máquinas no resbalen, y escaleras en el otro. Ningún ojo ha visto algo así, desde hace miles de falans. La descripción que te he hecho tiene más de veinte generaciones de antigüedad, y está conservada en una biblioteca lejos hacia giro; me fue entregada sólo hace unos días, en el fuerte del Thurl.

¿Cómo le habría sido entregada? Pero las comunicaciones eran el secreto de los Amos de la Noche, y lo que a Vala le interesaba ahora era...

— ¿Tienes planos de esa cosa flotante?

—Sí. Son de antes de la Caída de las Ciudades, de antes de que todo se detuviera. He recibido los detalles apenas ayer, cuando estábamos sobre las nubes.

—Pero... cómo...

—Esa rampa no toca la tierra —interrumpió Warvia, que seguía mirando con sus penetrantes ojos.

Travesera asintió.

—Eso era lo que me pareció —dijo—; ahora me lo confirmas.

—Hace mucho tiempo que nuestro pueblo no se acerca aquí —agregó Arpista—. No había motivo antes de que Luis Wu hiciera hervir un mar, y luego de eso fue demasiado peligroso.

Al fin, Vala cayó en la cuenta de lo referido por Warvia.

— ¿Cómo es eso de que no toca el suelo?

—No puedo estar segura a causa de la distancia, Vala, pero la rampa parece colgar en medio del aire. El final de la hélice se extiende plano como una pala, pero la veo flotar al doble de la altura de los vampiros que caminan cerca de allí.

—No espeábamos eso—continuó Travesera—. Nuestro plan era forzar un sendero hasta la rampa, y subir al Flotante. Así, los vampiros habrían de llegar a nosotros a lo largo de una vía estrecha. Ellos prefieren las hordas, por lo que se sentirían incómodos. Incluso habrían tenido que enfrentar la luz del día, si llegaban hasta arriba.

Vala resolvió tragarse el enojo. La larga práctica hacía que ello le resultara sencillo ahora.

—Ya veo. Pero ¿no podremos alcanzar a subir, de todas formas?

—No veo la manera —declaró Arpista—. Pero hay aquí otras mentes que las nuestras. Permitámosles pensar en ello.

Corriendo a través de la niebla y el lodo, corriendo por su vida, sus ojos siempre mirando donde sus pies debían caer, Tegger se había visto libre de toda amenaza. Pero de pronto olió y jadeó, como si el recuerdo de Warvia le hubiera pegado en la cara. Se detuvo en un instante, recuperó el equilibrio, pasó la mano sobre su hombro y quedó armado, a la espera.

Unos dedos acariciaron su rostro. Descargó un mandoble a la altura de su cintura, adelante y atrás, antes de que oídos y ojos captaran nada.

El canto se elevó entonces, un chirrido agónico. Hincó el sable a la altura de la garganta. El silencio retornó. Tegger palmeó sus orejas y rompió a correr.

Y siguió corriendo.

¡Conocía ese olor! Ella estaba ahora tras él, muriendo; pero con la esencia en sus narices, la veía más claramente que a sus martilleantes pies. El sayo de cuero que vestía le caía demasiado grande y estaba desgarrado en tiras, y ella lo apartaba para mostrarle su desnudez. Su canción era desgarradoramente dulce. Era delgada y muy lampiña, tal vez adolescente; cabello flotante y blanco, las puntas de sus colmillos visibles tras sus rojos y carnosos labios...

¡Vampiro! Noche tras noche habían cantado tras los muros del Thurl. Tegger era más fuerte que su lujuria: lo había declarado incontables veces. Pero esta esencia lo llevaba atrás en el tiempo: era el mismo perfume de Warvia durante la parte accesible de su ciclo, y mucho más potente. Un creciente jadeo lo hacía vaciarse por la nariz, vaciarse de su mente, y siguió corriendo...

...fuera de la bruma, y entonces aflojó la marcha y se detuvo.

Durante todo un falan había estudiado el mapa, la maqueta que habían dado forma y recocado en las afueras del recinto del Thurl. Ahora era como si fuera una hormiga, viéndolo todo a la altura de sus ojos.

Trepó a rastras hacia una cima, para interponer un peñasco entre él y las criaturas en derredor del Flotante, antes de mirar de nuevo.

Una hormiga mirando un hormiguero. Todavía estaba lejos, pero no hay ojos como los de los Pastores Rojos. Formas homínidas, interactuando en lo que parecían comportamientos homínidos. Se meneaban como si estuvieran trabajando, o se reunían en pequeños grupos. Algunas portaban bultos, y por sus posturas, tales bultos debían ser sus cachorros. Se movían dentro y fuera de la sombra que yacía debajo de un enorme disco, del tamaño de una ciudad, que flotaba sobre ellos.

Los Chacales lo habían llamado complejo fabril, pero Tegger no comprendió el término, aunque pensó en ello como una ciudad flotante de los Ingenieros de las Ciudades. Una ciudad de vampiros, ahora.

No veía más que a una veintena de ellos, incluyendo unos pocos río abajo, pero podía haber miles bajo las sombras del Flotante. Si éste cayera de repente, mataría a la gran mayoría de ellos. Y una carga horizontal de metralla se encargaría fácilmente del resto, pensó.

Podía ver algo colgando debajo de la estructura, algo similar a una escalera en espiral sin soportales. No alcanzaba a ver el final. Tal vez pudiera trepar por ella.

Pero ¿cómo la alcanzaría? Según podía juzgar a través de la húmeda neblina, la ciudad flotante debía estar a unos dos mil pasos río abajo, sobre un amplio llano de lodo que el río había excavado en múltiples canales. El mayor de esos brazos corría directamente por debajo de la ciudad, pero otros varios la rodeaban. En el resto del río, los vampiros recibirían la luz del día si acaso bajaran a beber.

Bastante cerca del Nido de Sombras, los canales giraban alrededor de alguna tremenda cosa, una placa cuadrada claramente artificial, inclinada y medio enterrada en el lodo. Alguna reliquia de la Caída de las ciudades, sin duda. Los vampiros no parecían evitarla.

Era una pena que no supiera nadar. ¿Podría esconderse bajo las aguas y moverse río abajo? Quizá se congelara. Quizá, estando los vampiros en tal número, su olor fuera demasiado fuerte para él. La esencia de la mujer vampiro aún estaba en su mente, si bien ya no en su nariz.

¿Habría por allí alguna Gente del Río? Estaba deseando pedir algo de ayuda.

La bruma se movía a través del paisaje. Una fina lluvia comenzó a empararlo, y una voz le susurró entre las guedejas de niebla:

—De modo que sí eres tan fuerte como pensabas...

Tegger resopló. Brillante reto: una hembra desarmada. Había sido un mero asesinato. Pero su mente se asustó de lo que la vampiro le hubiera enseñado acerca de sí mismo, y reaccionó con un acertijo:

— ¿Porqué no te adelantas a mí, Murmullo?

Silencio.

Tegger estaba empezando a considerar que tal vez Murmullo era una máquina, algo que había sobrevivido a la Caída de las Ciudades. O tal vez, un alma en pena que ocultaba horribles secretos: Murmullo no respondía nunca acerca de sí misma.

Preguntemos otra cosa.

— ¿Hay algún modo de hacer que la ciudad caiga sobre ellos?

—No sé de ninguno.

—Mi padre me contó una vez que los Ingenieros de las Ciudades hacían que el rayo corriera por unos alambres y moviera cosas. Quizá podríamos matarlos. Encontrar los alambres que la mantienen en vilo y cortarlos.

—Las placas flotantes no usan energía para flotar, aunque la energía sí es necesaria para construirlas. Fueron hechas para repeler el scraith, que es el material del fondo del Arco, y eso es lo que las hace flotar.

Era imposible, entonces. Siempre había sido imposible. Tegger dijo, con cierta amargura:

—Sabes demasiadas cosas, y ocultas también demasiado. Eres acaso un Amo de la Noche?

Silencio.

Uno podría considerar que la distancia no debiera significar nada para un espíritu. O que la imaginación de un loco es tan rápida como el pensamiento. O que, dado que los Recolectores corren más rápido que los Rojos —más rápido que Tegger en la reciente carrera por su vida—, podría existir algo que fuera aún más rápido que los Pequeños.

Pero un Chacal no podría. De modo que, más allá de la verdad, aunque los Chacales eran tan elusivos como Murmullo, éste no podía ser un Amo de la Noche.

La niebla creció, derivó y se asentó. Era completa oscuridad, o casi. A través de las nubes, Tegger podía captar algún casual destello de blancoazul: el Arco no cambiaba, no importaba qué fuera a pasar dentro de su universo.

Debajo de la masa flotante, la actividad parecía irse incrementando. Los vampiros estarían despertando a la llamada de la oscuridad.

—Deberíamos ocultarnos.

—Conozco un sitio, pero no te será útil.

— ¿Porqué no?—preguntó Tegger, e inmediatamente fue consciente de la humedad que corría por su piel. Mucho de eso sería lluvia, pero su propio olor luego de tan forzada marcha atraería a los vampiros desde un día de distancia.

Esperó mientras la niebla se cerraba en torno a él..., y ya no se oía a Murmullo. Se acercó al río en cuatro patas, descubriendo la espada antes de entrar en él. No le importó en el momento qué cosa pudiera esconderse bajo las marrones aguas; si acaso un pez lo tocaba, Tegger habría encontrado su cena.

Se detuvo cuando las aguas llegaban a su falda. ¿Podría mojarse la tela de Valavirgillin?

La retiró de su cintura. Era una cosa diáfana, de muy fina trama, y muy fuerte. Pudo ver su mano a través de ella antes, cuando había luz; ahora estaba demasiado oscuro. La descubrió porque estaba fría, pero no la había sentido fría cuando la deslizó bajo la cintura de su falda. Durante su larga marcha la había olvidado por completo.

Sumergió con cuidado una de las esquinas en el agua.

No se disolvía. Eso era bueno. Pero la esquina superior, allí de donde la sostenía, se puso instantáneamente tan fría como el agua que corría entre sus piernas. Curioso.

Se sumergió, refregándose concienzudamente con lodo; salió rápido del río, se secó con urgencia. La marcha lo había mantenido caliente bajo el viento y la lluvia, pero ahora sentía la mordedura del frío. Tenía un poncho en la mochila, y el encendedor.

La tela de Vala era como un canal para el frío y el calor. ¿Qué pasaría si...?

—Murmullo, ¿qué pasará si pongo una esquina del trapo de Vala en el fuego? ¿Se quemará? ¿Se pondrá demasiado caliente para tocarla?

Pero no había Murmullo alguno en este trozo de fango.

Su propia mente le dijo que debía estar loco por tener la intención de encender un fuego en estos lares. Los homínidos usan fuego. No importaba qué tan estúpidos fueran los vampiros, debían saber que el fuego significaba comida.

Se secó la cabeza, y retiró la toalla justo a tiempo para ver a seis vampiros corriendo hacia él, a través del lodo.

No cantaban, no gesticulaban, no sugerían con sus cuerpos. Venían rápido. Levantó su arma.

Una espada no los asustaría. Venían en fila india; abriéndose un poco luego, lo atacaron en jauría. Tegger corrió hacia la izquierda y golpeó, y golpeó. Dos de ellos cayeron con golpes fortuitos, suficientes para apartarlos, pensó Tegger, pero estaba demasiado ocupado para mirar. Los cuatro restantes lo rodearon.

Se tiró hacia atrás, giró a medias frenándose, con la espada vertical, y se volteó, y una vez más, y otra vez. Cuando era un niño había practicado muchas veces con sus amigos, usando palos en vez de armas. Sus mayores habían luchado de esta manera contra los Gigantes herbívoros.

Dos nuevos heridos se apartaron, arrastrándose a las sombras; los restantes —tres machos y una hembra— volvieron a rodearlo.

Él nunca supo —ninguno de los cazavampiros lo supo nunca— que cuando los nocturnos superaban notablemente en número a sus presas, no se molestaban en cantos, plegarias o esencias. Simplemente atacaban en masa.

Tenía que llegar hasta los cruceros e informarles, si es que escapaba con vida. Aun si esto significaba encontrarse con Warvia de nuevo. Warvia...

Los vampiros no parecían temer apremios. No había razón para tenerlos. Muchos salían del Nido de Sombras; otros volverían allí desde las tierras más allá de las montañas..., y la noche apenas comenzaba.

— ¡Murmullo! —clamó Tegger—. ¡Ocúltame!

Nada. La lluvia había cesado, y estaba en medio de un amplio llano barroso. Esta vez no había ningún sitio donde un espíritu pudiera ocultarse.

La esencia. No era muy fuerte, pero se estaba metiendo en su cabeza y nunca saldría. Recordó a la otra vampiro, recordó que la asesinó simplemente por no ser Warvia. Su mente se iba, y no había razón para esperar.

Y la mujer abrió sus brazos para él, implorándole.

Tegger saltó hacia atrás y giró, cimbreando la espada. ¡Sí! Los machos se acercaban por detrás, convergiendo hacia él mientras su mente dormía prisionera. El filo cruzó los ojos de los dos primeros, aunque falló al tercero; pero lo hizo regresar, aprovechando el impulso para partirle la garganta al ileso, y terminando el giro, hincarlo ciegamente donde debía de llegar la hembra. Ella golpeó contra él, con el hierro dentro hasta el puño, haciéndole perder el equilibrio y clavándole los colmillos en el bíceps; se la quitó de encima con la otra mano, mientras escuchaba un atroz aullido salir de su propia garganta.

Uno de los machos se arrastraba alejándose, mientras un río de sangre corría desde su cuello y lo dejaba sin vida. Otro parecía estar cegado. El tercero limpió de sangre sus ojos y vio que Tegger se le echaba encima; el Rojo lo tomó con ambas manos del cuello, y con el impulso lo hizo caer hacia atrás, enterrándolo a medias en el fango.

El resto fue en medio de la niebla. El hombre lo tomó de sus hombros, e intentó atraerlo hacia sus dientes. Tegger lo zarandéó como a una rata mientras terminaba de ahorcarlo.

La mujer casi había alcanzado el río cuando Tegger se aproximó a ella y recuperó su espada. Caminó demasiado cerca de uno que parecía estar muerto, sintió los dientes en su tobillo, apuñaló hacia abajo y siguió caminando. El que había quedado ciego se acercaba hacia él, olfateando. A Tegger le tomó tres golpes de su desafilada espada dejarlo sin cabeza. Jadeaba como un toro enfermo.

En la cambiante niebla, podía ver formas acercándose desde el Nido de Sombras.

«La mochila», se dijo, «no olvides la mochila». Bien. Ahora, ¿hacia dónde...?

— ¡Murmullo! ¡Ocúltame!

Murmullo respondió al fin, pero no en un murmullo.

— ¡Corre hacia mí!

La voz fue una restallante orden, con sólo una traza de impedimento vocal, viniendo desde lejos río abajo..., derecho a través del Nido de Sombras.

Tegger corrió. Llevaba dados unos cien pasos cuando la voz regresó, mucho más cercana ahora:

— ¡Métete al río!

Tegger cambió de rumbo hacia el agua, siguiendo el consejo de Murmullo. ¿Había algo allí? Entre la lluvia y la oscuridad pudo atisbar una sombra en la niebla, demasiado grande para ser sólida. Y una lonja de oscuridad... ¿Una isla?

Los vampiros no debían saber nadar, o los Seres del Río lo habrían mencionado. Pero Tegger era un morador de los llanos; nunca había hecho el intento.

Entró mojándose los tobillos, luego las rodillas... Hizo una pausa para cargarse la mochila en las espaldas. Había perdido la falda. ¿La espada? En la funda, bien. Necesitaría las manos libres para nadar, si podía llegar a copiar a Rooballabl, si los Rojos podían nadar... Y se internó. El nivel del agua le subió a medio muslo, luego bajó.

—Aquí —dijo Murmullo, desde alguna distancia río abajo.

Tegger dio unos treinta pasos en el agua y salió a una superficie de barro que no merecía siquiera llamarse isleta. Varios vampiros se concentraron en la ribera; uno tras otro entraron en la corriente para seguirlo.

Corrió río abajo sobre el lodo, bajo una sombra demasiado grande para ser otra cosa que una acumulación de niebla. Se preguntaba si los vampiros podrían luchar con el agua estorbándoles los pies. Ése podía ser el mejor sitio para intentar una última resistencia.

No temía morir. «Maté a una mujer vampiro, simplemente por no ser Warvia», se dijo. Pero cuando enfrentó a los seis, se sintió como si matara a Warvia una y otra vez, por lo que había hecho esa noche, y se glorió por ello.

Si mataba suficientes vampiros, quizá al fin pudiera borrar a Warvia de su mente.

Mientras corría por el fango, vio que la monstruosa sombra cambiaba. Era demasiado rígida. De repente era sólida, y se mostró a su costado. Tomó su espada, y la descargó contra... algo. Luego la golpeó con el puño.

No era niebla; era laminar y algo elástico, como metal martillado.

Había visto esta cosa de mucho más lejos: una enorme placa torcida de forma cuadrada, con toda evidencia artificial, de cincuenta pasos de lado y medio enterrada en el lodo. Yacía en el fango en un ángulo de cuarenta grados; el barro se había apilado contra ella.

Tenía muescas a lo largo del borde, lo suficientemente anchas como para fijar cables. Un grueso poste salía de su centro. En una de sus esquinas visibles había lo que parecía una polea; si alguna vez había habido un cable, ya no estaba.

La esquina que había quedado más alta se veía abultada.

Murmullo se había llamado a silencio. De todas formas, hablaba con poca frecuencia. Quizá esperaba que Tegger se las arreglara por su cuenta, tal vez. Pero... ¿porqué?

No había esencia de vampiros allí.

Durante la caída de las ciudades, cientos de falans atrás, los vehículos llovían del cielo. La mayoría ya se habían perdido, enterrados o corroídos hasta ser irreconocibles. A veces se encontraba la cubierta de algún carro flotante, u hojas

curvas de vidrio transparentes como el agua, llamadas «ventanas». Otras veces, se encontraban cosas mayores...

...como una gran placa transportadora, de las que se usaban para las cargas que no entraban en los móviles comunes.

La niebla se cerraba sobre él, asentándose nuevamente. La esquina más elevada de la placa tenía un bulto como pompas de jabón puestas juntas —**facetada**, y lo mismo que con las pompas, se podía ver adentro de ellas. Una de las facetas tenía unas líneas, como si una telaraña la cubriera. Las otras estaban limpias.

Tegger intentó trepar hacia ella, pero la superficie de la placa era demasiado lisa y estaba resbalosa por el lodo y la lluvia.

Tenía que hacer algo. No dudaba en haber dejado atrás la última amenaza de los vampiros, pero tarde o temprano caería. Retrocedió unos pasos y luego corrió hacia la placa.

A mitad de camino saltó con ímpetu y cayó sobre ella, con brazos y piernas abiertas. El lodo no había llegado a esa altura, y la superficie era lo suficientemente rugosa como para ofrecer tracción aún bajo la lluvia. No era metal; o si lo era, estaba cubierto con algo. Siguió trepando a rastras.

El abultamiento era de una sola pieza, parte vidrio, parte metal pintado. Vio claramente una escotilla colgando de su gozne. Los dedos de Tegger alcanzaron el borde de la abertura, y sujetándose de ella trepó hasta arriba.

Desde su atalaya miró a un costado, y vio a un vampiro contemplándolo desde el lodo.

Luego dos, luego cuatro.

Se deslizó por la abertura. Sus embarrados pies cayeron sobre algo crujiente, pero no hizo caso. Alzó la poterna—no era pesada— y la ceró, buscando una forma de trabarla. Había algo que parecía un cerrojo, pero no acertó a accionarlo.

Los vampiros comenzaron a trepar y resbalar por la placa.

La puerta no los detendría, pero quizás la pendiente lo lograra. De otro modo, ese recinto sería su despensa.

—Murmullo, ¿qué sigue ahora? —preguntó, aunque sin esperanza.

Nada. Debía estar afuera, con los vampiros. Era extraño, pero no se preocupó lo más mínimo por la seguridad de Murmullo.

Se quitó la mochila. Necesitaba luz, y aquí ya no habría problemas si encendía fuego. Manipuló su encendedor hasta que consiguió una llama.

Estudió por un momento aquello crujiente que pisara al entrar. Conocía los huesos de las presas y del ganado, y también sabía cómo era su propia estructura. Su pie había atravesado las costillas de un homínido.

El piloto era de una especie desconocida, más grande que un Rojo, corpulento, de largos brazos. De su ropa sólo quedaban tiras, de ningún color particular. Su cráneo había caído con demasiada facilidad; tal vez se había quebrado el cuello

cuando la plataforma se incrustó en el fango. Tenía la mandíbula grande de los herbívoros.

Un esqueleto armado de un homínido. Los Chacales no lo habrían encontrado.

Cuando la Caída de las Ciudades, los Amos de la Noche deben haber estado ocupados más allá de toda imaginación. Al no poder trepar hasta la escotilla para alcanzar el cuerpo, lo abandonaron. Nadie más podría trepar hasta allí —habrán pensado—, para descubrir el cuerpo y acusarlos por su desidia.

Bajo el resplandor de la llama no podía ver a los vampiros tras los cristales. El recinto se iluminó a su alrededor. La ventana no estaba cubierta por telarañas, como supuso, sino astillada; las piezas seguían juntas. Las otras ventanas estaban intactas.

Frente a sí vio unas palancas muy pequeñas, apenas para las puntas de sus dedos, que se movían horizontal o verticalmente. En un panel había una puerta cerrada del tamaño de su cabeza, y al lado otra del doble de tamaño, pero ninguna se abría. Vio una rueda sobre una columna; Tegger comprobó que podía moverse en todas direcciones, aunque necesitó ambas manos y buena parte de sus fuerzas. Movié todas las palancas, izquierda o derecha, arriba o abajo, según se movieran. Nada pasó.

Su yesca se estaba acabando, y no parecía haber allí nada que encender.

Si Warvia estuviera aquí, ella sabría qué hacer.

Si Warvia estuviera aquí... Debía decirle que jamás dudó de ella. Que ahora comprendía que ella no había elegido romper su compromiso, sino que se había visto sobrepasada por una esencia que bloqueaba la mente y se clavaba en el alma.

Estaban cantando... ¿Cuánto tiempo hacía que escuchaba el canto? La luz se apagó, y pudo ver una cara triangular de mujer que lo miraba largamente a través de una de las ventanas.

Un animal. Con una mente de la mitad del tamaño de la suya. Si ella llegara a entender qué cosa era una escotilla, él estaba condenado. Pero el peligro real, sabía Tegger, era una esencia que lo haría desear salir por sí mismo.

— ¡Murmullo! —clamó.

Ella se asustó de su grito por un momento, luego contestó con su canto.

Tegger tiró un puñetazo con todas sus fuerzas a una de las portillas cerradas del panel.

La portilla saltó y quedó abierta. El compartimiento no era grande, pero encontró lo que buscaba: un grueso libro repleto de hojas secas, que quemaría bien.

La mujer vampiro, o más bien las mujeres—eran dos ahora, y también un hombre— se alejaron de la luz, intentando no perder el equilibrio sobre la carcaza. Esperaron.

Tegger paseó una hoja encendida por el compartimiento abierto. Estaba el libro —parecía un libro de mapas—, una bolsa de papel llena de moho seco, y una extraña y delgada daga que tomó. Nada más.

Descargó su puño sobre la otra portilla. Esta vez le dolió, pero se abrió.

La profundidad del nuevo compartimiento no era mayor que unos centímetros, y lo que había allí era totalmente extraño, un laberinto de perillas coloreadas. El arma de un Ingeniero de las Ciudades, supuso Tegger, y curioso buscó los alambres que llevarían la energía. Se mostró muy disgustado cuando no encontró ninguno.

Tocó un par de esos bornes con los dedos.

Los músculos de su brazo saltaron espasmódicamente, y se vió arrojado hacia el asiento del piloto. Por un largo rato no pudo recordar cómo respirar siquiera.

¿Sería esto parecido al rayo, así se sentiría? ¡Energía! Pero podría matarlo.

Encendió otro papel y exploró el panel de cerca.

Algunos de los pequeños bornes estaban unidos por tenues senderos de polvo. Al tocarlos antes, varios de ellos se habían borrado.

Fue como si algo se hubiera encendido en su mente... Sacó la tela de Valavirgillin. La extraña daga no tenía filo —solo una punta aplanada—, de modo que usó el escaso filo restante en su espada para cortar una delgada tira de la tela.

Probaría colocarla siguiendo las líneas de polvo.

Rozó con la tela de Vala los bornes, moviéndose muy rápido. El rayo le pegó otra vez, sacudiéndolo por un instante.

El olor... No podría luchar por siempre con el vampiro que cantaba en su mente, pero al menos sí por un rato. Les echó una furibunda mirada, e intentó pensar.

Quizá un guante... Buscó la toalla e intentó colocar la tira de tela de Vala con su mano protegida por la toalla, pero no funcionó: perdía el tacto. Pensó entonces que podía quizá empujarla con la delgada daga. Arrolló el arma con la toalla, la sujetó, dejó caer la tira entre las perillas y la guió con el extremo plano, hasta que rodeó a dos bornes unidos por un rastro de polvo.

Algo se iluminó de repente fuera de la cabina, fuera de su vista. Los tres vampiros brillaron como soles. Aullaron, e intentaron apartarse de la luz. Las dos hembras resbalaron por la pendiente; el macho se cayó por el borde.

El reflejo de la extraña luz era suficiente para ver dentro de la cabina. Ya no necesitaría quemar papel.

Dejó la tira en su lugar, y cortó otra, testeando de nuevo. Le dolían los dientes de tanto mantenerlos apretados. Podía oír sus propios gemidos, y era consciente de cuánto deseaba estar con aquellas hembras de vampiro, entre el lodo, pero... se sentía feliz. «Warvia, ¡lo hice! ¡Hice que el rayo saliera!»

Pero, ¿porqué sólo consiguió la luz?

Debía ser, pensó, que la luz era sólo la parte más sencilla de la técnica de los Ingenieros, la parte que más perduraba. O quizá la que usaba menos energía, y era demasiado poca la que quedaba para las otras maravillas... Pero Tegger no podía creerlo. Él sintió el rayo en su cuerpo, y había sido terrible. No importaba qué fuera, tenía mucha energía. Y alejó a los vampiros.

La vieja calavera estaba tan limpia... Algo habría retirado la carne. Si no habían sido los Chacales... ¿los pájaros, quizá? Las órbitas vacías parecían mirarlo.

La guardó en el compartimiento profundo, pero cambió de idea acerca de cerrarlo. Le dijo al piloto:

— ¿Tú crees que has tenido un mal día? Yo he tenido un día que nadie hubiera querido para sí. Tú hubieras aguantado sólo unas pocas...

Pero debía haber sido una eterna agonía para el piloto, pensó para sí. Cayendo desde el cielo, tal vez en medio de una nube de pequeños vehículos, tal vez gritando a través de un emisor-de-voz que ya no funcionaría más, mientras cada parte de su hermosa máquina volante se apagaba y moría...

—Pero...¡Claro!

Comenzó a mover palancas en desorden. Cuando las luces murieron, volvió atrás lo que había tocado.

— ¡Sí!

Cada una de esas palancas estaba funcionando cuando eso cayó, ¡y antes él las había apagado todas! Todas menos la luz..., quizá porque estaría apagada. Debe de haber caído en pleno día...

Lo siguiente que sucedió fue un chisporroteo, y un olor de algo quemándose. Tegger temió haber roto alguna cosa.

Pero luego hubo un leve viento en la cabina, que se llevó la esencia de vampiro y dejó su cabeza clara y fría. Y entonces lanzó un grito de triunfo.

Dio la vuelta en el asiento, para ver a lo largo de la plataforma de carga. Era difícil distinguir a los vampiros. Las luces parecían surgir de ambos lados de la burbuja, formando sombras, y las bestias se habían refugiado en ellas. Creyó contar cinco vampiros, pero supuso que serían al menos el doble. Pero ya no se acercarían más.

Recordó ahora que estaba hambriento. Se preguntó si algún pájaro habría hecho su nido ahí adentro... Afuera estaba demasiado desnudo de vegetación. Debería esperar a que fuera de día, y luego pescar algo. Parecía que podría superar la noche.

¿De dónde provendría el rayo, la energía? No tenía la menor idea.

Cortó otra tira de tela y comenzó a averiguarlo.

CAPÍTULO 9 – CARAS CONOCIDAS

VILLA DE LOS TEJEDORES, 2892

A través de la imagen en el acantilado, Luis estudió a la envejecida mujer, en su gastado atuendo. Conducía un vehículo a vapor colina abajo; un hombre de su raza se sentaba al lado, y otro más pequeño y de piel roja se veía asomar sobre su cabeza.

— ¿Hace tres días de eso?

—Noventa horas, para ser exactos.

—Si esa es Valavirgillin, la vida ha sido dura con ella.

—También contigo, Luis. Tal vez ella se negó a tomar su rejuvenecedor...

Luis ignoró la pulla.

—Se está volviendo vieja. Once años...

Él mismo había pasado los últimos once años sin la píldora de bioingeniería que mantenía a un ser humano libre de la vejez. Vala jamás había tenido acceso a la droga. ¿Era realmente Valavirgillin?

Sí, era ella. Luis había hecho rishathra con esa mujer, once años atrás.

—Eso cambia las cosas un poco, ¿verdad, Luis?

—Está a miles de kilómetros a estribor de donde la dejé. ¿Qué es lo que busca allí?

—Destruir un enclave de los vampiros, por lo que sé. Es ella, ¿no es verdad? Bien, eso refuerza mi punto. Si yo te mostraba diez homínidos saludables, hubieras dicho que podían ser los supervivientes de un millar de muertos. Pero te mostré a una hembra que conociste antes de la tormenta de radiación, y claramente en tiempo presente. ¿Cuáles son las probabilidades ahora?

Luis se acomodó en el peñasco alisado por el agua que había elegido como asiento.

— ¿De veras es tiempo presente, Inferior?

—Cuarenta horas atrás fue mi último contacto.

Al fin, Luis hizo la pregunta que había evitado por once años:

—Estás diciendo que Teela ha mentado respecto a los millones de muertos. ¿Porqué iba a hacerlo?

—Actuó sin tener el suficiente conocimiento. Con la superior inteligencia viene la arrogancia, Luis, y antes del cambio ella tampoco demostró tener buen sentido. Podría haber hecho lo que yo hice, si hubiera tenido mis computadoras. Teela Brown nunca imaginó qué tan finamente podía yo guiar los chorros de plasma que extrajimos del sol. Los envié directamente hacia los reactores de posición del muro; nunca pasaron por la superficie principal del Anillo. La radiación que ella tanto temió nunca superó los niveles normales.

—El Muro... —dijo Luis. Estaba comenzando a creerlo.

—Sí, el Muro resultó bañado, por supuesto.

— ¿Cómo afectó eso a las poblaciones de las montañas derramadas?

—A lo largo de un cinco por ciento del perímetro del Anillo, imagino que he matado a una gran cantidad.

Aún eran diez millones, cien millones de homínidos, y de una especie que Luis Wu jamás conoció. Probablemente de varias especies.

Sin embargo, Luis respondió:

—Inferior, creo que te debo una disculpa.

El Ser Último repicó como una campana. Se aseguró de grabar eso, imaginó Luis.

—Otra cosa —dijo—. Fíjate en el hombre pequeño, por encima de Valavirgillin. ¿Un Pastor Rojo?

—Sí. Pequeños carnívoros de piel roja, viven no muy lejos del Muro. Veloces corredores.

El gran carromato de repente se movió a alta velocidad, esquivando rocas a Mach 5, en medio de una fluída tormenta de sombras de nubes, y se perdió entre las peñas.

* Pequeño error de Niven. Aquí dice que se sentó en un peñasco, y poco más adelante lo pone flotando en el aire, sobre las plataformas. Confrontar nota siguiente.

—Los perdí por algún tiempo —comentó el titerote—. Esto es de hace cuarenta horas.

Un Rojo corría por la ribera río abajo, a Mach 12 a lo menos. Luis se rió.

—Ellos no son *tan* rápidos...

— ¿Es el mismo hombre?

—No puedo asegurarlo. Ponlo a velocidad normal.

El Rojo disminuyó abruptamente su velocidad, aunque un corredor olímpico lo hubiera envidiado aún.

—Parece ser él...

—Infrarrojos —anunció el titerote.

Una sombra roja brilló a través de la pantalla, en medio de la oscuridad. El acantilado, corriendo al costado de un río negro, entre rocas brillantes. Un cursor verde brillante destacó un punto de la imagen.

— ¿Ves esto?

Se veía la mancha roja del corredor, y el cursor señaló atisbos de otra. El Rojo corría a paso firme en el centro de la imagen, y otra sombra algo más caliente se movía siguiéndolo de cerca, saltando de escondrijo en escondrijo, relampagueando entre las rocas.

—Pásalo más despacio —pidió Luis.

Ahora se veía una pincelada de rosa fuerte, luego desaparecía. Los Rojos eran rápidos, pero esa cosa se mantenía sin esfuerzo a su altura, y pasando oculta la mayor parte del tiempo.

No podía hacerse una clara noción de la forma.

—Luis, hemos visto arder a tres naves del Patriarcado. Sospeché de un protector entonces. ¿Tenemos otro protector aquí?

— ¿Por qué no un simple Chacal? —sugirió Luis.

Las manchas rojas volvieron a moverse a alta velocidad, y luego la imagen cambió a luz visible aumentada; ya debía estar cayendo la noche. El Pastor Rojo corría en soledad. Cerca de él había sugerencias de movimientos esporádicos, y los ojos del hombre miraban hacia todos lados.

Algo apareció frente a él. Sacó una espada...

—Pausa —el cursor señaló—. Pastor Rojo. Hembra vampiro. ¿Ves a alguien más?

—Pon el infrarrojo —pidió Luis.

Luis contó cinco brillos, y el cursor señaló:

—Rojo. Vampiro. Estos dos son Chacales; mira.

Luis recordaba a los Chacales; a pesar de que se refugiaban entre los arbustos, reconoció sus desgarbadas formas.

Pero el quinto brillo se escondía aún de los Chacales. Pudo apreciar una mano más pequeña que las de los carroñeros, y sin pelos. Una mano de viejo, artrítica, con nudosas articulaciones.

— ¿Un protector? ¿Por qué se molestaría un protector en esto?

—No lo sé —dijo el Ser Último—. Pero mira esto.

Otra vez a alta velocidad. La mujer cayó muerta. El Rojo reanudó la marcha, se detuvo, se sumergió en el agua, y de repente luchaba contra media docena de vampiros. La grabación pasó a velocidad normal. La espada giraba alrededor del Rojo... Una vampiro se aprestaba a atacarlo por la espalda, pero la mano nudosa arañó su tobillo.

El personaje oculto tenía el color del barro, como si se hubiera camuflado. Su mano sólo tocó el tobillo a la vampiro, y luego se retiró. Ella tiró unos manotazos al aire, contra la nada, y luego volvió al ataque, para caer atravesada por la espada.

—Un minimalista —dijo Luis. Un sonido murmurante pugnaba por ocupar su atención.

—Un ser reservado —concedió el titerote.

El Rojo volvía a correr por el fango. Los vampiros convergieron hacia él, y luego se perdieron en la distancia.

—Estuvo fuera del alcance de mis instrumentos por un tiempo. Casi perdí al ser escondido, también, y eso realmente me importaba. Mira.

La imagen de la cámara se columpió hacia el río, capturó un chapoteo, luego se movió rápidamente hacia la sombra.

—No lo veo...

—Aquí está. Infrarrojo. El acechante es casi invisible.

—Sí. Está buceando, por supuesto, perdiendo calor. ¿Hacia dónde va? ¿Hacia el refugio de los vampiros?

El Inferior corrió la secuencia otra vez, ahora con realce de iluminación. Splash. Algo emergió del agua y corrió por la isleta en forma espasmódica. Pausa. No era una buena vista, pero la silueta era claramente homínida. Al quitar la pausa, se refugió en la sombra.

—Esa fue la última vez que lo detecté. Claramente no es un vampiro. Protege al Rojo, y tal vez también a sus compañeros. Pero se mantiene oculto a toda costa.

Un crujido de arbustos reveló a los Pescadores y Navegantes, alineados al borde de la alberca, contemplando a Luis Wu flotar en el aire, y a la imagen de distantes montañas que se veía sobre la roca.

— ¿Qué más has conseguido? —preguntó Luis.

—Nada de interés, desde hace tres horas.

—Bien. Inferior, mi mente necesita reposo.

—Espera un momento. Esa cosa...

—Esa cosa está a treinta y cinco grados de arco, cinco minutos y medio a la velocidad de la luz. No puede lastimarte. Aunque creo que estás en lo correcto: es un protector.

—Luis, debes aceptar cuidados médicos.

—Tú no tienes un autodoc. Lo pusiste en el módulo, ¿recuerdas? El módulo ya no existe.

—La cocina en la cabina de la Aguja tiene un menú médico. Luis, ¡puede hacer el revitalizador!

—El revitalizador no me ayudará, Inferior; sólo me hará más joven.

— ¿Estás...?

—No, no estoy enfermo. Pero los humanos enferman, Inferior, y ~~un~~ recuerdo bien porqué no tenemos ahora un autodoc. Chmeee y yo no vinimos aquí en forma voluntaria. Pensaste que quizá nos negáramos a operar el módulo de aterrizaje, y por ello pusiste el autodoc allí, para obligarnos. Y Teela lo incineró luego.

—Pero...

—Deja la pantalla abierta. No quiero que ellos piensen que les estamos ocultando algo —Luis se alzó en la plataforma y la hizo girar.

— ¡Luis, estoy harto de que no me escuches!

Se lo pensó dos veces... Pero se había negado a escuchar al Inferior por once años, y ¡nej!, había tenido que disculparse por ello, abochornado.

—Habla.

—Tengo mis propias facilidades médicas.

—Oh, seguro —el Ser Último estaría seguramente protegido de cualquier daño o enfermedad concebible. Nessus había perdido una cabeza durante la primera expedición, y sin embargo la recuperó luego—. Un autodoc para un titerote de Pierson. ¿Qué podría hacer por un humano?

—Luis, esta tecnología que uso es de origen humano. Le compramos el equipo a un policía kzin en Fafnir, pero aparenta haber sido algún prototipo de la Brazo, de hace más de doscientos años, robado del sistema de Sol. El artefacto usa nanotecnología para hacer reparaciones incluso por dentro de las células. Nunca hubo un segundo prototipo. Lo he modificado para que admita tanto humanos, como kzinti o titerotes.

Luis se reía.

— ¡Nej, vaya si eres meticuloso!

* Confrontar nota previa.

La mayoría de lo que había a bordo de la Aguja era de manufactura humana, y lo que no lo era estaba cuidadosamente oculto. Si el Ser Último era capturado mientras raptaba a su tripulación, no se podría echar culpas sobre la Flota de Mundos.

—Qué pena no haberlo visto nunca —dijo Luis.

—Puedo desplazarlo a la cubierta de la tripulación.

Luis sintió un ramalazo frío correr a lo largo de su columna. Giró y dijo:

—Te estás burlando de mí, y estoy demasiado cansado para pensar. Hasta mañana, Inferior.

Luis estacionó la plataforma cerca de la casa de visitas. La hierba seca crujió al apoyar sus pies en el suelo. Habló a la oscuridad, en voz baja:

—Cuando estés listo para hablar, me hallarás aquí. Y apuesto a que estás usando una falda tejida.

La noche no respondió.

Sawur se removió apenas cuando él se deslizó dentro de la tienda. Cayó dormido al instante.

CAPÍTULO 10 – LA ESCALERA

Un tufo a podredumbre la despertó a medias. Unas uñas puntiagudas se clavaron en su codo, arrastrándola hacia arriba. Vala se sentó con un aullido. Arpista se había deslizado por debajo del cañón, al que ella había puesto seguro.

—Valavirgillin, ven a ver.

Flup.

— ¿Nos atacan?

—Los olerás. Me sorprendió de que no hayan venido por nosotros, pero están distraídos por algo.

Vala saltó de la tronera hacia la plataforma de carga.

Llovía en gruesas y pesadas gotas. El toldo la mantenía bastante seca, pero la visibilidad era pobre. Un relámpago cruzó desde antigiro a estribor, la dirección del baluarte de los vampiros. Algo brillaba allá. Entre el cieno, río abajo, una luz blanca estática.

¿Habría Tegger encendido un fuego, a pesar de todo lo hablado? Pero el fuego no tenía ese color, y además habría fluctuado.

Vio a Travesera en la roca sobre ellos, en el puesto del centinela.

— ¿Despertarás a Warvia? —preguntó el Chacal.

—Sí.

Vala entró en la cabina. No valía la pena molestar al resto, pero la superior vista de Warvia podría captar más detalles. Incluso tal vez descubriera algo que les indicara si Tegger tenía que ver con ello.

—Warvia...

—Estoy despierta.

—Ven y mira.

La lluvia aumentaba y disminuía en forma aleatoria, permitiendo captar atisbos de la luz. El brillo no era puntual; formaba una línea inclinada.

De pronto se apagó, y luego se encendió otra vez.

—A Tegger le gusta trastear con las cosas —dijo la Roja.

— ¿Crees que es él?

— ¿Cómo voy a saberlo? —respondió, molesta.

Miraron largo rato. Luego, Arpista comentó:

—La luz mantendrá lejos a los vampiros, si es lo suficientemente brillante.

Warvia se había dormido, apoyada en la roca.

—Despiértame si algo cambia —dijo Vala—. Me quedaré aquí afuera, pero necesito una manta.

Comenzó a trepar dentro de la cabina, pensando en tomar otra para Warvia.

La luz comenzó a titilar. Se detuvo a mirar.

Luego un punto brillante se separó de la línea inclinada, y se elevó directamente en la vertical.

El vehículo se estremecía y sacudía, intentando apartarse del fango. Tegger se aferró al asiento como se hubiera aferrado a Warvia. ¿Podría soltar una mano para quitar de un manotazo la tira que acababa de montar?

Pero... ¿quería hacerlo? La vibración no lo estaba lastimando, sólo hacía entrechocar sus dientes.

¿La tela estaba haciendo esto? ¿Algún motor medio arruinado? O quizás un motor que estaba haciendo exactamente lo que se le pidió, intentando mover una plataforma de carga, a lo largo del río en que ahora yacía medio enterrada.

Y mientras su mente jugaba con esas nociones, sus dedos jugaban con las llaves.

Flup, ésas eran las luces de nuevo. Ésta no hace nada, ésta tampoco. Ésa cortaba el viento, de modo que volvió a colocarla como estaba. Cuando activó la siguiente, un ominoso sonido rechinante vino desde debajo de él, pero no sucedió nada más.

Algo sobresalía del buche en sombras donde habían estado las piernas del esqueleto. Una gran manija con dos cuernos. La tocó con la mano pero no se movió.

Apretó los dientes para que dejaran de vibrarle, se apretó a la silla con sus rodillas y jaló de la manija con ambas manos.

Nada. Empujó.

Empujó y giró.

La manija se tambaleó entre sus manos, y su cabeza golpeó sobre los controles. Estaba siendo arrojado a los cielos...

¡La tira de tela! ¡Tenía que sacarla! Pero no se animaba a salir de la silla, y a pesar de todo era algo... maravilloso. Oscura como era la noche, podía ver al río hacerse más y más pequeño a medida que subía. Caer desde tal altura lo mataría.

Si sólo pudiera liberar una mano o un dedo de los costados de la silla..., de donde estaba mortalmente aferrado... Tenía que haber algún modo de controlar a esta... burbuja. A medida que se apartaba del río, pudo ver una placa semienterrada, con un visible agujero en su esquina más elevada. Había separado la burbuja de control de la plataforma de carga.

Entonces comenzó a caer. Lo sintió en su estómago. Caía, caía... se frenó en el aire de repente, flotando sobre el río a unas veinte o treinta alturas de homínido; luego se movió hacia la tierra. Hacia la Ciudad Flotante...

Debía de haber un modo... de controlarla...

¿Había confiado en Murmullo?

Murmullo lo había guiado hasta la plataforma de carga. Había puesto la tela de Vala en sus manos. ¿Qué podría haber hecho Murmullo si él no hubiera metido las

manos? Pero la voz nunca le habría sugerido guiar la plataforma —o esa burbuja, si vamos al caso— a otro lado que no fuera allí a donde estaba yendo. La dañada máquina iba a puerto, a la ciudad.

Entonces, la mínima guía que Murmullo le había proporcionado le permitiría llegar adonde él había querido desde el principio. Confiar en Murmullo era simplemente dejar que las cosas sucedieran... Pero aún no conocía su naturaleza, y mucho menos sus intenciones...

La lluvia en las ventanas no le permitía a Tegger ver gran cosa ahora. Pero gracias a algún relámpago y al escaso reflejo del Arco pudo apreciar la gran masa de cubierta plana aproximándose. No parecía haber movimiento alguno en la estructura. Un momento: la lluvia se arremolinaba, rodaba... De pronto, estaba en medio de una nube de pájaros chillones.

¿Podían volar los vampiros? Pero éstos eran pájaros, y aún en la lluvia y en la oscuridad los reconoció: makaweis de panza azul, no muy distintos de los que habitaban en la pradera que era su hogar. Rapaces, su envergadura era mayor que la de sus brazos abiertos; eran buenos planeadores y comían carne. Los makaweis tenían tamaño suficiente como para raptar a un niño de su pueblo. Nunca había visto tantos juntos.

No podía pensar en maniobrar a través de ellos. Mantuvo quietas sus manos, aferradas a la silla.

Las aves se alejaron en una trayectoria curva.

La burbuja estaba detenida en medio del aire.

A pesar de ser un homínido del llano, Tegger una vez abordó una barca para comerciar con otra tribu; así conoció los muelles. Flotaba a una altura de hombre sobre el borde de lo que parecía ser un muelle fluvial colgado en el aire. Los botes flotantes se acercaban sobre el borde de carga. Esos cables que colgaban del borde los sujetarían. La carga sería movida hacia ese edificio de grandes puertas...

Los pájaros, perdido todo interés en él, volvieron a posarse. Los makaweis no eran nocturnos.

La escotilla de la burbuja apuntaba hacia fuera, y no hacia el muelle. ¿Habría al menos una forma de hacerla girar? Tal vez si hacía girar alguna cosa... Tegger se sentía poco dispuesto a experimentos, estando a semejante altura del suelo.

¿Qué debía suceder ahora? La burbuja quizá esperara una señal de aterrizaje de parte de la Ciudad. Tal vez enviaba una señal por su cuenta, esperando respuesta. Quizá uno de esos cables debía aproximarse y asegurar la plataforma, atrayéndola. Pero nada de esto sucedería, porque el muelle estaba muerto como todo lo demás, luego de la Caída de las Ciudades.

La escotilla seguía destrabada, como él la había dejado.

Tomó la mochila. La espada.

Se deslizó afuera entre la suave llovizna, posó los pies en el bamboleante borde de la escotilla, y salió a la resbaladiza cúpula de la burbuja, donde se aplastó, sujetándose. Las aves giraron alrededor, observándolo.

Se arrastró sobre su estómago hacia la inclinada popa del móvil. Un poco más. A gatas ahora, un poco más allá, levantó las rodillas, afirmó los pies, saltó.

Aterrizó de plano en el borde, golpeándose la barbilla, con sus piernas pataleando en el aire.

El muelle parecía de madera, suave al tacto.

Hubiera querido quedarse en reposo un momento, pero por los chillidos de los pájaros comprendió que se estaban moviendo hacia él. Rodó sobre sí mismo, tomó su espada y aguardó. Cuando un makawei se acercó demasiado, lo degolló.

—Debe haber hallado algún artefacto de los Ingenieros de las ciudades, algo como un carro volador, y lo hizo andar. Está arriba ahora.

Warvia tenía la mirada fija en la pequeña luz que brillaba al borde de la Factoría Volante. Su fe era mayor que la que Vala sentía.

— ¿Qué más puedes ver? —le preguntó, insistente.

—No puedo ver más allá de la luz. Unos grandes pájaros vuelan a su alrededor. Espera, creo que lo he visto saltar...

La luz cabeceó. Luego titiló, aún más brillante, y se apagó.

—Ha saltado —dijo Warvia, muy segura—. Vala, estoy cayéndome de cansancio. Te daré una descripción más detallada cuando llegue el día.

— ¿Podemos hacer algo nosotros? —preguntó.

—Vala, haré lo que sea por acercarme a él.

—Travesera, ¿alguna idea?

La Chacal negó con la cabeza.

—Hemos de esperar. No veo un mejor lugar para los cruceros, y la vista es inmejorable. Quedémonos aquí, esperemos y vigilemos.

Los makaweis prefieren las presas vivas, pero no desdeñan la carroña. La carne sabía a mugre.

Tegger se sintió mucho mejor después de devorar el ave. Alejado el hambre, dispersada la esencia de miles de vampiros gracias al viento y a la altura, buscó un lugar cómodo para descansar. Sacó el poncho de su mochila y se arrebujó en él.

El frío, los dolores, las tribulaciones de un día de pesadilla comenzaron a retroceder... y el sueño era un vampiro, con los colmillos en su garganta. No debía arriesgarse a dormir a la intemperie. Miró a su alrededor, medroso.

La enorme puerta del edificio de almacenaje era seguramente demasiado pesada para moverla, y resultaría una insensata pérdida de energías.

Pero a la vuelta de una de sus esquinas, había otra puerta no mucho mayor que él mismo.

Le dio una patada y se abrió, rebotando de nuevo hacia él. Penetró en la oscuridad, encontró algo elástico a qué subirse, y cayó dormido.

Se aferró al sueño, temiendo lo que sus recuerdos le traerían. Los recuerdos llegaron igual, pero lo que lo despertó fue la luz cruzando por sus ojos.

La luz del día se derramaba a través de la puerta que había abierto. Se encontró encima de una montaña de sacos que olían levemente a vegetales podridos. ¿Servirían para hacer ropas? Se encontrarían en peor estado si fueran alimentos. A medida que bajaba de la pila, la luz que entraba se hacía menos brillante.

Salió al exterior.

Un paisaje de nubes desgarradas se deslizaba perezosamente sobre la cabeza de Tegger. La luz del sol caía en franjas verticales a lo largo del muelle. No alcanzó a ver ninguna de las aves, hasta que se acercó arrastrándose al borde y miró abajo.

La burbuja con ventanas que lo había traído estaba hecha trizas en el suelo. No volvería a casa por esa vía... y de hecho, ni lo había pensado aún.

Miles de aves planeaban con las alas abiertas a la luz del día, zambulléndose para rapiñar algo. Tal cantidad de makaweis no podían reunirse de no tener multitud de presas cerca. La ecología había forzado a que alguien dispusiera de lo que los vampiros desechaban: miles de cuerpos vacíos de sangre.

No parecía haber otra cosa que aves a esta altura.

No, un momento. Había algún tipo de telaraña sobre la cara vertical del muelle, mirando hacia afuera, a estribor. Tuvo que asomarse mucho para verla bien.

Los hilos parecían de bronce cuando la luz les daba de lleno; de lo contrario, no se veían en absoluto. El tamaño era difícil de juzgar, porque el hilo exterior de la red no se apreciaba. Parecía tener un diámetro igual a la altura de un Gigante herbívoro. El punto negro del centro, inmóvil, debía ser la araña... muerta de inanición. Tegger no había visto ningún insecto desde que se apartó del suelo.

Aves y telas de araña indican abundancia de insectos, pero los pájaros debían de haberlos exterminado. Se preguntó si él correría el mismo destino. Al menos, tenía un tiempo límite. Como si no lo hubiera sabido desde siempre...

Lo que había dado en llamar Ciudad Flotante era extraña en todos los detalles. Tegger no tenía nombres para casi nada de lo que veía. La Ciudad se estiraba hacia el cielo con una geometría irregular, y estaba rematada en el centro por un tubo vertical.

Comenzó a correr.

No era porque sintiera el menor temor; era sólo un modo de explorar. Corrió por el muelle, ancho como la altura de diez hombres, hasta que éste terminó adelgazándose. Ahora tenía un ancho de dos alturas de hombre, y ya no era el muelle, sino sólo el borde de la Ciudad.

Un sendero del borde. Las estructuras se alineaban con él. Aquí y allá, unos pasajes corrían fuera de la vista entre edificios sin ventanas. Otros eran redondos o curvados y sin puertas, y tenían escaleras verticales en su exterior.

Continuó corriendo. Tegger acostumbraba mirar dónde pisaba, pero la superficie era apenas rugosa bajo sus pies, y la lluvia se deslizaba en un canal que corría paralelo al límite interno del Sendero del Borde.

No había hecho más que entrar en calor, cuando vio algo distinto: una amplia avenida que se iba escalonando hacia arriba, hacia el centro, y a ambos lados de ella vio...

Tegger se detuvo. ¿Viviendas? Conocía la gran tienda del Thurl y las mucho más pequeñas de la tribu de Ginjerofer; incluso había conocido viviendas permanentes, fabricadas por homínidos más sedentarios. Pero nunca había contemplado nada parecido a esas casas cuadradas que tenía a la vista, pintadas de brillantes colores. Pero eran viviendas, sin duda, con puertas de tamaño normal, ventanas, y árboles a su alrededor.

Luego revisaría. Volvió a correr.

No había casas a lo largo del Sendero del Borde. Vio enormes estructuras, sólidos rectangulares, huecos distorsionados, bosques de tuberías, grandes mallas de metal, planas y curvas. Su mente no hacía mucho caso de lo que veía. Una vista general, y listo; los detalles vendrían luego, si había tiempo.

Miraba hacia la Ciudad, no al paisaje de alrededor; pero volvió a ver el río, y una línea de riscos escarpados...

¡Los cruceros!

Ninguna especie tenía ojos como los de los Pastores Rojos, y no había ninguna forma natural que se asemejara a los cruceros del Pueblo de la Máquina. No podía equivocarse: estaba viendo la caravana de Valavirgillin sobre ese pico rocoso.

Los vehículos parecían haber sido abandonados. No vio signos de vida, hasta que uno de dos humanoides se puso de pie para estirarse. ¿Serían unos Gigantes en turno de vigía?

¿Lo habrían visto a él?

No allí, entre esas confusas y abigarradas formas. Pero si podía destacarse contra el cielo...

Todo a su tiempo. Los cruceros podían esperar.

No es fácil sorprenderse cuando uno no reconoce nada de lo que hay alrededor.

Al rato, el Sendero del Borde se amplió nuevamente; lejos, al frente, distinguió la puerta que había abierto de un puntapié la pasada noche. Y aquí, al comienzo del muelle que daba a babor y giro, una calle se separaba en ángulo recto. Una boca de lobo, de un ancho de ocho alturas de hombre. Ésta descendía en forma de rampa, mientras que todas las demás que había visto ascendían hacia el centro de la Ciudad.

Giró hacia la derecha.

La rampa estaba a oscuras.

Dejó de correr, y pasó al trote, pero luego se detuvo. El tufo a muerte hubiera detenido a cualquiera. Muerte y podredumbre, y algo allí debajo, algo familiar. Sus ojos se iban acostumbrando a la penumbra. La rampa se curvaba hacia la derecha, aún descendiendo...

Salió corriendo mucho más rápido de lo que había entrado.

La rampa espiral que había visto la pasada noche era mucho mayor de lo que había supuesto. Suficientemente grande como para cuatro cruceros lado a lado, calculó. Suficiente para los vampiros también, si lo descubrían allí arriba.

Tegger miró a la oscuridad, y supo que tarde o temprano debía ir allí. Esperar, mientras sus ojos se acostumbraban. Y mirar dentro del Nido de Sombras, y lo que había en él.

Pero aún no. Volvió a correr.

Muelles y almacenes. Grandes tanques plateados. Ah, aquí: la luz del sol se reflejaba en las ventanas. Calles cortas, y amplias escalinatas, dividiéndose a medida que ascendían; casas con ventanas elevándose, fila tras fila hacia lo que parecía ser un gran globo ocular.

Había llegado a la Escalera. Tegger comenzó a trepar.

Las casas tenían parches de tierra alrededor, y entre ellas. Para la mayoría de las casas, el parche de tierra al frente de una vivienda se convertía en el techo plano de la que estaba debajo.

Algunas de esas parcelas estaban inundadas. Otras habían sido lavadas o reducidas a arena por cientos de falans de lluvias. En algunos lados, el pasto crecía alto; en otros no crecía. Había árboles vivos y muertos; algunos caídos, otros con frutas o flores. Una línea de pomeros corría desde el techo de una casa hasta casi tocar la avenida. Los primeros parecían haber sido plantados; pero dos de los de arriba estaban muertos, y el más bajo apenas comenzaba a producir frutos. Tegger imaginó miles de pomos rodando hacia abajo durante cientos de falans, creando el arraigo para ese último árbol.

Encontró una ventana *plana* — no curvada como la de los viejos—, y del tamaño de la cama del Thurl. Sorprendente. Su superficie era tenebrosa. Tegger se acercó para echar un vistazo a través, pero el interior estaba oscuro.

En la siguiente casa, un gran árbol había roto con sus raíces el muro de la vivienda. También allí había una gran ventana, frente a la parcela de tierra. Tegger levantó uno de los escombros y lo lanzó al vidrio, pero fue el escombros el que se partió.

La rotura de la pared. ¿Podría deslizarse a través?

Sí.

El lugar era grande para las costumbres de Tegger: más grande que una tienda. La escala era mayor también, aunque no tanto como la de los Gigantes. Al sentarse en una silla, sus pies colgaron libremente.

Del otro lado de la gran ventana encontró una cama de forma oval. Cinco esqueletos encima: tres adultos, dos niños. Formaban un grupo amistoso, y parecían en paz. Otro esqueleto de niño estaba fuera de la cama; había intentado llegar a una puerta.

El espacio tras esa puerta se veía muy oscuro.

Usó ropa de la cama para hacer una antorcha y entró.

No había ventanas aquí. Había muebles... ¿controles? Palancas que se movían, en todo caso, por encima de unos tubos que salían de la pared. Dos de ellas estaban a ambos extremos de un pozo liso que tenía un agujero en el fondo. Parecían grifos, pero no salía agua de ellos.

Tegger continuó su examen.

Otro cuarto sin ventanas. Otro esqueleto, éste adulto, yacía cerca de un vano poco profundo con decenas de pequeños bornes adentro. Estos sí son controles, pensó Tegger, descargando su mochila. Como los del compartimiento de la burbuja.

La toalla. La daga de punta plana, que había conservado. Tiras del trapo de Vala. Comenzó a ponerlas en su lugar.

Nada. Nada. Nada. ¡Milagro!

Luz. Un punto del techo sobre él iluminaba; demasiado brillante para verlo directamente.

Tegger salió de la habitación.

Las luces brillaban por toda la casa. Tegger las dejó así. Le sorprendió que aún hubiese energía. ¿De dónde provenía? ¿De los relámpagos? La energía eran los relámpagos corriendo por alambres...

Volvió a la Escalera y se movió más rápido ahora, siempre hacia arriba, mirando a través de las ventanas. Por todos lados vio esqueletos. Siempre adentro. Los cuerpos que hubieran caído afuera habrían sido pasto de las aves.

Estaba lleno de malezas, incluso algunas que eran comestibles para ciertos homínidos. Otras plantas eran demasiado raras para ser otra cosa que ornamentales... a menos que...

Se acercó a una de gruesas hojas purpúreas.

Cavó un poco con la espada, tiró de ella, y encontró gruesos tubérculos. Los Granjeros del delta del río Nuboso los comían hervidos.

¡Eran granjas en miniatura!

Tegger se sentó al borde de un tejado y cruzó las piernas bajo su poncho color tierra, dejando que la lluvia corriera sobre él igual que sobre las masas de la Ciudad.

Esos pequeños parches de tierra ya no eran granjas. Las plantas no estaban ordenadas en hileras. Sin atención desde la Caída de las Ciudades, lo que era mucho tiempo. Pero ¿no era extraño que en este pequeño espacio los ocupantes hubieran sembrado y cuidado parterres escasos aún para un smeerp?

Tegger encontró aquello más que interesante. No había sido molestado por insectos esa noche; quizá se encontraba fuera de su alcance. Tal vez nadie vivía aquí, salvo los makaweis que forrajeaban debajo. Pero si había algo parecido a una cadena alimentaria aquí, hubiera comenzado por plantas creciendo.

Tal vez podría cazar algo.

¿Qué otra cosa de valor notaba?

Unas enredaderas habían crecido a partir de dos delgadas tiras de suelo, envolviendo la casa y derrumbándola. Las ventanas y sus marcos estaban rotos. Podía ver los muebles arruinados por las lluvias.

Las casas tenían superficies planas y ángulos rectos, pero la Escalera estaba dominada por un domo de material de ventana, tan grande como dos o tres de las viviendas. Lo comparó con un ojo, pero sólo veía en él los reflejos de las nubes. No tenía un color propio. El tubo que era el centro de la ciudad se destacaba tras de él, y lo superaba con mucho en altura.

Estaba cerca de las casas superiores, y éstas eran las más grandes, y las que tenían mayores jardines-granjas. Parecía que la vista era importante para los Ingenieros de las Ciudades.

El predio por delante y debajo de él era de forma perfectamente cuadrada. En su centro, una alberca con forma de riñón. Cuatro árboles, uno en cada esquina; pero la lluvia había escarbado y volteado a uno de ellos. Las raíces se curvaban en el aire, por afuera del límite del techo-jardín.

A Tegger le agradó la alberca. Debe haber sido un arreglo al estilo de las grutas de las islas Racimo. Su redondeado fondo era del color celeste de los Ingenieros, y unas escalas se veían dentro de ella. Había habido incluso una pequeña caída de agua: una abertura en la pila de rocas a un costado. Podía ver por dónde la caída de agua —y ahora la lluvia— corría hacia un drenaje en el fondo, y desaparecía.

La alberca estaba sucia de tierra, pero la mugre no duraría mucho. No había lo suficiente como para acumularse. Sin embargo, algunas plantas habían echado raíces en la tierra del fondo y habían roto la superficie.

Una alberca para nadar. ¿Porqué? Escaleras para salir: podrían ahogarse si no las tuvieran. Tal vez los Ingenieros nadaran; tal vez la Gente del río los visitara.

Pero, habiéndola construido, ¿porqué dejarla vacía?

Nada se movía entre los parches de tierra. Tegger supuso que sería mejor esperar al medio ocaso para cazar. El período entre luz y oscuridad es aprovechado por muchas bestias para salir, porque así buscan evadir a los predadores. Quizá podía perseguir a algo hasta que cayese en la alberca, y cazarlo allí dentro luego.

Mientras tanto... investigaría. Se deslizó hacia el pasto, luego marchó hacia la alberca.

El fango había cubierto el fondo. No cubría del todo el drenaje, sin embargo.

Un drenaje redondo y una cañería debajo. Una tapa del tamaño de su mano abierta, con charnela, y una cadena enmohecida colgando de ella. Tegger pudo ver hacia dónde iba dirigido el drenaje: hacia afuera, hacia el borde. Para vaciar la alberca, bastaba abrir la tapa tirando de la cadena.

Intentó cerrar la tapa. Se resistió, pero descargó su peso sobre ella y la charnela cedió. Se quedó cerrada. Tegger miró, mientras la alberca comenzaba lentamente a llenarse con el agua que caía.

CAPÍTULO 11 – EL GUARDIA

VILLA DE LOS TEJEDORES, 2892

La luz diurna cayó en sus párpados cerrados. Luis intentó girar hacia el otro lado, pero se detuvo: eso la despertaría.

Su recuerdo volvió poco a poco a su sitio. Sawur. Tejedores. El valle del río Shenty. Inferior. Vampiros. Cazavampiros. Un protector oculto...

Ella se dio vuelta en sus brazos. Pelaje dorado y plata; labios delgados. Su pecho era casi plano, pero unos prominentes pezones se entreveían en el pelaje. Se despabiló en un parpadeo; el negro de sus párpados hacía que sus ojos color café parecieran más grandes.

Sawur lo estudió, y verificó que él también se hallaba despierto. Entonces... Lusi no había preguntado, pero lo había supuesto: la mañana era el tiempo del rishathra, y él no tenía la menor gana.

Ella detectó que algo andaba mal. Se retiró un poco de él para ver su cara.

— ¿Tienes hambre en la mañana?

—A veces.

—Algo te está distrayendo.

—Sí, es cierto. Lo siento.

Ella esperó, para estar segura de que Luis no tenía más que decir, y luego preguntó:

— ¿Enseñarás hoy?

—Debo encontrar unas plantas que pueda comer. Mi pueblo es omnívoro. Nuestros intestinos necesitan fibras. Oye, los chicos mayores van de cacería...

—Sí, iremos con ellos —dijo Sawur—. Aprenderán más contigo en los bosques de lo que aprenderían conmigo en una cabaña. Bien, éste iba a ser tu regalo de despedida, pero lo necesitarás ahora.

De un rincón ella extrajo algo con correas. Luis lo llevó a la luz del sol para admirarlo. Era un trabajo de tejido increíblemente intrincado, un regalo realmente valioso: una mochila.

Encontró restos del pescado de anoche sobre la parrilla en cenizas, cortados en lonjas. Harían un buen desayuno.

Sawur intentaba guiar a una horda de niños todos en la misma dirección, mientras los educaba acerca de plantas, hongos, animales y rastros.

El día anterior, Luis había visto unas carnosas hojas en forma de flecha saliendo de un tallo púrpura, que crecía en la base de los árboles. Algo parecido a eso hubo conocido río abajo, y esas hojas eran un buen alimento.

Por lo general, un omnívoro puede ver lo que comen otras especies, y probar lo que otro homínido considera seguro. Pero él no podía hacer tal cosa aquí, entre carnívoros estrictos.

Además, lo que hallaba para sí no podía compartirlo. Si fuera venenoso, siempre estaba el autodo. Tenía que comer una cosa a la vez y chequearse. Si no era venenoso pero era horrible, lo comería igual, por la fibra, el potasio o cualquier sustancia de las que necesitaba.

Los niños lo observaban mientras probaba esto o aquello, mascando una cosa, escupiendo otra, guardando esto o aquello en su mochila tejida. Sawur intentó colaborar. Le señaló una liana venenosa antes de que Luis se hiciese daño, y unas bayas azuladas que los pájaros picoteaban—éstas testearon bien y sabían a limón—. Un hongo del tamaño de un plato dio positivo en las alergias...

Encontraron un pequeño estanque, algo apartado de los niños. Sawur lo detuvo poniendo una mano en su brazo. El agua era lisa y quieta. Rodillas y espalda protestaron cuando se hincó.

Su cabello... Nunca había visto uno así, ligado con hebras blancas. Sus ojos tenían arrugas en las comisuras. Luis pudo ver su edad.

En una agonía de pesar, Luis pensó: Yo tendría miles de estas arrugas, a mis dos siglos y medio. Todos en la reunión se sorprenderían...

Sawur le sonrió juguetonamente.

— ¿Acaso esperabas que Strill viniera a ti?

Luis se la quedó mirando, luego rió sorprendido. Sawur no tenía en cuenta la edad de él, sino la propia. Pero pudo escabullirse de la respuesta: los chicos los habían encontrado.

Había algo que Luis deseaba saber. Mientras enseñaba, podía aprovechar para aprender a su vez. Eligió a uno de los lanzadores de redes, un jovencuelo de pelaje dorado que intentaba atraer la atención de Strill.

—Parald, ¿sabías que una vez todos los homínidos fueron iguales?

Muchos de ellos respondieron. Alguna vez lo habían escuchado. Ni lo creían, ni lo descreían.

Luis tomó un palillo y dibujó en el barro: Homo habilis, tamaño real, lo mejor que pudo representarlo.

—El criador de Pak. Nuestros ancestros, los tuyos y los míos, vivía en un planeta como el mundo del cual provengo: una esfera, pero mucho más cercana al centro de nuestra espiral de estrellas —dibujó la galaxia, como una espiral barrada—. Nosotros estamos aquí. Los Pak vivían aquí... —no podía dibujarles el mundo de los Pak; nadie lo había visto—. Una planta crecía allí, llamada el Árbol de la Vida.

Comenzó luego a alterar el dibujo del homo habilis, dándole una cabeza abombada y deforme, articulaciones hinchadas, piel arrugada y llena de pliegues, y mandíbulas desdentadas parecidas al pico de las aves.

—Vosotros estáis cambiando de niños a adultos—le dijo—. Cuando todos los homínidos eran iguales, había niños, adultos que hacían más niños, y una tercera forma que los protegía a todos. Los adultos no razonaban entonces. Y cuando llegaban a cierta edad, los personas debían comer del Árbol de Vida...

—Las personas —dijo Parald, y se rió.

Tenía razón, la pronunciación genérica era femenino en su lengua.

—Entonces se dormían, y mientras dormían cambiaban como las mariposas. Sus órganos para el sexo se eliminaban: machos y hembras se veían iguales una vez convertidos en protectores. Los dientes se caían, y las mandíbulas crecían para reemplazarlos por un hueso cortante. Su cráneo se agrandaba para contener un cerebro superior, sus articulaciones aumentaban de tamaño para soportar los esfuerzos de una musculatura más poderosa, y su piel se convertía en una gruesa armadura coriácea. Cuando el cambio terminara, serían mucho más inteligentes y fuertes, y no les preocuparía nada más que la protección de sus descendientes, niños y criadores. Los protectores combatían terribles guerras entre sí para lograr que los propios descendientes sobrevivieran.

— ¿Y porqué no nos sucede eso a nosotros? —preguntó Strill.

—Hay un elemento que es muy escaso en el suelo del Arco. El virus que convierte a los homínidos en protectores no puede vivir sin ese elemento. Pero en una caverna, bajo una de las islas del Gran Océano, el Árbol de la Vida aún crece, y conserva el virus en la raíz.

»Lo más terrible respecto de un protector es que hará *cualquier cosa* con tal de proporcionarles un futuro a sus propios descendientes. Quienes construyeron el Mundo Anillo ocultaron el Árbol de la vida para que nadie pudiera llegar hasta él. Crece bajo una luz artificial en grandes plantaciones bajo el mapa de Marte. Pero alguien debe de haber conseguido entrar...

— ¡Eso es lo que asusta al Morador de la Red! —gritó Parald.

*Comentario intraducible. Dado que en inglés los artículos no tienen género, pero en castellano sí, el texto una vez traducido parece raro.

—Correcto. El Morador cree haber hallado a un protector en el Océano Opuesto, y otro a mitad de camino del Arco hacia antigiro, y tal vez otros más trabajando en el Muro exterior. El Morador de la Red no está emparentado con ningún protector; de hecho, por instinto ellos lo tratarían como a un enemigo. El Morador controla la defensa antimeteoritos del Anillo desde el Centro de Reparaciones; con eso, él puede quemar lo que sea, en cualquier lugar del Arco.

»Entonces, ¿a quién debemos temer? —terminó— ¿Al Morador de la Red o a los protectores?

Los jóvenes temblaron, rieron nerviosamente y comenzaron a hablar.

Luis escuchó y aprendió. Sabían de los protectores. La guerra era sólo un rumor para ellos, pero el rumor siempre venía vestido con una armadura con forma de protector. Todos los homínidos parecían portar esa silueta en sus mentes, como héroes o monstruos —San Jorge o Grendel—, como diseños de armadura entre los

Gigantes herbívoros, o trajes de presión en las cornisas del Muro que habían oficiado de espaciopuertos.

Después de mucho argumentar, los niños se fueron aliando con el Ser Último. Los extranjeros no competían, no robaban, no raptaban; ¿y quién podía ser más extranjero que el Morador de la Red?

Luego todos corrieron a zambullirse en el lago.

Las plantas de aquí le recordaron a Luis otra planta, cuyas gruesas raíces sembraban nabos. Comenzó a excavar. Sawur lo miró por un momento; luego habló:

—Y bien, Luwiwu, ¿Puedes arreglarte por tu cuenta?

—Creo que sí. No es el tipo de dieta que hace que uno engorde, precisamente.

— ¿Y estás contento de haber venido aquí, y estar con nosotros?

—Oh, sí —él sólo la escuchaba a medias. Una decisión que había tomado hace once años se estaba desmadejando en su cerebro.

—Pero prefieres a Strill.

Luis suspiró. Strill hubiera sido una delicia, pero aún Sawur, cuarentona como era, estaba bastante cerca de ser una adolescente comparada con él.

—Strill es muy bonita, sí. Pero Sawur, si Strill hubiese venido a mí, eso hubiera sido malo para ustedes. Puedo saber qué tan saludable es una cultura por la edad de la mujer que comparte rishathra conmigo. Yo soy el premio aquí, más allá de mi valor real...

—Que es alto —dijo ella.

—... y tú lo reclamaste. Pero si la gente estuviera hambrienta, o acosada por los predadores, o en guerra, entonces querían saber qué premio quiero yo por lo que doy. Y yo tendría alguna gloriosa y joven mujer en mi cama, y sabría que tendría problemas.

—Pero tú no te quejarías; muy al contrario.

—No, lo que quiero decir es que ellos necesitan más que algo de ideas o información —a una tribu de la ribera le había dejado dos de las plataformas de carga que llevaba apiladas, porque necesitaban mover cosas pesadas. No quería contar de esto, de modo que sólo dijo—. El conocimiento es como el rishathra: si lo tienes, lo puedes dar, y no por ello lo pierdes. Pero yo he tenido que ceder herramientas alguna vez.

— ¿Qué te tiene tan molesto esta mañana? ¿Los protectores?

Luis cargó otra raíz en la mochila. Ya tenía cuatro.

— ¿Sabes algo de ellos?

—Las historias de cuando yo era niña los relataban como héroes, pero al final del tiempo sus guerras terminaban destruyendo el mundo y el Arco. Kidada y yo hemos resuelto no contarlas más.

—Estos de ahora sí son héroes —comentó él—. Los que estaban en el Muro han reparado los motores que volvieron el Arco a su posición, evitando que caiga en el sol, y otro de ellos está repeliendo a unos invasores. Pero los protectores pueden ser una mala cosa. Los registros del Morador de la Red sugieren que unos protectores destruyeron la vida en Hogar, uno de los planetas donde mi raza vivía.

— ¿Confías en los registros del Morador?

—Son de lo mejor que tenemos.

— ¿Qué te parece si nadamos un rato?

A media tarde los jóvenes cazaron algo parecido a un pequeño antílope. Cortaron una rama larga, lo colgaron de ella y lo transportaron a la villa, con Luis marchando al final de la fila. Era placentero ser el hombre fuerte, y no ser del todo raro. La media de los homínidos del Anillo era más baja que Luis Wu.

Los Pescadores se habían marchado, pero el velero de los Navegantes se encontraba todavía en puerto. Ellos comenzaron el fuego y compartieron algunos pescados. A la mitad del ocaso el antílope estaba casi listo.

Entrevisto en medio de las cabañas, esta noche la imagen del acantilado mostraba el Mundo anillo de punta a punta, una banda a cuadros azules y blancos con el cielo negro a lo largo de sus bordes.

Nej. ¿Dónde estarían esos valientes cazavampiros?

Luis había puesto sus raíces a tostar en un extremo, contra las brasas. Niños y adultos se peleaban para hacerle preguntas.

—Es el Arco —les comentó—. El Morador debe estar buscando en el extremo opuesto, tras del sol. Vean, de ese lado está el borde del mismo sol, y ésa es parte de una de las pantallas de sombra que oculta el sol de noche. Esas manchas blancas son nubes. No, no pueden verlas moverse; si se vieran en movimiento a tanta distancia, los vientos serían tan fuertes que arrancarían toda la tierra de la superficie. No sé si pueden verlos bien, pero esas líneas brillantes son ríos, y esos puntos son mares.

—Las estrellas se ven más grandes —dijo el viejo Kidada—. Hay una que se mueve ahí... Luis, ¿qué intenta decirte el Morador?

Por fuera de los Muros, todas las estrellas derivaban a causa del giro del Arco —que estaba fijo en la imagen—, salvo la más brillante, que se movía cruzando a las demás. Luis la había estado observando. Bajó la velocidad a medida que se aproximaba al borde del Muro; luego trepó por encima de él dibujando una brillante línea blancoazul, su reflejo sobre el Borde — y se apagó.

—Está tratando de decirme —respondió Luis— que otro invasor ha entrado al mundo.

Parald cortó rodajas de carne y las pasó a Kidada, luego a Sawur, y luego a una repentina multitud. Wheek convidó a Luis con un pescado ensartado en una rama. Todos, Tejedores y Navegantes, tomaron sus porciones y marcharon a través de las cabañas hacia el acantilado.

Te estoy mostrando el Anillo invadido; ven y háblame. No te muestro la suerte de Valavirgillin; ven y pregunta.

Luis aceptó una feta del antílope, y comiendo a dos manos siguió a Parald.

Los Tejedores se sentaron en las mesas sobre la arena, observando. Sawur le guardó un lugar a su lado.

En la imagen, un sobreimpuesto negro cubrió el sol; los detalles se hicieron entonces más nítidos.

Una luz brillante se encendió en el borde del Muro. En los siguientes minutos se movió hacia adentro, sobre la superficie; luego se eclipsó, se desdibujó, se fue.

Era aburrido, pero todos estaban pendientes de la imagen. Luis se preguntó si los Tejedores se harían adictos al entretenimiento pasivo.

Las nubes sí se movían ahora. Vastos esquemas de vientos mostraban sus formas gracias a la cámara acelerada. Una delgada y pálida forma, parecida a un reloj de arena, absorbía nubes por sus extremos: era una tormenta vista desde arriba, formada por un agujero en el suelo del anillo provocado por un meteoro.

En cámara acelerada, una pluma solar salió de la sombra negra que cubría el sol. Una onda de choque verde brillante golpeó la pluma, y luego una ardiente estrella verde tocó delicadamente el muro del Arco, en el mismo punto donde la estrella anterior se había posado. La estrella verde se movió luego hacia fuera del Arco, borroneándose como si la interceptaran las nubes.

Apenas se desvanecieron los restos de la pluma solar, los Tejedores se levantaron y se desplazaron en densa corriente hacia sus chozas, conversando excitadamente. Luis los miró sorprendido. Eran realmente diurnos.

Antes de que el Inferior se pusiera a hablarle, Luis retrocedió hasta los rescoldos para retirar sus raíces. Tomó dos de ellas.

La primera tenía un sabor acre; la otra no estaba mal. No siempre encontraba algo que le gustara.

Los navegantes aún andaban por ahí. Uno de ellos se le acercó.

—Esas imágenes eran para ti, ¿verdad?

Luis miró hacia el acantilado. Dentro de la imagen, la estrella verde se había apagado.

—No sé qué debo decirle al Morador —dijo Luis—. Wheek, ¿ha hablado él contigo?

—No. Él me asusta.

El mensaje del Ser Último era suficientemente claro. Motor de fusión: una espacionave invasora. Tanto la Brazo, como el Patriarcado kzinti y la Flota de Mundos sabían de la existencia del Mundo Anillo. Todos habían tenido el suficiente tiempo para armar expediciones. O quizá el invasor fuera una de las naves de los Ingenieros de las Ciudades, que regresaba al hogar, o incluso algo completamente nuevo.

La defensa automática contra meteoros no actuaba si el invasor se movía a baja velocidad. Alguien estaba matando naves en forma activa.

Pero el asesino tenía un problema: la demora debida a la velocidad de la luz. El invasor había aterrizado a sólo unos minutos luz del Océano Opuesto, pero el ataque había demorado horas. Debía eyectarse la pluma solar, el efecto láser tenía que propagarse a través del plasma, y eso tomaba tiempo; pero además estaba el tiempo que requería el láser para llegar hasta el blanco. La presa podía quizá escaparse.

El Inferior debía estar extremadamente ansioso por hacerse de una nave cuyo motor de hiperimpulso estuviera en buenas condiciones.

Una suave música se deslizaba entre las ramas. Wheek había vuelto a su nave. Luis retiró una tercera raíz del fuego. La cortó a lo largo, luego apretó de los extremos para abrirla. Algo de vapor, y un aroma no muy distinto al de una batata.

Se preguntó si alguna vez hallaría el Árbol de la Vida en estado salvaje. El suelo fértil del Anillo no tenía suficiente talio, y por ello la planta no albergaría al virus que provocaba el cambio; y al cocinarlo lo mataría de todas formas. Se tomó su tiempo para comer el tubérculo, y luego caminó hacia la choza de mimbre de Sawur.

La música pareció hacerse más audible. Extraño sonido, mezcla entre vientos y cuerdas susurrantes. Se detuvo frente a la choza para escucharla.

La música se detuvo. Una voz dijo:

— ¿No hablarás con el Morador de la Red?

—No esta noche —dijo Luis, mirando en torno suyo. La voz parecía la de un niño, con cierto impedimento silbante al hablar. Había neblina, pero la noche en Mundo Anillo era más clara que en la Tierra, y debería haber visto algo, pensó Luis.

— ¿Puedes dejarte ver?

Una pesadilla se alzó de un arbusto, demasiado cerca. Pelos largos y lacios, del color de la noche, cubrían su cuerpo. Dientes grandes como puñales, forzados en una exagerada sonrisa. Brazos largos, manos grandes. Una pequeña arpa en una de ellas.

El Chacal parecía ser macho, pero una falda ocultaba sus partes. El vello facial era escaso, el pecho plano. Un muchacho, o una muchacha muy joven.

—Bonita falda —comentó Luis.

—Bonita mochila —respondió él—. El trabajo de los Tejedores es apreciado a todo lo largo del valle del Shenty.

Luis lo sabía bien. Había admirado esos tejidos miles de kilómetros río abajo. Preguntó al Amo de la Noche:

— ¿Haces tareas de seguridad para los Tejedores?

— ¿Seguridad?

—Si guardas sus posesiones mientras duermen.

—Sí, alejamos a los que hurtan.

—Pero no te pagan por tu cometido de... eh...

Mientras se preguntaba si habría alguna palabra para designar el «disponer del cadáver luego de los servicios fúnebres», el muchacho sopló en el extremo de su arpa, mientras sus dedos bailaban entre los orificios del marco y tañían las cuerdas. Lanzó un suave acorde con el instrumento y luego se lo mostró.

— ¿Tienes un nombre para esto?

—Hum. Parece un hijo ilegítimo entre un arpa y una flauta. ¿Una flarpa?

—Entonces, mi nombre es Flarpa —dijo el Chacal—. ¿Eres tú Luich Wu?

— ¿Cómo...?

—Sabemos he has evaporado un mar, lejos arriba en el Arco —Flarpa señaló—. Allí. Has desaparecido por cuarenta y un falans, y ahora te encontramos aquí.

—Flarpa, vuestras comunicaciones me sorprenden. ¿Cómo lo hacen?—Luis no esperaba una respuesta. Los Chacales tendrían sus secretos.

—Luz del sol y espejos —dijo el muchacho—. ¿El Morador era amigo tuyo?

—Aliado, no amigo. Es un asunto complicado.

El homínido lo examinó de arriba abajo, mientras Luis intentaba ignorar el aliento a carroña que llenaba el aire.

— ¿Habrás hablado con mi padre?

—Hum. Tal vez. ¿Qué edad tienes?

—Casi cuarenta falans —diez años, calculó Luis.

— ¿Y tu padre?

—Ciento cincuenta.

—Yo tengo casi mil falans de edad —dijo Luis. El chico no pareció sorprendido. ¿Algo estaría distrayéndolo? ¿Estaría su padre escuchándolos?

Bueno, ¿cómo lo diría? ¿Debía decirlo?

—El Morador de la Red, el gato gigante, dos Ingenieros y yo salvamos todo lo que hay debajo del Arco.

Flarpa se mantuvo en silencio. Algunos de los vagabundos debían ser grandes mentirosos, pensó Luis.

—Teníamos un plan. Pero llevarlo a cabo implicaba que murieran algunas... Bien, la mayoría de las gentes que queríamos salvar morirían. Yo era tan culpable como el Morador, quien fue el que finalmente realizó el plan, pero lo odié por ello. Ahora he descubierto que el Morador ha podido salvar a mucha más gente que la que yo creía posible...

—Entonces, debieras agradecerle. Y pedirle disculpas.

—Ya lo hice. Flarpa, espero que volvamos a conversar, pero mi especie duerme de noche. Si acaso tu padre quisiera hablar conmigo, seguramente un Amo de la Noche no tendrá mayor problema en encontrarme.

—Tal disculpa debe de haberte dejado un gusto amargo...

Luis rió. ¡Un Chacal sí que sabría de gustos amargos! Pero... esa no era la voz de Flarpa. Luis se movió hacia el claro.

—Sí, así fue —dijo a la oscuridad.

—Sin embargo, has debido de traerlo. Ahora el Morador debe decidir. Una alianza valiosa, un cambio en las conductas... ¿Tú tienes mil falans de edad? ¿Qué tan viejo es el Morador?

—Me duele la cabeza de sólo imaginarlo.

El muchacho se había sentado cruzando las piernas, y añadía un fondo musical a la voz que hablaba desde las tinieblas.

—Nuestro pueblo vive como mucho unos doscientos falans —continuó la voz—. Si vuestro error sólo os costó unos cuarenta o cincuenta, para gentes como vosotros debe valer la pena la reparación.

—Oh, los Ingenieros eran sólo unos refugiados, y matar a todo el mundo homínido no le hubiera importado a Chmeee... Pero yo aún soy culpable, pues he consentido. Decidí matar a toda esa gente para salvar al resto.

—Pues alébrate.

—Sí, seguro...

No podía preguntarle siquiera a los Amos de la Noche por el número involucrado. Ninguna mente sana podría manejarlo. Los homínidos de variada inteligencia que habitaban el Mundo Anillo invadieron cada nicho ecológico, transformándose en vacas, castores, vampiros, hienas, halcones... Tal vez unos treinta billones de personas, con un margen de error comparable a toda la población del espacio conocido.

Se podía salvar a la mayoría de ellos. Se generaría una llamarada solar y se la dirigiría a la superficie del Anillo, para así alimentar con hidrógeno a los pocos motores de posición que quedaban, aumentando el impulso. Morirían unos ciento cincuenta mil millones de pobladores a causa del fuego y la radiación..., pero iban a morir de todos modos. Y salvar al noventa y cinco por ciento restante no era poca cosa.

Pero los programas de los que disponía el Inferior, avanzados y enormemente adaptables, consiguieron ejercer un control tan fino sobre el chorro de plasma —del diámetro de un mundo—, que consiguió evitar la mayor parte de esas muertes.

Sin embargo, Luis Wu había consentido en ello.

—La zona de control del plasma —comentó Luis— estaba infestada del Árbol de la Vida..., la planta que transforma a los homínidos en algo muy diferente. Flarpa me ha dicho que tienes ciento cincuenta falans: estarías en la edad correcta para

convertirte en un protector. Pero yo tengo siete veces esa edad. El virus me mataría.

»Entonces dejé solo al Morador de la Red, para que se encargara de esas muertes. De otra manera, me hubiera enterado de que no morían tantos como temí. Pero de todas formas, decidí por las vidas de los que al fin han muerto, y la única forma de perdonármelo a mí mismo era dejarme morir.

—Pero tú no estás muerto —dijo la voz oculta.

—Estoy muriendo. Con el auxilio que tengo en mi máquina, quizá dure aún otro falan.

La música del muchacho sonó discordante y se apagó.

¡Nej! Había elegido dejar de lado la longevidad, pero toda esa gente jamás había tenido la posibilidad de elegir. ¿Acaso había una mayor falta de respeto que ésa?

—Y te has ganado su amistad —dijo el adulto.

—El Morador no es de una especie que cultive la amistad. Él pacta de forma precisa, y su única meta es mantenerse seguro. Intenta vivir eternamente, no importa lo que cueste. Eso me molestaba antes, y sigue molestándome ahora. ¿Qué pretende obtener de mí?

—Una alianza. ¿Qué tienes que él necesite?

—Un par de manos. Una vida que arriesgar, que no es la de una segunda opinión. A cambio de ello, puede darme otros ciento veinte falans de vida —y se quedaba corto, pensó.

— ¿Puede hacer lo mismo por... digamos, por mí?

—No. Sus programas de longevidad admiten sólo al gran gato o a mí. Han sido hechos antes de que viniéramos aquí. Ahora no puede regresar; está detenido en Mundo Anillo. Yo lo detuve. Y ahora intenta al menos permanecer por siempre.

Pero su pensamiento fue más lejos: *el Inferior tiene un programa para reparar humanos, y otro para kzinti. Para un Chacal, habría que escribir un nuevo programa. Lo que me costaría tratar con el Inferior—mi propia vida, quizás— sería mucho, pero nada comparado a lo que costaría programar un tratamiento para un Chacal. Y si Luis Wu quiere que un Chacal se salve, ¿porqué no un Tejedor, o un Ingeniero o...?*

Imposible.

El Chacal oculto había parecido aceptar su historia... O tal vez pensara que algunos vagabundos estaban algo locos. Flarpa estaba tocando nuevamente.

—Cuando caí en la cuenta —continuó Luis— de que había decidido la muerte de tanta gente..., decidí envejecer y morir como una persona normal. ¿Qué tan malo podía ser? La gente lo ha hecho desde que es gente.

—Luich Wu, yo daría todo lo que tengo por ser cien falans más joven.

—El Morador de la Red puede hacer eso por mí... por mi especie. Y puede hacerlo de nuevo cuando vuelva a ser viejo. Y cada vez, demandará de mí alguna cosa.

—Puedes rehusarte cada vez.

—No. Ése es exactamente el problema —Luis miró hacia la oscuridad—. ¿Cómo debo llamarte?

La música de la flarpa de pronto tuvo un acompañamiento de graves. Luis escuchó por un tiempo. ¿Un instrumento de viento? No podía adivinar su forma.

—Un oboe —decidió—. Oboe, ha sido de gran ayuda conversar contigo.

—Deberíamos hablar de otras cosas...

—Oh, sí, de dimes y diretes, y...

—Y de protectores.

¿Qué sabría de los protectores la red de comunicación heliográfica de los Chacales?

—Estoy muy cansado. Mañana por la noche —dijo Luis, y se refugió en la cabaña.

CAPÍTULO 12 – DESTETANDO VAMPIROS

Tegger supuso que el domo sería algún tipo de vivienda extraña, pero no lo era. La puerta estaba abierta, y parecía no haber forma de trabarla. El interior era una sola habitación, y dentro de ella había una escalera demasiado grande aún para los Gigantes herbívoros: semicírculos concéntricos de grandes escalones. Y mesas, una docena de mesas livianas montadas en patines.

«¿Qué sería este sitio?», se preguntó. Si un centenar o algo así de homínidos se sentaran en esos escalones, tendrían una bonita vista de la Ciudad y de las tierras cercanas. ¿Un salón de conferencias?

Había unas puertas en el último escalón. Más allá, la oscuridad. Buscó el encendedor.

No era una habitación para vivir. Unas superficies planas, unas puertas gruesas que tenían pequeñas ventanas en ellas, y tras las puertas, pequeñas cajas.

Cuando dudes —se dijo—, sigue mirando. Tres grandes recipientes para agua, con sus drenajes. Una mesa de madera combada por el tiempo. Colgando de un centenar de ganchos, unos recipientes de metal con mangos largos. Detrás de un panel colocado a nivel de sus ojos, Tegger al fin encontró algo conocido: unos pequeños bornes unidos por líneas de polvo.

Comenzó a emplazar tiras de la tela de Vala.

Se hizo la luz.

Había unido seis pares de bornes, y sólo consiguió una luz. ¿Qué harían los otros?

Había más puertas al final; tomó el encendedor y entró.

Una especie de almacén. Portillas, cajones y recipientes. Los viejos olores estaban todavía presentes: plantas. No olían como comida, pero probablemente lo fueran. Buscó algunos residuos, pero no encontró nada que siquiera un Gigante herbívoro pudiera comer.

¿Acaso se sentaban en los escalones y simplemente comían?

Tal vez. Volvió al cuarto iluminado. Se sentía más cálido ahora. Y se dio cuenta de porqué, cuando se apoyó en una de las superficies planas.

Como cazadores que son, los Pastores Rojos no gritan cuando se lastiman. Tegger se fregó su quemado brazo, los dientes apretados de dolor. Luego, después de meditarlo, escupió sobre la superficie.

Su saliva siseó.

Las puertas de dos de las cajas estaban calientes al tacto.

Debía estar en algún tipo de planta química, como la que Vala había descrito. Quizá algún otro homínido la comprendería mejor que él.

La cumbre de la Ciudad era un tubo vertical rechoncho, con un adelgazamiento como de cintura de insecto. Una escalera en hélice lo llevó a Tegger hasta la cima. Miró en derredor como lo haría un rey.

Algo a lo que no había prestado atención antes cayó sobre él, ahora que estaba en el punto más alto de la Ciudad:

¡Todos los tejados tenían el mismo color!

Los techos planos de los sólidos rectangulares, y las curvas cimas de los tanques, todos eran de un gris brillante. Algunos lucían símbolos, pintados sobre el gris con trazos delgados. La única excepción la constituían las casas de la Escalera, donde los lugares planos eran pastizales y... claro, las escaleras eran gris brillante.

Pero los laterales de las cosas eran de todos los colores. Los edificios sin ventanas estaban más escritos que pintados. Había caracteres que Tegger no reconocía: unos cuadrados, otros curvos y algunos garabateados. Otros eran simples dibujos.

Los antiguos Ingenieros de las Ciudades podían volar. ¿Porqué no pintar la cima de las cosas, también? A menos que esa superficie gris fuera... fuera... Flup, no recordaba la palabra.

«Piensa en ello. Entre tanto...»

Estaba de pie en el borde de un gran tubo: diez alturas de hombre de diámetro por casi lo mismo de alto. Tegger miró por dentro del tubo hacia abajo, y midió mucho más que diez alturas de hombre. El tufo a cenizas y químicos era muy leve, pero no se lo estaba imaginando. Era una chimenea tan grande, que en el horno deberían poder quemarse poblados completos.

La lejanía de este sitio respecto de las ciudades podría haber sido una buena razón para ubicar esa factoría. El humo provocado por tal chimenea habría permanecido por años antes de que lo llevara el viento, pero debía haberse elevado primero. Los vecinos se habrían irritado, y hubiera habido que pacificarlos. Pero, en todo caso, ¿cómo habrían alcanzado las quejas de los vecinos a un centro industrial flotante?

Había pasado un cuarto del día subiendo escaleras y explorando casas, pero los cruceros aún permanecían allí donde los viera. Valavirgillin debió elegir el sitio como posición defensiva: los centinelas tenían al alcance de su vista el río, el Nido de sombras y su techo flotante.

Tegger se quitó el poncho para exponer el inconfundible color de su tez. En el sitio más alto de la Ciudad, levantó ambas manos y las agitó.

— ¡Warvia! ¡Por el poder de nuestro amor, y por el poder de la tela de Valavirgillin, he alcanzado este sitio! Aquí conseguiré algo, de alguna manera. ¡De alguna manera!

Me han visto, pensó. Alguien me estaba señalando...

Bien, veamos qué más hay.

Giró a su alrededor, observando la Ciudad. Detectó el muelle de su llegada y se orientó a partir de él. Las casas de la Escalera bajaban en zigzag hasta el Sendero del Borde, exactamente al otro lado de los muelles.

No entendía la mayor parte de lo que veía, pero...

Cisternas. Dieciséis enormes tanques cilíndricos se abrían al cielo, uniformemente espaciados. Imaginó que esos tanques servirían para contener agua. Al menos, las casas y el domo de vidrio necesitarían agua. Pero las cisternas estaban vacías, todas ellas. Como las piscinas en los jardines de la Escalera.

Luego de la Caída de las Ciudades, los habitantes no tenían nada que los llevara abajo. Algunos deben de haber utilizado la rampa, pero cuando los vampiros se acomodaron debajo, esa opción se cerró, y quedaron encallados en la cima.

Necesitarían agua. Estaba el río, debía haber bombas. ¿Por qué otro motivo estacionar una planta sobre un río? Pero las bombas ya no funcionaban, y las lluvias aún no llegarían. Sólo cuando Luis Wu hizo las nubes llegar en cantidad.

Pero así y todo drenaron las aguas de la ciudad... ¿Porqué harían tal cosa? ¡Todos los drenajes abiertos! ¿Se habrían vuelto locos?

Murmullo se había ido, y su propia mente no alcanzaba para tantos enigmas. Tenía que lograr que los cruceros subieran de algún modo.

Esa noche durmió en el domo de vidrio, sobre uno de los escalones. Parecía un lugar seguro, y le agradaba la vista.

A principios del ocaso varios cientos de vampiros salieron del Nido de sombras, remontando el río y ascendiendo las montañas.

Para cuando la última traza de sol quedó oculta, su número alcanzaba el millar.

La gente de Vala reaccionó en forma variada a la presencia de tal cantidad de nocturnos moviéndose tan cerca. Los Recolectores simplemente los ignoraron: dormían toda la noche. Enseguida Vala se dio cuenta de que no podía usar a los Gigantes como vigías nocturnos: cualquiera podía ver que eran valientes, pero también oler su miedo...

Excepto Beedj. ¿Cómo se entrenaría a un futuro Thurl? ¿Podría ella aprender algo de eso? Envió al resto a dormir, y decidió confiar en su propia gente y en los Chacales.

Dejando de lado las frustraciones, estaban aprendiendo mucho sobre los vampiros.

La segunda noche estaba llegando a su fin. En medio de la lluvia, bajo un negro manto de nubes, los vampiros volvían a casa. Arpista comentó que su número había bajado un poco, y traían unas docenas de prisioneros. Ésta había sido una salida en tren más beligerante.

Los Amos de la Noche informaron de estructuras en el Nido de Sombras. Cabañas, o tal vez chozas de almacenaje; algunas parecían haberse derrumbado. También algo en forma de elevación en medio del río; no podían ver la cima porque la Factoría la ocultaba.

No parecía haber otra forma de subir que no fuera por la rampa espiralada.

Había un basural, una acumulación de desechos a babor y antigiro del Nido de sombras. Debió crecer a lo largo de décadas: una montaña de restos de vampiros y prisioneros, que hasta Vala pudo distinguir cuando se la señalaron. Estaba demasiado cerca del Nido de Sombras para ser de utilidad para los Chacales.

No había lugar bajo la Factoría donde los vampiros no pudieran estar.

Era plena luz ahora, y la procesión de vampiros concluía.

—Cuando hayan vuelto todos, regresaremos al río —dijo Vala.

—Hemos de dormir —comentó Arpista.

—Lo sé. Os quedaréis aquí.

—Necesitamos un baño, y también aprender más. Dormiremos bajo el toldo; despiértanos al llegar al río.

Valavirgillin hizo rodar el crucero a lo largo de la ribera. Era inútil intentar ocultar un artefacto tan voluminoso, y ni siquiera lo intentó.

Las ráfagas de lluvia se mezclaban con calmas temporarias y momentos en los que hasta se veía el sol. El Nido de Sombras se alzaba al frente, demasiado cerca. Ninguno de ellos pudo ver nada en la oscuridad, pero luego de que una capa de nubes se cerró sobre la tierra, Vala pudo distinguir algún movimiento en los límites de la sombra. Algunos vampiros estaban activos, al menos.

Era mediodía. Valavirgillin prestó una cautelosa atención al clima. Si se ponía muy oscuro, los vampiros quizá se animaran a salir y atacarlos.

La placa volcada yacía a través del agua corriente; se veía difícil de alcanzar. Sin embargo, los vampiros se mantenían distantes. Vala se apeó sobre el lodo.

Dos cabezas negras se destacaron bien dentro del río, y nadaron hacia ellos.

Era conveniente presentarse seguido ante las especies que no apreciaban claramente las diferencias entre los individuos.

—Hola, soy Valavirgillin.

—Soy Rooballabl; él es Fudghabladi. El río es poco profundo aquí. Tu crucero puede llegar hasta la isleta sin problemas. Eso hará más difícil que os ataquen.

—Ellos son Warvia, Manack y Beedj —Barok y Waast habían quedado a cargo del cañón—. No planeamos quedarnos mucho tiempo. Roobla, hemos visto actividad anoche por aquí...

—Vimos al compañero Rojo que nos dijeron que buscáramos. No hemos podido acercarnos a él, pero lo hemos visto pelear y luego lo hemos visto volar. Fudghabladi dice que alguien lo acompañaba, pero yo no he visto a nadie...

—¿Compañía? —prorrumpió Warvia—. ¿Dónde iba Tegger a encontrar compañía? ¿Era un vampiro?

—Yo no lo he visto, de veras. A veces, la vista de Fudghabladi le juega malas pasadas. Tegger hablaba consigo mismo de tanto en tanto. Vino a ver esa cosa ahí tirada. Seis vampiros lo atacaron. No lo sedujeron; sólo lo atacaron.

Rooballabl sonó algo petulante, como si los vampiros hubieran roto alguna regla, pero Vala asintió.

—Es una información valiosa —declaró.

Más allá de eso, los Seres del Río no aportaron nada diferente de lo que Warvia había visto desde el vivac. Cuando la narración terminó, Vala les preguntó:

— ¿Estáis a salvo aquí?

—Eso creemos. Aprendemos también. ¿Sabíais que en el Nido de Sombras hay prisioneros?

—Hemos visto que trajeron a algunos a través del paso —comentó Warvia.

—A veces vagan libremente —acotó Rooballabl—. No nos hemos acercado a ellos, pero los hemos estado observando. Nunca liberan a más de dos o tres a la vez.

— ¿Qué especies has visto?

—Había dos muy grandes que se acercaron al río a comer juncos, y luego volvieron bajo las sombras. Gigantes herbívoros, según me pareció. Varios vampiros que fueron a su encuentro lucharon entre sí. Algunos se retiraron, y el resto se alimentó de los Gigantes, que cayeron muertos luego. Sin embargo, hemos visto a unos Granjeros del delta que está a giro salir, buscar raíces y cocerlas luego, comerlas y volver a la sombra a salvo. Ninguno los atacó.

Fudghabladi dijo algo. Discutieron entre ellos y luego Rooballabl tradujo:

—Fudghabladi vio a una hembra de los Rojos también. Se pasó medio día en cacería, pero lo hizo mal, con impaciencia. Volvía cada tanto bajo las sombras, a ver a su vampiro; él la enviaba de nuevo. Más tarde, ella atrapó a un saltador que bebía en la ribera; se arrojó sobre él y le partió el cuello, y lo arrastró hacia la sombra. Tres vampiros ahuyentaron a todo el resto, se bebieron la sangre de la bestia, luego risharon con la Roja, y al fin la Roja se comió al saltador. Estaba muy hambrienta.

Vala intentó no percatarse de la furia y bochorno de Warvia, y preguntó:

— ¿Ha visto a alguno de mi especie?

Otra vez la charla gorgoreante.

—Vio a una hembra joven, que estaba guardada por un vampiro macho. ¿Tienes algo bueno para contarnos?

—Hemos visto a Tegger hacéndonos señas. Ha conseguido llegar a la Factoría, está vivo y activo. Todavía no sé cómo podremos subir, y no veo que podamos hacer otra cosa.

— ¿Qué pensábais hacer?

—Los Chacales tenían un plan —gruñó Vala—. Pero la rampa era necesaria, y no llega hasta el suelo.

Vala esperó ásperos comentarios desde debajo del toldo, pero los Amos de la Noche se mantuvieron callados.

—Debe haber estado abajo alguna vez, antes —arguyó Rooballabl—. ¿Para qué otra cosa podría servir?

Cuando la Factoría funcionaba, seguramente era alimentada por plataformas volantes; pero las rodantes serían más económicas, y seguramente habría cargas demasiado pesadas para que fuera rentable la entrega aérea.

—Creo que la Caída de las Ciudades fue lo que atrajo aquí a los vampiros —dijo Vala.

— ¿Cómo dices? —preguntó Beedj.

Con la mirada fija en el confuso límite del Nido de Sombras, Valavirgillin dejó a su mente vagar y a su lengua seguirla.

—No me imagino que un centro industrial permitiera que anidaran vampiros debajo de él. Debían mantenerlos lejos de algún modo; pero luego de la Caída, la protección debió haber dejado de funcionar. Los vampiros buscan la sombra, y se agruparon allí. Una noche subieron por la rampa, pero no deben haber podido atraparlos a todos, y a la noche siguiente los refugiados elevaron la rampa para dejarla fuera de su alcance.

—Pero...¿cómo lo hicieron, sin energía? —otra vez Beedj.

Vala se encogió de hombros.

La voz de Rooballabl se oía como burbujas reventando en el fango.

—Habría que preguntarse más bien el porqué. Fabricaron un inmenso puente colgante para subir cargas, grande aún para tal Factoría. ¿Porqué iban a hacerlo de tal manera que se pudiera mover, o elevar? Ese... raro puente vertical, debe haber sido difícil de construir, y se dañaría fácilmente si también había de ser elevable. Conocemos bastante sobre pesos y masa, podéis creernos.

Rooballabl tenía razón, y eso irritó a Vala.

—No conozco la respuesta a eso.¿Qué tal si hubiera una guerra entre quienes podían volar y quienes no? Tendrías que poder levantar el puente, me parece.

Su tripulación intercambió miradas entre sí.

— ¿Conocéís algún registro de una guerra de ese tipo? —preguntó Beedj al resto; nadie respondió—. ¿Rumores, quizá?

—Olvídalo —dijo Vala, molesta.

— ¿Para qué levantar la rampa? —adujo Manack— ¿Por qué no simplemente alzar un poco la Factoría?— pero se dio cuenta del enojo de Vala y ~~comentó~~ ~~comentó~~. No importa.

Cuando Tegger caminó hacia las sombras, el cielo era negro y la lluvia un torrente.

Encendió una antorcha; la luz no duraba mucho, e iluminaba un escaso círculo de la rampa descendente. Caminaba entre el rugido de una verdadera tempestad. Se dirigió hacia la derecha y encontró una barandilla; se asomó por encima de ella, pero no vio nada.

Debían haberlo visto ya. No les gustaría la antorcha, pero gracias a ella lo verían. Llevaba otras nueve consigo. ¿Qué sucedería si lanzara una?

Se estiró sobre la baranda y lanzó la antorcha hacia el tramo de hélice por debajo de él. Miró desde arriba para comprobar si seguía ardiendo, y luego se adelantó por la rampa. Ya había girado casi un círculo completo hacia abajo.

Ahora podía dejar que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad.

El hedor le hizo recordar a esas noches que pasaron esperando para conferenciar con los Chacales. Los sonidos eran parecidos a los de la tienda del Thurl en las noches: susurros, murmullos, riñas repentinas, todas en una extraña lengua, y como fondo el sonido de una caída de agua. Lo que imaginaba debajo de él debía ser mucho peor que la realidad...

Miró hacia abajo.

El final de la rampa espiral estaba bastante lejos del suelo.

Algo dentro de él encontró divertido el asunto. Podía ver ahora varias caras triangulares mirando hacia arriba, y eso le pareció divertido también. Incluso lanzó una risita nerviosa.

Más allá, entre las sombras, un río vertical caía, una cascada de gran tamaño. Toda el agua que llovía sobre la Ciudad caía por ese conducto hacia el río.

La rampa estaba cerca del borde de la masa volante. La catarata debía estar en el centro, pero el rugido era omnipresente. Caía sobre —o dentro de— una vasta e intrincada estructura, y luego se volcaba en el río a través de pequeños rápidos y riachos. Tagger podía ver poca cosa entre lo oscuro, pero... ahí había una fuente de tal tamaño, que nadie sino los Ingenieros de las Ciudades podrían haber construido.

El río corría a ambos lados de la fuente, y allí parecía estar confinado en concreto o roca. Donde terminaba la roca —cerca de donde él colgaba ahora— había una serie de rápidos. El agua que caía de la Ciudad, agregando su fuerza a la del río, había excavado un profundo cañón. A pesar del reflejo de la escasa luz diurna que se colaba por el borde de la ciudad, apenas pudo apreciar las paredes del cañón.

Y —por supuesto— había vampiros por todas partes.

La mayoría estaban dormidos, amontonados en grupos que parecían familias. Un momento... Había visto a una hembra del Pueblo de la Máquina: tenía barba y pechos. Y estaba desnuda en el centro de un círculo de vampiros.

Le pareció a Tegger que ese círculo la estaba protegiendo de otros vampiros... ¿de ladrones, acaso? Cuatro eran adultos, otros dos parecían niños por el tamaño, y había un bebé en brazos de una hembra. Suficientes para cuidar de ella.

Esa mujer había sido tomada de la gente de Vala, durante el ataque al refugio del Thurl. Tegger continuó mirando.

El bebé despertó e intentó mamar.

La hembra vampiro se despertó a medias. Le pasó el bebé a la mujer... Oh, flup, ¡la mujer se lo llevaba al cuello!

Tegger retrocedió trastabillando. No había comido en algún tiempo, pero sintió la carne del pájaro en la garganta.

¿Porqué los vampiros hacían prisioneros?

¿Cómo destetaban a sus bebés?

Tegger no quería saber más.

A veces, el truco es dejar el problema de lado. Tegger casi había salido ya de la rampa, cuando todo cayó en su lugar.

Agua. Rampa. Luces. Vampiros abajo, Ingenieros encallados en la cima. ¡Los cruceros!

Había mucho que aprender, pero ahora ya sabía qué hacer. Y más adelante..., recibiría gustoso alguna ayuda.

A todo lo largo de la estructura flotante, se encendían las luces.

Valavirgillin estaba transida por la falta de sueño. Pronto debía irse a la cama, pero eran tan bellas...

Su mente se dispersó.

La comida estaba comenzando a escasear en las alturas. Los pastos eran escasos, las presas pocas y ágiles. Los Recolectores habían encontrado lo suyo. Los del Río pescaron, suficiente para ellos y algo para compartir. El Crucero Uno había traído bastantes provisiones. Los peces alimentarían a todos, menos a los Gigantes y a los Chacales. Los de la Máquina necesitarían algo más que peces, pero podían soportarlo por un tiempo.

Unos pocos vampiros estaban de cacería alrededor del basurero del Nido. Vala pensó que debían estar realmente hambrientos, pero habían tenido algún éxito. Warvia distinguió carroñeros que ningún Rojo había visto antes. Tal vez los Amos de la Noche mataban a sus competidores donde podían.

Fudghabladi había dicho que antes arrojaban los cadáveres al río. Los vampiros debían ser menos numerosos entonces. Ahora los apilaban lejos del agua. Cuando los carroñeros venían por los cuerpos, los hambrientos vampiros los cazaban y vaciaban.

De nuevo aparcaron los cruceros popa con popa, y apostaron vigías. Los vampiros los habían ignorado la primera noche. «Ahora han tenido el día completo para observarnos, igual que nosotros a ellos», pensó Vala.

En un par de días, la provisión de pastos se habría acabado. Los Gigantes tendrían que ir a forrajear a las tierras bajas, con acompañantes que los protegieran. Los Chacales conseguirían lo suyo también: muchos prisioneros de los vampiros morían durante el regreso al Nido.

Travesera rompió el silencio.

—No se puede hacer correr la energía sin usar unos materiales muy poco comunes.

Valavirgillin no se sobresaltó, ni la miró.

—Lo sé.

—Muy poco comunes. Algunos alambres pueden haber sobrevivido a la Caída de las Ciudades, o haber llegado al Arco posteriormente; pero ¿de dónde los sacaría un Pastor Rojo?

—De mi mochila, imagino —respondí ó Vala. Los Amos de la Noche sabían todos los secretos—. Me alegro por Tegger. Podría haber muerto en el río...

—Sí.

Luego de un prolongado silencio, Valavirgillin dijo:

— Luis Wu me dejó cierta cantidad de... tiene un nombre largo: «tela superconductor». Yo la comercié con las familias de Ingenieros de una Ciudad Volante, cerca de donde vivía. Ellos la usaron para reparar sus luces y condensadores de agua.

»Gracias a eso me hice rica. Tomé a Tarabillast como pareja, y crié tres niños. Luego invertí el dinero en un proyecto para fabricar algo que Luis Wu me describió: plástico. Tarb nunca criticó mi derroche—excepto una vez, recordo para sí— porque, después de todo, era mi patrimonio. Él no había contribuido con gran cosa.

—Este *plástico*... —la pronunciación de Travesera había sido una exacta copia de la de Valavirgillin—, ¿tiene un nombre en nuestras lenguas?

—Creo que no. Luis lo describió como un producto que podía ser hecho a partir de los residuos de nuestras fábricas de combustible. Sin olor. Puede tomar cualquier forma. Me mostró un par de cosas hechas en plástico; de otra manera no hubiera podido creerle.

»El laboratorio Tarbavala produjo resultados, y unas cuantas respuestas, pero nada que pudiéramos vender. Tarb y nuestros padres cuidan a los niños ahora, mientras que yo salí en busca de fondos para mantener nuestros asuntos corriendo. Pensé que una expedición de intercambio me sería útil; el Imperio dota de premios a quienes puedan persuadir a nuevas comunidades de homínidos a fabricar combustible. Y por encima de eso, el comercio es algo rentable.

— ¿Cuánto tiempo hace que viajas?

—Pronto serán diez falans.

— ¿No es demasiado tiempo?

—No lo sé. Estoy en pareja. Tarb nunca regateó con eso —sacudió la cabeza—. Me voy a dormir.

—Yo vigilaré.

CAPÍTULO 13 – LA LEY DE SAWUR

VILLA DE LOS TEJEDORES, 2892

Cuando despertó estaba solo, y hambriento. Se metió en su mono y salió de la cabaña, caminando a través de los crujientes pastos.

La villa parecía estar vacía.

Aún quedaba calor en los rescoldos de la fogata. Encontró la última de sus raíces y la cortó para abrirla. Sabía parecido a la planta huevo. Serviría como desayuno.

Sol de mediodía, por supuesto, pero se sentía como si fuese el mediodía, como si hubiera desperdiciado la mitad del día durmiendo. Se subió a la plataforma para echar un vistazo alrededor. Allá estaba, como era obvio: Sawur, como un cometa, guiando una estela de niños.

Los alcanzó cuando cruzaban cerca del Arco del Río; dejó allí la plataforma de carga y se unió a la estela.

Caminaron a lo largo del río. Luis les trazó mapas del Mundo Anillo, e hizo comentarios acerca de sus constructores, su edad y su destino, e intentó explicarles que todo eso eran meras conjeturas. Dibujó los dobles toroides superconductores que habían usado los Ingenieros de las Ciudades como motores de las espacionaves: colectores Bussard, que habían sido retirados de sus montantes en el Muro. Pero calló el dato sobre cómo había alimentado los restantes.

Algunos de los jóvenes se habían retirado, pero ahora estaban de regreso, excitados. Habían hallado cientos de nidos de aves perchados en las horquillas de unos árboles. La horda entera salió corriendo, con Luis y Sawur siguiéndolos al paso.

—No puedo entender tus horarios de sueño —le comentó ella.

—Anoche tuve una larga conversación con dos homínidos que quizá nunca has visto.

— ¿Amos de la Noche? Dicen de ellos que saben todas las cosas, y que gobiernan todo lo que hay bajo el Arco. Los muertos les pertenecen. Hemos recibido otras veces a huéspedes que conversan con ellos, pero ¿porqué lo haces tú?

—Yo hablo con todos —admitió Luis—. Me agrada eso. Seguro que siempre podré aprender algo. Verás, creo que el chico quiso hablarme, y el padre no se movió lo suficientemente rápido para detenerlo. Luego, el adulto, Oboe, me dijo más de lo que quería, y ahora creo que he descubierto cómo el imperio de los Amos de la Noche se comunica a través del mundo.

La mandíbula de Sawur colgó. Luis respondió apresuradamente:

—No es algo para comentar, Sawur, aunque yo ya conocía el truco desde antes. De todas formas, no lo saben todo. Ellos tienen problemas, yo tengo problemas...

—Tú los tienes, eso es seguro —dijo ella, en forma brusca—. No te has levantado esta mañana, pero has estado hablándole a tus sueños. ¿Qué es lo que tanto te atormenta, Luis?

Pero se encontraron en medio de una lluvia de pequeñas redes voladoras.

Los niños habían gateado alrededor de la arboleda, rodeándola, y ahora las redes volaban. En una hora capturaron un número considerable de aves del tamaño de palomas.

Los Tejedores no parecían interesados en los huevos, pero Luis tomó una docena. Parecían de plástico por aspecto y tacto; como las esferas de beber en baja gravedad, aunque sin espita. Valdría la pena probarlos.

A media tarde regresaron a la villa. Mientras los jóvenes desplumaban las aves, Luis y Sawur se apartaron un poco, sentándose en una roca plana y observando a los Tejedores más ancianos preparar la fogata.

— ¿Qué puede atormentar a un maestro?

Luis rió de buena gana. ¿Acaso los maestros no pasaban malos ratos? Pero ¿cómo explicar a un Tejedor...?

—Me comporté en forma estúpida hace un tiempo. Debe haberle tomado varios falans al Morador de la Red el descubrir qué tan estúpido he sido, y el porqué no le hablaba. Pero hemos vuelto a conversar ahora, y ése ya no es el problema.

»Sawur, el Morador de la Red nos capturó a mí y a Chmeee para que le sirviéramos. Muy censurable, por cierto; pero tenía una forma de recompensarnos por el servicio: unas semillas que harían joven a un anciano, fuera humano o kzinti.

Sawur se mordió el labio inferior.

—Hum. Así que puede hacer eso. ¿Lo hará?

—A cambio del servicio. Tiene un aparato, un autodoc. Puede reparar heridas graves, borrar cicatrices y devolverte una pierna que te falte. Probablemente puede reparar otras cosas que las semillas no reparan.

»Pero Sawur, reconstruir a un hombre requiere técnicas muy complejas, muy avanzadas. Si él puede devolverme la juventud, imagino que también podría volverme dócil. Tanto Chmeee como yo no servimos para esclavos. El Morador podría hacer de mí un sirviente mejor. Un sirviente perfecto. Hasta la otra noche, yo tenía esa excusa para negarme a aceptar que me pusiera en su máquina. Pero ahora ya no la tengo.

— ¿Has estado en esa máquina antes?

Ésa era una buena pregunta.

—Me tuvo dormido por dos días antes de llegar aquí. Pudo haberme hecho cualquier cosa en ese lapso de tiempo...

—Pero no lo ha hecho.

—No creo que lo haya hecho. No me siento diferente.

Ella no dijo nada.

Luis rió de pronto, se giró y la tomó en sus brazos.

—No importa. ¡He destruido su motor! No puede ya volver a las estrellas, y ése es el motivo que le obligó a salvar el Arco. Si me ha convertido en un sirviente, ha realizado un pésimo trabajo.

Sawur lo observó, luego rió estrepitosamente.

—Pero, Luis... ¡tú también has quedado atrapado aquí!

—Hice una promesa a Valavirgillin, del Pueblo de la Máquina. Prometí salvar al Mundo Anillo, o morir en el intento.

Ella no dijo nada.

—Pensó que tenía en sus manos a un cableta— Luis se dio cuenta de que la traductora no tenía una palabra para traducir «cableta» en la lengua de los Tejedores—. Pensó que yo haría cualquier cosa a cambio de recibir corriente en el centro de placer de mi cerebro... Es como si un Tejedor entregara su libertad a cambio de... alcohol, por decir algo. Pero no imaginó que yo podía dejarlo atrás. Ahora lo sabe.

—Pero, ¿qué problema hay en que te haga más joven y dócil? Puedes determinarte a no seguir luego sus órdenes...

—Sawur, él podría cambiar mi mente.

—Oh.

Luis caviló largo rato.

—Soy una persona ágil e inteligente, y el Morador de la Red debe haber tenido presente que si me hace un mejor sirviente, quizá me volviese lento y estúpido. Él no es tan tonto como para arriesgarse a alterarme mucho. Es una tentación diabólica, Sawur. Me temo que aceptaré.

— ¿Mantendría él la promesa que te ha hecho?

Otra buena pregunta.

Recordó a Nessus, el titerote loco, rechazado por su especie. Nessus demandó al Ser Último que si exploraba Mundo Anillo, le sería permitido aparearse. El propio Ser Último accedió a aparearse con él si regresaba, y había respetado el convenio.

Pero aquél había sido un arreglo entre iguales... No, en realidad no lo era: Nessus había sido declarado insano desde hacía cientos de años.

Y a través de todo el espacio conocido, los titerotes habían respetado siempre sus contratos con una variedad de especies.

Había olvidado a Sawur, sumido en sus pensamientos. Se sobresaltó cuando ella le habló:

—Aunque me devolvieras la juventud y me la quitaras de nuevo, no creería en tu loco sueño. Pero te diré una cosa —dijo, con voz dura—: mientras más vieja me vuelvo, más deseo ser joven nuevamente. Si jamás piensas pactar con el

Morador, no hay problema; pero si piensas acceder, la última cosa que debieras hacer es esperar a estar viejo y enfermo.

Se dio cuenta de que Sawur tenía toda la razón del mundo.

Esa noche cocieron las aves —y los Navegantes sus pescados, y Luis sus huevos y unos juncos que encontró pasables— y luego fueron a sentarse frente al acantilado.

Se sorprendió mirando entre los arbustos, para tratar de localizar a Oboe. No había signos de Chacal alguno, pero estarían escuchando.

El parque industrial flotante había parecido abandonado cuando Luis lo vio, pero ahora la cámara del Inferior lo mostraba resplandeciente de luces.

—Me has derrotado —dijo Luis al aire—. Explícame cómo ha pasado eso.

La vista saltó...

CAPÍTULO 14 - INVASIÓN

Una mano de uñas puntiagudas se apoyó en su muñeca.

— ¿Travesera? —susurró Vala.

—Arpista. Mi pareja está despertando al resto. Debes ver algo.

Se sentía como si recién hubiera cerrado los ojos. Se liberó de la manta, sin decir: «Más te vale que sea algo importante». Las distintas razas tenían distintas prioridades, y eso era algo que un comerciante aprendía enseguida.

Noche cerrada y lluviosa. El techo sobre el Nido de Sombras era una constelación de luces. Arpista había vuelto al crucero. Salieron Waast y Beedj, luego Barok.

— ¿Qué sucede, jefa? —preguntó éste último.

—No veo nada nuevo.

Warvia se acercó a ellos.

—Está muy oscuro ahí debajo, Valavirgillin.

—Ya lo creo.

—La rampa... Vala, ¿realmente no alcanzas a ver? No sólo la rampa, toda la ciudad ha bajado un poco. Flup, Manack estaba en lo cierto...

La tripulación del Crucero Dos llegó en manada, entre bostezos y conversaciones. Ninguno vio algo distinto de Vala, pero Arpista llegó al lado de Warvia y declaró:

—No es nuestra imaginación. Los vampiros están intentando alcanzar la rampa a los saltos, aunque aún está demasiado alta para ellos.

—Estarán arriba en poco tiempo.

— ¡Es Tegger! —gritó Warvia—. ¡Él lo ha hecho!

—Pero... los vampiros subirán por la rampa...

Vala se preguntaba si esto realmente estaba pasando. Nadie podía ver el menor cambio excepto Warvia y los Chacales, y aún ellos decían que la rampa no estaba tocando el suelo...

— ¡Todos a bordo! —gritó Valavirgillin—. Quien se quede abajo se lo pierde. ¡Llegó la hora de subir a la Ciudad!

Tegger yacía sobre su estómago, mirando por encima del borde del muelle. No veía vampiros todavía. Éste no era un buen territorio de caza para ellos. Sus únicas presas eran los atontados prisioneros bajo la sombra, y unos pocos y desnutridos vagabundos encontrados por allí. Estaban lo suficientemente hambrientos como para atrapar animales y vaciarlos de sangre.

Abajo estaba oscuro y la lluvia borronaba todo, pero los cruceros eran inconfundibles. Se movían despacio, con el lodo y la arena entorpeciendo la rodada.

Cuatro vampiros encararon hacia el primer carromato, corriendo veloces como Rojos, y treparon hacia el banco de pilotaje.

Los Recolectores cayeron desde la torreta, con trapos protegiendo sus bocas y espadas en la mano. Paroom se puso de pie en la parte trasera, balanceando algún tipo de maza. Enseguida los invasores comenzaron a implorar, pero luego de unos breves instantes, dos habían muerto y los otros saltaban alejándose, mientras la maza de Paroom golpeaba a uno de ellos en el aire...

Un ramalazo de alerta recorrió la espina dorsal de Tegger. Había estado esperando aquello.

Había pasado la mayor parte de ese día buscando paneles con bornes, abriéndolos y probando para qué servían. Pronto aprendió a reconocer aquellos que controlaban la iluminación. Ahora hurgó en el panel que controlaba las luces del muelle —en donde ya había montado tiras del trapo de Vala —, bajó dos pequeñas palancas y pareció hacerse de día.

Manteniendo los ojos fuertemente cerrados, Tegger buscó el camino que lo llevaba a la rampa y a la oscuridad. Se detuvo un momento para acostumbrar sus ojos, y miró en torno.

Pudo sentir entonces el vibrante y sordo golpe cuando la rampa impactó contra el suelo.

Los vampiros ya estaban trepando, girando alrededor de las curvas de la hélice. Tal vez su olfato les decía qué les estaba esperando: sólo un pequeño Pastor Rojo, y ninguna otra amenaza.

Tegger se dedicó a la paciente tarea de encender una antorcha. Cuando pudo al fin encenderla, la desplazó a un lado y miró de nuevo hacia abajo.

Unos treinta adultos jóvenes y adolescentes estaban trepando, sin mayor apuro. ¿En qué estarían pensando? «He aquí un camino donde no había camino, y no hay olor a presa alguna. Habrá que revisar, pero es mejor no ir el primero. Luz, oh diablos, eso duele...». Se acurrucaban en el nivel inferior al de Tegger, cubriéndose el rostro con los brazos. El Rojo se preguntó si las luces del muelle les impedirían subir.

La esencia ondulaba cerca de sus narices.

Un reflejo le dijo «¡Haz algo!», y el siguiente reflejo lo llamó abajo. Pero no podía. No podía. Revoleó la antorcha sobre su cabeza y lanzó la bola de fuego al nivel inferior. Las pálidas caras retrocedieron, y la mayoría de ellos bajaron corriendo la rampa, pero unos pocos quedaron atrapados entre la antorcha y las luces del muelle.

Tegger se escabulló.

Ya en el borde del muelle, se acercó al espacio abierto y tomó grandes bocanadas de aire puro.

Los cruceros se hallaban más cerca, a unos cientos de pasos.

Los vampiros los acosaban, y eran más a cada respiración. Los guerreros se alineaban en las plataformas de carga. Los Recolectores picaban con sus lanzas

entre las piernas de los Gigantes, mientras que éstos disparaban sus dardos hacia blancos algo más distantes. Tegger pudo escuchar la música de los Chacales salir de las troneras de los cañones, entre los sonidos del río.

Se preguntó porqué no usarían los cañones. Quizá Valavirgillin pensó que el silencio demoraría el alerta de los vampiros. Pero su número estaba creciendo mucho; el Nido se despertaba ante la invasión.

El río fluía hacia la oscuridad, y los cruceros lo siguieron.

Tinieblas. Estaba negro como boca de lobo allí debajo. Los vampiros verían perfectamente. Los Chacales desde las torretas podían indicar hacia qué dirección moverse, pero el resto estaría ciego.

Había algo que él podía hacer, pero requería valentía. Y su espada.

Valavirgillin conducía con una mano en el timón y otra en el arma. Barok se sentaba a su lado, mirando hacia atrás. Ambos respiraban pimentena a través de sendos trapos. El Thurl había tenido razón todo el tiempo: las hierbas eran más efectivas que el alcohol.

Un rostro blanco saltó de repente enfrente de ella, y le disparó a dos manos, tomando luego el timón a tiempo de evitar un viraje. Otras armas abrieron fuego. Barok le quitó el arma y puso en su mano otra, cargada.

El ruido hizo retroceder a los vampiros, y los cruceros rodaron hacia la oscuridad.

La factoría flotante lucía por arriba de ellos como una constelación. Se veía poco debajo de ella, pero sabía dónde se encontraba la rampa, y apuntó hacia allí.

¿Qué tan peligrosos serían los vampiros, ahora que eran los únicos que podían ver? Conducía a través de un tufo negro que olía peor que todos los cadáveres debajo del Arco. El asco podía ser una defensa, salvo que no funcionaba. Como siempre, el peor enemigo era una urgente necesidad de aparearse en medio de la guerra.

Arpista interrumpió su espectral música para gritar:

— ¡Jefa! ¡A la izquierda! Izquierda, luego a la derecha y entrarás en la rampa... ¡Jefa, la rampa está llena de vampiros!

Vala giró a la izquierda, en medio de la negrura.

Los cruceros hacían su propio daño. Las sombras que pisaban serían niños, heridos, viejos y embarazadas; todos los que no alcanzaban a apartarse a tiempo de la marea de cazadores. En el medio de la noche, todos estaban en el máximo de su alerta. Vala había considerado la posibilidad de esperar al amanecer para el ataque; pero para ese entonces todos los vampiros habrían vuelto, y aunque estarían cansados, su número sería mucho mayor que ahora. Además, esos que combatía ahora habrían tenido muchas respiraciones para buscar y atrapar a Tegger.

Unos meteoros cayeron frente a ella.

Los vampiros que se encontraban entre el crucero de Vala y la rampa, chillaron y se retiraron despavoridos. Caían bolas de fuego —parecían antorchas—; algunas se apagaron, pero seis siguieron ardiendo en el suelo. Un regalo de Tegger.

Su crucero pisó la rampa, y el Dos la seguía atrás, cuando los vampiros atacaron por ambos lados. Uno consiguió llegar hasta el banco de conducción; Vala le disparó a bocajarro, lo empujó fuera y puso el arma a un lado. El cañón bramó: un viento de fuego y metralla barrió la rampa delante de ella.

Detrás de ella, brilló de repente una fuerte luz, como si el sol hubiera caído contra el Arco. En el terrible incendio, los vampiros cerraron los ojos y se encogieron, como pájaros dormidos. Las pistolas y ballestas rugían y suspiraban todo alrededor.

El banco se sacudió. Vala tomó la espiral ascendente con la esencia de vampiro volviéndola loca y sólo una pistola vacía como defensa. De pronto, una mujer de su raza, del Pueblo de la Máquina, la miró de frente: ¡Foranayeedli! Con un insano gesto en su rostro, Forn se aferró al banco con las cuatro extremidades y sus dientes.

Vala siguió girando.

Vueltas y vueltas. Ascendían hacia una luz. Una sombra en la luz levantó ambos brazos; una espada brilló en una de sus manos.

Tegger el Rojo... — ¿desnudo? ¿Porqué estaría desnudo? — se hizo a un lado para dar paso libre al crucero. Vala lo siguió con la mirada a medida que pasaba.

Por ello vio a Warvia saltar de la plataforma, con la túnica volando tras de sí; su choque contra Tegger le hizo perder la espada. Vala no necesitaba escuchar los alaridos de sus compañeros para saberlo: era tiempo de festejos, era tiempo de rishathra.

Pero alguien tendría que conservarse fresco para poder cuidarlos...

Habían llegado a la blanca luz de los muelles, pero seguía escuchando lucha. ¿Los habían seguido los vampiros? No, era una discusión...

Foranayeedli había encontrado a su padre. Se insultaban mortalmente uno al otro.

Vala intentó juzgar si alguno pasaría a mayores y mataría al otro. Hubo un momento en que ambos hicieron una pausa para recuperar el aliento. Entonces frenó de golpe el crucero y les golpeó en los hombros.

Capta su atención rápido, habla rápido.

—Forn, Barok... Realmente ha sido mi error, nuestro error... de todos nosotros. Cualquiera de nosotros pudo ver lo que iba a pasar... ¿Podemos compartir la culpa?

Padre e hija la miraron, sorprendidos.

—Ustedes dos no tenían que estar juntos cuando llegaran los vampiros. Yo debí apartarlos al uno de la otra. ¿No pueden entenderlo? Todos nosotros... nos apareamos. No pudimos evitarlo. Chit quedó encinta de Kay... Barok, nadie sabe aún lo de ustedes dos, ¿verdad?

—No... no creo... —balbuceó Barok.

—Pero... ¡no podremos volver a casa! ¿Entiendes? —ladró Forn.

—Haz rishathra con alguien —dijo Vala.

—Pero jefa, ¿no ves acaso...?

— ¡Ahora mismo, maldita sea! Paroom te necesita. Quítate las ganas con él, así podrás pensar luego. ¡Vete!

Forn lanzó una carcajada de pronto.

— ¿Y qué hay de ti, jefa?

—Yo me aguantar é. Barok, busca a Waast... —pero escuchó la voz de Waast, que había sido hallada... por más de uno—... o alguna otra. Ve.

Los empujó en diferentes direcciones, y luego los dejó.

¿Qué seguía? Los Rojos parecían haberse reconciliado. Hasta incluso podía durar. Tegger debía conocer el poder de la esencia ahora. El olor nublabla los sentidos de Vala y le hacía hervir la sangre, pero se sabía fuerte, y resistiría...

Bueno, no exactamente. Un chico pálido se alzaba frente a ella, de la mitad de su altura

o menos, entrecerrando los ojos por las luces, requiriéndola en silencio. Ella se le acercó. Un dardo se clavó de repente en el pecho del chico; éste aulló y se bamboleó de

regreso hacia la sombra.

Vala se volvió: había sido Paroom, quien ahora se le acercaba.

—Pensé en golpearlo con la culata —dijo ella—. Era demasiado joven para lanzar esencia.

El Gigante aceptó su palabra.

—Pensé que traeríamos a varios colgando del crucero, pero no he visto más que a ese chico.

— ¿Miraste en la rampa?

—Hay cuatro vampiros, todos muertos por espada. Presas de Tegger, supongo.

—Eso ayudará.

—Uno de ellos tenía todos los dientes rotos... ¿qué has dicho? Ah, claro, sí. No soportan el olor de sus propios muertos. No subirán ahora. Entonces... lo logramos —dijo Vala—. Estamos a salvo. —Eso es bueno —dijo Paroom, y la tomó en sus brazos.

La fiesta concluía.

Vala no parecía enterarse. Estaba envuelta en un trámite sexual con Kaywerbrimmis. Debería ser seguro ahora. Lo hubiera hecho de todas formas, pero después del desgaste que había tenido esa noche, a Kay era difícil que le quedara con qué hacer un hijo.

El sol era un brillo borroso detrás del manto de nubes. Los cuatro Recolectores dormían en un montón. Los Amos de la Noche se habían retirado temprano y yacían bajo uno de los toldos. Los Gigantes habían comenzado a explorarse entre ellos —por fuera del rishathra—, y ella y Kay estaban... Y Tegger y Warvia conversaban, sólo eso.

Kaywerbrimmis se relajó en sus brazos y se quedó inmediatamente dormido.

Vala se liberó, enrolló la túnica de Kay y se la colocó bajo la cabeza. Luego se dirigió —renqueando un poco— hacia los Rojos; prestó atención a su lenguaje corporal, pero pareció que sería bien recibida.

—Bien, cuéntame, Tegger. ¿Cómo se hace descender una factoría flotante?

Tegger sonrió orgulloso —lo mismo que Warvia, descubrió Vala—, y comentó:

—Fue como un acertijo. Tenía todos los datos a mi alrededor. Había cisternas y albercas, pero todas estaban vacías cuando llegué aquí.

Vala esperó.

—Los Ingenieros de las Ciudades quedaron atrapados aquí arriba luego de la Caída. He visto sus huesos. Sabemos que los vampiros se refugian en la sombra. Deben haber trepado por la rampa. ¿Qué hubieras hecho tú?

—Hemos discutido que habrían elevado la rampa de alguna manera...

Tegger negó con la cabeza, sonriendo.

—Todas las cisternas estaban vacías, ya te dije. Pero la Caída de las Ciudades fue mucho antes que Luis Wu evaporara un mar, y aquí no llovía mucho. Ellos tenían que cuidar sus abastos de agua, pero los vampiros los asustaron más.

—Entonces, tú taponaste las cisternas...

—Hallé unas hojas grandes y delgadas de metal en los almacenes del muelle. Cubrí con ellas los desagües.

—... y esperaste que la lluvia las llenara, y la factoría descendió.

—Así es.

Ahora Vala también sonrió.

—Te agradezco por la luz.

Tegger rió.

—Eh, pensé que te gustaría eso. Encendí todas las antorchas que había preparado y las arrojé en la base de la rampa. Luego les vacié encima una cantimplora llena de combustible.

—Bravo. En fin... ¿qué haremos ahora?

—Ahora estamos en un lugar desde donde podremos hacer algo, y tengo quince amigos brillantes para ayudarme.

Vala asintió. Tegger no tenía la respuesta, pero ya había hecho su parte de los milagros.

CAPÍTULO 15 - ENERGÍA

En el brillo del pleno día, Tegger los guió a la Escalera para mostrarles sus descubrimientos.

Lo encontró frustrante. Warvia se metía en las casas, en las junglas de plantas ornamentales y en las albercas a medio llenar, y luego volvía llena de preguntas. Tegger no pudo seguirla; debió acomodarse al paso de los otros. Los Recolectores eran aún más rápidos, y se metían en sitios a los que un Rojo no podía acceder; y luego volvían a cotorrear con los Gigantes.

—Aquí; esos vegetales debían servirnos—dijo Tegger a Waast, que era el único Gigante que tenía a mano. Ella tomó un puñado, le sonrió y se fue masticando tras Perilack y Silack, dentro de una casa derruida—. No he visto ning ún herbívoro —le comentó a Coriack—. También busqué roedores, pero nada. Bueno, ya encontraremos algo que comer. He visto arañas, si no hay otra cosa. ¿Hemos traído a alguien que coma insectos?—le hablaba a Valavirgillin ahora—. Uno podría pensar que debía haber animales que se comieran las plantas, pero no pude encontrar otra cosa que aves carnívoras, y no he visto insectos tampoco.

— ¿Y carroña? —preguntó Vala.

Se lo pensó un rato.

—Sólo huesos secos, por lo que puedo recordar. Los Chacales no comerán hasta que muramos de hambre nosotros. Pero encontré éstas, mira: pomas, una fila completa de pomeros.

Vala partió un fruto y comenzó a comerlo. Servirían por un tiempo.

—Tegger, ¿qué fabrica esta factoría?

—Encontré un depósito lleno de ropas; tal vez fueron hechas aquí. Realmente no he mirado gran cosa.

Vala estaba interesada en las fábricas. Con su mochila repleta de la mágica tela de Luis Wu, debía poder poner en funcionamiento unas cuantas cosas. Aún si no podía —porque se hubieran deteriorado—, debían poderse encontrar muchas maravillas de antes de la Caída, acumuladas en playones o depósitos, esperando a ser embarcadas.

Pero Tegger debía estar hambriento. Su raza era de las que debía comer *ahora*. El lucro podía esperar... a que se encontrara una forma de salir de ahí.

La partida trepó hasta la cúspide de la Escalera y penetró en el domo superior.

Lo que Tegger había encontrado misterioso, fue claro para la Gente de la máquina. Barok sonrió y guió al grupo hacia la cima de las gradas y al cuarto posterior.

—Un saón de banquetes —aseveró—. Los Ingenieros de las Ciudades son omnívoros y cocinan. Les encanta la variedad. ¡Miren ese equipamiento!

—Hay unas cajas y partes que se calientan —dijo Tegger.

—Sí, y una tabla de trocear.

Por encima de la Escalera estaban la chimenea y su escalera espiral. Warvia estaba ya en el borde superior, pateando el aire libre, mirando abajo la factoría y las tierras de alrededor. Parecía indecentemente feliz.

—Aquellos que nadan deben ser nuestros amigos del río... ¿los veis? ¡Rooballabl!
—gritó alegre—. ¡Eh, alguno de ustedes venga aquí arriba y cuéntenles a todos que lo hemos logrado! Han de pensar que soy Tegger...

Vala trepó la escala en espiral para unirse a ella, pasando al lado de una telaraña de bronce que colgaba del costado. Luego hubieron de moverse para dejar sitio a los que siguieron: Coriack, Manack, Paroom, Barok. Tegger se detuvo un momento para estudiar la telaraña, luego se unió al resto.

Hay algo cuando se está en la cima de... cualquier cosa, que a uno lo vuelve dominante.

Yendo a lo práctico, Vala no podía ver nada de lo que más le interesaba: los vampiros debajo de la factoría y en las zonas aledañas. Pero entre las montañas, unas lentas y pálidas corrientes fluían por los pasos. Ya a lo largo del río se volvían puntos individuales: vampiros retornando por millares.

El río y las montañas nevadas brillaban bajo la luz parcial del sol. Algo más cerca, dos formas negras y rechonchas flotaban en el brillo. Vala y los otros saludaron con las manos en alto. Ya más tranquilos, Rooballabl y Fudghabladi se sumergieron.

Se podía ver toda la factoría. Tegger había encendido luces por doquiera. Una doble línea verde en zigzag revelaba la Escalera. No había nada más que fuera verde; al menos, no en derredor de la chimenea. ¿Qué comería la araña?

Los techos planos de depósitos y fábricas, y los curvados de los tanques, todos eran de color gris brillante. La única excepción eran las casas de la Escalera, donde el verde brillante estaba en los grandes peldaños.

—Vala, ¿ves esos tejados grises? —le dijo Paroom.

—Sí, ¿qué sucede?

—Todo lo que recibe el sol de plano tiene el mismo color. Ese material debe estar juntando la luz del sol.

—Pero... ¡claro! —dijo Tegger, con enojo.

— ¿Te he molestado? —le sonrió Paroom.

—Sí, pero es obvio una vez que... Déjame ver, no pueden haber recibido mucha luz a través de tanta nube, pero nada de energía se ha usado hasta que yo no llegué aquí, de modo que...

—Puede acabarse, entonces. Será mejor apagar las luces durante el día.

—La placa de transporte tenía ese color, también. Ése fue el motivo por el que pude volar hasta aquí, y la causa de que luego la burbuja se cayera. Entonces, el rayo es la luz del sol... ¿Apagarlas? Paroom, ¿para qué guardaremos la energía?

—No lo sé —respondió el Gigante —, pero me disgusta el derroche. Dejad las luces del muelle, en todo caso, que es donde los vampiros suben. Eso es lo que yo creo.

Tegger se encogió de hombros. De repente, pareció exhausto; Warvia lo llevó abajo, murmurándole al oído.

El resto del grupo no encontró nada digno de destacar. Como turistas de vacaciones, volvieron en grupo a los cruceros. La mayoría de ellos estaba listo para dormir por semanas.

Pero los Recolectores sólo dormían de noche. Los cuatro lucían alertas a mediodía, a pesar de todo. Eran los únicos entre los invasores. Vala destinó a Manack y Coriack como guardia, y luego se arrastró bajo un toldo.

Forn estaba allí, durmiendo como un tronco, y no sólo por el cansancio, sino también por la debilidad de las continuas sangrías. Pobre chica. Se veía en paz, pensó Vala. Mojó una toalla en alcohol y limpió cuidadosamente las feas heridas de su cuello. Luego estiró una manta y se tendió.

Cuando Beedj entró, ella cerró sus ojos para evitar el resplandor.

El gigante desparramó un par de brazadas de hierba en el espacio que quedaba, y se recostó allí. Viendo que Vala no estaba dormida aún, comentó:

—El Rojo estuvo muy sagaz.

—Ahá.

—Tal vez podamos ir un poco más allá.

— ¿Mmmh?

—Jefa, podemos acumular más agua. Abrir agujeros en el techo de todas esas factorías, tanques, lo que fueren. Y lo que no sean techos, sellarlo, para que el agua no pueda salir. Taponar con ropas los canales. Y que llueva. Esta cosa bajará mas todavía, y aplastará a los vampiros.

¿Podía ser la solución? Vala estaba demasiado cansada para pensar...

—No.

— ¿Quién dijo eso?

—Foranayeedli. No es plano all í abajo, Beedj. Hay una estructura tan grande como el edificio de Administración de Ciudad Central.

—Oh, flup, bien debes saberlo; has estado viviendo ahí... ¿Qué clase de estructura es, Forn? ¿Es como una estatua, o como un edificio? ¿Es algo que se pueda voltear?

Forn comenzó a responder. Vala se arrastró afuera sujetando la manta, y se internó en la cabina. Estiró la cobija y...

—Valavirgillin, éste es un buen momento para echar una mirada al Nido de Sombras —dijo una voz. Arpista.

—No olí que estabas.

—Hemos echado una mirada a la Escalera antes de acostarnos. Hay una hilera de casas, ¿las viste? Y piscinas... Maravilloso. Y pastos donde secarse luego.

—Me alegro mucho. Es un buen momento para dormir, Arpista.

—Los nocturnos también duermen, jefa. Durante el día yo prefiero dormir —la picó en el costado con una zarpa, para enfatizar—; lo mismo hacen los vampiros. Estarán entorpecidos, en letargo. Podemos empujarlos fuera de la rampa. Lo único que me preocupa es la luz del día. ¿Puedo tomar a algunos de los Recolectores y bajar?

Vala intentó pensar.

—Puse a dos de guardia. Llévate a Silack y Perilack. Y a Kaywerbrimmis —porque ya había dormido algo, y prefería que hubiera varios puntos de vista—. Pregúntale a Beedj, también —el heredero del Thurl era voluntario para todo... ¡Flup!

Vala se sentó y tomó una pistola y un lanzallamas.

—Y yo.

Fueron ocho: dos de la Máquina, Beedj, dos Recolectores, Warvia y los Chacales. Los Amos de la Noche se movían por delante del círculo de luz que proyectaba la llama piloto del lanzallamas de Vala. El resto iba tras ella, enmascarados con pimentena y medio ciegos.

Vala miró a los cuatro vampiros muertos. Pero debió haber mirado adónde pisaba. Resbaló... en un puñado de dientes de vampiro, filosos y agudos como los de los Rojos. Seguramente la única hembra había perdido los dientes, como Paroom había descrito, y no sólo había sido acuchillada... Vala se estremeció.

Travesera había girado, perdiéndose de vista. Vala recuperó el aliento y pensó gritarle, pero en el ínterin también Arpista se escabulló. En lugar de gritar, Vala levantó el soplete y rompió a trotar, hallando a los Chacales parados al lado de un vampiro macho que aún se crispaba.

Se movieron. Deliciosos y corruptos olores se abrían camino a través de la pimentena que Vala respiraba, pero su mirada seguía bajando.

La partida se detuvo tres vueltas más abajo, a dos vueltas y media por encima del suelo infestado de vampiros.

Por los laterales del Nido de sombras se derramaba un círculo interrumpido de luz del sol, lo suficientemente brillante para molestar.

El suelo estaba oscuro a ambos lados del río, en unas parcelas del tamaño de enormes granjas. Eso era hacia babor y antigiro, donde el río se introducía en la sombra. En esos bancales crecían enormes hongos, y los vampiros descansaban debajo de ellos. Granjas de sombras. Un centenar de variedades de hongos habrían arraigado ahí antes de que los vampiros llegaran. Los enormes vegetales deben haber sido demasiado grandes para morir a los pisotones.

Directamente debajo de la rampa, había un pavimento de un material similar al que el Pueblo de la Máquina usaba en sus carreteras.

— ¿Lo ves? Hay bastante claridad —comentó Travesera.

—Espero que se levante algo de viento... —respondió Arpista.

Viento, sí. Vala podía sentir la locura burbujeando en su sangre. El poderoso olor de la pimentena parecía sólo una decoración del rotundo aroma a esencia. El

viento empujaría aquello lejos. Debía de haber decenas de miles ahí abajo, pensó, y algunos habían comenzado a mirar hacia arriba.

Warvia respiraba aceleradamente. Sabía que sus intenciones podían ser doblegadas. Kay se apartó de Vala: no era momento de distracciones. Los otros se veían bajo control. «Intenta concentrarte», se dijo. Esa estructura central...

La fuente no era sólo una fuente. Había ventanas en la cara que estaba orientada hacia ellos, y pequeños balcones sin barandillas, y escaleras exteriores. Parecían oficinas más que viviendas.

En parte de su contorno, una zona plana se iba elevando en arcos concéntricos, similares a los escalones del domo restaurante. Eso debía ser una tribuna... Unas pilas de podredumbre en las esquinas debieron ser cortinas; unas estructuras derribadas parecían escenarios; una pared delgada medio derrumbada, mostraba una estructura tipo panel de abejas con iluminación. Valavirgillin se preguntó si alguien más entre ellos habría reconocido eso por lo que era.

El agua caía desde arriba—una cascada rodeada por gigantes en sombras— y rodaba alrededor y a través de cada parte de la estructura. Unas estatuas de Ciudadanos lanzaban agua desde grandes cuencos. El agua fluía por detrás del escenario, como un permanente telón de fondo. De tal forma regados, multitud de hongos de llamativos colores crecían por detrás de las estructuras de oficinas. Toda el agua terminaba en el río, a través de una serie de tubos y canales.

Forn estaba en lo cierto. Ese cúmulo de albañilería era tan grande como un Centro Cívico. No soportaría la masa de la Factoría, seguramente, pero sí el peso de toda el agua que pudieran reunir.

—Muy bien, de acuerdo. No podemos aplastarlos con la factoría si esa cosa está en medio —admitió Perilack—. Pero ¿qué sucedería si la moviéramos a un costado? Algo la debe retener aquí. ¿Y si la hiciéramos perderse a lo lejos? Dejemos que los vampiros corran detrás de ella... Eso nos daría unos blancos formidables, ¿No creen?

—Ella tiene parte de razón —comentó Travesera—. Algo la retiene aquí, algo...

Se puso a hablar con Arpista en su idioma, y Vala se volvió. Ni los Amos de la Noche serían capaces de enviar una ciudad flotante a la deriva.

Arpista volvió a la lengua del Comercio.

—Está como en el fondo de un cuenco, un punto bajo en el área del campo magnético. Podríamos remolcar el flotador si tuviéramos poder suficiente, pero ¿con dos cruceros de vapor? Flup, hubiera deseado que nunca escucharan hablar de Luis Wu y sus milagros...

Estatuas, filas de ventanas, un escenario, una fuente...

— ¿Qué es lo que falta —se preguntó Vala en voz alta.

— ¿Qué dices? —Travesera la había escuchado.

—Dime lo que ves.

La mujer Chacal condescendió.

—Oficinas. Apostaría que públicas. Las habrán puesto aquí abajo para no tener que recibir arriba a las visitas políticas. El escenario debía ser para charlas y conferencias, y también para números, imagino. Parece un centro de reuniones sociales.

—Me gustaría ver el otro lado —dijo Arpista.

— ¿Qué piensas hallar ahí? —le preguntó Vala.

—Un podio, imagino. Éste es un escenario para recreación, no parece apropiado para discursos. Apostaría que el que lo diseñó ganó un premio por haber involucrado la fuente como motivo principal. Piensa qué hermoso se vería si no estuvieran los vampiros ahí.

— ¡Lo tengo! —gritó Vala—. ¡Luces!

Los ojos de los Amos de la Noche fulguraron hacia ella.

— ¡Luces! —insistió—. Teatro, música, discursos, oficinas de esto y aquello, una escultura premiada... —el canto de los vampiros subió hasta ellos como eco del grito de Valavirgillin, pero los guerreros estaban preparados—. Nadie excepto un Chacal podría esperar que todo eso se diera en la oscuridad... ¡Warvia, Tegger debe de saber dónde se encuentran las luces de este sitio!

Warvia había vuelto a sus cabales ahora.

—Él ha encendido todas las que encontró.

—Flup.

—Jefa, las palancas deben estar aquí abajo.

—Flup, esto puede ser odioso.

—Ya las veo —apuntó Arpista—. Warvia, ese grupo de esculturas de la cima... ¿Lo ves? Unos guerreros de la altura de tres hombres. Todos ellos llevan lanzas...

Vala podía ver vagamente las figuras que mencionaba el Chacal, pero nada más. El anillo de luz no llegaba a alumbrar tan alto.

—Todo lo que veo es una gran mancha negra —respondió la Roja.

—Están allí —dijo Travesera—. La de la cima...

—Es más grande que las otras, tan gruesa como mi pierna, y no tiene punta. Sólo se introduce en el techo. Es una cañería para la energía. Lo siento, jefa.

— ¡Flup! ¿No son cañerías de agua? Por supuesto que no, si tenían toda el agua que necesitaban. Muy bien. Buscaremos arriba primero, porque es más sencillo. Dile a Tegger que nos muestre las que ha encontrado; luego buscaremos por donde él no estuvo.

Warvia se negó a despertar a Tegger.

—Jefa, ¡ya te ha contado todo lo que sabe!

Los Chacales se retiraron rápidamente de la búsqueda. Nadie podía esperar que los Amos de la Noche supieran dónde hallar las llaves de la luz...

El resto se desparramó por la ciudad. Valavirgillin cortó en trozos una de las telas de Luis Wu —alguna vez el máspreciado de sus secretos— y las distribuyó.

Trastearon con las borneras y los comandos que Tegger les había mostrado, y la ciudad poco a poco se fue encendiendo hasta rivalizar con la luz del día.

Unas delgadas tiras de brillante gris corrían a los lados de algunos edificios, desde los techos. Varios de los aliados siguieron esas tiras para ver adónde convergían. Cuando Twuk tuvo al alcance a Valavirgillin, le mostró un agujero que atravesaba el piso, aproximadamente en el centro del flotante; tenía el grosor de una pierna. Ella metió la mano y halló trazas de polvo en las paredes internas; llevó la mano a sus narices para olerla. No podía estar segura de que eso oliera a superconductor echado a perder, pero Vala no dudó respecto a lo que había encontrado.

No le agradó lo que había que hacer a continuación, pero no había más remedio. El canal debía tener unas veinte alturas de hombre. Cortó en tiras todas las telas que le quedaban, las ató por tramos y tuvo una cuerda; la sujetó a un reborde de la pared y la dejó caer por el agujero hasta que pendió floja.

¿Qué estaría tocando abajo? Quizá la base de la estatua más alta, a través de la lanza hueca. Ojalá hubiera abajo una línea de energía en buenas condiciones. Había hecho cuanto podía desde allí. Ahora usó una rama para mover el extremo de la sogá hasta el lugar donde se unían las tiras grises. No encontró forma de sujetar la sogá en posición contra las tiras —no había ningún borne en que enrollarla—, pero podía presionarla contra ella con cascotes, tantos como pudieran mover tres Gigantes, si hiciera falta.

Las nubes se oscurecieron y comenzó a caer una llovizna constante. Los exploradores soportaron todo lo que pudieron y luego volvieron hacia la zona de los docks, chorreando agua. Todos miraron hacia la rampa. Los Gigantes fueron los últimos en llegar, y los otros les contaron lo que habían visto, pero ellos quisieron verlo con sus propios ojos y se asomaron también a la rampa.

El Nido de Sombras permanecía a oscuras.

CAPÍTULO 16 – RED DE ESPÍAS

Una sombra cruzó la luz que daba en los cerrados párpados de Tegger. Estaba lo suficientemente cerca del despertar como para poder disfrutar del calor y la relajación, del tacto de la espalda de Warvia contra su pecho y abdomen, del aroma de su cabello. Si se despertaba ahora, volvería a pensar en el hambre.

¿Cómo iba a alimentar a Warvia? Las aves carroñeras se habían ido, alejadas por el humo y el tufo a alcohol de los cruceros y el griterío de los héroes. Había vampiros —se asustó de un repentino recuerdo—, pero ¿qué podía hallar para comer un Rojo?

«Alejar a los vampiros», pensó. Bajar luego y cazar.

Durante el día, todas las sombras eran verticales. Debía haber caído ya la noche, y éstas debían ser las luces de los muelles. «¿Quién podría haber pasado a mi lado a la noche?», se preguntó de repente. Abrió los ojos.

Dos espaldas peludas se movían, dentro y fuera de la luz, caminando por el Sendero del Borde.

Tegger se desprendió del contacto de Warvia. Encontró una manta y la cubrió con ella. Arpista y Travesera se internaban en la Escalera. Tegger los siguió al acecho.

El de los Amos de la Noche era un grupo muy reservado. Tenían todo el derecho a tener sus secretos, pero los Rojos eran curiosos por naturaleza.

Los Chacales se movieron bajo el brillo de la luz artificial. La tripulación había hallado otros bornes que Tegger no encontró. La noche era su elemento, pero en esta noche en particular eran ellos quienes estaban medio cegados. ¿Los estorbaría eso? Los Chacales dependerían en gran manera de su olfato.

Las casas se escalonaban a lo largo de la Escalera. Había gran cantidad de escondrijos. Tegger se cubrió tras de árboles y paredes, manteniéndose a buena distancia. ¿Dónde estaban los Nocturnos?

Saliendo por una ventana rota, quejándose en su propia lengua. Tegger había encontrado una familia completa de esqueletos en esa casa. ¿Estarían buscando carroña? No encontrarían sino huesos...

Al llegar al tope de la Escalera, se introdujeron en la Sala de Banquetes. Nada había allí tampoco, recordó Tegger. Esperó oculto en una alberca, mirando por sobre el borde.

Salieron al poco tiempo, y continuaron su camino. El ápice de la Ciudad—la chimenea— estaba en sombras. ¿Repararían allí, para ver sus dominios? Pero cuando Tegger intentó seguirlos, encorvado, no vio lugar donde ocultarse más allá de la Escalera. Se volvió más cauteloso aún.

Oyó un sonido fuerte, a metal golpeado.

Trepó a una de las escalas y atisbó desde la cima de un tanque de químicos, confundiendo su silueta en un mazo de tubos.

Los necrófagos se encontraban en la base de la chimenea. Estaba demasiado oscuro ahí para que se pudiera apreciar lo que hacían. Escuchó una sierra cortar rítmicamente ladrillos. Bajó del tanque e intentó acercarse.

No era comida lo que buscaban. ¿Qué sería, entonces? Se asomó ligeramente por detrás de un muro, y Travesera lo tomó por la muñeca.

Aterrorizado, Tegger decidió no echar mano a la espada. Susurró:

—Soy Tegger...

Travesera exclamó:

— ¡Tegger! —le sonrió—. Estabas dormido, claro; no lo sabes. Valavirgillin está segura de que debe haber lámparas para iluminar la estructura que está debajo de nosotros. Sólo necesitamos encenderlas. Eso fue lo que pensamos, pero las llaves deben estar abajo.

— ¿Dónde? ¿En la fuente?

—En la fuente, las oficinas, el escenario, en algún sitio. Es lógico que quienes trabajaran ahí quisieran manejar las luces por sí mismos. Vala ha restaurado el cable que conduce la energía del sol.

—También se necesita un medio para llegar ahí —dijo Arpista de pronto, saliendo de la nada. Los Chacales podían enseñarle a los Rojos a acechar—. Pensé que tal vez podríamos encontrar una escalera, algo para la gente, para uso de los visitantes. La rampa no es para eso.

—La rampa es para los vehículos —dijo Travesera—. La gente se vería amenazada por ellos.

—Entonces buscamos una escalera a lo largo de la chimenea, porque ya sabemos que se interna muy abajo; pero Travesera tuvo una mejor idea.

—Esa chimenea debe conectar con un horno —dijo Tegger.

—Se conecta con muchos hornos, ~~és~~ ~~trav~~ muchos canales. Los inspeccionamos —Arpista sonrió con sus grandes dientes—. ¿Vienes? ¿O prefieres espiarnos?

—No hay mucha distracción aquí para un Pastor Rojo hambriento.

—Tú has resuelto eso antes. Te has comido...

—Ven, entonces —dijo apresuradamente Travesera—. Te entretendrás al menos.

—Sé bien qué he comido... —dijo Tegger.

—Pero ¿a quién se lo contarás? ¿Acaso a tu pareja?

—Sí.

Travesera se detuvo y se quedó mirándolo.

— ¿Lo dices en serio?

—Por supuesto que tengo que decírselo a Warvia.

Arpista lo miró a los ojos.

—Pero... ¿acaso no podéis ver en la oscuridad?

—Los Nocturnos podemos ver de noche, gracias a la luz del Arco. Pero aún bajo la lluvia, nunca está del todo *negro*.

Ninguna de esas puertas era lo suficientemente grande como para un Recolector, siquiera.

— ¿Acaso habéis encontrado otras puertas?

—Ninguna del tamaño de un hombre.

Una voz dijo, alegremente:

— ¿Y si pensáis en el Pueblo Colgante?

Tegger dio un salto. ¡Esa era Warvia!

Ella lo miraba desde arriba de una gabinete con grandes puertas.

— ¡Warvia! ¿Cómo llegaste aquí?

Ella rió, halagada por su sorpresa.

—Te seguí cuando dejaste el muelle. Cuando te apresaron, me bañé en una alberca llena de agua; así pude acercarme más.

—Muy prudente —reconoció Arpista—. Nuestro sentido del olfato es mejor de lo que imaginas. Bien, ¿quieres participar de nuestro juego de adivinanzas?

Ella saltó hasta el piso. En su espalda traía uno de los lanzallamas de Valavirgillin.

—Escuché la mayor parte, y he resuelto algo de él. ¿Me siguen?

—Adelante.

Warvia los llevó hacia la habitación caliente.

—Como suponéis —dijo—, la comida en bruto llegaba desde los muelles, probablemente por las callejuelas. Lo que le hacían en esta habitación probablemente sería algún proceso químico, cosas que ninguno de nosotros hace con los alimentos. Pero si la comida debía llegar abajo, tenía que ser ya partida en porciones individuales.

— ¿De veras? ¿Porqué lo piensas?

Warvia se movió entre las mesas, superficies calientes y puertas.

—Vosotros estáis viendo un espectáculo. O estáis discutiendo vuestros derechos de pastura, aguas y límites entre especies. O vuestro Thurl habla del futuro de vuestra tribu. Llega vuestra cena, consistente en medio antelop. Bien cocido por fuera y seco por dentro, como os gusta, y alcanza para veinte de vosotros..., pero sois veintiséis. ¿Y ahora qué?

«Ha pensado mucho en esto hasta hallar una respuesta», se dijo Tegger. Vio que ella disfrutaba contándolo.

—Pues pelearíais por vuestra parte. O intentaríais haceros con ella, y habría varios intentando hacer lo mismo. Olvidaríais la función, o el discurso, o lo que fuera. Los

actores se enojarían, el Thurl os gritaría. Pero... si os llegaran porciones individuales, no habría por qué luchar.

Había una pequeña puerta en la pared a su lado, gruesa y con una ventana, mostrando dos estantes en una caja. Warvia abrió la puerta y puso su mano en...

— ¡Está caliente! —gritó Tegger.

—Toqué la puerta antes, querido. Mirad esto.

Empujó contra el fondo de la caja, y ésta se meneó. Cerró la puerta y activó una llave en la pared.

La caja desapareció, dejando un espacio vacío en su lugar.

—La puerta no puede abrirse ahora —dijo, y les mostró.

— ¿Qué tan lejos habrá ido? —preguntó Arpista.

—Debe de ir al lugar desde donde se pidiera la comida. Escuchando lo que vosotros decíais, yo no veía el porqué tuviera que ir «alguien» a llevar la comida abajo. Entonces revisé cada puerta, y abrí las que no estaban calientes, y esto es lo que apareció. Luego hallé dónde poner el trapo de Vala.

Arpista movió la llave a su posición original. La caja retornó.

—Esa caja no puede llevar a un hombre.

—Yo cabría, si se pudieran quitar los estantes.

Tegger también hubiera cabido, quizá, pero ni se le ocurrió mencionarlo. Era la solución de Warvia, y la elección era de ella. Los Pastores Rojos son muy territoriales.

Quitaron fácilmente los estantes. Tal vez los antiguos Ingenieros de las Ciudades enviaban a veces un antelop completo, o algo de ese tamaño. Warvia luchó por introducirse por sí sola en el espacio resultante, pero no pudo.

Los Chacales la levantaron y la metieron dentro. De costado, sus pies y brazos quedaban fuera. De frente o de espaldas, sus piernas no podían doblarse tanto. Tegger pensó en desgarrar la parte superior de la caja, para ver si podía conseguirse espacio extra. Pero lo que dijo finalmente fue:

—Jamás entrarás ahí si piensas también llevar un arma...

— ¡Iré desnuda, entonces! —refunfuñó ella, con voz forzada.

—Tú no cabes —concluyó Travesera—. Ésta es una caja para un Recolector. Pero prueba cuanto quieras, Warvia querida; no tenemos prisa. Arpista, amor mío, nuestro trabajo aquí ha terminado. Los Pequeños no despertarán hasta que sea pleno día.

Mientras volvían a los muelles, Los Amos de la Noche conversaban.

—Deberíamos enviar algo antes de nuestro emisario —estaba diciendo Arpista—. Quizá una botella de combustible, balanceada de forma tal que se volcara al llegar. En caso de que hubiera vampiros entre el lugar donde llegue la caja y el sitio de los bornes. Una bomba incendiaria, ¡pompff!

Tegger no sentía ánimo de charla, y Warvia estaba muda. Al llegar a los cruceros se deslizaron bajo el toldo, y vieron a Arpista y Travesera seguir camino.

Entonces Warvia tomó la mano de Tegger y lo hizo salir por el lado opuesto del toldo. Corrieron en silencio hacia donde los muelles se adelgazaban para convertirse en el Sendero del Borde.

—Hemos explorado mientras dormías —dijo en un susurro—. Sígueme.

—Tengo que contarte una cosa —dijo Tegger.

— ¿Lo de la rampa? Ya escuché; te volviste loco. Yo también, ¿recuerdas? Somos pareja aún, pero... Amor mío, no veo cómo podremos regresar a nuestra casa.

Tegger suspiró, aliviado de que tal pesadilla pudiera arreglarse tan fácilmente.

— ¿Adónde iremos, entonces?

—Tengo una idea. Ven.

Corrieron siguiendo un zigzagueante camino a través de pasadizos, trepando y siguiendo a lo largo de tubos, ascendiendo.

Warvia lo guió hasta las cercanías de la Sala de Banquetes, luego más allá, y detrás de la chimenea, y alrededor, deslizándose ahora sobre sus vientres, a través del sonido de metal torturado.

El ruido cesó.

Warvia le hizo gestos de que se quedara atrás. Se alzó y caminó hacia delante, diciendo:

—Muy bien. Ahora, ¿cómo iréis hacia abajo?

Arpista y Travesera descargaron de sus manos el gran trozo de pared cerámica cortado, apoyándolo en el suelo. El espesor era de unos cuatro dedos; debía de ser bastante frágil, pensó Warvia. En el frente visible había una red de bronce, de intrincadas formas.

—Nosotros amamos nuestros secretos —dijo al fin Arpista—. De todas formas, esta losa irá derecho al crucero. Hemos de mostrársela a la jefa. Entonces, ¿cuánto es lo que sabes?

—Os vi cortándola. Le eché un vistazo luego, cuando habéis apartado a Tegger de aquí. ¿Qué es eso? ¿Por qué os interesa?

—Creemos —siguió diciendo Arpista — que es un ojo y un oído, y tal vez una nariz. Creemos que pertenece a Luis Wu y a sus aliados de fuera del Arco.

—Pensamos que fueron ellos quienes centraron el sol —informó Travesera—. Si es así, son inmensamente poderosos. Podremos decirles cómo usar su poder, si es que conseguimos comunicarnos con ellos.

»Luis Wu se fue dentro de una especie de tubo volador. Más tarde, nuestras fuentes nos dijeron que se había visto ese tubo, u otro igual, dando vueltas por aquí. Otros han reportado más de estas telarañas, en distintos lugares. Deben ser unos artefactos para espiar.

— ¿Hablarán con él? —preguntó Warvia.

—Lo intentaremos. Si no hay respuesta, al menos llevaremos el artefacto adonde pueda mostrar lo que queremos que vea.

—Tegger y yo no podemos volver ya con los nuestros —~~con Warvia,~~ cuidadosamente—. Pero si el Pueblo de la Noche hablara de nosotros en términos heroicos, podríamos quizá encontrar otra tribu de Rojos que nos aceptara. Pensando en eso, ¿adónde es que piensan viajar?

Arpista comenzó a reír con lo que parecían ladridos. Travesera sonrió y lo palmeó, diciendo:

— ¡Tonto! Ellos no tienen que ir tan lejos. Warvia, nosotros... No, dime en cambio: ¿qué tan resistente eres?

Warvia hizo una seña. Tegger se hizo ver. De todas formas, era inútil esconderse, pues ya reía a carcajadas.

—Si pensáis que podéis noquearnos, sólo intentadlo.

Arpista se recuperó de su ataque de risa, y comenzó a hablar.

CAPÍTULO 17 – GUERRA A LA OSCURIDAD

Unas caras pavorosas aparecieron en las rocas. Dos Pastores Rojos, y dos Amos de la Noche, aún más grandes que los anteriores. Hablaban entre sí secretos que no se oían frente a una audiencia...

Luis Wu era el único que se reía.

Apartó la vista de la imagen del acantilado y se fijó en los otros. Para los locales, debía ser como si vieran a los dioses decidir sus destinos.

Pero los Navegantes habían salido despavoridos.

No vio trazas de Oboe ni de Flarpa.

Y los Tejedores estaban todos allí aún, aunque la gran mayoría ya estaban dormidos. Sólo unos jóvenes pugnaban por mantener abiertos sus ojos. Mañana quizá pensarán que soñaron todo esto, pensó Luis.

Dijo en Intermundial, para beneficio del titerote:

—Esos Chacales han hecho un largo viaje sólo para robarte una cámara. Deben tener verdadera necesidad de hablarte...

La vista cambió. Durante un parpadeo se convirtió en un mapa de infrarrojos de la alberca de la villa: agua negra, Tejedores apenas brillantes dormidos en las tablas, el punto algo más brillante que era Luis Wu... y un brillo tenue detrás de él, y otro cercano a la casa del Concejo.

«Esos son Flarpa y Oboe, ocultos en los pastos. Los Chacales están observando también. ¿Se reconocerán a sí mismos en la pantalla de infrarrojos?»

La vista volvió enseguida a las enormes caras, pero éstas se oscurecían ahora. La cámara y su respaldo cerámico estaban siendo introducidos en un sitio oscuro. El acantilado se apagó.

El sol era apenas una pálida astilla de luz difuminada entre las nubes, cuando Valavirgillin salió a ver a qué se debía tanto alboroto.

Los Rojos y los Chacales guiaban a los Gigantes, que llevaban entre los cuatro un trozo de pared. Un trozo de pared con una telaraña de bronce adosada a él. Por la forma en que se movían, parecía pesado. Lo llevaron hasta el Crucero Dos y lo apoyaron contra el borde de la plataforma de carga, para descansar.

Los Chacales hablaron. Los Rojos pugnaban por interrumpir, pero tenían poca chance.

Cuando terminó la conversación, la red y su soporte descansaban ya en el piso de la cabina del Crucero Dos. Los Recolectores, medio dormidos aún, habían salido para participar del evento. Los Chacales, también medio dormidos, se tiraron bajo un toldo. Y la rampa se veía despejada.

En algún lugar por encima de las negras nubes, pensó Valavirgillin, la sombra se estaba apartando del sol. Pero la única luz que llegaba bajo la tormenta era debida una frenética danza de relámpagos.

Marchaban bajo el diluvio hacia la cima de la Escalera. Entraron en la Sala de Banquetes, Valavirgillin y los Recolectores en primer lugar, seguidos por todos —excepto los Amos de la Noche—, y treparon las gradas hacia la sorprendente cocina.

Silack se acomodó en la caja. Sólo los otros Recolectores supieron cómo había sido designado. El lanzallamas cabía fácilmente entre sus brazos.

—Dispárale a los vampiros, o a una pared, o a cualquier cosa, ¿de acuerdo? —le recomendó Manack. Se veía nervioso, y portaba una escopeta de mano de los de la Máquina, que le ocupaba ambas—. Llegaré inmediatamente después de ti con esta cosa, y cuando esté abajo, quiero que haya luz, ¿entiendes? Quiero ver qué cosa viene hacia nosotros. Te haces a un costado cuando la puerta se abra, y enciendes el lanzallamas.

Cerraron la puerta sobre Silack y activaron la llave. Había luz suficiente para ver que el cable vibraba; hacía bastante ruido también.

El motor se detuvo.

Esperaron. Esperaron.

Manack intentó mover la llave, pero no respondió a sus fuerzas. Vala lo apartó para usar las propias, pero entonces la llave se movió por sí misma, y la línea volvió a vibrar.

Esperaron hasta que la caja apareció a la vista.

Para sorpresa de todos, Silack rodó afuera, gritando:

— ¡Ya hay luz!

Perilack se abrió paso hasta él y lo abrazó con desesperación. Él habló sobre el hombro de ella:

—Manack, lo siento, pero el panel estaba justo allí, y dejé la puerta abierta porque pensé que iba a querer irme rápido cuando diera las luces y... ¡Estaba en lo cierto! Encendí las luces, y los...

— ¿Encendiste las luces? —gritó Perilack.

—Sí —dijo Silack, pero ya su audiencia había echado a correr.

Valavirgillin se tambaleaba sin aliento para cuando alcanzó la entrada de la rampa. Los Recolectores y los Rojos habían adelantado mucho al resto. Los Gigantes aporreaban el piso tras de ella.

Unas luces en la rampa brillaban bajo la lluvia. Se curvaban hacia abajo, siguiendo la espiral.

Abajo había luz también, y un griterío de pesadilla. La luz relampagueaba cruelmente en la gran estructura central, en el escenario, las ventanas y el agua corriente, y en todo el espacio alrededor. El Nido de sombras era tan brillante que

empalidecía al leve resplandor del neblinoso día que entraba por los costados. Los vampiros que tornaban de sus cacerías estaban tratando de refugiarse en él.

Silack estaba gritando:

—Tan pronto como d las luces, los vampiros comenzaron a correr hacia todos lados. Veinte o treinta de ellos pensaron que las oficinas eran una cueva. Hay un gran espacio allá atrás que domina el escenario por un lado y la plataforma de discursos por el otro... Arpista tenía razón respecto a ello..., y conecta con las oficinas también —se dirigió a Manack ahora—. Cuando llegué, los vampiros me atacaron desde tres direcciones. Manack, mantuve abierta la puerta de la caja móvil para poder irme enseguida. Cuando vi lo que me esperaba, supe que no la dejaría irse sin mí...

—Tú, maldito escultor de flup...

—Lo sé, Manack, yo...

— ¡Te has quedado con toda la gloria!

—... estaba muy, muy contento de que se me hubiera ocurrido retener la caja, ¿comprendes? Dí las luces, me atacaron, les lancé fuego y subí...

Luchas mortales se desencadenaban entre los vampiros que querían alejarse de las luces, y los que volvían al Nido a descansar. Tres vueltas más arriba, los Gigantes habían comenzado a festejar. En cualquier momento comenzarían a hacer apuestas.

— ¡Escuchen! —gritó Valavirgillin—. Creo que éste es el mejor momento para irnos. La mayoría de los vampiros no ha vuelto aún, y los que estaban aquí están cegados y confundidos. Si esperamos más, los cazadores habrán vuelto y tendremos que esperar hasta la noche. Y estoy demasiado hambrienta para eso. ¡Así que nos vamos!

«Si acaso estoy loca, háganmelo saber ahora», pensó.

Ellos la miraron en tenso silencio, sólo roto por los alaridos de mil vampiros.

— ¡Ahora! —gritó ella, y su gente echó a correr.

Luis pudo ver a tres Navegantes mirando sobre el techo de la Casa del Concejo. Intentaban mostrar valentía, pero ya no había nada que ver. La ventana en el acantilado seguía cegada; el mecanismo espía del Inferior yacía en la oscuridad de la cabina de un carromato de seis ruedas.

El Ser Último dijo en Intermundial:

—Todavía puedo escucharlos, Luis, y olerlos.

El acantilado se convirtió en un rectángulo negro. En él se apreciaba escasamente un titerote, e incontables otros se movían en conjunto detrás de él: un oscuro bosque de serpientes cíclopes.

Luis estaba sorprendido.

— ¿Bailando en la oscuridad?

El Ser Último dio un giro.

—Un test de agilidad. La oscuridad fue muy común hace mucho, mucho tiempo. No es imposible que vuelva alguna vez.

Entonces... ellos testeaban a todo el mundo por los privilegios de apareamiento, como el Centro de Fertilidad en la Tierra. El Inferior quería mantenerse en forma. Pero había dicho...

— ¿A quiénes puedes escuchar?

—A la gente de Valvirgillin. A pesar de que la cabina de carga está cerrada, todavía puedo resolver voces. Están organizándose para defender los carromatos. Ahora están en movimiento, con los vampiros todo alrededor. ¿Quieres escuchar?

—En un minuto. Me pregunto qué pensarán nuestros observadores Chacales de tu baile...

—El pequeño cambia constantemente de posición. El mayor se mantiene quieto. ¿Quieres capturarlos?

—No.

—Apoya tu traductor en el centro de la red. Yo transmitiré.

Luis vadeó las poco profundas aguas de la alberca hacia el acantilado. Parecía una puerta —de bordes difuminados— hacia una pista de baile titerote en pleno ocaso. Un punto negro flotaba sin soporte visible a la altura de la nariz de Luis, y apoyó allí el traductor.

Escuchó entonces varias voces, mezcla de humanos y animales, del bajo al tenor y aún más altas, gritos de agonía, de rabia y de urgencia. Un llanto de sorpresa y pánico, más alaridos, luego un golpe de algo sólido y blando, como si un cuerpo hubiera caído sobre el micrófono. Una vez detectó la voz de Valvirgillin rugiendo órdenes, de tal manera como jamás la había escuchado. Aparte de eso, todo era una confusión de gritos.

Los aullidos de los vampiros fueron apagándose al cabo de unos minutos. Luego, irritante como el infierno, llegó una hermosa, musical y persuasiva voz, que sonó no exactamente como un parlamento. Se detuvo de repente, seguida por un silencio de tumba.

Vala giró río abajo en lugar de regresar, porque el sendero por el que ellos habían llegado hervía de vampiros en pleno regreso de la cacería. Luego de que se apartaron de las cercanías del Nido, mantuvo la carrera por un décimo de día más. Unas cabezas negras y lisas se asomaban desde el río: la Gente de las Aguas parecía en paz.

El Crucero Uno aún seguía rodando cuando Beedj abrió las poternas de la cabina de carga y saltó hacia adentro.

Vala esperó.

Algo pesado rodó hacia fuera: Paroom.

Varios vampiros habían convergido sobre él, cortándolo en tiras, mientras el resto intentaba apartarlos desde arriba y abajo. Otro vampiro había lastimado a Perilack. Vala esperó.

Beedj trepó a su lado.

—Muerto —dijo—. Perilack no luce demasiado mal. Le lánas heridas con el combustible. ¿De veras eso es útil?

Vala asintió, preguntándose si Arpista y Travesera se sentirían ofendidos... Quizá entendieran porqué el cadáver de Paroom sería mejor dejarlo a unos extraños que a sus propios amigos Chacales. No hizo ningún comentario de esto al heredero del Thurl: era su propia decisión.

Un prado aparecía a lo lejos, apartado del río. Se veía como un buen coto de caza. Valavirgillin los hizo mantenerse agrupados y les ordenó usar los trapos sobre el rostro. Debía haber vampiros ahí.

Habían retirado varios pilones de tela del depósito del muelle. Les dió a Rooballabl y Fudghabladi una larga pieza de malla muy resistente, para que la usaran como red de pesca. Fue muy satisfactoria, y ahora había pescado para quien quisiera y pudiera comerlo.

Los Gigantes herbívoros encontraron aceptable el pasto cercano a la ribera. Había presas por ahí, y los Rojos y Recolectores no tenían que esperar por el fuego. La Gente de la Máquina ya tenía una cacerola hirviendo, con carne y raíces en ella.

La tripulación se alimentó.

Valavirgillin observó a su gente mientras esperaba que se terminara de cocer el menú. Tegger se veía mucho mejor con la panza llena. Forn y Barok estaban cocinando juntos. Era difícil decir si se esforzaban por evitar el contacto.

Travesera y Arpista estaban en cuclillas a unos doscientos pasos de distancia, y eso era bueno, porque estaban comiendo. Los Chacales habían hallado a un Granjero, probablemente un cautivo de los vampiros caído a mitad de camino del Nido de sombras. Tuvieron la decencia de alejarse para no molestar con la carroña tan cerca del campamento.

Los vampiros todavía se veían como puntos blancos en los lejanos pasos. La excitación alrededor del Nido de Sombras era hipnótica. Eventualmente, se dijo, tendría que comenzar a olvidarlo.

Gradualmente —quizá debido al hambre— el semblante de Vala se oscureció. Un capricho extraño la hizo dirigirse hacia los Amos de la Noche.

Travesera la vio venir. Se acercó a ella, para ahorrarle el acercarse demasiado al cadáver.

—Aún no has comido —le dijo.

—Pronto lo haré.

—Deberías sentirte contenta. Hemos escapado, Valavirgillin. Estamos libres, con tal historia que contar que ningún homínido la podrá igualar.

—Travesera, ¿acaso hemos logrado algo allí?

—No comprendo tu punto.

—Vinimos. Encontramos el modo de subir. Usamos la mayor parte de la tela de Luis Wu, y bajamos. Matamos unos cuantos vampiros y echamos al resto hacia la lluvia. Hemos perdido a Paroom, y he de abandonar aquí un crucero... ¿De qué me puedo vanagloriar?

—Hemos rescatado a Foranayeedli, y has cargado en tu crucero el peso de diez hombres en tela antigua, maravillosamente conservada.

Vala se encogió de hombros. Por supuesto, obtendría un provecho de lo que había extraído de los muelles, y no sólo fue la tela. Y Forn... sí.

La mujer Chacal dejó caer la costilla que tenía en la mano y se acercó otro poco.

—Jefa, hemos acabado con la infestación de los vampiros...

—Oh, Travesera, eso no es así. Los echamos de su Nido. Ahora se distribuirán por todas la tierras que nos rodean. La infestación sólo podrá empeorar.

—En una generación, serán muchos menos —dijo la Chacal plácidamente—. En cuarenta o cincuenta falans. Ufánate ahora, y luego espera por el reconocimiento.

—No veo porqué serán menos...

—Valavirgillin, has sentido el poder de la esencia de vampiro. No hay homínido que pueda resistirlo, ni siquiera un Pastor Rojo. ¿No te has puesto a pensar que ellos también secretan esa esencia para conseguir pareja?

— ¿Cómo?

—Los vampiros segregan el perfume cuando una presa se acerca. Cuando se consigue comida, es tiempo de aparearse. Al haber encontrado una cueva donde refugiarse, eso también es tiempo de aparearse, porque la cueva concentra la esencia. Era su esencia de apareamiento cuando sus ancestros eran como nosotros, y también ahora. Pero les hemos quitado el refugio y echado bajo la lluvia, la misma lluvia que no se ha detenido desde que Luis Wu quemó un mar, jefa. La lluvia lavará su esencia.

Valavirgillin pensó en ello hasta que llegó a creérselo. Entonces se enderezó con un salto, y gritó:

— ¡Dejarán de aparearse!

El día estaba llegando a su fin. Antes de que llegara la noche, los cruceros debían encontrar un sitio donde los vampiros no pudieran alcanzarlos. Luego, a la mañana siguiente, trasvasaría el combustible del Crucero Dos al Uno, para regresar a casa.

Vala dijo:

—Y tú has conseguido la red de bronce...

—Hay algo que hemos de mostrar al mago —comentó la Chacal—..., si es que el mago todavía vive, y si acaso nos estuviera observando, y si ese artefacto aún funciona.

—Habrás de conseguir más combustible en algún lado —comentó Vala.

La mujer asintió plácidamente.

—Haremos que nuestras necesidades sean conocidas. Los Nocturnos podrán colocar depósitos de combustible a lo largo de nuestro camino hacia el Muro. Supongo que Tegger y Warvia os lo han comentado: ellos viajarán con nosotros.

—No es mala idea. Hay rojos por todos lados; encontrarán un hogar.

—Sí.

— ¿Qué precio propones tú por la compra de un crucero de comercio?

Travesera pestañeó.

—Ah, la legendaria avaricia de la Gente de la Máquina. Valavirgillin..., necesitamos el Crucero Dos para terminar con una amenaza que hace peligrar todo lo que vive bajo el Arco. Sabes lo suficiente para tomar en serio mis palabras.

—Lo tomo en serio, sí, pero mover vuestro pesado artefacto espía no formó parte de nuestros acuerdos...

Valavirgillin sonrió, recordando las negociaciones fuera del recinto del Thurl. Pensar que ella hizo tantos esfuerzos para lograr que los Chacales se adhirieran a la lucha contra el Nido de Sombras... No hubiera podido dejarlos afuera ni apuntándoles con el cañón.

—Habéis pasado notables trabajos para conseguir esa cosa espía de Luis Wu. Pensasteis ocultármelo, estoy segura, pero ¿cómo habiérais podido?

Travesera se encogió de hombros, con lo que pareció que se había dislocado.

— ¿Cómo íbamos a saber que no podríamos retirar la red de donde estaba apoyada? Pensábamos enrollarla y salir caminando. Pero está enterrada en el ladrillo, y por ello ahora han cambiado nuestras necesidades.

»Valavirgillin, compraremos tu crucero —mencionó una suma—. Pagadera en Ciudad Central, por cualquier representante local de los Nocturnos, cuando hayas regresado allí.

—Es vuestro.

El dinero rozaba apenas lo razonable, pero ¿y qué? Mucho tiempo antes de que Vala se hiciera de él, Travesera conseguiría el combustible para simplemente «llevarse» el Crucero Dos, si acaso ella no lo mencionaba antes. Vala comentó:

—He de explicarle esto a mis superiores. ¿Tu gente me apoyará?

—Tus asociados podrán enterarse de todo lo que diré esta noche. Algunas cosas han de quedar en secreto. Pero comamos primero, jefa. ¿No está lista aún tu comida?

En ese momento, Foranayeedli gritó dos palabras en la lengua de Ciudad Central:

— ¡A comer!

El hambre clavó sus uñas en el estómago de Valavirgillin.

—Ése es mi nombre secreto —dijo a Travesera, y se marchó hacia el fuego.

CAPÍTULO 18 – COSTOS Y PLANES

VILLA DE LOS TEJEDORES, 2892

Todos se habían retirado ya, incluso los Navegantes. Ahora sólo quedaban Luis Wu y un par de sombras calientes entre los pastos para observar la danza del Ser Último.

El paso era vivo ahora, pero el Inferior no parecía corto de aliento.

—Esto no ha terminado, Luis. Escuché algo de los que son llamados Pastores Rojos. Hablaban de las montañas derramadas, y de problemas con una superficie de scraith.

—Usa la cámara. Pregúntales adónde piensan ir.

—No, me reservaré en secreto. Los dejaré debatirse por un tiempo, antes de entrar en contacto. Veremos cuán urgentemente necesitan que los atiendas.

— ¿Yo?

—Buscan a Luis Wu, quien hizo hervir un mar, el Imponderable. No saben nada del Ser Último. Luis, exhibes marcados signos de deterioro. ¿Necesitas atención médica?

—Sí —dijo Luis Wu.

—Muy bien. Habrás de compensarme por el esfuerzo y el riesgo que debo asumir al enviarte la única sonda de repostado que me queda en condiciones. Tendrás vía libre, pero...

Luis movió una mano.

—No arriesgues tu sonda; ~~podas~~ necesitarla. Volveré por el camino que he venido, siguiendo el valle del río Shenty. Hay errores que no cometeré dos veces, por lo que podré hacer más rápido. Tardé once años en llegar aquí, y pienso que en nueve o menos me tendrás de regreso. Eso te dará suficiente tiempo para mover el autodoc hacia el sector de la tripulación, como has dicho.

—Luis, he montado un disco pedestre en la sonda. En una vuelta del Anillo puede llegar a ti, y en un instante estarás a bordo.

—Esa sonda es tu único medio de repostar combustible, Inferior, y yo...

—Ya he llenado los depósitos de la Aguja Candente de la Cuestión, y de todas maneras la nave sigue enterrada en lava enfriada.

—... yo no quisiera imaginarme lo que me pedirías a cambio de su uso. De todas maneras, tendrás que mover el doc y eso te llevará...

—Ya lo he hecho, Luis.

La imagen cambió, y Luis apreció la cabina de la tripulación de la Aguja, que no había visto en once años. Un gran ataúd ocupaba lo que solía ser el espacio de ejercicios de Luis y Chmeee.

Bien, se dijo Luis. El Inferior está ansioso.

—He dejado al Patriarca Oculto anclado a unos pocos cientos de miles de kilómetros, río abajo. ¿No has puesto algún disco pedestre a bordo, escondido? Puedo estar ahí en siete u ocho falans...

— ¿Dos años? —silbó el Ser Último—. Luis, los problemas se han vuelto urgentes enseguida. El Mundo Anillo parece estar infestado de protectores...

— ¿De veras? —Luis era todo inocencia, con el comienzo de una sonrisa oculto en el alma. Sí, todo venía a caer en los protectores.

—Antes de morir, Teela mencionó que había dejado un protector de los Chacales a cargo de la cuadrilla de reparaciones del Muro. He podido verificar que ese grupo aún está activo.

—Muéstrame —dijo Luis.

La imagen sobre el acantilado hizo un paneo a lo largo de una pared de mil quinientos kilómetros de altura.

El Muro del borde era como un friso: formas montañosas excavadas en relieve sobre una pared del color de la luna de la Tierra. Las bandas nocturnas discurrían por su superficie, con un movimiento apenas perceptible. Las montañas derramadas se alzaban como pequeños conos, de ocho a doce kilómetros de altura, contra la base del Muro. En la cima de éste, una veintena de tenues llamas color violeta apuntaban hacia las estrellas.

—Éstos son los motores de posición, como estaban cuando los vimos por primera vez. Yo estaba testeando una de mis cámaras de red, la misma que tienen ahora los Amos de la Noche, hace seis años. Mira esto ahora.

La misma vista, pero las fantasmales llamas habían desaparecido.

—Bueno, el Anillo había vuelto a su lugar por entonces —dijo Luis.

—Oh, sí. Pero yo me mantuve al tanto. Luis, ¿no puedes ver los jets de actitud?

La vista se acercó. Ahora Luis podía apreciar las negras bocas de los canales de vertido sobre cada una de las montañas derramadas... y unas formas fantasmales, mucho más grandes de lo que hubiera imaginado. Pares de toroides color cobre circundaban las minúsculas cinturas de avispa de veintiún dobles conos de fino alambre: enormes, inmensos colectores Bussard en tramado esquelético.

— ¿Seis años atrás, dices?

—Seis antes de que me diera cuenta. Me enteré durante la danza, y debo haber perdido el ritmo por al menos... —hesitó— ¿un falan?

Solitario hasta el límite con la locura, perdido en una danza de fantasmas. Pobre herbívoro, una vez todopoderoso y ahora solo, rechazado por su propia raza.

Luis sacudió la cabeza con pesadumbre.

—Entonces alguien montó el motor número veintiuno, el que hemos visto en el espaciouerto.

—Sí, pero lo copió primero. Esta otra imagen es de hace dos años.

Veintitrés motores, y el vigésimo cuarto puesto a través, sin montar todavía. Luis no podía apreciar qué lo estaba moviendo, pero veía mínimos ajustes en la posición.

—Éste es el límite de definición de la cámara, pero los nuevos motores son fabricados e instalados en sus montantes de la pared. ¿No es esto evidencia de un protector?

—De más de uno—corrigió Luis—. Manufactura, transporte, emplazamiento, supervisión...

El titerote vaciló otra vez.

—Luis, muchos homínidos se agrupan en hordas o tribus, pero mis registros sugieren que los protectores no lo hacen. Creo que yo podría monitorear todas esas actividades juntas. Lo mismo un protector.

—Hum. ¿Y la defensa también?

—Pero... ¡Otro protector está usando la defensa contra meteoros para destruir naves invasoras!

—Ajá.

—Y ¿qué me dices de la criatura que seguía al Pastor rojo?

—No, no te concederé ese. Un Chacal espiando a otros Chacales. Políticas locales.

—Piensa, Luis. ¡Lo hemos visto entrar al santuario de los vampiros! Tenía ser un protector para que la esencia de vampiro no lo afectara.

—Hum. ¿Y qué estaba haciendo allí, si es que lo sabes?

—Protegía al Rojo, o al menos eso parecía hacer. Quizá fuera de esa especie. Nuestra siguiente visión de él hubiera sido en el río, presumo.

—Seguro. Se cuida de que no lo detecten, y no hubiera podido evitarlo luego de estar cubierto por esencia de vampiro. Pero no hemos podido verlo, porque tu cámara está en la cabina de carga de un...

—Al menos tres protectores, Luis. De seis a ocho, si las cosas son como tú crees. Te recuerdo que la guerra entre protectores de Pak hizo de su mundo natal una masa radioactiva.

—Ya veo tu punto —dijo Luis plácidamente.

—Protectores de diferentes especies podrían hacer volar el Anillo en pedazos. Luis, ¡quizá no tengamos ni dos años! Yo puedo quedar en éstasis por el resto de vida del universo, ¡pero tú no puedes siquiera llegar a la Aguja!

—Quizá cooperen entre sí —sugirió Luis—. Los homínidos del Anillo lo hacen. Las diferentes especies usan distintos recursos, y todas colaboran con los Chacales. Una vez que te acostumbras a ello, puedes hacerlo con cualquiera.

—Hubo una guerra entre los Pastores Rojos y los Gigantes herbívoros.

—Vamos, Inferior, ¡ambos grupos luchaban por el pasto!

—Estoy convencido de que la situación es urgente.

Luis se estiró. Sus articulaciones sonaron, y los músculos protestaron a pesar de que el ejercicio de la tarde había sido moderado.

—Te diré qué haremos. Envía la sonda hacia donde dejé el velero. Será fácil para ti hallarlo. Yo volveré río abajo, y veré si nuestros amigos los Ingenieros quieren unírseos nuevamente. Ocho falans, unos dos años de la Tierra, sólo uno de los tuyos. Luego, si llegamos a un acuerdo, aceptaré tus atenciones médicas.

— ¿Un acuerdo? —dijo el Ser Último.

—Prepararé un contrato.

—Estás en pésima posición para negociar.

—Avísame si cambias de opinión —dijo Luis.

Se levantó y vadeó la alberca hacia la villa, esperando oír un grito musical detrás de él...

Pero nunca llegó.

Luis se levantó lentamente, algo atontado por el poco sueño cumplido. Sawur se sentía bien, moviéndose contra él. Él le preguntó:

— ¿Celebran rishathra los Tejedores durante el día?

—Sí, es lo que preferimos.

—De acuerdo —Luis pasó sus manos a través de la piel de ella—. Qué bello.

—Gracias —dijo ella, y se estrechó contra él. Sus dedos acariciaron la calva de Luis, acicalando cuanto cabello pudieron hallar. Se movieron fácilmente hacia el rishathra.

Era un bello estilo de vida éste, pensó Luis.

Sawur se tiró hacia atrás para mirarlo.

—Cansado o no, te ves muy relajado hoy.

—Creo que lo he logrado —dijo Luis.

Noche.

—He redactado un contrato —dijo el Ser Último.

—Yo también —dijo Luis, y alzó su traductor. Estaba en la memoria, principalmente en notas de mi puño y letra.

—No puedo leer eso. Tendremos que trabajar desde aquí.

El acantilado de pronto se cubrió de líneas de escritura, negro sobre blanco, y apareció un teclado virtual más alto que el propio Luis.

Su audiencia murmuró apreciativamente. La mayoría de los aldeanos estaban sentados en derredor de Luis; éste se preguntó qué creerían que estaban viendo.

Había estado tomando notas durante toda la tarde. Trabajar sobre el contrato del Ser Último en lugar del suyo propio violaba un principio básico de la negociación, y Luis no estaba dispuesto a concederlo.

Pero otro principio decía que un negociador nunca admitiría estar cerca de una fecha límite. Preguntó en Intermundial:

— ¿Cómo trabaja esto?

— Señala —dijo el Inferior—. En la mano izquierda el cursor, en la derecha el tipeo.

Lo intentó, moviendo sus manos como un director de orquesta ambidiestro. *Los patrones mentales pudieran requerir alteración.* Luis borró eso y escribió: *Los patrones mentales no serán alterados bajo ningún motivo.* La sección de *Retribución* se veía razonable: le sería requerido, por un trabajo comparable al de los hospitales de la Tierra, el pago en un servicio que no excedería los doce años.

—Un momento... ¿Revitalización y tecnología estándar?

—En absoluto.

—Entonces, ¿qué? ¿Experimentos titerotes?

—He intentado ya describirte de qué se trata: un programa experimental de la Brazo, modificado...

— ¡Tú no puedes computar el costo de esa cosa comparándolo con valores de tratamientos en un hospital! Tu sistema me dará otros treinta años de vida, más o menos, ¿no es así? Te concederé siete años de servicio, siempre y cuando salga en condiciones correctas del autodoc.

— ¡Doce! Luis, este artefacto reescribirá tus genes a la edad de veinte años. Tendrás al menos cincuenta años extra, ¡y sin necesidad de otro tratamiento médico!

—Me harás atravesar tales riesgos, que estaré de suerte si sobrevivo cincuenta días..., y lo sabes bien. Ése era el motivo de mis viajes sabáticos, como has de recordar. Siete.

—De acuerdo.

Luis señaló con su dedo izquierdo—el cursor—: *El tiempo de servicio deberá computarse en forma discreta sólo durante las acciones tomadas bajo la dirección del Ser Último.*

— ¿Qué es todo este flup? ¿Y qué hay del tiempo de consulta? ¿Y del tiempo necesario para viajes? ¿Y de las acciones en que no puedo consultarte porque no hay tiempo? ¿Y la resolución inconsciente de problemas durante el sueño?

—Bien, cámbialo.

—Tus motivos son cuestionables, Inferior. Ningún ente honesto hubiera intentado hacer pasar eso...

—Así es como funciona una negociación, Luis.

— ¿Estás intentando enseñarme cómo negociar? Muy bien.

Luis borró la ofensiva cláusula, y luego tipeó en el aire con un dedo: *El período de servicio expirará siete años después de la aceptación de este contrato.* Ignoró el gruñidode angustia del Ser Último.

—Ahora necesito una cláusula que me proteja de ser alterado para que tengas un mejor sirviente. No veo nada aquí que hable de eso.

El texto se añadió por sí mismo. Luis lo leyó y dijo:

—No.

—Escríbelo tú mismo, entonces.

—No. ¿Puedes pensar en una manera de hacerte de una copia del contrato que he redactado en mi traductor?

—No.

—Habrás de esperar a que llegue al Patriarca Oculto, entonces. No me demoraré, tranquilízate. Partiré mañana mismo.

— ¡Espera! Luis, puedo fácilmente alcanzarte allí mismo...

— Inferior, he de insistir en que trabajemos a partir del contrato que yo he redactado, no del tuyo. Si no puedes leerlo, ¿cómo podrás sugerir modificaciones?

—Deberás leérmelo en voz alta.

—Será mañana. Ahora, hay otra cosa que me inquieta. Dime, ¿cuánto tiempo te lleva extraer la pluma de gas del sol y generar el efecto láser?

—Dos horas, tal vez tres. Depende de ciertas condiciones.

—Tres naves llegaron a través del Puño-de-Dios, cerca de aquí, y alguien las destruyó. Otra de ellas aterrizó en el lado opuesto del Anillo, y también fue destruida. ¿Se tardaron más con esta última? Con toda esa cámara rápida, no puedo saberlo.

—Lo chequearé.

Luis se levantó tarde. Sawur y los niños se habían ido ya. Nada digerible había quedado de la cena. Se puso a trabajar en su contrato al lado del pozo de brasas.

»Ninguna entidad o proceso deberá alterar los patrones de pensamiento de Luis Wu, por medios químicos, médicos o de otro tipo, salvo persuasión empleada mientras Luis Wu se halle plenamente consciente y en uso de sus facultades completas. Ningún acuerdo celebrado será válido si se cerró mientras Luis Wu no se hallaba plenamente consciente o en uso de sus facultades completas.

»El período de —Luis tachó «servicio»— mutua dependencia terminará a no más de siete años a partir de la aceptación de este contrato.

»Durante la vigencia, Wu tendrá derecho a sueño, comidas y períodos de curación y restablecimiento, si los necesitare. Las emergencias que interrumpieran tales tiempos libres, acortarán el período de mutua dependencia en un factor de tres veces el tiempo quitado a...

»Penalizaciones por violación de...

»...períodos de vacaciones concertados mutuamente podrán extender el período de contrato...

»...Wu refutará cualquier orden si a su sólo juicio la obligación importara un riesgo indebido, daños indebidos a los homínidos locales o a su cultura o entorno, daños globales al Mundo Anillo o claras violaciones éticas...

Unos cuantos puntos discutibles no vendrían mal.

Luis se sentía realmente hambriento. Sabía dónde hallar más raíces. Montó en la pila de plataformas de carga y subió en vertical para ubicar el camino, y vio a los jóvenes en los bosques de la altiplanicie, más allá del río Shenty.

Sawur había encontrado dos enormes hongos de diferentes especies, y los niños habían cazado un crustáceo terrestre del tamaño de una liebre. Miraron con interés cómo Luis envolvió todo con hojas y luego lo cubrió con arcilla húmeda. Buscó su linterna láser en el recipiente de la zona de carga. Con el switch puesto en microondas, apertura amplia y media intensidad, calentó el montón de arcilla hasta que liberó vapor. Luego guardó cuidadosamente la pistola; era peligroso dejarla al alcance de cualquiera.

—Strill, Parald, mantengan a los niños lejos del montículo. Podrían quemarse. Sawur, quiero hacerte un regalo de despedida.

—Luis, ¿estamos por separarnos?

—El Morador de la Red envió un aparato volador para colocar la ventana en el acantilado, de modo que puede que no esté lejos. Supongo que podrá llegar aquí en pocas horas —la acercó hacia las placas de carga—. Déjame mostrarte esto ahora. Me pregunto si será más correcto dártela a ti o a toda la comunidad...

Los controles de las placas eran depresiones en el borde, y se requería cierto esfuerzo para accionarlos. La fuerza de un protector. Luis palanqueó con ambas manos, usando una barra de metal que retiró de su caja de herramientas. La placa inferior se desprendió de las demás y quedó flotando a tres centímetros de altura sobre el pasto.

— ¿Qué te parece esta noche? —propuso Sawur—. Entrégala a la villa, y danos a Kidada y a mí el cargo. Prometo sorprenderme igual que los demás. Muéstranos a ambos cómo usarla, pero a ninguno más, y menos a los visitantes.

—De acuerdo.

—Es un regalo magnífico, Luis...

—Sawur, me has devuelto la vida. Eso pienso. Tal vez.

— ¿Aún tienes dudas?

—Espera un momento.

Luis golpeó la arcilla seca en un extremo. Los hongos se veían listos.

Sabían estupendamente. Rompió el resto de la costra de arcilla y encontró que el crustáceo también estaba hecho. La mayoría de la carne estaba en las tenazas, y los jóvenes la distribuyeron. La cola dio un bocado para él y otro para Sawur.

—Esto está mejor. No puedo pensar bien cuando estoy hambriento. Ahora atiende —dibujó un anillo en el piso—. La luz tarda treinta y dos minutos en cruzar el Anillo a través y volver —escuchó cómo el traductor convertía tiempos y distancias.

— ¿De veras?

—Puedes creerme. Ocho minutos tarda un rayo del sol en tocar la superficie del Arco. Dieciséis minutos tarda en cruzar el diámetro, treinta y dos ida y vuelta. Si tres naves espaciales salen de un agujero aquí, cerca del Gran Océano, y luego de dos horas y media son destruidas... y otra nave aterriza aquí—señaló al otro lado— y demora dos horas en ser destruida, dime: ¿dónde está el atacante?

Sawur estudió el diagrama y luego señaló:

—Aquí, al otro lado del Arco. A las primeras naves necesitó media hora sólo para verlas.

—Pero... ¿y si la nave solitaria hubiera sido atacada tres horas más tarde, en lugar de dos?

—Entonces... hum... entonces el atacante estaría de este lado, donde has dibujado el Gran Océano.

—Así es. Sí.

Cuando la sombra tocó el sol, Luis había escrito un contrato que lo protegería, siempre que el titerote honrara los contratos.

Obsequió la placa de carga a la Villa de los Tejedores mientras la cena se cocía en la parrilla. Lo aclamaron como a un poderoso mago, un *vashnesht*. Luego los niños insistieron en montar sobre la placa, mientras los padres urgían precaución. Luis mostró a Kidada la forma de mantener el disco a medio metro de altura, lo bastante bajo para ser seguro.

Observó a Kidada revolotear entre las cabañas—con Strill gritando de alegría sujeta a él—, y esperó que no acabaran la carga de la batería sólo paseando en ella. Algún día la necesitarían para mover algo pesado.

La luz se retiraba. Los cazadores habían capturado un predador; la carne sabía demasiado a gato. Los Tejedores tomaron sus tajadas y fueron hacia el acantilado, que despertaba a la vida. Perchado en su pila de placas de carga como un verdadero mago, Luis masticaba unas cañas hervidas y una raíz que había microondeado a la arcilla.

El titerote y sus fantasmas danzaban bajo un remolineante arcoiris. Luis miró como los otros durante un rato, luego preguntó en Intermundial:

— ¿La pirotecnia está pensada para añadir un grado de dificultad?

—Es sólo una decoración. Luis, tienes que venir a mí.

— ¿Cómo la llevan los valientes cazavampiros?

—Sólo puedo escuchar voces. Los cruceros se han separado. El Crucero Dos va camino a estribor, con mi cámara de red en la bodega de carga. Los Rojos han estado hablando de cierta entidad a la que el macho llama «Murmullo». Tegger piensa que Murmullo los ha abandonado. Warvia piensa que él ha estado soñando. Por mi parte, pienso que Murmullo es nuestro protector fantasma. Luis, ¿vendrás?

—Debemos discutir los términos de...

—Acepto tu contrato.

—Pero... ¡si no lo has visto!

—Lo acepto con la condición de que no hagas más cambios a partir de este momento. Dado que no tienes posibilidades de extorsionarme, lo habrás escrito con justicia. La sonda arribará dentro de los próximos veinte minutos.

Luis miró hacia el cielo. Nada se veía aún.

— ¿Dónde apareceré?

—En tu suite a bordo de la Aguja.

¿Suite? ¡Era un solo compartimiento, y cerrado, que hubo de compartir con un kzin!

—Mi contrato especifica que el tiempo vale el triple durante las emergencias. ¿Debo armarme?

—Sí.

—Sawur, haz que los niños salgan del agua. Inferior, aterriza la sonda en la alberca. Ahora recuerdo que la vez anterior hube de retorcerme a través del disco que habías montado para repostar. Estaba bastante apretado.

—He aprendido, Luis. He montado un disco pedestre de tamaño normal afuera de la sonda; es lo suficientemente grande para ti y tus platos de carga también.

«Afortunadamente, he numerado mis plumas para hacer frente a emergencias como ésta», pensó Luis. Eso no significaría nada para un titerote.

De su caja de seguridad retiró la pistola láser y el cuchillo variable, dos poderosas armas. Preparó la pistola para un haz delgado, de rango corto, a alta intensidad. Extendió el filo del cuchillo a sesenta centímetros, luego lo disminuyó a cuarenta y cinco.

Si se perdía el agarre de un cuchillo variable, la hoja de alambre rebanaría todo lo que tocara.

Una luz blanco-violácea se asomó sobre el acantilado.

La sonda de repostar giró y se asentó sobre la llama de fusión. La cavidad en la nariz era el sistema de repostado: un filtro que sólo dejaba pasar el deuterio, y detrás de él un disco de transporte de un solo sentido no más ancho que los hombros de Luis. Un disco pedestre mucho mayor había sido montado en el flanco: una placa circular que parecía la tardía ocurrencia de un ala.

Los Tejedores dijeron «Oooh» y «Aaah», y luego comenzaron a apartarse de la nube de vapor. El motor se apagó. Mientras Luis se deslizaba y desaparecía contra la sonda, ésta se sumergía burbujeando sobre su ardiente motor, y luego giró y se tumbó dentro del agua.

El agua cayó sobre el disco pedestre.

Estaba en casa. Luis cortó el suministro de energía de la placa y se apeó. Su visión periférica le informó de que una sombra saltaba detrás de él.

* Famosa alocución del gallo Claudio (Foghorn Leghorn), de Looney Toones.

SEGUNDA PARTE – BAILO TAN RÁPIDO COMO PUEDO

CAPÍTULO 19 – EL HOMBRE NUDOSO

LA AGUJA CANDENTE DE LA CUESTIÓN, 2892

La Aguja Candente de la Cuestión había sido construida dentro de un fuselaje número tres de Productos Generales, con muros interiores agregados que separaban al capitán titerote de su tripulación alienígena. Hace tiempo que la Aguja era usada como habitación antes que como nave. Ya no podía exceder la velocidad de la luz debido a que Luis Wu había roto los montantes del hipermotor once años atrás, por lo que en ese momento parecieron buenas razones. Luego la nave misma había sido sumergida en lava durante las negociaciones con el protector que una vez había sido Teela Brown.

Durante ese período y luego, el Inferior había distribuido discos pedestres por la nave, el Centro de Reparaciones y en otros sitios.

Luis esperó aparecer en el cuarto de la tripulación. El Inferior no tenía necesidad de sugerir —tal vez ni siquiera se le ocurrió hacerlo— que Luis entrara *rápido*.

La plataforma cayó rápido por el sobrepeso. Luis absorbió el golpe doblando las rodillas, pero aún así perdió el equilibrio.

— ¡Alguien me ha seguido! —gritó, pero...

... pero todo estaba en marcha allí.

Miles de titerotes de Pierson giraban, se arremolinaban y pateaban en el escenario, a su izquierda. Esto debería haberlo distraído, pero no fue así. Luis y Chmeee habían aprendido a ignorar esa parte de la nave. Ése era el sector del Inferior, y la pared transparente que los separaba no era de vidrio, sino del material invulnerable que formaba los cascos de Productos generales.

Pero el alienígena de dos cabezas y tres piernas —con su melena adornada y enjoyada en moda formal— no estaba allí, sino entre la cocina y un ataúd tan grande como una cabina de transferencia yaciendo de lado.

Un viejo nudoso con una vestimenta blanda corría hacia el Inferior, sus codos y rodillas moviéndose a alta velocidad.

Un disco pedestre oculto llevaba a los cuarteles del titerote; era invulnerable allí. El Inferior debía estar cerca de él, pensó Luis.

Pero el instinto debió ser más fuerte. El titerote se giró, dando la espalda al ataque.

Todo sucedió muy rápido. Luis aún estaba recuperando el equilibrio. El Inferior había girado, sus cabezas apartadas del cuerpo, mirando hacia atrás: visión binocular basada en tres patas, buscando un blanco. Su poderosa pierna trasera se encogió y tiró una patada al hombre nudoso que se le acercaba.

La patada del Ser Último había sido muy buena, y dio justo en el blanco. Luis escuchó un ruido a metal: el hombre nudoso debía estar usando un peto. Protegido o no, tal patada hubiera puesto en coma a cualquier homínido normal. El hombre nudoso giró al recibir el impacto, y sus pies se alzaron del piso; pero una mano velocísima aferró el tobillo del Inferior para aprovechar la reacción cuando el titerote la echara hacia delante de nuevo para una segunda patada. Entonces eludió el casco y descargó un puñetazo en la melena enjorada del titerote, en el lugar donde las dos cabezas se conectaban con el torso.

Allí estaba la bóveda craneal del Inferior.

Y Luis intentaba apuntar con su pistola láser. Demasiado tarde, demasiado torpe: el noqueado titerote estaba ahora en medio del camino. Algo le golpeó en la muñeca y la pistola salió volando. ¿Una bola de metal? Otra más golpeó e hizo volar el cuchillo variable.

Luis hizo una violenta finta para alejarse de la cercenadora hoja de alambre.

El Inferior estaba caído hecho una bola, las cabezas y los cuellos metidos entre las patas delanteras. El suelo estaba cubierto de agua hasta los tobillos. La pistola caída se había sumergido, pero enviaba un haz de luz a través del casco transparente de la Aguja hacia la lava fría del exterior.

El filo del alambre no había cortado a Luis en dos —suerte ciega—, pero sentía sus manos y muñecas rotas y dormidas, estaba fuera de equilibrio... y el hombre nudoso venía a por él. ¡Un protector!

Luis se dejó caer rodando fuera del disco pedestre hacia un rincón, y comenzó a ponerse de pie. Su mano derecha era ahora un mar de dolor. La izquierda estaba sólo dormida.

En el espacio que él había dejado libre, algo enorme apareció de repente. Se mantenía en pie, tan grande como un oso de color anaranjado, portando un pequeño cañón en una de sus grandes manos.

El hombre nudoso giró, se zambulló hacia el cuchillo variable de Luis y en el mismo movimiento lo hizo pasar a través del enorme intruso... del kzin. El cañón salió volando, con los dedos aún aferrándolo. El kzin se encogió, lanzando un alarido. El hombre nudoso aún tuvo tiempo de hacerse con la pistola láser, y la blandió en clara amenaza.

—No te muevas —dijo—. Morador de la Red, ¿tampoco te muevas. Luis Wu, tampoco lo hagas. ¿Quieres que tu contrato te lleve a la muerte?

Los labios del hombre nudoso habían crecido a partir de sus encías. Las encías se habían pelado hasta el hueso, y sus mandíbulas habían crecido a través hasta formar un pico dentado. Hablaba con cierto impedimento, pero en Intermundial. ¿Cómo habría aprendido Intermundial el hombre nudoso? ¿Escuchando secretamente al Inferior?

— ¿Mi contrato?

La realidad llegó en olas, lavando el dolor. Hace once años él ya había estado en un problema semejante. Luis dijo, atascándose:

—Sí, bajo condiciones sólo sujetas a mi propio juicio. ¿Aceptas mi contrato?

—Sí —dijo el hombre nudoso.

Después de lo que había pasado antes, esto era sorprendente.

El macho kzin sangraba profusamente de su mano, a la que sólo le quedaba el pulgar. Se apretaba la muñeca, intentando detener la hemorragia. Sus ojos miraron a Luis.

— ¿Qué debo hacer? —le dijo, también en Intermundial.

—Levanta tu mano sobre tu cabeza. ~~Maen~~ la presión sobre la muñeca. No intentes luchar: él es un protector. Inferior, prepara el... ¡Inferior, la siesta ha terminado! Para todos nosotros.

El titerote asomó una cabeza.

—Dime, Luis.

—El autodoc, tú habías dicho que podías prepararlo para tratar a un kzin.

—Sí.

—Hazlo. Luego me dirás qué ha pasado. A propósito, el tiempo cuenta triple, porque esto es una auténtica emergencia.

El Inferior no estaba en su mejor forma.

— ¿Curar la herida a un kzin extraño?

—Hazlo *ahora*.

—Pero, Luis...

— ¡Estoy bajo contrato! Esto es para nuestro mutuo beneficio. ¿No te das cuenta de quién debe ser él?

El titerote se arrodilló ante el autodoc y comenzó a toquetear los controles con sus labios.

El protector aún tenía la pistola y el cuchillo variable. Luis no podía pensar en nada para explicarse aquello, o el súbito kzin extraño, o la constante molestia de la danza de los titerotes en su visión periférica.

Nej. Una cosa a la vez. Comencemos por el kzin.

— ¿Quién eres tú?

—Acólito.

—Eres hijo de Chmeee —adivinó Luis. Había olvidado qué tan grande se veía un macho kzin cuando uno estaba cerca de él. Éste debía de tener once años; no estaba del todo desarrollado—. ¿Aún no tienes un nombre verdadero?

—Aún no. Soy el hijo mayor de Chmeee. Lo reté y luchamos; él ganó. Me dijo: «Aprende sabiduría. Busca a Luis Wu. Acólito»

—Oh, nej... Inferior, ¿cuánto te falta?

—Unos minutos. Hazle un torniquete al kzin, Luis.

Luis se movió hacia el dispensador, lentamente, manteniendo las manos visibles para el protector. Su mano y muñeca derechas estaban muy inflamadas. La izquierda seguía dormida, pero le serviría, pensó.

La cocina tenía menús para dietas humanas y kzinti, suplementos vitamínicos, supresores de alergia, ropas y mucho más. Luis no había visto menús de farmacia, pero estaba seguro de que los había. Cuando el Ser Último lo secuestró, él era un cableta; no habría sido inteligente de su parte el mostrarle cómo acceder a los químicos recreativos.

Luis tecleó [Sol] [Nórdico] [Formal], y una selección de corbatas. Resistiendo a la tentación, eligió un patrón naranja y amarillo que se vería bien en un kzin. No permitió que sus ojos se posaran en la escopeta excavadora que había ocultado bajo la puerta de entrega once años atrás.

El olor del kzin era apenas perceptible. Acólito debió haberse mantenido limpio para hacerse menos ostensible, pensó Luis. Su pelaje anaranjado mostraba tres largas cicatrices cruzando el vientre. Aparte de eso, tenía unas manchas de color chocolate en el pelaje: en los extremos de las orejas, una tira en el final de la espalda, otra más pequeña bajo la cola y sobre una pierna. Era más bajo que Chmeee —aproximadamente dos metros diez—, pero igual de ancho: un híbrido. Su madre pertenecía a los kzinti arcaicos del mapa de Kzin.

Acólito se sentó en el suelo, para que su mano alzada quedara al alcance de Luis. Éste sujetó la corbata alrededor de la muñeca del kzin, usando su mano izquierda y sus dientes para ajustarla. La hemorragia se detuvo.

El kzin dijo, con voz cavernosa:

— ¿Quién es mi atacante?

—Nej si lo sé, pero si he de adivinar... Eh, tú, hombre nudoso...

—Habla.

—El Inferior y yo hemos supuesto que un protector debía hallarse en el Centro de Reparaciones. Tú has estado derribando naves invasoras. El cálculo de tiempo ha puesto en evidencia que lo hacías desde aquí mismo. El Inferior había colocado discos pedestres por varios sitios de este Centro. Un protector podría reprogramar uno de ellos para que se activara cuando éste de aquí entrara en funcionamiento...

—Así es.

—Y luego pasarías por él, justo antes que yo, que estaba mucho más lejos y tardaría unas décimas extra en llegar. Cuidadosamente cronometrado. Me necesitabas como distracción, y contabas con los reflejos del titerote. Eso es interesante, ¿no te parece, Inferior? Has tenido un instante para escapar, pero lo usaste para patear...

—Otra vez el viejo argumento... Está bien, Luis, yo activamente di la espalda para luchar. Tú ganas.

Luis sonrió. El dolor no era tan fuerte ahora que se había dopado con endorfinas. Se volvió al kzin.

—Acólito, éste es un protector. Míralo bien. Todos tienen ese aspecto nudoso, y todos son brillantes, rápidos y muy peligrosos.

—Se ve como cualquier homínido —el kzin sacudió su gran cabeza peluda.

— ¿Por cuánto tiempo has estado observándome?

—Dos días. Pensé aprender algo sobre ti antes de mostrarme.

— ¿Sabiduría, has dicho antes?

—Mi padre habló de Luis Wu. Cree que aprendió de ti lo que tiene de sabio, y que yo puedo hacer otro tanto. Pero uno de los carroñeros me vio.

— ¿El pequeño?

—Sí. Aquél a quien diste el nombre de Flarpa.

—Hablé con su padre también.

—He conversado con el chico. Su padre estaba cerca, escuchando, pensando que estaba oculto a mis ojos. Le conté lo que sabía de ti. No conozco secretos valiosos que deba ocultar. Pero no mencioné al herbívoro.

— ¿Cómo supone que hemos llegado al Anillo?

— ¿Te refieres al Arco? Le dije que tú habías conseguido una nave. No le he hablado a Flarpa sobre la teleportación. Ni siquiera le había creído a mi padre. Pero cuando te vi pasar por la cabina de transferencia...

—Era un disco pedestre, en realidad. Las cabinas de transferencia son las que se usan en el espacio conocido y en el Patriarcado, y son recintos cerrados. Éstas son mucho más sofisticadas.

—Bien, cuando te vi pasar por el disco pedestre, salté hacia él. Tomé a Flarpa y a su padre por sorpresa. Los dejé sin aliento. Mira qué sorpresa...—suspiró, y se dejó caer, cerrando los ojos.

— ¿Inferior?

—Listo. Tráelo.

Luis colocó su hombro en la axila de Acólito y lo alzó. El kzin encontró fuerzas para levantarse, arrastrarse hasta la bahía de cirugía y derrumbarse en ella.

Luis quitó el torniquete y enderezó al kzin un poco. Buscó la mano cortada, hallándola al lado de las dos partes en que quedó inutilizada el arma que portaba, y la levantó.

El Ser último la tomó con una de sus bocas, depositándola en otra apertura del autodoc.

—Cierra la cubierta —dijo, y volvió a hacerse una pelota, con sus cabezas arrellanadas debajo del cuerpo.

Otra vez en shock, se dijo Luis.

— ¿Buscas suicidarte? —preguntó el hombre nudoso.

Una de las cabezas se alzó.

—Demuestro desamparo. Ésta es una capitulación.

—Capitulación. De acuerdo.

El kzin podría estar ahí metido por días, probablemente.

Luis se sintió desfallecer por un instante.

El dolor lo despertó de golpe. Las nudosas manos del protector estaban moviendo los huesos de su muñeca derecha. La mano izquierda de Luis se cerró con fuerza en el brazo del protector. Gimió y lloriqueó. La realidad le llegó en olas de sufrimiento.

Sólo luego de que el hombre nudoso se retirara, se le ocurrió a Luis buscar con la vista las armas. Mejor así; el protector vestía una especie de sayo con multitud de bolsillos, y vio la culata de la pistola en uno de ellos.

Ahora, ¿qué debía hacer antes de perder el conocimiento otra vez?

—El contrato... —pescó su traductor con la mano hábil y se lo ofreció al titerote —. Aquí está lo que has aceptado. Habrás de leerlo en voz alta, dado que nuestro acompañante también se ha comprometido a él.

El titerote tomó el aparato con una de sus bocas; su otra cabeza se volvió hacia el hombre nudoso.

— ¿Por qué has hecho tal cosa?

—Necesito aliados que no sean protectores. Los protectores nos matamos unos a otros. Puedo suscribir una promesa formal para nuestro mutuo beneficio. Lee.

El Ser último leyó.

El hombre nudoso quizá hubiera sido mujer antes del cambio: era un poco más bajo y delgado de lo que había sido Teela cuando se volvió protector. La piel correosa y sin cabello, las hinchadas articulaciones, la cara triangular y el cráneo abultado hacían difícil determinar su género. Luis creyó detectar trazas de genitales masculinos en su desnuda entrepierna, pero no pudo asegurarse.

Tras la pared impenetrable, el holograma de un millón de titerotes seguía corriendo. El Inferior debe haber pensado que volvería a reunirse con ellos sin perder un solo paso.

—... *si a su solo juicio la comisión implica un riesgo indebido...* ¿A su solo juicio?

Luis sonrió y se encogió de hombros.

—... *daño indebido... clara violación de ética...* ¿A su solo juicio?

—Inferior, ¿te comprometes a lo mismo? —preguntó el protector.

El Ser Último silbó indignado.

— ¡Y tú hablabas de esclavitud, Luis! ¿Cómo habrás de compensarme a mí, protector? ¡Lo que yo le ofrecí a Luis Wu fue *su vida*! Más allá de ese punto, lo acepto.

Luis ya no podía sostenerse.

— ¿Quién eres tú? —preguntó al protector.

—No necesito un nombre. Elige el que te parezca.

— ¿Cuál es tu especie?

—Vampiro.

—Bromeas...

—No.

Luis estaba a punto de desmayarse.

De pronto, recordó el botiquín de Teela soldado a la placa de carga, y se alzó penosamente para alcanzarlo. Apretando los dientes contra el dolor, metió su hinchada mano derecha en la bahía de diagnóstico.

El dolor comenzó a retirarse. Un panel le hizo algunas preguntas. Sí, prefería permanecer despierto. No, no podía reponer las existencias de varias medicinas... una lista ominosamente larga.

Su brazo derecho parecía haber desaparecido ahora, y nada más le dolía realmente. Su mente se sintió lúcida, libre para jugar con las piezas de la realidad actual y hacerlas encajar unas con otras. Había acordado servir a un protector... ¿no era así? El protector había hecho lo propio con él, y esto limitaba su poder sobre Luis Wu. Y el titerote también se había atado a él y al protector, por el mismo contrato.

Podía escuchar lo que los otros estaban diciendo, pero las palabras resbalaban por sus oídos y se le escapaban. *Urgentemente... invasores... fuera del arco...*

—Naves de la Brazo y del Patriarcado —dijo Luis—. ~~Apostar~~por ello...—las entidades políticas siempre invadían: estaba en su naturaleza. Luis había descrito el Mundo Anillo para los archivos de la Naciones Unidas, y Chmeeee habría hecho lo propio para el Patriarca. ¿Qué otras organizaciones sabían del Mundo Anillo?—. ¿La Flota de Mundos también? —preguntó al Inferior.

— ¿Tan mal diseñadas, tan pobremente protegidas?—el titerote silbó—. ¡Esas naves no son nuestras!

— ¿Son peligrosas esas entidades políticas? —preguntó el hombre nudoso.

El titerote pensaba que eran mortalmente peligrosas, y así lo explicó. La cabeza de Luis burbujeaba con los químicos, y no dijo palabra.

— ¿Es esperable que desistan de sus planes?

—No. Puedo mostrarte dónde se ocultan sus transportes interestelares —dijo el SerÚltimo—. Ésos no participan de la invasión directamente. Aún el láser supratérmico no podría alcanzar los blancos más alejados. Las naves que intentan aterrizar deben ser acorazados de guerra, sin motores de hiperimpulso.

—Muéstrame.

—He de pasar a mi cabina.

Luis rió dentro de su cabeza.

El disco pedestre oculto conducía sólo a la cabina del Ser Último, y no permitía el paso de alienígenas. El Inferior se encontraría tras una pared invulnerable. ¿Qué chance podía haber de que el protector permitiera tal cosa?

Un protector *vampiro*. Luis hizo trabajar a su boca.

— ¿Qué comes tú?

—Fabrico un ~~pué~~ vegetal. No he probado la sangre por veintiocho falans —aclaró—; mi dieta no te pone en riesgo.

—Me alegro —dijo Luis, y cerró los ojos.

Escuchó:

—Inferior, sólo podrás romper tu contrato una vez. Ahora, muéstrame todo respecto a la flota invasora.

La respuesta del Ser Último fue una masa de gorjeos y silbidos, con tonos mezclados de un bajo subsónico. Los ojos de Luis se abrieron para ver desaparecer a los danzantes, reemplazados por un mapa espacial rotante en tres dimensiones.

El sistema estaba vacío excepto por el Anillo y sus pantallas de sombra. Se encendieron unas motas en colores codificados bastante apartadas del Arco, y varias otras distribuidas mucho más cerca. No se podía ver movimiento a tal escala, pero parecían estar tomando posición alrededor del sistema, apartándose unas de otras.

—Debo regresar a defender el Arco —dijo el hombre nudoso—. Ven conmigo.

El titerote se asustó.

—Pero... ¡los mapas sólo pueden verse aquí en la Aguja!

—Ya los he visto. Ven.

Luis se quedó solo.

Y la imagen cambió cuando se fueron. En el sector del capitán se veía ahora el diagrama 3D de algún tipo de circuito...

Suficiente. Luis apoyó la cabeza sobre la pila de plataformas y cerró los ojos.

Se adormeció, con el brazo en el botiquín. La pérdida de equilibrio lo despertaba a medias cada tanto.

Detrás de la pared trasera estaba el muelle de la naveta de aterrizaje, prácticamente vacío desde que Teela había derribado el vehículo once años atrás. Luis no podía recordar con claridad qué otras cosas se guardaban allí. Recordaba los casilleros para los trajes de vacío y las armas, por supuesto, y veía una pila de discos pedestres. Tenía la impresión de que el Ser Último había llevado adelante algunos cambios durante su forzado retiro.

Hacia estribor y babor de la nave las paredes eran negras. La aguja estaba enterrada en basalto: magma enfriado.

Una red de líneas y puntos flotaban contra la pared delantera, como un nido de hormigas visto a través de un radar de profundidad. El gráfico le hacía cosquillas en la mente.

Puntos allí, allí y allí. Esos dos unidos, y aquellos tres. Más allá, una red de diez. A la distancia, uno de los diez parecía estar formado por dos puntos superpuestos. Unos imprecisos contornos en el fondo parecían formar un mapa.

El Inferior habrá intentado mostrarle algo.

Cuando la presión en su vejiga se hizo más dura que su temor al dolor de su brazo, Luis dejó el botiquín y se tambaleó hacia el excusado. Evidentemente, aún tenía su problema orgánico. Luego se bebió medio litro de agua y marcó y comió una civilizada ensalada César por primera vez en once años, usando su mano izquierda. Ya no más aquello de comer lo que encontrara... No había pensado en ello cuando se rindió.

Examinó su brazo con mediana satisfacción. La hinchazón había remitido y los huesos parecían estar en su lugar.

Dejó el botiquín dos veces más a lo largo del día. Cuando volvía del reciclador, el diagrama le llamó la atención nuevamente.

¡Discos pedestres!

Su subconsciente debió haber estado trabajando. Ese mapa revelaba los discos pedestres que el Inferior había desplegado. Había varios desperdigados por los millones de kilómetros cúbicos del Centro de Reparaciones. Cuatro en la misma Aguja. El punto doble debía de ser la sonda de repostado, sumergida en la Villa de los Tejedores, con el disco que había usado él y otro para el trasvasado del deuterio.

El Ser Último le había dejado aquella información. Luis la estudió, fijándola en su memoria y preguntándose por los motivos del titerote.

Y volvió a aparecer la danza de los titerotes cuando el hombre nudoso llegó.

El protector llevaba algo en su mano. Sopló en la cosa, observando la cara de Luis. La música flotó en el aire, un sonido de viento a través del bosque.

La reacción de Luis debió de ser poco satisfactoria. El protector apartó el instrumento y examinó a Luis como lo hubiera hecho un médico primitivo, probando aquí y allí para ver si algo dolía. Luego dijo:

—No falta mucho.

Luis tuvo una idea.

—La cocina puede programarse para fabricar sangre.

— ¿Beberás tú primero?

—No, no lo haré. Yo no soy un vampiro. Además, el Inferior deberá reescribir el programa... No, espera, déjame probar algo.

En el muro de la cocina, Luis hizo presentar un teclado virtual para menús kzinti, todo marcado en los puntos y comas de la Lengua del Héroe. Luis conocía

bastantes palabras del idioma. Rebuscó entre ellas mientras el nudoso lo miraba. Carne de Wunderland... no. ¿Carne de Fafnir? No bajo ese nombre. Probemos Vida Marina. Aquí, bajo el nombre kzinti del planeta, Shasht. Carne, Bebidas. Demasiados ítems... Probemos: buscar «carne/bebidas». Cuatro ítems. Tres eran sopas, que compartían un ingrediente —shreem—. El cuarto ítem era Shreem.

Un aviso en color naranja: *Fuera de la ley en Shasht/Fafnir, Tierra, Jinx, Cinturón...*

Un bulbo cayó dentro del vano, lleno con un espeso líquido rojo.

El nudoso tomó el bulbo y sujetó la mandíbula de Luis antes de que él pudiera echarse atrás; sus dedos parecían de hierro.

—Bebe tú ahora —exigió.

Obediente, Luis abrió la boca. El protector le arrojó adentro un poco del fluido pastoso; el sabor no le resultaba familiar, pero el olor era inconfundible. De todas formas lo tragó.

El hombre nudoso bebió mientras lo observaba.

—Me sorprendes. ¿Porqué habrías de hacer sangre para mí?

Durante los últimos once años, Luis Wu había comido lo que podía atrapar, o lo que homínidos desconocidos le ofrecían por comida.

—Yo no soy un remilgado —dijo.

—Sí que lo eres.

En verdad, lo que había olido y tragado le había hecho sentir unas leves náuseas.

—He respetado nuestro contrato —le dijo—. Me impulsa a actuar en tu interés. Pero tú lo has violado. He juzgado que no era correcto para mí el beber sangre humana, y así te lo dije.

—No puedes juzgar con la mente embotada de barbitúricos, y éste es el caso. Ponte el traje de vacío y ven conmigo.

— ¿Traje de vacío? ¿Adónde vamos?

El protector no respondió.

Luis esbozó una sonrisa, y señaló hacia la pared trasera.

—El equipo de vacío, la naveta de aterrizaje, la esclusa de aire... todo lo que Chmee y yo podíamos necesitar está allí, en la zona de carga. No puedo llegar allí excepto mediante un disco pedestre. El Ser Último nos tenía prisioneros.

— ¿No tenías un contrato?

—No entonces.

—He aprendido cómo usar los discos. Ven aquí.

El nudoso tenía unas herramientas como de cerrajería hechas en madera dura. Se arrodilló cerca del disco y levantó uno de sus bordes.

*Fafnir es el nombre humano del planeta, no el kzinti (éste era Shasht, antes de que los humanos lo ocuparan). Por lo tanto, no lo hallaría así en el listado escrito en lengua Kzin. (*N. del Tr.*)

Luis no pudo seguir lo que estaba haciendo. Sus manos trabajaban demasiado rápido. Vio que el diagrama de los discos aparecía por un instante en el sector del Inferior, y titilaba. Luego el protector volvió el borde a su lugar, empujó a Luis sobre el disco y lo siguió.

Desaparecida la naveta, la cabina de carga era en su mayor parte espacio vacío. Había trajes de vacío para humanos, kzinti y titerotes. Las paredes transparentes de la escotilla mostraban un túnel que atravesaba miles de kilómetros cúbicos de magma, que no había sido usado desde la guerra con Teela Brown.

Luis lanzó una mirada hacia la panoplia de armas, pero no se acercó a ella. Retiró un traje de presión, abierto en el torso, brazos y piernas. No necesitaría el cinturón de herramientas esta vez. Comenzó a introducirse en él, pero se detuvo dando una boqueada de dolor.

Antes de que pudiera pedir ayuda, el protector estaba allí, auxiliando a su brazo a medio curar a introducirse en la manga y guante, y luego improvisándole un cabestrillo con la corbata que había sido el torniquete para Acólito. Cerró el traje, enroscó un casco en el aro del cuello e instaló el sistema de aire a su espalda. Luego esperó que el traje se adecuara, contrayéndose a la forma de Luis.

El hombre nudoso se puso a trastear con el disco grande, el de carga que había sido diseñado para liberar a la naveta. Luis comenzó con la lista de chequeo: cámara del casco ok, flujo de aire ok, reciclador ok, contenido de CO₂ y vapor de agua...

El protector lo empujó a través.

CAPÍTULO 20 – LA HISTORIA DE BRAM

CENTRO DE REPARACIONES, 2892

El mapa de Marte se alzaba a 70 kilómetros de altura sobre el Gran Océano: una proyección polar en escala real, con centro en el polo norte. Desde la parte inferior del Mundo Anillo no había señales del hueco que correspondería al mapa, porque la enorme torta estaba rellena.

Luis había visto enormes espacios dentro del mapa de Marte, pero nunca había estado en éste. Era gigantesco, y estaba a oscuras. Unas sillas esqueléticas aparecían en largas hileras, equipadas con teclados adosados. La pared elipsoidal era una pantalla de diez metros de altura. La única iluminación era la provista por la pantalla: una vista panorámica del cielo local.

No había planetas o asteroides en el sistema. Los Constructores del Mundo Anillo debían haberlos eliminado para prevenir colisiones, o utilizado como material de construcción. El borde del Arco —oscurecido por la noche— se veía pálido contra el fondo negro del cielo. Brillaban las estrellas por el amplificador de iluminación, y se veían cuatro pequeños círculos verdes.

—He hallado cuatro más —comentó el Ser Último.

Estaba frente a un panel repleto de luces, diales e interruptores, de diseño primitivo y torpe. De pronto, Luis reconoció dónde estaba: era el sistema que comandaba el campo magnético solar. Había visto el sitio en una proyección holográfica once años atrás, cuando el Inferior manipulaba la defensa antimeteorítica.

El aire aquí debía estar lleno de esporas del Árbol de la Vida.

El lugar estaba limpio excepto por...

Cruzando la amplitud del suelo, una forma se alzaba contra la oscuridad. Una sombra amenazante en su quietud: aparentemente humana, pero demasiado delgada y perfilada. Un esqueleto, montado en pose de ataque.

En las sombras detrás del esqueleto se veían equipos aparentemente desperdigados al azar. Luego echaré un vistazo, se dijo Luis.

—He de terminar el chequeo de mi equipo. ¿Me necesitan enseguida?

—No —dijo el nudoso—. Muéstrame, Inferior.

Nadie en su sano juicio hubiera obligado a un hombre a lanzarse al vacío sin que hubiera chequeado su traje de presión. Eso había sido criminal. ¿Habría chequeado el protector el listado completo de un sólo vistazo? ¿Estaba testeando su actitud? ¿Su equipamiento? ¿Su temperamento?

El Ser Último montaba en una de las plataformas de carga. La hizo subir un palmo ahora, para sumergir las cabezas en los controles superiores. La vista del cielo se acercó, concentrándose en una forma esferoidal de color naranja, marcada con puntos y comas. Una nave kzinti, probablemente de cientos de años de edad, mejorada con la adición de un hipermotor.

La vista giró, se movió y se expandió. La siguiente nave se veía grande: una extensa forma de palanca, con una burbuja en el extremo más cercano. Luis no pudo reconocer el tipo.

La vista giró, se movió y se expandió para mostrar un objeto gris y negro, parecido a una patata podrida vista a través de la niebla.

—Los Constructores del Anillo respetaron sólo los cometas más distantes. Quizá fueran demasiados para destruirlos a todos.

—Reservas de aire —dijo el hombre nudoso—. Para reemplazar el aire perdido por sobre los muros del Anillo.

—Sí. Ahora mira esto.

Un círculo verde brillante marcó un cráter en el protocometa. La vista se expandió, luego cambió a radar de profundidad. Aparecieron una serie de borrosas estructuras en el hielo debajo del cráter.

— ¿Qué especie construyó eso? —preguntó el protector.

—No puedo decirlo —respondió el titerote—. Los proyectos de minera siempre tienen ese aspecto, como las raíces de un vegetal. Pero aquí...

La vista mostró otra nave en forma de palanca, ahora de lado. Unas pequeñas naves de alas rechonchas, de forma familiar, estaban aparcadas a todo lo largo.

—Esas son naves de las Naciones Unidas, construidas por la especie de Luis.

Había terminado con el chequeo. El traje lo mantendría vivo por semanas, meses quizá.

—Muy bien. Permíteme —dijo el hombre nudoso.

Subió a otro plato, se elevó y comenzó a manipular los controles. Sus nudosas manos se movieron diestras allí donde los labios del titerote se habían mostrado inseguros. Una segunda pantalla se iluminó, con una vista opacada del sol.

Pasaron unos minutos. Luego una pequeña pluma de gas comenzó a crecer en la fotosfera, guiada por los campos magnéticos.

—Vais a matarlos a todos, por lo que veo —dijo Luis.

—Ésas son mis órdenes —dijo el titerote—. Han llegado como invasores.

—Lo mismo nosotros.

—Sí. ¿Te sientes bien?

Luis meneó su mano derecha.

—Estoy mejorando. Es una pérdida de tiempo de todas formas, si es que entraré en tu autodoc mágico. ¿Qué han estado haciendo?

—Hemos destruido seis naves de transporte y una flota de treinta y dos naves de desembarco. Eran las que estaban más cercanas al sol, y por lo tanto en posición más vulnerable. Estas otras están tan distantes que no podremos hacer más que molestarlas un poco. Me inclino a ignorar las instalaciones en el cometa; lo único

que conseguiremos será fundir algo de hielo. También encontré una nave de los Exteriores, aparcada en uno de los cometas más distantes.

— ¡Nej! Oye, protector, no estarás pensando dispararles a los Exteriores, ¿verdad?

—El Inferior me previno contra ello.

—Me alegro. Son muy frágiles, pero tienen tecnología que ni siquiera podemos describir. Respecto a eso, no querrán nada de lo que hayamos conseguido, y si algo les interesara, directamente lo comprarían. No vale la pena molestarlos.

— ¿Te agradan?

Esa era una pregunta algo sorprendente.

—Sí.

— ¿Qué supones que hacen aquí?

Luis se encogió de hombros dentro del traje.

—El cielo está lleno de planetas, pero sólo hay un Mundo Anillo. Los Exteriores son curiosos.

La pluma solar todavía estaba liberándose.

—Observa y juzga —dijo el nudoso al Inferior.

Dedos como cadenas de nueces danzaron sobre el panel. El titerote miraba, y dijo:

—Bien.

Todo se veía muy placentero y pausado. La pluma tomaría horas en formarse. El efecto láser supratérmico se propagaría por varios minutos antes de dejar atrás la pluma. Los blancos parecían estar a horas luz de distancia.

Pero Luis descartó la idea de una salvación de último momento.

No le debía nada a las Naciones Unidas o a la Brazo. Tampoco se sentía obligado a proteger a las naves kzinti. Desarmado y convaleciente, no era rival para un protector de cualquier especie. Sabía que había sido muy afortunado por haber conservado la vida, y ahora estaba fuera de la danza de poderes.

Su contrato no lo obligaba a rescatar a las presas del hombre nudoso. Y en verdad, habían llegado como invasores.

—Preparé también una estación monitora —decía el titerote—. Una de las mías. Los Conservacionistas nunca lo olvidarán.

—Me alegro. Hombre nudoso, pero en llamarte Drácula. Era el nombre del arquetipo de las historias de vampiros...

—Como te parezca.

—Pero resulta demasiado trillado. Tú eres un protector, un promotor de la raza de los vampiros. Te llamaré Bram. Ahora bien, ¿puedes decirme qué quieres de mí?

—Quiero lo que es mejor para mi especie. Los vampiros enfrentan tres amenazas, y cada una de ellas amenaza todo lo que hay bajo el Arco, incluyéndolos a ustedes.

El nudoso lo miró a la cara mientras le hablaba.

—Primero: si los vampiros nos volvemos demasiado numerosos, acabaremos con nuestras presas. Los homínidos inteligentes se verán impulsados a encontrar un medio de exterminarnos. Yo no quiero que ninguna de las especies de vampiros llame mucho la atención. Y tú no querrás que nuestro número crezca.

—Los cazavampiros, ¿los has enviado tú? No, eso es ridículo. Las víctimas eran de tu propia especie.

—No, Luis, no lo eran. Debe haber un centenar de especies distintas de vampiros a lo largo del Arco.

—Ah. ¿Dónde vive la tuya?

Bram no contestó a eso.

—Yo no formé la alianza contra el Nido de Sombras. Pero su solución fue elegante, ¿no crees?

—Sí.

—Segundo: estos invasores del espacio amenazan la misma estructura del Anillo. Luis asintió.

—Sí, un navío de guerra interestelar puede usar un impacto meteorítico como arma. Vigila los cometas que caigan.

—La tercera amenaza son los otros protectores, a causa de los posibles duelos.

— ¿Exactamente cuántos de ellos hay por aquí? —preguntó Luis.

—Tres o más están encargándose de reparar las instalaciones del Muro. Cada uno parece tener sus tareas, pero deben estar de acuerdo.

* Homenaje de Niven a Bram Stoker, escritor inglés del siglo XVIII, autor de *Drácula*.

— ¿Puedes decir de qué especies son?

—Es importante eso, ¿no lo crees? Quienes mandan deben ser vampiros. Los otros serán sirvientes tomados de las especies locales. Uno podría argumentar...

— ¿Cómo nej pudo pasar que el Anillo se viera infestado de protectores vampiro?

—Es una historia complicada. ¿Por qué habría de contártela?

El contrato de Luis cuidadosamente había evitado la obligación de revelar secretos; ahora eso valía para él y también para el Inferior. ¿Con qué argumento podía inducir a Bram a que revelara algo?

—Tú has hecho el reclamo. Decide primero lo que quieres, y si te lo podemos proporcionar. Luego has de decidir cuánto hemos de saber para hacerlo correctamente.

La mano del hombre nudoso danzó sobre el panel.

—Tú conservas tus secretos. ¿Porqué tendría yo que revelarte los míos? Estás obligado a obedecer independientemente de ello.

Probemos otra cosa.

—Has estado derribando naves. Muy bien, supón que una de ellas escapa a tu detección. No tienes modo de juzgar qué hará a continuación. Nosotros tres, Acólito, el Inferior y yo, somos los únicos alienígenas a tu alcance. Tú esperas observarnos y aprender de nosotros, para así extrapolar lo que los invasores pudieran hacer. Pero nosotros no reaccionamos como quien no está enterado de nada.

La pluma brillante se había comenzado a arquear naturalmente, pero ahora fue forzada a enderezarse y hacerse más estrecha.

— ¿Cómo anda eso, Inferior? —preguntó Bram.

—La prominencia está casi lista.

— ¿Quieres completar la maniobra?

— ¿He de disparar a los cuatro blancos?

—Olvida el cometa. Luis, ¿cómo actúas normalmente si sabes que estás siendo observado?

—Cuando alguien me observa, yo lo miro. Recuerda eso. Bram, ¿quién eres tú? ¿Cómo llegó un vampiro al Centro de Reparaciones?

—Simplemente busqué la entrada.

Luis esperó.

— ¿Has visto cómo se comportan los homínidos al beber el combustible que fabrica el Pueblo de la Máquina?

—Lo he comprobado en mí mismo.

—Yo nunca lo he hecho. Ahora, imagina que se te hubiera dado alcohol desde el principio, con la leche materna. Unas decenas de falans después, te despiertas sobrio por primera vez, sobrio y bullendo de energía y ambición.

»He nacido... fui «formado», hace dos mil setecientos falans. Había cadáveres todo a mi alrededor, decenas de los míos, muertos de días, y uno de forma extraña, lleno de nudos. Yo también era todo nudos, y ya no tenía sexo. Me sentía hambriento, con frío y herido por las luchas, pero podía resolver el mundo como si de un gran rompecabezas se tratara. Otros tres también despertaban, cambiados como yo.

— ¿Ustedes habían atrapado a un protector? Los vampiros no son tan inteligentes...

—Éste había cambiado luego de ser atrapado, luego de ser hecho un sirviente.

¿Hecho un sirviente por quién?, pensó Luis.

—Continúa.

—La Ciudad se ubicaba contra un acantilado vertical, apoyada en un gran pilote. Yo había nacido bajo su sombra. Estábamos siempre hambrientos. Una rampa trepaba el pilote hacia el olor de las presas, pero una malla de hierro nos golpeaba con electricidad cuando intentábamos trepar por la rampa o por el acantilado. Los transportes volaban desde y hacia la ciudad. La rampa no se usaba nunca. Luego de que nos convertimos en protectores, nos preguntamos por las razones de que nuestras vidas hubieran sido dirigidas de esa manera. Pienso que éramos una defensa contra...

—Eran los cocodrilos del foso —dijo Luis—. Cualquier invasor ~~debe~~ enfrentar primero a los vampiros antes de acceder a los guardias reales.

—Parece plausible —concedió Bram—. Hubo una hambruna cuando dejaron de llegar productos a la ciudad. Una guerra perdida, asuntos políticos, bandidos en la ruta, ¿quién podría decirlo? Lo único que supimos nosotros los vampiros fue que el flujo de desechos disminuyó hasta volverse un goteo, y lo mismo con el agua y los líquidos cloacales. Quienes se alimentaban de desechos se fueron a otra parte, y quienes sobrevivíamos en parte de la sangre de los carroñeros comenzamos a morir de inanición.

Unos días más tarde, la barrera de la rampa se abrió y unas grandes cajas bajaron. Intentamos abrirlas, para tomar la sangre que hubiera dentro de ellas, pero rodaron sobre nosotros. Un guerrero increíble danzaba sobre los vehículos y mataba a todo aquél que se le acercara, y luego de que los vehículos se hubieran ido, se quedó para matar a quien se animara a perseguirlos. No escuchaba nuestros ruegos...

— ¿Vuestros ruegos?

—Era inmune a nuestra esencia, e ignoraba nuestro lenguaje corporal. Eso nos enfureció. Nunca habíamos visto a un protector. Estábamos enojados y hambrientos, y éramos estúpidos. Lo derribamos al final, agrupándonos y extrayéndole toda la sangre que no había perdido en la batalla. De todas formas, estábamos aún suficientemente hambrientos como para beber de nuestros caídos. Luego caímos en un sueño como de muerte.

»Cuando me desperté, había cambiado. Y ahora *recordaba*, lo que era algo enteramente nuevo.

»Varios de nosotros probamos la sangre del protector ese día. Algunos caímos en el sueño. Sólo cuatro despertamos. Por su esencia, vi que uno de ellos era mi pareja favorita, y nos reconocimos.

— ¿Los vampiros son monógamos?

— ¿Cómo dices?

—Si mantienen una única pareja.

—No, Luis. Si un homínido no tiene esencia, es una presa. Yo bebía de su sangre hasta dejarlo vacío mientras rishaba. Su esencia debía marcar a una mujer de mi raza y permitirle estar a salvo. Pero estábamos famélicos, Luis. Ella y yo... Oye, ¿cómo podrías llamarla a ella?

Luis estaba sorprendido por el fervor con el que Bram contaba una historia para la que había tenido que insistir tanto. ¿Sería la primera vez que lo hacía?

—Bueno, tal vez... Anne^{*}.

—Anne y yo sentíamos el mismo deseo de mantener nuestras bocas cerradas mientras nos apareábamos. Por supuesto, ya nunca lo hicimos luego de cambiar, pero sabíamos que podíamos confiar el uno en el otro.

Un recuerdo tomó por sorpresa a Luis, y se estremeció. ¿Confiar en un vampiro?

Aquel vampiro que lo atacó doce años atrás le había parecido un ángel en celo, sobrenaturalmente deseable. Más tarde, al meter las manos en su abundante cabellera, encontró mucho cabello y poca capacidad craneana. No era posible para otro homínido juzgar lo que era realmente un vampiro del Anillo.

El Ser Último escuchaba la conversación. Una de sus cabezas estaba pendiente de Bram y Luis, mientras la otra trabajaba en el panel.

—Entiendo. Prosigue.

—Los cuatro fuimos de exploración junto a una decena de criadores, demasiado jóvenes para cambiar. Mi mente hacía mapas a medida que nos movíamos. Wedge City era un triángulo, con la base apoyada en un risco y el vértice libre apoyado sobre un pilar que arriba se ensanchaba para formar una torre. Tiramos abajo las puertas y rompimos las ventanas, pero los únicos homínidos que encontramos estaban en la torre. Cuando nuestros criadores habían comido y el hambre nos dejó tranquilos, seguimos un sendero

* Homenaje de Niven a Anne Rice, conocida escritora estadounidense de historias vampíricas.

de olor hacia un sitio mejor protegido, un lugar donde habían vivido dos protectores sobre

un depósito oculto lleno de raíces bulbosas y amarillas. ¿Conoces esas raíces?

—Árbol de la Vida.

—Comprendimos su naturaleza. Anne y yo descubrimos que la raíz era nuestra sangre ahora, y que nos veríamos en problemas sin ella. Entonces nos aliamos y matamos a los otros.

—Dime una cosa. Aquel primer protector...

—Estudié su cuerpo —dijo Bram—. Era más pequeño que yo. Su mandíbula era más grande, especializada en masticar las gruesas verduras que crecen en esa zona. Sus herramientas eran primitivas. Rescató criadores de su propia especie, luchó para cubrir su salida de la ciudad y murió en el trámite.

»Luis, la mayoría de la vida superior, tanto animales como homínidos, pueden sobrevivir sólo en forma muy localizada bajo el Arco. Imagina si tu especie estuviera restringida a algún paso del río, algún pequeño bosque, valle aislado, pantano o desierto. Si te vuelves un protector te haces más flexible, pero todo lo que aprecias sigue estando en un rincón pequeño. Pero un protector proveniente de una raza menos restringida puede destruirlo todo si no obedeces sus órdenes.

— ¿Encontraste algún signo de...?

—Sí, por supuesto. Había pistas por todos lados... Dos protectores moraban en la casa de las raíces. Uno era el sirviente del otro. Encontramos cuerpos, criadores de la especie del sirviente. El Amo, de unos ocho mil falans de edad, era de otra especie que desde entonces había cambiado o se había extinguido. Reconocí su olor luego, miles de falans después. La hambruna lo hizo alejarse de Wedge City; el sirviente se quedó para intentar rescatar a su propia especie.

— ¿Su sangre te ha hecho un protector?

—Evidentemente —reconoció Bram.

—El virus... el virus que origina el cambio genético está también presente en la sangre de los protectores...

Luis encontró tal cosa sorprendente. Bebiendo la sangre de un inmortal, ¡los vampiros se hacían inmortales!

Pero eso no lo distraía de estar a la merced de un protector vampiro.

La pluma solar alcanzaba ahora una longitud de decenas de millones de kilómetros. El Ser Último flotaba en su plataforma muy arriba, cerca del techo parabólico, con una de sus cabezas extendida para escuchar. Estaba demasiado lejos, pensó Luis, salvo que... ¿usaría un micrófono direccional?

— ¿Cómo llegaste al Centro de Reparaciones?

—Las raíces que rescatamos nos durarían un centenar de falans como mucho. Debíamos encontrar la fuente, o morir cuando se acabaran. Aprendimos a leer entre ambos. Los escritos en Wedge City nos guiaron hacia otras ciudades en las que había bibliotecas. Elegimos los climas fríos, para poder ocultarnos bajo las ropas; nos tomaron por visitantes de lejanas tierras. Pagamos los impuestos, compramos tierras y finalmente ganamos los privilegios de ciudadanía, lo que nos permitía el ingreso a la biblioteca del Pueblo del Delta.

»Allí averiguamos algo acerca de la Planta de Reparaciones bajo el mapa de Marte.

»Llegamos al Gran Océano, y lo cruzamos. Tuvimos que construir unos cilindros inflables para caminar por la superficie del mapa de Marte. Me gustan más tus trajes de presión. Afortunadamente, aún estábamos vivos cuando conseguimos descubrir la entrada.

— ¿Y no se mataron entre ustedes dos?

—No. Los vampiros no son conscientes, Luis Wu. Un protector vampiro comienza fresco, inteligente desde el nacimiento, sin preconceptos, viejas lealtades o promesas por cumplir. Si un homínido no puede elegir un protector de su propia especie, un vampiro ha de ser su mejor elección.

Habrías matado a todos los demás por la última raíz, pensó Luis, pero se cuidó muy bien de decirlo. No estaba seguro de si era verdad.

—Luego encontraste al Amo, me has dicho. ¿Has luchado con él?

—Hemos luchado por ver quién sería el mejor custodio para el Arco, y todo lo que hay debajo de él.

—Pero su historial era bueno ¿no crees? Especies completas deben haber evolucionado y desaparecido durante su tiempo, y aún así la civilización creció y floreció bajo su control hasta que...

—Pero vencimos nosotros, Anne y yo —Bram se volvió—. Inferior, cómo va eso? Luis miró hacia el esqueleto que se alzaba al borde de las tinieblas. Recordó haberse preguntado quién pudiera ser.

— ¿Cómo lo hallaron? Él tenía ocho mil falans de experiencia —cerca de un millón de rotaciones. Veinte mil años de la Tierra...—. Todo ese tiempo, y ahora recién llegabas tú.

—Él tuvo que venir aquí. ¿Inferior?

—He lanzado la defensa de meteoros contra tres blancos. No veremos resultados por un par de horas. Pasarán tres antes de que la instalación en el cometa pueda observarnos y reaccionar. Cualquiera de los otros tiene horas para moverse, pero ¿quién puede evadir un rayo de luz?

— ¿Tu opinión?

—Mi gente prefiere conseguir sus metas dando a los otros lo que desean —dijo el titerote.

—Luis Wu, reacciona.

—Has iniciado algo que no podrás detener —dijo Luis—. Has atacado a dos flotas de guerra, tres si contamos a la Flota de Mundos. Las estructuras políticas envejecen y mueren, Bram, pero la información ya no se pierde. Los métodos de almacenamiento son demasiado buenos. Alguien estará testeando el alcance de la defensa antimeteoros mientras existan los protones.

—Entonces el Arco necesitará un protector mientras existan los protones.

—Al menos uno. Los invasores no sólo querrán hacerse cargo del territorio. Investigarán y probarán y tal vez arruinen algo, como los Ingenieros de las Ciudades cuando quitaron los reactores de posición del Muro para dotar de motores a sus naves espaciales.

El hombre nudoso esperaba.

—Un vampiro a cargo debe ser un error —siguió Luis.

—Tienes un vampiro a cargo. Y luchar contra él sería un error mucho más costoso.

Cuando Luis prefirió callar —sumido en sus pensamientos—, Bram sacó algo de sus bolsillos. Era un instrumento de madera tallada, más grande que la flauta que había tocado antes. El sonido era más profundo y rico, acentuado por el tableteo que los dedos del protector hacían sobre el barril de la cosa. Reconfortante, a pesar de la irritación de Luis.

Esperó a que cesara la melodía y dijo:

—Necesitas una alerta de meteoros en el plano del Anillo. No sé cómo lo harás. La defensa contra meteoritos no puede disparar contra nada que esté oculto bajo el suelo del Anillo.

—Ven. Inferior, tú también —dijo Bram—. Volveremos más tarde, para ver si alguien se nos ha escapado.

La mano del nudoso se sentía como un manojo de grandes canicas, y su tironeo del brazo sano de Luis era irresistible. Se encontró caminando rápidamente a su lado. Miró atrás una vez, hacia los huesos en posición de ataque, antes de que Bram lo dirigiera al disco pedestre.

Salieron al espacio de carga de la Aguja.

El hombre nudoso auxilió a Luis a quitarse el traje —con cuidado para no lastimar su brazo convaleciente— y lo fue dando vuelta completamente, para no dejar caer esporas que hubieran podido haber quedado adheridas a la superficie. ¿Dónde estaba el Inferior?

Bram guió a Luis hacia el otro disco, y ambos pasaron hacia el sector de la tripulación. En ningún momento consideró Luis la posibilidad de resistirse; Bram era demasiado fuerte.

El protector se arrodilló frente a una pared vacía.

—El titerote manipuló aquí para invocar imágenes dentro de su propio sector. Veamos qué tan bien pude verlo.

Buscó sus pequeñas herramientas de madera y comenzó a trabajar.

Un diagrama apareció: el mapa de los discos pedestres.

Luego una vista de la Villa de los Tejedores.

El titerote apareció en la bodega, luego apareció en la cabina de la tripulación.

—Disculpen la demora —dijo.

— ¿Estuviste comprobando mi certeza? —dijo Bram—. Inferior, despierta al kzin ahora. Después quiero una mejor vista del lugar del Muro donde están trabajando los protectores. Envía tu sonda.

El Ser Último echó un vistazo a las lecturas del autodoc, tocó algo y se hizo hacia atrás cuando la cobertura se alzó.

El kzin se alzó en un solo y fluido movimiento, listo para enfrentar a un ejército.

El hombre nudoso ya estaba armado con la pistola y el cuchillo variable, aunque Luis no lo había visto moverse. Bram esperó a que Acólito se relajara, y luego preguntó:

—Acólito, ¿aceptarás unirme a mí en los términos del contrato redactado por Luis Wu?

El kzin se dio vuelta hacia Luis. Sus cicatrices habían desaparecido, y su mano lucía bien.

—Luis, ¿deberé hacer tal cosa?

Luis se tragó sus reservas y asintió.

—Acepto tu contrato.

—Sal del aparato.

Acólito lo hizo. Bram llevó a Luis hacia allí y lo ayudó a subir al autodoc.

El Ser Último estaba ocupado en algún otro sitio. Puntos de colores codificados y arcos iris giraban y cambiaban en la cabina del capitán, respondiendo a la música del titerote. De repente, un silbido discordante.

— ¡La sonda!

—Habla —dijo Bram.

— ¡Mirad! ¡El disco pedestre ya no está montado en la sonda! Un momento... —el titerote besó la pared de luces. La vista de la sonda sumergida cambió a la de la cámara sobre el acantilado—. ¡Allí!

El dispositivo de teleportación que había estado montado en un flanco de la sonda yacía ahora de plano al lado de la Casa del Concejo.

—Nadie intentó ocultarlo —dijo Luis—. ¿Está el disco pequeño detrás del filtro de deuterio aún?

El Ser Último lo chequeó.

—Sí.

—Es muy adulator. Alguien me quiere de regreso.

— ¡Ladrones!

—Sí, pero olvídate de ellos. Es mejor que hagas regresar la sonda aquí y le instales otro disco. Acólito, el Inferior te leerá el contrato que has aceptado. No lastimes a ninguna de estas personas. Despiértame cuando el autodoc haya terminado conmigo. La cocina está preparada para alimentar a un kzin, y Bram también podrá usarla. ¿Estarán todos bien?

—Sí.

—De acuerdo.

Sin mayor vacilación, Luis se recostó dentro del ataúd con forma de sarcófago. La cubierta se cerró sobre él.

CAPÍTULO 21 – LECCIONES DE FÍSICA

ESTACIÓN DE ABORDAJE DEL TRINEO AÉREO, 2893

Lo vieron días por delante: una línea negra contra el más distante y vasto Muro de estribor.

Ya más cerca, la línea se transformó en una enorme silueta artificial elevándose sobre el desierto: una enhiesta plataforma con bultos aglomeradas hacia el centro.

Más cerca aún, los Rojos pudieron ver luz de día bajo algunas partes de la elevación. Para entonces, Warvia lo supo: era la meta de los Amos de la Noche, y el cementerio de la Gente de la Arena.

Atravesaban una tierra yerma. La arena no era buena para el motor. Habían pasado varios días con poco alimento hasta que se cruzaron con los de la Arena.

El Pueblo de la Arena vestía túnicas de colores pastel. Unas pequeñas y compactas bestias conducían sus carros en grupos de doce, y servían como animales de carne, también. ¡Carnívoros! Los Rojos y los de la Máquina se regocijaron.

Hicieron presentes —telas de las que rescataron del Nido de Sombras— y los de la Arena sacrificaron a dos de sus bestias para hacer un festín. Las distintas especies compartieron conocimientos e historias lo mejor que pudieron. Sólo Karker hablaba el lenguaje del Comercio lo suficientemente bien como para entenderlo, y todo tuvo que ser traducido.

El rishathra no requiere traducción, sólo gestos. Sin sus prendas, La Gente de la Arena mostraron ser pequeños y compactos. De la altura de los Recolectores, pero con amplios torsos y esmirriados brazos y piernas.

Arpista y Travesera permanecieron en la cabina de carga.

El crucero siguió su camino a mitad del amanecer.

Warvia estaba preocupada e incómoda, porque sabía que los Chacales que viajaban bajo su banco de conducción estaban famélicos. Pero su meta estaba a la vista.

Arribaron en una tarde brillante.

Una antigua carretera medio cubierta de arena llegaba hasta el centro del conglomerado. Tres brazos se abrían desde la sección central a ciento veinte grados uno del otro. Eran plataformas en forma de cuña, que flotaban sin soporte alguno.

La sección central era un bosque de postes de amarre, rieles de metal, poleas y cuerdas. Los edificios cubiertos sobre la estructura parecían agregados luego. Estaban vacíos y gastados por el tiempo y el roce de las tormentas de arena: depósitos, un salón de banquetes, una hostería. En el eje del conjunto había un profundo pozo con agua limpia en el fondo.

En uno de los amplios patios entre los edificios, la Gente de la Arena había depositado sus muertos. Parecía como si lo hubieran estado haciendo por generaciones. Había centenares de esqueletos. Los de una doble pila cerca del pozo central eran más momias que huesos. Unos pocos eran más recientes aún.

—Tal como dijo Karker —comentó Sabarokaresh—. Warvia, ¿te dijo algo Karker de...?

—Me dijo cómo encontrar una «ciudad» de aulladores. La Gente de la Arena no come aulladores, pero les dije que nosotros sí lo hacíamos.

— ¿Estabas especulando?

—Bien, ¿qué otra cosa queda? Antigiro del cementerio...

Warvia se movió hacia antigiro, y luego miró otra vez. A unos treinta pasos, las suaves dunas se transformaban en una confusión de montículos. Se veía como una ciudad en miniatura algo derruida.

—No molestaremos a los Amos de la Noche —decidió Sabarokaresh—. Dejémosles que despierten y sigan a sus narices.

Estacionaron el carromato en una loma al lado del cementerio —no demasiado cerca de los cadáveres— y fueron a ver el nido de aulladores.

No era la cosa más extraña que había visto Warvia, pero era bien curiosa.

En medio de la planicie vacía había cientos de montículos de forma casi cúbica. Se veían como una aldea a medio derretir, construida por gentes de un pie de altura. Cada montículo tenía una puerta, que miraba hacia el centro de la «ciudad».

Cuando los cazavampiros comenzaron a caminar entre los montículos, un ejército salió por los agujeros y ocupó puestos de ataque.

Los aulladores eran del tamaño de la comida de un día, calculó Warvia. Sus caras eran rudas. Salieron en cuatro patas, y luego se alzaron en dos, mostrando largas uñas en las delanteras —aptas más para excavar que para pelear —, y comenzaron a gritar. El sonido lastimó los oídos de la Roja.

—Palos —sugirió Foranayeedli.

Tegger negó con la cabeza.

—Si nos metemos entre ellos y comenzamos a apalearlos, terminaremos superados en número. Había un bosque de cuerdas allí donde dejamos el cruce. ¿No vieron alguna red?

La guardia tomó lugar nuevamente para defender la ciudad. Barok y Tegger arrojaron la red. Era de tejido tosco y fuerte, pensada para elevar carga. La mayoría de los aulladores se arrastró fuera de la red y atacó. Los Rojos y los de la Máquina corrieron entonces, arrastrando la red detrás de ellos, y luego hicieron una pausa para cerrarla bien e impedir que se escabulleran los que habían atrapado. Los otros aulladores se detuvieron, aullaron hacia los invasores, y luego retornaron a sus puestos.

Cuatro de los grandes quedaron en la red.

Los Rojos comieron, y la Gente de la Máquina coció su parte antes de que la sombra cruzara la mitad del sol. Los Nocturnos salieron, miraron hacia ellos, y luego siguieron a sus narices. Warvia y Tegger se metieron en la cabina para dormir.

—Momificados, la mayoría —comentaba Arpista durante el medio ama necer—. Demasiado aún para llevar una parte como ración de emergencia. La mayoría de ellos murieron de viejos. La Gente de la Arena parece llevar una vida buena y saludable. No importa, encontramos un...

—... un Pastor —terminó Travesera por él—. Muerto por sus propias bestias, quizá. Nosotros muy raramente pasamos hambre.

—Me alegro —dijo Warvia.

El sol fue pronto demasiado brillante para los Amos de la Noche. Se sentaron bajo el toldo mientras los otros esperaban que llegara la mañana para calentarse un poco.

—Les preguntamos a los de la Arena por este sitio —comentó Foranayeedli a los Chacales—. Ellos crecieron a su sombra, pero no saben nada de él excepto que es su lugar de reposo final.

—Es mucho más que eso —dijo Arpista—. Lo que hemos de hacer ahora es montar el crucero y amarrar todo bien. Necesitaremos comida por cinco días para cada uno de ustedes cuatro...

—Nos quedaremos aquí —dijo Sabarokaresh.

Warvia y Tegger ya suponían que eso iba a pasar.

—Les agradecemos por haberse quedado durante tanto tiempo. Debemos haber sido todo un espectáculo, Pastores Rojos conduciendo un crucero del Pueblo de la Máquina. ¿Han cambiado vuestros planes?

—Volveremos hacia babor a nuestro propio paso. Compraremos nuestro pasaje con historias y conocimientos. Enseñaremos a fabricar alcohol a las tribus que encontremos —Barok oprimió el brazo de su hija—. Cuando finalmente lleguemos a Ciudad Central, tendremos suficiente en recompensas para dotar a Forn apropiadamente.

—Muchas gracias también por vuestras lecciones —dijo cuidadosamente Tegger.

La chica lo favoreció con una sonrisa lasciva.

—Fue sencillo enseñaros —ella echó un vistazo a su padre—. Oh, hay algunas cosas que nunca hablamos sobre...

—El cortejo —dijo Barok.

—Sí. Recuerden cómo cortejar —dijo Foranayeedli—. La mayoría de los homínidos tienen rituales de cortejo. No intenten adivinar cómo son. Manténganse en lo suyo. Ustedes estarán cómodos, y los demás entretenidos. ¿Recuerdan cómo cortejar?

—Un poco —respondió Warvia.

—Entre nosotros el cortejo es breve —admitió Tegger—, y siempre negociamos primero. Supongo que los otros homínidos nos consideran huraños o fríos.

—Hum. Sí.

—El tiempo se acaba —dijo Travesera—. Debemos montar el crucero. Barok, Forn, ¿nos ayudaréis antes de marcharos?

—Claro que sí. Hemos encontrado caza, también. ¿Qué necesitáis?

—El crucero debe apoyarse firmemente en el vehículo que está al final de la plataforma de estribor.

— ¿Eso es un vehículo?

Era una de las tres plataformas flotantes. Tegger podría haberla tomado por una pista de danzas cubierta, un área de torneos o un campo de tiro... El techo era transparente y el piso plano, unas cinco veces mayor que el crucero. Unos aros macizos de aluminio, tan gruesos como su torso, estaban insertos en el piso.

Centraron el crucero en la plataforma, y los Chacales supervisaron desde debajo del toldo mientras los demás aseguraban con cuerdas el crucero a los aros, pasándolas por debajo y alrededor de la cabina. Usaron poleas para tensar las ataduras, hasta que pareció no haber fuerza debajo del Arco que pudiera hacer mover al crucero.

A mediodía el trabajo había terminado. Barok y Forn comenzaron a mostrarse ansiosos por seguir su propia travesía.

—Necesitaréis comida —dijo Tegger—. ¿Qué os parece si ahumamos algunos aulladores?

—De acuerdo. Y he visto algo que ayudará —dijo Barok.

Los guió hasta su hallazgo: una bandeja poco profunda, de tres alturas de hombre por dos, con cuerdas sujetas a través de unos agujeros en las esquinas. La alzó sin esfuerzo aparente.

Warvia sonrió.

— ¡Excelente! Será un remolque perfecto.

—Así es. Pero primero...

La guardia de aulladores emergió y formó cuadros.

Primero la red. Capturados unos cuantos, enroscaron el extremo y la dejaron a un costado.

Luego los cuatro enterraron uno de los bordes de la bandeja en la arena floja alrededor de la ciudad y empujaron y la movieron hasta que quedó enterrada. Cuando tiraron de las cuerdas, las esquinas emergieron. Ahora tenían una parte de la ciudad sobre la bandeja, y comenzaron a moverla.

La guardia había estado aullando y observando, pero lo que sucedía ahora los enloqueció. Un enjambre de ellos comenzó a cavar dentro de la sección que había quedado sobre la bandeja, frenéticos por no dejarla escapar. El resto formó un semicírculo y aulló.

Arrastrarla requirió la fuerza de los cuatro, pero sólo tuvieron que llevarla treinta pasos hasta la entrada del cementerio, donde con cuerdas y poleas la colgaron de unas guías elevadas, y la llevaron empujando el resto del camino. La descargaron detrás del cruce, deslizando luego la bandeja fuera del montón de arena.

Cuatro aulladores que bramaban en la red fueron sacados uno por uno, muertos, limpiados y ahumados luego sobre un fuego de madera que Barok rescató de un edificio derrumbado. Los de la Máquina bebieron del agua del pozo mientras trabajaban, tanta agua como pudieron cargar en sus estómagos. Luego se fueron antes del medio ocaso.

Los Chacales hablaron a los Rojos mientras inspeccionaban las amarras.

—Realmente pensamos que vosotros también debíais dejarnos seguir viaje solos desde ahora.

Arpista hablaba mirando a lo lejos, hacia babor, donde Foranayeedli y Sabarokaresh sólo eran ya delgadas manchas en la lejanía.

La Gente de la Arena les había trazado un mapa para que su camino cruzara el de otras tribus. Viajando de noche, los de la Máquina podrían saltar de un campamento de tiendas al otro, hasta que llegaran a las pasturas.

Y ¿dónde estarían ellos entonces?, se preguntó Warvia.

—Los Pastores Rojos solemos recorrer grandes distancias —explicó—. Veinte días de marcha no es nada. Allí donde nos asentáramos, los rumores y las dudas nos asaltarán. No somos buenos para mentir, Arpista. Habremos de ir más lejos cada vez. Mejor evitar las preguntas.

—En los últimos veinte días —agregó Tegger—, hemos celebrado ris hathra con Gente de la máquina, Granjeros de las Tierras Secas y Gente de la Arena...

Warvia recordó que su propia experiencia iba más lejos todavía. Nadie había sacado eso a la luz, ni siquiera Arpista, pero éste exclamó ahora:

— ¡Pero no con Tragapastos o Carroñeros! Haces distingos...

Warvia cerró los ojos. Haría rishathra, pero no con un Chacal, y creía que Tegger tampoco.

—Pero lo hemos hecho ~~un~~ sin el embrujo de la esencia de vampir ~~idijo~~ Tegger—. Permanece en nosotros... en mí, un grado de excitación...

—En nosotros —dijo firmemente la Roja—. Somos pareja, pero ~~no~~ para nosotros solos. No dudo que podamos volver a nuestras costumbres...

—Pero para ello, debemos alejarnos del sitio donde hubo rumores de que una pareja de Rojos risharon con todo el mundo en su camino, ¿comprendéis? Estamos cerca de abandonar la zona del Imperio de la Máquina. Sólo un poco más lejos...

—Cinco días habéis dicho vosotros —dijo Warvia—. ¿Cómo se hace mover a esta cosa?

Los Amos de la Noche estaban ocupados cerrando la parte trasera del gran dosel de cristal. Warvia comenzó a sentir claustrofobia. La desazonaba el hecho de que ni Tegger ni ella conocían nada del sitio al que iban.

Pensó que no iba a tener respuesta, pero Arpista dijo:

—Se hace así.

Y jaló con ambos brazos de una palanca, con un fuerte tirón. La plataforma se desprendió del muelle.

El movimiento era difícil de ver, pero la plataforma estaba claramente a la deriva.

— ¿Qué tan lejos iremos? —preguntó Tegger.

—Oh, mucho más lejos que los rumores de los que estáis huyendo —sonrió Arpista.

Travesera controló los obenques que sujetaban el frente del crucero.

— ¿Aquí trabajó Barok? Lo ha hecho realmente bien... Tegger, Warvia, estamos yendo hasta el Muro del Arco. Podemos dejaros en la próxima parada, si deseáis, o podéis venir con nosotros y luego regresar.

Tegger rió de pura incredulidad.

— ¡Estaréis muertos de viejos antes de alcanzar el Muro!

—En la próxima parada, entonces —dijo Arpista, serenamente.

Travesera le habló en su susurrante idioma con enfado; Arpista rió y la calmó, mientras les decía a los Rojos:

—Travesera quiere que vengáis con nosotros; piensa que es bueno viajar con quien puede recibir la luz del día en plena cara.

—Sólo queremos alejarnos de la turba de la Máquina —dijo Tegger.

—Dejadnos cuando queráis, pero pensadlo bien: la tarea que hemos emprendido es muy seria. Vamos hasta la cima de las montañas derramadas, y aún más allá. Ningún Pastor Rojo ha concretado hazaña parecida hasta ahora. Tendréis tanto para contar una vez os hayáis establecido, que ya nunca recordaréis hablar de rishathra.

El desierto se deslizaba perezosamente hacia atrás.

— ¿Qué es este vehículo? —preguntó Warvia.

—Es algo de los Ingenieros. Sólo había oído hablar de ellos. Nadie entre los Amos de la Noche debe usar un trineo aéreo a menos de que la necesidad sea grave, pero tenemos permiso y órdenes.

— ¿Qué tan rápido se mueve?

El paisaje se movía ahora más velozmente; el muelle era ya una mancha negra a popa. Un sonido comenzó a elevarse, como el viento escuchado a través de un muro de piedra.

—Muy rápido. Llegaremos al pie de las montañas derramadas en cinco días.

—No puede ser.

—Así me fue referido. Pero la primera parada será a tres días de aquí.

— Estoy asustada... — ver el mundo pasar como una bala ~~hablo~~ menzado a lastimar los ojos de Warvia.

—Warvia, hay cables de energía bajo la tierra. Están dispuestos en rejilla, como un panal, y los Ingenieros los usaban para mover y elevar cosas. Sólo podemos detenernos allí donde las líneas se juntan.

—Dentro de tres días —repitió Travesera.

Lejos en el desierto, una caravana de homínidos y bestias apareció y se desvaneció tan rápidamente, que Warvia no pudo identificar las especies. El trineo aéreo seguía acelerando.

La cabina de carga olía a Chacal, y hacía leves ruidos. Warvia se arrellano contra Tegger en la oscuridad y no habló de lo que estaba sucediendo afuera. Se aparearon con una intensidad reforzada por el miedo, y durante ese rato Warvia pudo olvidar dónde estaba. Pero luego volvió el silbido del aire desplazado, y agradeció la voz de Tegger que lo ocultó.

— ¿Cómo fue Karker?

—Fuerte. Extraño al abrazarlo; de extrañas formas.

— ¿Ahí abajo...?

—No, no *ahí*. Su cuerpo es ancho, hombros, vientre, caderas. Creo que todos los hombres son iguales *ahí*. Y él estaba urgido de hablar, de probar su entrenamiento en la lengua de los comerciantes.

— ¿Sólo hablaron?

Warvia se rió.

—Rishamos, por supuesto. Y fue su primera vez. Imagínalo, Tegger: ¡yo he sido su maestra!

— ¿Le has comentado...?

—Por supuesto. La única Roja que jamás hizo rishathra, y era suya por esa noche. Estaba en las nubes. ¿Con quién has rishado?

—Con Hen... no, Hanshirv. Sí, ése era su nombre. Ella era la más alta de todos, casi de mi altura —Warvia rió ante ello, y él prosiguió—. Es la viuda del anterior líder, aunque tendrá mi edad. Por supuesto, no hablamos. Intentamos rishar en la oscuridad, pero no podíamos hacernos gestos, por lo que salimos y lo hicimos a la luz del Arco.

—Me pregunto si los Nocturnos estarían mirando...

—Yo me lo pregunté, también —dijo Tegger.

Y el silbido de la extraña velocidad entraba por sus oídos y penetraba hasta las almas.

Cada uno intentó dormir, pero cuando se dieron cuenta que el otro tampoco podía hacerlo, volvieron a amarse. E intentaron dormir luego. Cuando la juntura de la poterna comenzó a brillar, Warvia preguntó:

— ¿Tienes hambre?

—Sí. ¿Vas a salir?

—No.

La poterna se abrió a mitad del amanecer. Los Chacales se introdujeron y cerraron.

—Nos estamos moviendo bien —dijo Arpista, y había alivio y fatiga en su voz—. ¿Estáis bien vosotros?

—Estamos asustados —dijo Warvia.

— ¿No debería alguien guiar esto? —preguntó Tegger.

—El trineo aéreo corre sobre líneas trazadas en el scrith. No podemos perdernos.

—Si el vehículo elige mal el camino, nos mataremos tan instantáneamente que no nos daremos cuenta siquiera...

—Os acostumbraréis a ello.

— ¿Cómo estás tan seguro?

Arpista gruñó. Travesera dijo:

—Vamos a dormir.

Desde que hubieron dejado a los vampiros atrás, los Amos de la Noche habían dormido en la cabina de carga. El olor era fuerte. Warvia se abrazó a su compañero e intentó no sentir el tufo a corrupción, o su hambre, o la vibración de los metales a su alrededor.

Se desenroscó y se alzó.

—Voy a cazar algo para comer. ¿Quieres que te traiga algo?

—Sí.

Habían dejado muy atrás las nubes eternas. El día era deslumbrador. La tierra fluía hacia atrás, llevándose con ella la mirada de Warvia. Bajó del crucero y cruzó la arena apilada, manteniendo la mirada por delante de sus pies.

No apareció ningún aullador.

Encontró uno de los agujeros y comenzó a golpear sus bordes con una varilla. Un gordo aullador salió y le gritó; ella lo atrapó, le rompió el cuello y comió con voracidad.

No podía evitar que sus ojos se fueran. La tierra se había convertido en un amplio bosque. Los vértices de los enormes árboles quedaban muy por debajo del nivel de vuelo, convergiendo y desapareciendo por detrás del trineo. La velocidad la mareaba, haciéndole perder el equilibrio.

Se obligó a circundar el suelo enarenado y aproximarse a otro agujero. Cuando un defensor apareció para protestar por su llamada, lo atrapó y lo envolvió en su falda.

Subía a la plataforma cuando escuchó que alguien decía su nombre.

El aullador cayó, y corrió libre hacia la arena. Warvia saltó hacia atrás, y al caer ya había desnudado su espada. Ésa no era la voz de Tegger, y los Chacales estaban dormidos.

La cubierta estaba vacía. Quien hubiera hablado debía estar a bordo del crucero.

¿O debajo de él? El espacio inferior estaba oscuro. Warvia se separó del crucero, buscando la mejor posición para echar un vistazo. ¿Acaso lo había imaginado?

—Muéstrate —dijo en voz alta.

—Warvia, no me atrevería. Soy Murmullo.

—¿Murmullo? Tegger dijo que eras un alma en pena. Pensó que te había imaginado.

—No volveré a hablar con Tegger —dijo la voz—. Y espero que no hables de mí con ninguno de ellos. Puedo ser asesinado, y el mismo Arco podría caer si no se sabe de mí.

—Hum. Mi pareja ya había dicho que guardabas secretos. ¿Porqué me hablas a mí?

—¿Podemos conversar un rato?

—Pronto deberé entrar.

—Lo sé. Warvia, estamos navegando justo por debajo de la velocidad del sonido. Esto, aunque parece muy rápido, no lo es. Cuando un objeto cae al mundo desde afuera, se mueve trescientas veces más rápido, con una energía noventa mil veces mayor.

—¿De veras? —el pensamiento le resultaba aplastante, pero ¿porqué? ¿Acaso pensaba que la velocidad del sonido era instantánea?

—La luz viaja mucho más rápido que el sonido —dijo la voz—. Lo has visto por ti misma: primero llega el relámpago, y luego el trueno.

No se le hubiera ocurrido a Warvia dudar de la palabra de un alma en pena. Cualquiera que hablara de tales cosas debía saber bien lo que decía.

—¿Porqué no ir más rápido que el sonido? ¿No nos podríamos oír unos a otros, tal vez?

—Ésta es la velocidad del sonido en el aire, Warvia. Si el aire viaja con nosotros, el sonido en ese aire viaja con nosotros, también.

—Oh. Entiendo.

—El trineo de aire está haciendo lo que el universo dice que debe hacer. Puede ir a sólo un lugar, y cuando llegue se posará ligero como una pluma.

—¿Porqué me lo dices a mí? —volvió a preguntar ella.

—Cuando sabes lo que está pasando, ya no tienes miedo. Por supuesto que hay excepciones, pero el trineo aéreo no está entre ellas. Vuela en una especie de pasillo invisible, una línea de campo magnético. No puede salirse de ruta.

— ¿Una línea de...?

—Debo enseñarte acerca del magnetismo, la gravedad y la inercia. La inercia es la fuerza que te mantiene apoyada en el suelo del anillo que llamamos Arco, de modo que la gravedad no te haga caer hacia el sol.

— ¿Es verdad, entonces, lo que los Amos de la Noche dicen? ¿El Arco es un anillo?

—Sí. La gravedad es una fuerza que tú no conoces, y de la cual es difícil que te des cuenta, pero mantiene el sol unido y le permite brillar. El magnetismo permite que la capa externa del sol pueda ser manipulada, para defender al mismo Arco contra las cosas que caen desde afuera. Te enseñaré más cosas, si vuelves luego durante el día.

— ¿Porqué lo haces?

—Tú y Tegger estáis asustados. Si entendéis lo que sucede, el miedo desaparecerá. Si tú vences tu temor, Tegger también lo hará. Y no te volverás loca.

—Tegger... —dijo ella, y miró a su alrededor—. Ha de estar desfalleciendo.

No pudo encontrar al aullador que había dejado caer. Volvió hacia la arena, manteniendo sus ojos fijos en el suelo. Cerca de la velocidad del sonido... ¿Cuánto sería eso, medido en días de marcha?

Un aullador respondió a su molestia, y ella lo embolsó. Trepó a la cabina sin que esta vez la detuviera ninguna voz.

CAPÍTULO 22 – LA RED

LA AGUJA CANDENTE DE LA CUESTIÓN, 2893

...Maldito ataúd.

Luis intentó empujar la cubierta desde adentro, porque tardaba mucho en moverse. Encogió sus rodillas para apoyar los pies en la cubierta y empujó, deslizándose afuera cuando ya estaba abierta lo suficiente. Golpeó el piso, rodó y se alzó en cuclillas.

No era un ataúd, recordó, pero su adrenalina estaba bullendo, una buena razón para ponerse en movimiento. ¿Qué habría sucedido mientras estuvo guardado?

Su tobillo punzaba; había pateado algo... Lo ignoró.

La cosa extraña de su despertar era la forma en que se sentía.

En sus lejanos veinte años, él y una docena de amigos habían seguido un programa de adoctrinamiento en artes marciales. Unos pocos se retiraron cuando la computadora les obligó a pegarse en la cara unos a otros. Luis continuó por diez meses. Luego todo se echó a perder, y pasaron doscientos años, y...

No se sentía como si saliera de cirugía. Se sentía como un luchador de yogatsu en el entretiempo de un match que estaba ganando. Absolutamente cargado, bullendo de adrenalina y energía.

— ¡Bien, tráiganlos ahora!

Dio vueltas en derredor. Sentía las manos desnudas.

Sobre el muro delantero, se veía un terreno rocoso pasar por debajo de la nave, demasiado rápido para captar detalles. La Aguja debía de estar moviéndose a varias veces la velocidad del sonido, a nivel del terreno, o casi. Se veía a través de la cabina del capitán...

Era sólo una maldita imagen. Ninguna de esas grandes rocas lo impactaría para dejarlo como gelatina. Las paredes de basalto seguían a derecha e izquierda, y el compartimiento de carga yacía debajo de él, en silencio e inmovilidad.

Lo que había pateado era un bloque de piedra, ubicado en la esquina delantera estribor del área de la tripulación. Nunca lo había visto antes. Se veía completamente inerte e inofensivo: un cubo de granito rugoso de la altura de su tobillo.

Estaba solo.

Luis entendió entonces porqué Bram había retirado a Acólito en medio del coma inducido, para ponerlo a él en el autodoc. Caminando solo, el kzin hubiera puesto trampas y barricadas, o forzado el guardarropa o la cocina para conseguir armas. Pero no comprendió porqué lo había dejado despertar solo a él.

¿Qué tan rápido aprendería un protector? Bram había observado a Luis por... hum, unos tres días, si es que había captado la cámara de la villa de los Tejedores. ¿Podría conocerlo ya hasta tal punto que confiara en él?

No, seguramente no. Entonces... el Ser Último habría preparado el autodoc para que se abriera apenas terminara el tratamiento.

Ahora, ¿qué intentaba decirle el Inferior? ¿Habría descifrado el protector el mensaje que dejó?

La vista en holograma seguía pasando. Un extenso bosque de lo que parecían pinos había reemplazado a las rocas. Directamente al frente, se veían a gran distancia montañas y una capa nubosa.

El Ser Último podía ocultar lo que quisiera de la cabina del capitán, y su tripulación podría estar incluso aislada de él, sin ver otra cosa que el holograma. Quizá ése fuera el punto.

El borde inferior de la imagen mostraba madera oscura: el frente de un crucero a alcohol del Pueblo de la Máquina. Debajo y por delante de él, un borde curvo de algún metal o plástico brillaba, reflejando la luz solar.

El crucero en que los Chacales habían cargado la cámara estaba subido ahora en algún vehículo que volaba.

Bloques de rocas se proyectaban entre franjas de bosque. El vehículo no debía volar a más de sesenta metros de altura, a velocidad subsónica, pero no por mucho.

¿Qué tipo de homínidos podría soportar sin temor tal velocidad? La mayoría de ellos simplemente moriría si se alejaran de su ecología local. Una carrera como esa simplemente les haría detener el corazón.

¿Qué se supone que tendría que hacer con esa información?

¿Cuánto tiempo le quedaba antes de que Bram viniera a por él?

Atrapado en una caja del tamaño de un bungalow enterrada bajo kilómetros cúbicos de lava, no se sentía cómodo como agente libre. Los discos de transporte lo sacarían de allí, pero sólo lo llevarían adonde su amo lo esperaba.

Luis se dio cuenta de que estaba reaccionando en lugar de actuar, como un buen perro intentando adivinar el deseo de su dueño. Estaba pleno de nuevos bríos, y no podía hacer nada.

Sentémonos, se dijo a sí mismo. Distráete un poco, relájate. ¿Tienes hambre?

El menú de la cocina estaba en funcionamiento. Mostraba caracteres kzinti y una imagen: algún tipo de animal marino. ¡Sashimi alienígena! Mejor no.

Luis cambió a Humano, Sol, Tierra, *français, pain perdu*, agregó café *au lait*, y lo llamó desayuno. Y mientras esperaba...

Hum... Usar el disco pedestre le haría perder sus opciones.

Examinémoslo.

Levantó el borde, tal como vio que hizo Bram.

En la pantalla, la fuga del paisaje cambió por una abstracción: el diagrama de la red de discos pedestres.

Había algunos agregados. Varias redes se habían unido en una. El acceso a la cabina del capitán seguía vedado, y lo mismo algunos otros de los pares. El Inferior incluso había dejado de lado algunas de sus medidas de seguridad en orden a facilitar algunos traslados; Bram debió de haberlo obligado.

El diagrama refería las distancias en escala logarítmica. Cerca de la Aguja, el detalle era fino como para discriminar entre los pasajes del cuarto de la tripulación y el compartimiento de carga. Había puntos de transferencia todo a través del Centro de Reparaciones. Encontró el disco en la Villa de los Tejedores, a casi ochocientos mil kilómetros. Otro estaba lejos a estribor de la aguja: tal vez en el Muro, a millón y medio de kilómetros. El más alejado debía estar a un tercio de camino del Arco, a cientos de millones.

Las líneas brillantes debían indicar conexiones que actualmente estaban abiertas. Si estaba leyendo bien el diagrama..., el circuito estaba abierto entre el disco de la habitación en que estaba y el compartimiento de carga, y de allí al disco más alejado, cerca del Gran Océano. Bram debía de estar explorando.

¿Se habría llevado al Inferior? ¿O estaría éste en su cabina, detrás del holograma?

Saber eso, pensó Luis, le informaría cuánto confiaba Bram en el Ser Último por estas fechas. En su cabina, el Inferior sería casi invulnerable, con un casco de Productos Generales entre él y el enemigo. Lejos de sus elementos de acicalado, se sentiría desaliñado e incómodo.

Ding.

Tostadas de pan francés, con jarabe de arce. El café, con una espumosa leche hervida, apareció un momento más tarde. Comió rápidamente.

Luego probó usar el tenedor de plástico en los controles del disco pedestre.

Los dientes se doblaron y rompieron.

Marcó en la cocina Tierra, Japón, sashimi variado.

El hashi parecía de madera. Probablemente hasta tendría vetas. Rompió uno de los palillos a lo largo de la veta para obtener una punta, y comenzó a mover todo lo que se pudiera mover en el disco.

Las líneas brillantes se opacaban y otras se ponían brillantes, a medida que los acoplamientos se abrían y cerraban.

Un control deslizante apagó todo. Volviéndolo atrás, apareció un medio brillo parpadeante: el sistema esperaba instrucciones.

Siguió trasteando. Ya había encontrado un anillo de siete líneas brillantes, más un reloj virtual, y una música extraña se escuchaba de fondo. No comprendía el idioma musical de los titerotes, ni podía leer un reloj en caracteres de la Flota de Mundos, pero descubrió cómo ponerlo en «rápido».

Si había entendido bien, el circuito lo llevaría a la bodega de carga y luego a la Villa de los Tejedores, para ver lo que hubiera cambiado. Debía tomar un traje de vacío

del casillero, porque el paso siguiente sería el cuarto de defensa contra meteoros, lleno del aroma del Árbol de la Vida. Luego a la superficie del Mapa de Marte, y entonces al punto que debía hallarse sobre el Muro. Terminaría en el misterioso lugar de la costa alejada del Gran Océano, y de vuelta a la Aguja.

¿Algo más? El trayecto no debía tomarle más que unos pocos minutos, a menos que hallara algo interesante.

Apoyó el plato con sashimi sobre el disco.

Nada sucedió.

Por supuesto que no... El borde del disco todavía estaba alzado, exponiendo los controles. Luis lo bajó, y el plato de sashimi se fue.

La pantalla destelló también. A Luis lo intimidó el repentino movimiento. El paisaje estaba de nuevo allí, a la carrera; las montañas se veían más cerca: eran las derramadas, con el borde del Muro como gotero. Estaban cercanas para la escala del Anillo, a no más de unas decenas de miles de kilómetros.

Pensó en unas cuantas cosas que le hubiera gustado revisar, si tuviera acceso a la computadora de a bordo. Tendría que hablar con el Inferior al respecto luego. Tenía que chequear lo que se sabía sobre los protectores.

¿Dónde estaría el plato de sashimi?

Hizo algunos ejercicios de yoga, para calmar su impaciencia. ¿Qué tan rápido sería «rápido»?

Cuarenta y cinco minutos más tarde, el plato no había aparecido aún.

Sus compañeros debían estar en alguno de esos puntos, probablemente cerca del disco, y Acólito se habría zampado el sashimi. No: piénsalo de nuevo.

El punto alejado del diagrama se había deslizado un poco.

Deslizado un poco, sí. Jadeó. La escala logarítmica reflejaba un salto de más de trescientos millones de kilómetros hasta ese punto del arco, y el disco se debió haber movido a la velocidad de un carguero espacial para reflejar esa diferencia en el diagrama. Cientos de miles de kilómetros por segundo...

Era la sonda de repostado, por supuesto. Debían haber montado un nuevo disco pedestre en su flanco, y estaría en vuelo orbital a lo largo del muro. En cuanto al plato de sashimi, debía haberse quemado como una estrella fugaz.

Luis expuso los controles nuevamente. Comenzó a reposicionarlos, resollando y hablando consigo mismo, para ignorar la orquesta de fondo.

—Ahora éste debería cambiar aquel trazo... Nej, ¿por qué no? Hum. Ah, claro. Negro es «No», entonces probemos éste...

Pidió a la cocina una barra de pan y la puso sobre el disco pedestre. Puf.

Había pasado una hora y diez minutos desde que había aislado la Aguja de sus asociados. Incluso los había aislado del Centro de Reparaciones. Se desataría la guerra cuando lo descubrieran, y la pérdida de contacto, también.

Y de nuevo, ¿qué podía hacer con ello?

La risa no llegó a su garganta. Luis conocía a los titerotes. El Ser Último debía tener controles auxiliares implantados quirúrgicamente. Luis sabía que debía estar preguntándose cuándo restablecer los discos pedestres. El Inferior le toleraría la trapaza, pero Luis no quería enfrentar la ira de Bram.

El pan había vuelto.

El crucero volaba sobre el agua. Las montañas estaban a su izquierda ahora, y se alejaban hacia giro. El móvil debía haber girado... unos sesenta grados. Una lenta sonrisa apareció en la cara de Luis.

¡Estaba siguiendo la grilla superconductor!

Unos grandes cables superconductores yacían como un sustrato en el suelo de scrith del Anillo, formando hexágonos de ochenta mil kilómetros de ancho. Esta red era la que guiaba el campo magnético que manipulaba las protuberancias solares. Evidentemente el crucero estaba sobre algún vehículo de levitación magnética, algo que debió ser construido por los Ingenieros de las Ciudades... O tal vez fuera tan antiguo como el propio Mundo Anillo.

¿Lo sabría el Inferior?

Reaccionando, eso era lo que estaba haciendo. Y la pieza de pan ya había regresado.

¿Valdría la pena correr el riesgo?

Luis subió al disco.

Faltaban trajes de presión en el compartimiento de carga: uno del Inferior, uno de los que habían sido para Chmeee, otro de los de Luis. Esto no significaba directamente que hubieran salido al vacío: el protector habría sido cauto y usado los trajes como protección.

Luis se bajó del disco para tomar un traje de presión, un cinturón de herramientas, un casco y un equipo de aire. Luego se deslizó hacia la Villa de los Tejedores.

Luis apareció desbalanceado. Tropezó, y dejó caer todo lo que llevaba. Avergonzado, echó una mirada a su alrededor.

Plena luz del día. El disco pedestre yacía inclinado en el banco de cieno al costado de la alberca de baño de la Villa. Nadie estaba en el agua. Prestó atención a voces infantiles, pero no oyó nada.

Se había demorado para inspeccionar el disco cuando una voz mordaz habló cerca de él. El casco tradujo desde el suelo:

— ¡Bienvenido! ¿De qué especie eres?

Luis se alzó.

—Soy del Pueblo de la Esfera. ¿Kidada?

—Sí. ¿Eres de la gente de Luis Wu? —el viejo Tejedor lo miraba con extrañeza.

—Así es. Kidada, ¿cuánto tiempo hace que se fue Luis Wu?

— ¡Eres Luis Wu vuelto joven!

—Sí —la atónita mirada de Kidada lo hacía sentirse incómodo —. He estado en un largo sueño. ¿Vosotros estáis bien?

—Estamos prosperando, gracias al comercio. Muchos visitantes vienen y van. Sawur se enfermó, y ha muerto hace varios días. El cielo ha girado veintidós veces...

— ¿Dices que Sawur ha muerto?

—...desde la noche en que te fuiste, con alguna extraña criatura de largos cabellos siguiéndote a tus espaldas, y un niño Chacal como único testigo. Sí, Sawur ha muerto. Yo también moriré pronto, creo, y dos de los jóvenes han muerto también. A veces los visitantes traen una enfermedad que afecta a otros, pero no a ellos mismos.

—Quería hablar con ella, preguntarle algo...

Él sonrió en forma desolada.

—Sí, pero ¿respondería ella?

—Me dio un consejo sensato una vez... «No esperes a estar desesperado, Luis Wu».

—Sawur me ha contado de tu problema, luego de que te marchaste.

—Lo he resuelto. Creo que lo he resuelto. De otro modo, me he esclavizado.

—Pero tendrías muchos falans para liberarte... —Kidada parecía cansado y resentido.

Luis estaba ahora haciéndose a la idea de cuánto había deseado hablar con Sawur. Se hubiera quedado a guardar el luto, si hubiera tenido tiempo.

Tiempo... El cielo había girado veintidós veces, más de dos falans. Ciento sesenta y cinco días del Anillo, cada uno de treinta horas... ¡Había estado en el autodoc más de seis meses!

Y ahora habría que ponerse al corriente...

—Kidada, ¿quién quitó el disco pedestre?

—No entiendo de qué hablas. ¿Te refieres a esto? Estaba aquí la mañana siguiente. Lo hemos dejado ahí.

El borde estaba embarrado. Pudo ver grandes rastros de dedos y uñas. Algún homínido —no los Tejedores, que eran de manos pequeñas— había estado tratando de alterar los controles.

Chacales. Debió haberse dado cuenta. Se alegró de haber llegado durante el día; los Amos de la Noche quizá ni se enteraran de que había estado allí.

Luis se metió en el traje de presión.

—Saluda a los jóvenes de mi parte —dijo, y saltó al disco.

Oscuridad. Luis encendió el fanal de su casco, y un esqueleto entrevisto lo enfrentó.

Estaba en el cuarto del sistema de defensa contra meteoros. Las pantallas estaban apagadas; su propio fanal era la única luz.

Los huesos habían sido montados para estudio. No estaban conectados por las articulaciones; apenas se tocaban. Un armazón de varillas de metal lo mantenía en su sitio.

El esqueleto era veinticinco centímetros más bajo que Luis Wu. Todos los huesos tenían un aspecto redondeado: la erosión del tiempo. Las costillas eran demasiado angostas, los dedos casi habían desaparecido. El tiempo estaba reduciendo el esqueleto a polvo, pero... el clima aquí no podía ser tan abrasivo. Los nudillos aún se veían grandes, y todas las articulaciones eran macizas y desarrolladas. Y esas proyecciones de la gran mandíbula no eran dientes: eran huesos crecidos.

Un protector.

Luis pasó la mano por la calavera. Los huesos estaban cubiertos de polvo, y lisos. Alisados por el tiempo, mientras las superficies se volvían polvo.

Éste no era un ambiente erosivo. Esos huesos debían llevar mil años muertos, al menos.

La cadera derecha había sido cortada, y las piezas montadas separadamente. Lo mismo sucedía con el hombro y brazo izquierdos, y con el cuello: todos fracturados o aplastados.

Debió haber muerto por una gran caída, o quizá fue golpeado hasta la muerte en combate.

Los Pak había tenido su origen en algún lugar del centro galáctico. Una colonia Pak en la Tierra había fallado—el Árbol de la Vida no había arraigado, dejando la colonia sin protectores—, pero los criadores de Pak se habían esparcido por el planeta desde las zonas de aterrizaje en África y Asia. Sus huesos estaban en los museos, bajo el nombre de *homo habilis*. Sus descendientes habían desarrollado la inteligencia; un claro ejemplo de neotenia: la capacidad de llegar a la madurez sexual en la fase de larva.

Había un protector de Pak momificado en el Instituto Smithsonian. Había sido desenterrado del suelo de arena de Marte, siglos atrás. Luis nunca lo había visto, excepto por un holograma durante un curso de biología general.

Esta criatura debía ser un Pak deformado, pensó Luis. Pero esa gran mandíbula...

Los protectores perdían los dientes; eso era una pena, pues le hubieran dicho mucho. Pero la mandíbula era un pico rompehuesos.

El torso era demasiado largo para ser un Pak standard, le pareció a Luis.

No era un Pak, y tampoco parecía haber sido un Chacal. Luis podía imaginarse cuándo había muerto, pero... ¿cuándo habría nacido? El protector del Smithsonian había pasado treinta mil años o más viajando desde el centro galáctico hacia la Tierra. Los preparativos para la expedición deben haberle llevado quizá lo mismo. Los protectores podían vivir mucho tiempo.

Cronos era el más antiguo de los dioses griegos; mató a sus hijos uno por uno, hasta que uno de ellos lo mató a su vez. Llamémoslo Cronos, entonces.

Una horda de vampiros había matado a un protector que había sido el sirviente de Cronos.

Bram y Anne deben haber acechado al amo por años antes de atacarlo. ¿Años o centurias? ¿Milenios? Los criadores de Pak, antepasados del hombre y de los vampiros, deben de haber sido cazadores de acecho aún antes de que dejaran el centro de la galaxia.

El viejo Cronos no debe haber tomado muy en serio a los protectores vampiro. Después de todo, los homínidos vampiro eran unos animales no conscientes con desagradables hábitos alimenticios y sexuales, y Cronos había sido un ser de inteligencia superior, y sin urgencias sexuales que lo distrajeran.

* Historia relatada en la novela *El Protector*. (N. del Tr.)

Y eso mismo es Bram ahora. Esto debía ocasionarle un punto ciego, y Luis debía hallarlo.

Las roturas en la cadera derecha, el hombro y brazo derechos, y aquella rajadura del cráneo, habían sido recientes o muy cercanas a su muerte, pero Luis encontró por todos sitios otras más viejas, ya curadas. Cronos se había roto la columna mucho antes de morir. ¿Crecería de vuelta la médula espinal de un protector? Y en la rodilla izquierda, había una herida que no había sanado bien: los huesos estaban soldados entre sí.

Algo más había de extraño en la columna, pero Luis no lo descubrió hasta que volvió a revisar el cráneo.

La frente era abultada. Y aún más: el hueso frontal y la cima del cráneo eran más suaves y jóvenes que el resto del cráneo. La fisura de crecimiento del maxilar tenía aún la apariencia de haber llevado los dientes. Esas partes eran de crecimiento «reciente». La columna también estaba recién «crecida»: había pasado por un período de regeneración.

Si Cronos hubiera ganado su última batalla, hubiera vuelto a recuperarse a pesar de tan terribles heridas.

Tomémoslo como una investigación de asesinato, se dijo Luis. Conozco al asesino, pero para convencer a la corte necesitaré cada detalle, cada matiz. El enemigo ha muerto, y nadie podía vengarlo...

¿O acaso Bram y Anne temían a otros como él?

Un esqueleto de pie, y un montón de equipo en las sombras detrás. Bram no lo hubiera dejado llegar cerca de esas cosas.

Le habían parecido esparcidas al azar, pero era así en parte, y en parte no. El equipo había sido dispuesto ordenadamente para estudiarlo, pero luego algo lo había atravesado dispersándolo, como... un protector vampiro pateando rabioso.

Algunos de los ítems simplemente se había desintegrado. Otros habían dejado huellas bastante claras.

Había habido un hermoso abrigo de piel, con un cinturón para cerrarlo. Apestaba; era sólo un fantasma del hedor que debía haber tenido, pero aún así olía como un Chacal que no se hubiera bañado en mil años. En la superficie interna Luis pudo apreciar los restos de una serie de bolsillos de multitud de formas... todos vacíos.

Había algunas armas. Un cuchillo de metal, negro de óxido, delgado y de unos treinta centímetros de longitud. Otros dos de cuerno, del tamaño de un dedo índice. Seis cuchillos de lanzar, casi idénticos pese a haber sido fabricados en piedra, tan letales como en el día en que fueron hechos. Una lanza delgada de una aleación resistente, con ambos extremos afilados como escoplos.

Por las huellas en el polvo, debían de haber habido allí unos zapatos de suela de madera, con cintas gruesas. Había también una curiosa ballesta y una docena de dardos, todos diferentes. Una caja pequeña... ¿un encendedor? Lo intentó, pero no pudo sacar una llama de él. Una pila de papeles apergaminados... ¿mapas?

Había un telescopio. Algo tosco, pero muy finamente terminado y pulido, y colocado algo aparte. Unas piezas a su lado debían ser herramientas de afilado. Piedra pómez, pequeños cuchillos... Bram y Anne habían preparado una zona de trabajo para duplicar el telescopio de Cronos.

Una masa negra y pesada del tamaño de su puño. Luis se agachó para husmearla. ¿Carne seca? Mil años después de vencida..., pero el charqui siempre huele y sabe un poco fuerte. Quizá a un Chacal le gustaría...

¿Cuánto tiempo haría que murió Cronos?

¿Preguntaría?

Intentaba ponerse al corriente por su cuenta, y sabía que apenas adivinaría algunas cosas. Podría haber aprendido más preguntando, pero sólo se enteraría de lo que Bram quisiera decirle. Y el tiempo se deslizaba a su alrededor.

Luis golpeó con sus dedos el hombro de Cronos.

—Confía en mí —dijo, y saltó al disco.

Se encontró cegado por el resplandor, y fuera de equilibrio.

Se convulsionó como una anémona, balanceando las piernas en busca de algo sólido y con los ojos semicerrados contra el crudo mediodía solar. Sus dedos enguantados rozaron algo, y se aferró desesperadamente.

El disco pedestre yacía debajo de él, medio metro más allá. Había sujetado el borde del disco con su mano.

El visor fotosensible tornó al gris humo; todavía en cuclillas y aferrado al borde del transportador, miró a su alrededor.

El mapa de Marte no era muy fidedigno.

Podía ver un centenar de tonos de rojo sin necesidad de mover la cabeza, pero el cielo lucía el azul de altura de la tierra. Incluso el sol brillaba demasiado para ser Marte. Tampoco podía hacerse nada por la gravedad.

Quizá eso no importara a los marcianos. Vivían a salvo de la luz del sol debajo de la finísima arena, que se comportaba como un fluido viscoso. Tal vez la arena les permitiera flotar más fácilmente, dada la mayor gravedad del Anillo.

Esperaba hallarse en el monte Olimpo, y parecía que así era. Estaba muy arriba en la ladera. El disco descansaba cerca de la cima de una ladera de polvo de cuarenta grados de inclinación, y comenzaba a resbalar nuevamente.

¿En qué estaría pensando el Inferior, para poner un disco *aquí*?

Oh, rayos... Los marcianos. Habían puesto una trampa.

Resbalaba más rápido ahora, perdiendo toda estabilidad. Era un largo camino hasta abajo: kilómetros. El polvo se habría apilado por milenios allí, bajo el viento prevaleciente, el viento estratosférico del Gran Océano, que oscilaba en patrones del tamaño de varios mundos. Otra falla en la precisión del mapa de Marte.

Luis se encogió, aplastándose sobre el disco como si fuera un trineo.

Tomó velocidad. El balanceo del disco lo desestabilizaba. Sus manos se aferraron con fuerza al borde y sus pies buscaron afirmarse. Una enorme roca se hallaba en su camino. Se cargó sobre la izquierda, intentando hacer que el disco la esquivara, pero no respondió. Iba a ser un golpe duro...

Luego estaba en otra parte.

Y sus manos se aferraron más fuerte aún, porque estaba cayendo hacia un abismo negro.

Reprimió la mayor parte de un chillido... «Pero...¡yo lo probé, lo probé antes!».

Colgaba de un disco pedestre unido a un enorme cigarro graciosamente curvado: la sonda de repostado del titerote. A su alrededor, sólo el negro cielo y las lejanas estrellas.

Todo brillaba y resplandecía. Debía haber luz detrás de él. Tratando de no perder su agarre, giró la cabeza para ver sobre su hombro.

El Anillo se desplegaba por detrás y debajo de él. Gracias a la ausencia de aire, podía ver con lujo de detalles: ríos como retorcidas culebras, paisajes submarinos, una traza recta y negra que debía ser una carretera del Pueblo de la Máquina...

El sol intentaba asarlo, pero eso no era problema: su traje intercambiaba el calor evacuando su sudor. Pero la noche sí sería una amenaza: nunca pensó que necesitaría un traje de temperatura.

Estaba a nivel de la cima del Muro lateral, mirando hacia abajo a las montañas tronco-cónicas, y a los ríos que corrían desde sus bases. Unos mil seiscientos kilómetros de altura. Giró la cabeza. Frente a él pudo distinguir unas líneas casi invisibles, formando un extenso cono doble unido por los vértices.

Un motor de corrección... Podía ver los toroides gemelos que formaban parte del estatorreactor Bussard, pero eran muy pequeños, formando el talle de avispa de algo mucho mayor. Los motores de corrección del Anillo estaban hechos de un alambre tan delgado que se mantenía al borde de lo visible. Apenas una jaula para guiar el viento solar.

Éste estatorreactor no estaría aún montado; no apuntaba para el lugar correcto. Luis no se había sentido tan aterrorizado desde hacía al menos doscientos años. ¿Cómo pudo regresar la barra de pan?

La sonda costeaba el Anillo... no, estaba quieta: era el Anillo el que giraba debajo, a mil doscientos kilómetros por segundo.

«El sistema debe haberse reposicionado. Puse este disco fuera de la traza, pero se debe haber reenumerado. No comprendo el lenguaje de programación del Inferior... ¿qué otra cosa habré hecho mal?

¿El plato de sashimi? Eso fue sencillo: debe haber derivado lejos del disco. El pan debe haberse quedado cerca, y cuando el disco cerró el ciclo siguió camino.

Colgó en el vacío durante unos minutos...

Y luego el disco le golpeó de lleno en el visor del rostro, cuando volvió al tirón de la inercia.

Se aferró al plato, con los ojos cerrados. No estaba preparado para enfrentarse con nadie, con ninguna criatura. En unos breves momentos estaría de regreso a bordo de la Aguja Candente de la Cuestión.

Una enorme mano de largas uñas se cerró en su hombro y lo hizo darse vuelta.

CAPÍTULO 23 – LECCIONES DE VELOCIDAD

EL PATRIARCA OCULTO, 2893

El kzin lo puso de pie. Luis estaba temblando y jadeaba. Acólito no podría hablarle mientras tuviera colocado el casco, y lo agradeció.

Estaba a bordo del Patriarca oculto, cerca de popa.

Ésta era otra maldita sorpresa. Había dejado el velero de kilómetro y medio de largo en el río Shanty. ¿Qué estaría haciendo aquí?

Acólito intentaba decirle algo. Tenía algo en la mano...

¡Nej y maldita sea! Luis comenzó a desenroscar el casco.

—Yo estaba merodeando por la popa, cuando esto ~~de~~ pasó a través del disco pedestre. ¿Un regalo de visita, Luis? Parece pescado seco.

Luis tomó el plato de sashimi. El pescado rebanado estaba hinchado y crujiente al tacto.

—Ha estado en el vacío —dijo Luis—. ¿Pasó por aquí una barra de pan?

—La dejé pasar, Luis. Oye, hueles a miedo.

— ¿Qué estoy haciendo aquí?

En un momento estaría a salvo en la Aguja, y se tiraría entre las placas sómnicas para que remitiera este temblor, hacer que su mente volviera y digerir qué había aprendido y qué no.

Ahora Acólito lo había visto. Si podía persuadir al kzin de no decir palabra... Hum, no serviría de gran cosa. El protector había estado observando el lenguaje corporal del kzin por seis meses. Acólito no podría ocultarle nada.

En cambio dijo:

—Hasta un muerto puede oler mi terror —tió el casco y descargó el equipo de aire, comenzando a abrir los cierres del traje—. Pensé que había entendido los controles de los discos pedestres, pero estaba equivocado. Ah, y los marcianos nos habían puesto una trampa mortal. Me atraparon en ella, también.

La cabeza medio calva de un adolescente apareció por una escotilla. Un niño Ingeniero. Los ojos del chico se abrieron sorprendidos, y salió de la vista.

— ¿Marcianos? —preguntó el kzin.

Luis comenzó a quitarse el traje.

—Olvídalo. Tengo que quemar algo de energía. ¿Puedes correr?

El pelaje del kzin se encrespó.

—Tuve que correr más rápido que mi padre luego de que me venciera.

—Te juego una carrera hasta la proa.

Acólito dio un alarido y salió como alma que lleva el diablo.

El traje de presión se le había enroscado en los tobillos. Cuando quiso correr al kzin, sus músculos se trabaron y cayó.

¡Ése fue un hermoso grito de guerra! Siseando una palabrota, Luis se liberó del traje y echó a correr.

Acólito se hallaba aún al alcance, pero se movía considerablemente más rápido que él. Luego la estructura del velero se interpuso y lo perdió de vista.

Luis había vivido a bordo de este barco por casi dos años. No era fácil que se perdiera. Corrió con energía, compitiendo consigo mismo. Tenía un kilómetro y medio que cubrir.

—Luiis...

La voz era débil y extraña, y venía desde arriba, muy alto..., un titerote sobre el nido de cuervo del mástil de popa.

— ¡Holaaa! —respondió Luis.

—Esperaaa... —gritó la voz.

— ¡No puedo! —se sentía *bien*.

Una sombra cuadrada descendió. Luis siguió corriendo. La sombra se puso a su costado, emparejándolo: una placa de carga con rieles soldados alrededor de ella.

— ¡Déjame paso! ¡Estoy en una carrera!

—No entiendo.

—Esto no es... un test de inteligencia...

— ¿Cómo te sientes?

—Maravillosamente. Desorientado. ¡Vivo! Inferior... no uses... el disco del monte Olimpo...

— ¿Porqué?

—Los marcianos... están vivos... pusieron una trampa... —tomó una gran bocanada de aire y resolló. El aire salado en sus narices... ¡Maravilloso! Mantenía la respiración, sus piernas funcionaban; las exigió más—. Pondrán otra...

—Podemos hacer trampas nosotros también. ¿Qué pasa si arrojo un disco al océano y comienzo a transferir agua al monte Olimpo?

— ¿Y tú me preguntas? No extermines... nada. Puedes... necesitarlo luego. Ésa es la razón... de que no hayáis eliminado... a los kzinti.

—Más o menos —admitió el titerote.

Una serpiente cíclope observó a lo lejos una bola de pelo naranja cruzar la cubierta central del velero: Acólito.

—Luis, tu llegada es oportuna. Tenemos mucho que contarte.

— ¿Dónde está Bram?

—Cociendo nuestra cena —sus cabezas se miraron la una a la otra.

¿Estaba bromeando el titerote? A Luis siempre le pareció que ese gesto era una risa.

—Bram tiene muy buen olfato —añadió el Inferior.

— ¿Cómo va la danza?

— ¡La danza! Sigue sin mí. Estoy harto de usar vuestro reciclador, Luis, y ni siquiera he tenido tiempo para rediseñarlo...

—No sabes cuánto me alegro... —a hora habla con disimulo, Luis—. Pero si Bram no confía en el Ser Último... lo suficiente como para... dejarle hacer sus ejercicios... o usar su propio *toilette*...

Luego, el Inferior debería estar listo para recuperar su propia vida.

Llegó al final de la cubierta central. Luis se encaramó a través de escalas y corrió por pasillos. Las escalas kzinti estaban muy inclinadas, y los peldaños estaban muy apartados unos de otros, pero Luis corría arriba y abajo como un mono con esteroides. Se mantuvo a la expectativa de superar a Acólito. O peor, esperaba que el kzin saltara sobre él desde algún nicho. Se mantuvo en los sitios elevados.

Intentó mapear en su mente el camino a través de los jardines. Probablemente era demasiado largo. Al final de un corredor subió a los saltos unos escalones de madera dura que llevaban sobre un muro, siguió a lo largo del muro para evitar unos matorrales de grandes bejines amarillos —con terribles espinas— y se dejó caer tres metros hasta el suelo de tierra.

Había sido un parque de cacería kzinti. Durante dos años, Luis y los Ingenieros de las Ciudades habían cuidado de esas plantas. Cuando ellos llegaron, encontraron que las plantas habían crecido en forma agreste. Habrían servido de alimento para rebaños de animales, que proveerían de carne a los marineros kzinti. Las bestias se habían ido, y no esperaba encontrar animales ahora, salvo que Acólito saltara sobre él desde algún macizo.

Pero nunca vio al kzin.

Había ocho tremendos mástiles principales e incontables velas, y los cabrestantes que los movían sólo podían ser accionados por un kzin. ¿O un protector? El mástil cercano era el principal, con el nido de cuervo delantero en la cima. Luis ya estaba resollando, sus piernas se sentían como fideos recocidos.

Algo lo esperaba en la proa.

Luis maldijo en su mente; ya no tenía aire para desperdiciar. Había reconocido al protector.

Luis bajó la velocidad. Bram lo esperaba quieto como una estatua. Luis no podía decir que estuviera respirando incluso.

—Creo que... has ganado —resopló Luis.

— ¿Acaso estábamos compitiendo?

Bram se habría enterado de que había un intruso sólo luego que el niño Ingeniero lo encontrara en la cocina, o hasta que hubiera escuchado los pasos de su carrera sobre la cubierta. Tenía que haber corrido, aunque no lo pareciera.

—Lo que fuera. Necesitaba... el ejercicio.

Frente a ellos había una cordillera, no hecha a escala terrestre. Montañas cónicas, ampliamente espaciadas y variadas en tamaño, hacia derecha e izquierda. Sin un horizonte de referencia, no podía saber cuál era su altura. La mayoría eran lo suficientemente altas para que hubiera hielo en sus cumbres, pero por debajo de ellas todo era verde.

Luego su mente percibió lo que a su ojo molestaba.

Eran «flacas».

Un momento. El Muro tenía mil seiscientos kilómetros de altura. De las veinte o treinta montañas que su vista alcanzaba a ver, cinco o seis eran sólo colinas apoyadas contra el Muro del Anillo, pero dos o tres de ellas podían rivalizar con el Everest.

El Ser Último cruzó por la proa. Detrás de él, un bulto anaranjado apareció.

El kzin andaba con dificultad. Estaba terminado, sin resuello.

—Gracias, Acólito —le dijo Luis—. Realmente lo necesitaba. Ten encima suficiente adrenalina como para ir a la guerra.

El kzin jadeaba.

—Mi padre... me dejó ganar. No quería matarme...

—Ya veo.

— ¿Cuándo... me superaste?

—Tal vez en el jardín.

— ¿Cómo?

—Bram, tú debes saber acerca de los cazadores de persecución.

—No conozco el término —dijo el protector.

—Oh, bien. Acólito, la mayoría de las criaturas cazadoras pierden ocho presas de cada nueve. Si las presas salen corriendo, buscan a la más lenta. Sólo unos pocos carnívoros siguen a su presa hasta que la vencen por resistencia. Los lobos lo hacen, y también los humanos.

»Los gatos grandes de la Tierra no son cazadores de persecución, y los kzinti tampoco. Vuestros antecesores han aprendido que es mejor seguir la pista a un enemigo hasta vencerlo, o se volverá a levantar más tarde, pero eso es una racionalización. Vuestra evolución física no lo ha seguido.

—Sabías que podías ganar.

—Sí.

— ¿Y si hubiéramos corrido a lo largo del jardín?

—Tú habrías ganado.

—Gracias por la lección.

—Gracias a ti —lo había expresado muy bien, se dijo Luis. ¿Quién le habría enseñado?

—Luis —dijo Bram—. Mira a tu alrededor. Reacciona.

¿Reaccionar?

—Impresionante. ¡Todo ese verde! Desde el pie a la línea de los hielos, todo verde. Aunque no debía sorprenderme. Esas montañas están hechas de limo marino; deben estar llenas de fertilizante.

— ¿Algo más?

—Hum. Algunas de las tuberías han de haberse tapado pronto. Eso explica las montañas bajas. Lo que queda de ellas debe ser roca ahora. Las más altas deben contener una gran cantidad de agua helada en ellas, al menos en la zona de la cumbre. Se ven ríos correr a los pies. Estas montañas deben ser el único lugar del Anillo donde puede haber terremotos.

— ¿Un entorno difícil?

—Imagino que es Bram, hemos visto esto hace ya cincuenta falans. ¿Han encontrado señales de vida en las montañas?

—Estamos lejos todavía. Aunque dieras una vuelta a tu mundo, no habrías llegado a ellas. Pero sí, hemos encontrado vida. Luis, la comida espera. Inferior, Acólito, llevadlo al comedor.

El Ser Último había instalado cámaras en las cuatro paredes del salón comedor.

Una de ellas no estaba en uso; se veía como una telaraña de hilo de bronce.

Una de las ventanas mostraba algo así como una gran alberca llena de agua, al pie de unos conos verde oscuro con la cima de color blanco.

Otra ofrecía una panorámica del Muro, girando lentamente. Era una cámara instalada en la sonda de repostado.

Y la última mostraba una veintena de homínidos peludos y musculosos: usaban cuerdas para guiar una placa cuadrada lo suficientemente grande para ser la platea de un bungalow de seis habitaciones. La placa flotaba sobre ellos. Debía haber sido una gran plataforma de carga, o parte de un edificio flotante. Los homínidos la guiaban hacia Luis... Ah, hacia el crucero del Pueblo de la Máquina. Era la vista de la cámara robada.

—Te dejé una grabación tomada hace seis días—dijo el titerote—, para que la vieras cuando despertaras. Pero esto es tiempo presente.

— ¿Qué están haciendo los viajeros?

—Están acercándose al Muro—respondió el kzin— usando todas las maneras posibles.

— ¿Porqué?

—Yo aún no lo sé; tal vez Bram—dijo Acólito—. Mientras estabas bajo tratamiento, Bram buscó a tus amigos Ingenieros y los envió a bordo del Patriarca. Ellos lo obedecieron de la misma manera que los esclavos de mi padre

lo obedecen. Tuvieron el barco yendo a estribor al día siguiente. Bram está estudiando el Muro.

— ¿Porqué? —volvió a preguntar Luis.

—No nos lo ha dicho.

El titerote agregó:

—Nunca he visto a Bram demostrar temor, a pesar de que creo que teme a los otros protectores.

Luis creyó ver la conexión.

—Los motores de posición necesitan montarse otra vez, porque de no hacerse, el Anillo podría volver a perder el centrado. Cualquier protector que se hubiese dado cuenta de ello, estaría montando nuevos estatorreactores en el Muro, ¿de acuerdo?

—Si la teoría es correcta.

—Entonces, ¿porqué no está Bram allí?

El Ser Último lanzó un sonido corto y agudo, como el estornudo de un clarinete.

—Si estos protectores supieran que tres especies alienígenas buscan llevar a cabo invasiones, y una cuarta está en órbita estudiando los resultados, hubieran corrido hacia el mapa de Marte.

— ¿Tendrán telescopios decentes? No, ellos aún no... Ah.

—Porqué dices «Ah»?

—Bram también ha de estar en el Muro. Se está preparando, porque los otros lo matarán si pueden.

Los ojos del titerote se miraron uno al otro. Luego dijo:

—En todo caso, tenemos una vista del Muro en el Patriarca. Mi sonda de repostado lleva más de un falan en órbita, rozando la coronación del muro, grabando. Hemos aprendido mucho, Luis —y cerró con un breve gorjeo.

Las tres pantallas iniciaron un lento acercamiento.

Desde el nido de cuervo del Patriarca: El paisaje de las montañas derramadas se expandió hasta que una sola quedó en foco. Verde pálido y oscuro, pradera y bosque, llegaban hasta el hielo. En la misma cumbre, una hebra negra sumergida en un compacto nudo de niebla oscura. El limo marino caía en forma sostenida desde un gotero desde mil kilómetros de altura.

Desde la sonda: La pared del borde pasaba, borrosa. Luis intentó mantener sus ojos fuera de esa imagen.

Desde la cámara robada...

Luis comenzó a reír.

Ahora el crucero del Pueblo de la Máquina se balanceaba suavemente. Por sobre el borde de la plataforma flotante se veía un rocoso paisaje, morones como un campo de miles de hipopótamos durmiendo.

La plataforma era tirada por cuerdas. Una treintena de homínidos de una especie no familiar para Luis tiraban de ellas. Llevaban mochilas livianas, pero nada más. Pelaje lacio y negro los cubría desde la cabeza hasta los glúteos; quizá el pelaje cubría todas sus necesidades de abrigo.

Corrían colina arriba hacia un grupo de mujeres de la misma raza, que los esperaban tras la cima. Las mujeres gritaban y meneaban los brazos, animándolos. Entre ellas se veía a una hembra de los Pastores Rojos, guiando a los trabajadores con amplios movimientos de sus brazos.

El camino se hizo abrupto; los hombres ya no corrían. A medida que fueron alcanzando la cresta, las mujeres corrieron a su lado. Eran tan peludas como los hombres. Sin mayores prisas, se agregaron a las cuerdas. Había un buen humor general, y breves conversaciones entre jadeos.

Las mujeres jalaron. Algunas corrían hacia atrás. Tenían piernas fuertes, observó Luis; tan gruesas como las de los hombres. Estaban sobre la cima ahora, y comenzando el descenso. Los corredores estaban tras la cámara ahora, tirando de otras cuerdas para desacelerar el móvil.

La Roja corrió para treparse a una cuerda y subir por ella.

La vista se movió cada vez más rápido sobre la tierra llena de colinas. Por el momento, los corredores deben haberla dejado ir. Los morones crecían más grandes en la lejanía, casi como cerros. Unos riachos corrían por los pequeños valles y se reunían al frente. Luis se dio cuenta de que estaba mirando el pie de una montaña derramada.

El bamboleo de la plataforma lo mareaba.

—Pareciera que intentaran matarse —dijo.

Acólito aulló, el ridículo kzin.

—No los considero en su sano juicio —comentó el Inferior.

La vista desde el Patriarca Oculto se expandía aún. Ahora la cumbre de la montaña se había perdido, y a un tercio de la altura, sobre las laderas, Luis comenzó a ver puntos de color y luces parpadeantes.

¿Parpadeantes?

—Heliógrafos —dijo Luis.

—Muy astuto, Luis.

—Un joven Chacal me contó de ello. Pensé que estaba siendo críptico, pero su completo imperio debe estar unido por los heliógrafos en las montañas derramadas. ¿Cómo supones que lo hacen? Los Chacales no pueden mantenerse de día.

—A la noche, leen los mensajes de los heli ógrafos en las montañas que reciben la luz del día. Eso es posible en Mundo anillo, dado que todo está a la vista y el horizonte es curvo y asciende. Es bastante sencillo, pero ¿cómo los envían? Luis, deben comprar servicios de mensajería de los locales.

—De algún modo. Y habrán de pactar con los de las montañas también. Apuesto a que no los cierran con rishathra.

—No necesitarán muchos. Sólo hemos visto los reflejos en unas pocas de las montañas. Unos pocos centenares de estaciones de mensajes en la superficie debían ser suficientes para mantener comunicado su imperio.

—Y ¿qué hay acerca de...? ¿Qué son éstos, globos?

El titerote silbó otra vez. El acercamiento se detuvo. La vista comenzó a derivar a un costado. Un grupo de puntos coloreados iban a la deriva contra el hielo, separados por un par de kilómetros. Luis vio más de ellos en los espacios entre las montañas.

—Globos de gas caliente, Luis. Los vemos flotar por las montañas derramadas cada vez que miramos.

— ¿Qué tanta variación...?

Harkabeeparolyn y Kawaresksenjajok entraron portando bandejas, y se detuvieron de pronto.

El titerote silbó. La panorámica del muro y la del viaje de los Chacales y los Rojos se convirtieron en telarañas de bronce. Era maravilloso que los Ingenieros de las Ciudades no hubieran soltado todo inmediatamente y salieran corriendo, pensó Luis. Pero Harkabeeparolyn seguía mirando a Luis, y Kawaresksenjajok estaba observándola y sonreía.

—Soy yo. Aún soy yo —dijo Luis—. Me han hecho algún trabajito médico.

Harkabeeparolyn se volvió a su pareja y le habló. El traductor de Luis dijo:

— ¡Tú lo sabías!

—Zelz me lo dijo.

— ¡Ya te daré lo que te mereces, pequeño zilth! —pero Harka estaba sonriendo, y lo mismo Kawa.

Llevaron las bandejas a la mesa: una pila de raíces marrones y amarillas y un bol lleno de un fluido rosáceo. Harka se sentó en el regazo de Luis y estudió su cara a tres centímetros de distancia.

—Nos hemos sentido solos sin ti —dijo.

Se sentía natural, como si lo hubieran hecho siempre. Se sentía como el regreso al hogar.

—No estabais solos cuando os dejé —dijo él.

—Nos han pedido que viniéramos aquí —señaló con un gesto hacia la cocina.

Habían obedecido a un protector. Eso también parecía muy natural.

— ¿Qué les ha pedido?

—Naveguen a estribor —se encogió de hombros—. De vez en cuando vean, miraba y alteraba el curso, o nos decía del viento o las corrientes, o métodos para

atrapar y cocinar peces o animales de sangre caliente, o atender el jardín. Nos ha dicho que no comemos suficiente carne roja.

—Debe ser su ascendencia la que habla.

—Luis, te ves tan joven como Kawa. ¿Acaso puedes tú...?

El titerote respondió por él.

—Sólo funciona con los pueblos de las Esferas, humanos o kzinti. Para restaurar a los homínidos o kzinti locales, o a cualquier otra especie, un millar de los de la mía tendría que estudiaros durante toda una vida.

Harkabeeparolyn frunció el ceño.

Kawaresksenjajok y Bram entraron con otras fuentes. Había seis pescados de mar profundo, increíblemente feos. Dos de ellos aún se crispaban. Los otros habían sido asados a la parrilla junto con unos extraños vegetales... kzinti, seguro. Un recipiente lleno de verduras frescas también provenía del parque del velero.

Luis echó una mirada al líquido rosado y preguntó:

— ¿Sangre de pez?

—Sangre de ballena, y un ~~puer~~ vegetal —informó Bram—. No me alimentaría mucho tiempo. Tu cocina ha sido un verdadero hallazgo.

Se sentaron a la mesa. Kawaresksenjajok se retiró un momento, y volvió con una niña de dos o tres años. Tenía la cabeza cubierta de cabello rubio; Luis no la hubiera tomado por una de la raza de los Ingenieros. El chico más grande no apareció.

La comida de Bram no estaba mal. Sólo un poco extraña. Debió haber cocinado al gusto de los Ingenieros, usando plantas del parque de cacerías. Debía haber componentes cruciales que faltarían, o que serían muy escasos.

— ¿Cuánto tiempo me mantendrá vivo esto? —preguntó Luis.

— A menos un falan, antes de que tu naturaleza comience a deteriorarse —respondió Bram, que bebía decorosamente su caldo.

Acólito ya había terminado su ración de pescado vivo. Luis le preguntó:

— ¿Te has quedado con hambre?

—Es suficiente. Quien satisface su hambre se pone obeso y torpe.

La niña había alcanzado el borde de la mesa. Luis la señaló, y Harka miró hacia allí. Pero la pequeña se prendió del canto con sus dedos y se descolgó. Se había sujetado como un mono, o uno de los del Pueblo Colgante.

— ¿ Pensaste que caería? ¡Ja!—la Ingeniero se ~~oi~~ de su temor . Te has equivocado de especie —súbitamente se dirigió a Bram—. ¿Puede quedarse Luis por un tiempo?

Un momento antes de contestar, Bram los miró a todos, juzgando, decidiendo. Luego dijo:

—Quedan libres hasta mañana al mediodía. Luis, debemos retornar a la Aguja. No podemos aprender más hasta que hagamos volar a la sonda por sobre el borde. Inferior, ¿es ésa la causa por la cual dejaste a Luis despertarse por su cuenta?

—Por supuesto. He tenido poca oportunidad de ponerlo al día.

Nuevamente los ojos de Bram se posaron en todos ellos.

—Debo conocer las montañas derramadas y el Borde. Los protectores que están en el Muro no deben saber nada de mí. El tema central aquí son los protectores: debo saber dónde están, cuántos y de qué especie son, sus intenciones, métodos y propósito.

»Al presente he aprendido todo lo que he podido sin actuar, y he evitado llamar la atención todo lo que he podido. La cámara robada está aún más cerca que nosotros del Borde. Los Chacales intentan mostrarnos «algo». Kawaresksenjajok y Harkabeeparolyn me han mostrado la actividad de las montañas derramadas desde la lejanía. Vosotros los de la Esfera me habéis dado las grabaciones hechas en uno de los espaciopuertos. Ahora sé más cosas del Muro que las que hubiera podido imaginar que había ahí.

—Si los otros ven la sonda —comentó Acólito—, habrán de creer que se trata de invasores interestelares. Deberás prepararte a defender el Centro de Reparaciones.

—Sí, pero la sonda es asunto del titerote, no mío. Estoy preparado. ¿Inferior?

Luis pensó que había cortado demasiado duro al chico. ¿Porqué el muchacho kzin se preocupaba tanto por él?

El Ser último no habló.

El chico de Chmeee llegó aquí como mi alumno. Bram ha tenido suficiente tiempo para impresionarlo. Tal vez he perdido a un discípulo... Pero nunca imaginé que quisiera ganarme su respeto.

Bien, he corrido contra él y le he ganado. Eso es algo. ¿Cuál ha de ser el próximo paso?

Bram preguntó:

—Harkabeeparolyn, ¿qué sabes acerca de los protectores?

Ella había sido maestra en la biblioteca de la ciudad flotante, donde Kawaresksenjajok había sido alumno.

—Recuerdo dibujos y grabados de armaduras, recolectados de sitios a decenas de miles de días de marcha alrededor de la ciudad. Todas se veían diferentes, adecuadas a diferentes especies, pero siempre presentaban las articulaciones hinchadas y la cresta en el yelmo. Los cuentos antiguos relatan de fantásticos salvadores y destructores temibles a la vista, con rostros blindados, grandes hombros, nudosas rodillas y codos. Ningún hombre podía luchar contra ellos, ninguna mujer tentarlos. Bram, ¿acaso quieres oír cuentos fantásticos?

—Cuando sepa lo que necesite ío, me enseñarás—dijo el hombre nudoso—. Cuando pregunte «¿Qué he olvidado?», sólo esperaré una respuesta útil y sensata. ¿Luis?

Él se encogió de hombros.

—Estoy dos falans por detrás de todos ustedes.

Bram volvió a mirarlos. Su rígido rostro no permitía leer expresiones. El Ser último y los Ingenieros lo miraban con ansiedad. Acólito se veía relajado, incluso aburrido.

El protector se levantó de la silla, la tomó y la movió hacia... una estructura esquelética sita en una esquina del gran cuarto. Tubos y bóvedas de metal y alambres se fijaban a una columna de madera, de una forma que no se veía muy práctica, pero tampoco caprichosa. Había habido muchas distracciones, pero ahora que la miraba de lleno, Luis pudo considerarla como una obra de algún breve y antiguo estilo en escultura. Tenía la unidad estética necesaria.

Pero Bram la estaba moviendo y la colocó entre sus rodillas, tañendo las cuerdas...

— ¿Has terminado con el Réquiem de Mozart? —preguntó el titerote.

—Ya veremos. Graba.

El Inferior silbó unos acordes de programación, dirigidos a la cuarta cámara red, la que siempre había estado apagada. Luis enarcó las cejas hacia Harkabeparolyn, que había vuelto a sus rodillas. Este sinsentido estaba ocupando parte del tiempo que debían pasar juntos..., pero la Ingeniero le susurró:

—Escucha.

Los dedos del protector estaban de repente en todos lados, y el aire explotó con música.

Acólito se retiró, cruzando la puerta.

La música era extraña, pero rica y precisa. El titerote silbaba el acompañamiento, pero Bram llevaba la estructura de la melodía. Luis no pudo recordar dónde había escuchado algo parecido a eso.

Era música *humana*, paz para los nervios humanos. Ningún sonido hecho por alienígenas podía hacerle eso a su sistema nervioso. Sentía un ruidoso optimismo, una calma sagrada, una triste añoranza... El poder de conquistar mundos, o de moverlos.

La música que él conocía estaba tramada en computadoras. Nada comparable a pulgares golpeando suavemente —o poderosamente— superficies tensadas o platos de bronce, uñas rasgueando cuerdas, soplidos en tubos con agujeros...

Nej, era terriblemente excitante, y Harkabeparolyn se estaba derritiendo sobre sus rodillas. Pensó en darle la razón por la demora, pero no quiso interrumpir la música ni para susurrarle en su oído. En lugar de eso, se relajó contra el respaldo y dejó que las vibraciones lo atravesaran.

Y cuando el sonido por fin hubo terminado, se enderezó, conmocionado.

—Creo que lo tenemos —comenó Bram, poniendo la escultura orquestal a un lado—. Inferior, muchas gracias. Luis, ¿puedes describir los efectos?

—Abrumador. Yo... eh... Lo siento, Bram; no puedo explicarlo con palabras.

— ¿Podría usarse como un elemento de diplomacia?

Luis sacudió lentamente la cabeza.

—Maldito si lo sé. Oye, ¿has pensado en montar una cámara en el cráter del Puño-de-Dios?

— ¿Para qué? Ah, apuntando hacia «abajo».

—Exacto, abajo. Afuera. Tendrías una vista en el plano del Anillo. El Puño-de-Dios es un cono hueco del tamaño de una luna... bueno, es grande, y tiene un agujero en el pico. Puedes montar una fortaleza en la cima, si pudieras anclarla en el material del suelo del Anillo...

—El scrith.

—El scrith, sí. Con un décimo del volumen del Centro de reparaciones, y tan bien escondido como él.

— ¿Hablas de defender el plano del Arco desde adentro del Puño-de-Dios?

Luis dudó.

—Estoy seguro que puedes hacer espionaje desde allí. En cuanto a la defensa... Bien, cualquier enemigo estará tentado de esconderse a la sombra del Anillo. No estoy seguro que puedas defenderte contra eso. Si peleas desde el Muro, el problema subsiste. La defensa de meteoros no puede disparar a través del scrith, ¿o sí?

—No podemos dividir nuestra defensa. Debo mandar sobre el Muro, y sobre sus protectores también —determinó Bram—. Pondremos la sonda en movimiento mañana. Luis, ¿cuándo llegó a tu mente esa noción?

—Sólo se me ocurrió de repente. Tal vez la música me distrajo y mi mente divagó un poco.

— ¿Has pensado en algo más?

—No sé lo suficiente acerca de los protectores —dijo él—. Hay un esqueleto en el cuarto de defensa contra los meteoros. No pude acercarme a él, pero me pareció de un protector. ¿Es así?

—Te lo mostraré mañana, luego de emplazar la sonda.

El crucero del Pueblo de la Máquina bajaba incontroladamente por un tobogán: el costado de una gran colina verde. Se sacudía endemoniado, como en un paseo de locos. Cuando el borde de la plataforma se estabilizaba, podían apreciar reflejos desde la montaña derramada más alta y distante. Luis pudo distinguir algunos parpadeos por encima de las nieves: el imperio de los Amos de la Noche también llegaba hasta allí.

CAPÍTULO 24 – ESOS HUESOS

Saltaron desde un día nuboso a la sonrosada luz artificial de la zona de carga de la Aguja, y de ahí a la cabina de la tripulación, donde la pantalla mostraba la vista del Borde pasando lentamente, bajo la dura iluminación del vacío.

Bram llegó el último. Apoyó su escultura orquestal en el rincón donde Luis había arrojado su traje de vacío, y se fue derecho a la pared de la cocina.

—Actualiza los datos de la sonda, Inferior. ¿Cuánto tiempo hará falta para atracar?

El Ser Último cantó unos acordes. Las ecuaciones aparecieron en Intermundial, flotando en el aire.

—Podemos comenzar la deceleración ahora a dos ge, y atracar en quince horas y media.

—¿No me has dicho que la sonda entrega diez ge?

—Prefiero considerar cierto margen de error.

—Inferior, el impulsor de la sonda es una poderosa fuente de rayos equis; como es muy evidente, debemos darle al enemigo el menor tiempo posible para detectarla. Espera lo que haga falta, y luego decelera a diez ge.

—Pero si la pongo a plena potencia, la fuente de fusión será más brillante, y por ello más evidente...

Bram se limitó a mirarlo.

—Esperar, muy bien. La deceleración a diez gravedades comenzará en seis horas. Atracará en poco más de nueve. ¿Puedo ir a mi cabina para comer, aseoarme, bailar y dormir?

El protector sorbía de un bulbo de oprimir. La nariz del kzin se arrugó, aunque Luis no pudo oler nada.

—Puedes hacer todas esas cosas aquí —respondió el nudoso.

—Bram, de todas formas deberé entrar a mi cabina cuando llegue el momento de decelerar la sonda. Déjame ir ahora.

—Muéstrame tu cabina.

El Ser último silbó y chirrió. La panorámica del Muro cambió, y todos vieron la cabina del Inferior.

La iluminación era amarilla virando hacia el naranja, pero la decoración lucía los innumerables verdes de un bosque de zonas frías. No había esquinas ni bordes. Piso y pared, panel y zona de almacenaje, era todo una suave curva.

—Déjalo así —lo instruyó Bram—. Aséate y duerme. Pero si bailas, hazlo solo.

El titerote bufó como una sección de vientos completa... y airada.

—Si veo un holograma en lugar de verte a ti, deberé actuar. Quieres que me sienta libre de peligros, ¿no es verdad?

Bram se encorvó sobre el bloque de granito y lo alzó, poniéndolo a un costado. Debí haberme dado cuenta de ello, pensó Luis.

El titerote se paró donde estaba el cubo de piedra, y apareció del otro lado del muro.

Los contornos de la cabina cambiaban a medida que se movía. Una oquedad se formó en el piso y se tiñó de tonalidad durazno. El titerote se paró elegantemente en ella. La cavidad creció como una flor hasta que casi se cerró arriba: una bañera de paredes altas, muy parecida a las usadas en las ciudades de Luna.

Bram debió haber notado la mirada absorta de Luis.

— ¿Qué te llama la atención, Luis?

Lo que le preocupaba era que era evidente que el titerote no iba a ser de mucha ayuda a Luis Wu. Bram había tenido suficiente tiempo para intimidarlo. En lugar de eso, dijo:

—Tengo una impresión interna. ¿A qué se parece la cabina del Inferior?

—A un útero, quizás.

— ¿O al interior de un animal?

— ¿Es algún juego de palabras?

—Hay una diferencia. Debe ser importante. Las hembras de los titerotes no tienen un útero. Son un... animal de presa, evolucionado como simbiote durante tanto tiempo que piensan en ellas como hembras titerotes, pero no lo son. Nessus tenía un ovopositor. Bram, ingresa en los registros del Inferior y busca algún archivo sobre avispa león.

—Avispa león, de acuerdo—dijo el protector—. Tenemos nueve horas para pasar. Ibas a comentarme acerca de los protectores.

— ¿Podemos ir a ver los huesos?

—Habla —dijo Bram.

—Nuestro ancestro fue el protector de Pak. Evolucionó en un planeta cercano al núcleo galáctico, digamos a unos ciento treinta mil falans de aquí, a la velocidad de la luz —algo ~~as~~ de treinta mil años luz. Algunos de ellos intentaron establecer una colonia en mi planeta, la Tierra, mucho tiempo atrás, pero no había suficiente talio en el suelo como para mantener al virus que crece en las raíces amarillas, y eso es lo que convierte en protector a un criador de Pak.

»Los protectores murieron, pero antes eliminaron algunos predadores para permitirles a los criadores expandirse. Los Pak inmaduros, los criadores, evolucionaron por su propia cuenta, de la misma manera que aquí en el Anillo. Se dispersaron por el planeta desde las zonas de aterrizaje en Asia y África.

— ¿Estás especulando?

—Se han hallado huesos de criadores de Pak en Olduvai Gorge y otros sitios. Hay un protector momificado en el Museo del Smithsonian —dijo Luis—. Lo desenterraron de un desierto en Marte. Nunca lo vi personalmente... aún a mi

edad, no puedes hacer todo..., pero he visto un holograma del sujeto en un curso de biología general.

— ¿Cómo han conseguido el cuerpo?

—Vino en rescate de la vieja colonia. Hay testimonios grabados de un tal Brennan, un habitante del Cinturón de asteroides que comió las raíces que el protector había traído. Probablemente el titerote los tenga en archivo. Los componentes de la nave, la grabación de Brennan, la momia disecada, la química...

—No molestemos ahora al Inferior. ¿Has estudiado esa momia?

—Sí.

—Vamos a ver los huesos.

La mano del hombre nudoso se sentía como una cadena de nueces, y su tracción en la muñeca de Luis era irresistible. Acólito los siguió sin traje; los kzinti no tenían nada que temer del olor al Árbol de la vida. Caminaron rápidamente hacia el esqueleto, escasamente iluminado por la amplificadora luz de las estrellas que producía la gran pantalla.

Bram lo llevó a encararse con el esqueleto, dio un paso atrás y dijo:

—Reacciona.

Acólito dio una vuelta alrededor del fósil.

—Ha muerto en combate —murmuró.

Olfateó el aire, y luego siguió a su nariz hacia los avíos de herramientas y ropas de Cronos.

Luis pasó los dedos por los bordes erosionados donde los huesos se habían roto. ¿Adivinaría Bram que él había estado aquí antes?

—Bien, parece haber muerto hace miles de falans...

—Cerca de siete mil —confirmó Bram.

—Herido de muerte por la lucha. ¿Has sido tú?

—Anne y yo lo hicimos.

Acólito giró la cabeza, los oídos atentos.

—Cuéntanos la historia. ¿Te retó aquí?

—No, ocultamos nuestra existencia.

— ¿Cómo disteis con él? ¿Cuál fue el cebo?

—Él tenía que venir, tarde o temprano. Lo esperamos.

El kzin esperó, pero Bram no habló de nuevo. Entonces Luis continuó:

—Podría ser un protector de Pak deformado. La mandíbula es de un rompedor de huesos. El cráneo no tiene un pronunciado arco superciliar. El torso me parece demasiado largo para ser de un protector de Pak. Bram, creo que tienes aquí a un comedor de carroña.

Acólito regresó para ver aquello de lo que Luis hablaba.

— ¿En qué te basas? —preguntó Bram.

—Una mandíbula hecha para partir huesos. Si hubiera sido un depredador hubiera tenido dientes afilados, para abrir grandes arterias o un abdomen. El torso largo le proporciona un intestino suficientemente largo como para digerir cualquier dieta difícil. La falta de arco superciliar... Bien, quizá fuera de hábitos nocturnos, o quizá tuviera cejas muy pobladas para proteger los ojos de la luz, pero...

— ¿Podría ser un Amo de la Noche? —sugirió Acólito—. El cráneo distorsionado, las articulaciones infladas...

Luis negó con la cabeza.

—He visto a un niño Chacal en la Villa de los Tejedores, una pareja de adultos entre los cazavampiros y otros adultos en la granja de sombras debajo de una ciudad flotante, algún tiempo atrás, y podría jurar que todos eran de la misma especie. Pero éste no lo es.

»Los Chacales de la granja de sombras eran algo más altos que yo; éste es diez centímetros más bajo. La dentadura vaya y pase, de acuerdo, pero mirad las manos. Las de los Chacales son más grandes y gruesas; pueden desgarrar con facilidad. Y más a mi favor, Acólito: la especie actual es la misma a lo largo de trescientos millones de kilómetros, que es la distancia que separa a aquella ciudad flotante de la Villa de los Tejedores.

Acólito miraba, sin decir palabra. Era raro ver a un kzin tan calmado.

—Pero es obvio —dijo Bram entonces—; éste es el antecesor, la especie de la cual provienen los actuales Amos de la Noche.

— ¿Cronos?

— ¿Quién? ¿Te refieres al dios de los antiguos griegos?

Luis se sorprendió, y lo demostró.

—Has estado estudiando, por lo que veo...

¡Nej, así es como había aprendido esa música!

—Son entrometidos, ¿no crees? Me refiero a los titerotes —dijo Bram—. El Inferior tiene en archivo cientos de generaciones de literatura humana, historia oral kzinti, secuencias de escultura táctil kdatlyna, e incluso unos cuantos relatos de vindicación trinoc. He visto filmes del siglo veinte de tu historia basadas en la obra *Drácula*, de Bram Stoker, y otros de Fred Saberhagen y Anne Rice. Pero... ¿porqué no ponerle Cronos a éste? Porque no pudo ser el primero, Luis. Te haré una breve argumentación, me temo que algo borrosa.

»Hace ochenta mil falans, hubo un protector de Pak muerto. Debió de haber vivido cientos de falans, de todas maneras. Por todo lo que sabemos, debe de haber sido uno de los que ayudaron a construir el Arco. A ése sí puedes llamarlo Cronos, si quieres. Los Chacales arcaicos vinieron y comieron de su cuerpo. Si la carne del protector no les sirvió para el cambio, quizá comieron también de algunas de las

raíces que portaba, influenciados por el olor. Se volvieron protectores, y si eran varios, pronto no quedó más que uno.

Luis palmeó el hombro del esqueleto, levantando un remolino de polvo.

—Bram, éste es el protector más antiguo de que tengamos noticia. Tal vez hubiera dioses más antiguos que Cronos, de los que los griegos no supieran nada...

—Bien, como te parezca —concedió Bram—. Cronos.

—Gracias. La especie de Cronos debe haber comido carroña por miles de años después de algo como el impacto del Puño-de-Dios...

— ¿Tienes que mencionar cada detalle trivial? Ah, es cierto, tienes un aprendiz. Acólito, ¿alcanzas a ver el punto de Luis?

—A decir verdad, creo entenderlo —contestó éste—. El número sería ridículo a menos que algo atrajera a los Chacales en la misma dirección desde muy grandes distancias. Un imperio. Los Chacales deben ser de la misma especie a lo largo de trescientos millones de kilómetros; quizá a todo lo largo del Anillo.

— ¡Sí! Era Cronos, guiando a su especie como un pastor. ¿Qué me dices, Bram? ¿No intentaría un protector preservar su patrón genético?

El kzin cayó plenamente en la cuenta.

— ¡Por supuesto! Pero ¿cómo podría Cronos guiar a sus descendientes? Aún un cambio para bien puede oler mal. Un momento... ¿Qué pasaría si eligiera a otra especie, algún símil carroñero? No, él debería guiar a su propia gente...

Acólito estaba aprendiendo cómo resolver rompecabezas.

—Él era un Amo de la Noche —dijo Bram—. El sentido de olfato de un carroñero es alterado por la evolución. A qué aproximarse, qué tocar, qué llevarse a la boca, cada una de esas cosas es una elección consciente. Un Nocturno debe ser más libre que otros protectores. Podría guiar a su clase a través de lo que entendiera como perfección.

Miraron al viejo esqueleto.

Él tenía que venir, había dicho Bram. Casi siete mil falans, había dicho. Mil setecientos años. Y si la sospecha que había nacido en Luis tenía algún apoyo real, sería mejor que no preguntara directamente, sino dando un largo rodeo.

— ¿Está tu pareja por aquí aún?

—Anne debe estar muerta. Cuando nos dimos cuenta de que el Arco era inestable en su plano, y que debían montarse los motores en el borde, Anne fue a solucionarlo. Me fue posible seguirle el rastro por un tiempo; esos otros ahora a cargo del borde deben haberla matado.

—Bram, ella puede haber tenido que hacer a esos otros protectores.

—Anne no sentía urgencia cuando me dejó para ir allí. Habría trabajado sola. Ese floreciente grupo debe ser el trabajo del más reciente, el protector del Pueblo de la Esfera...

—Teela.

— Teela Brown, tu pareja — dijo Bram—. El Inferior tiene grabaciones de ella también.

— ¿Estabas aquí cuando ella llegó?

—Sí. Fue más difícil esconderme de ella que del titerote. La vi aprender a usar la defensa contra meteoros. Estaba seguro de que ella intentaba hacer lo que cualquier protector haría: salvar el Arco del impacto contra el sol. ¿Cuál era su verdadera intención, Luis?

—Teela era un protector. No puedo leer la mente de un protector.

—Ella era de tu gente. Si no la entiendes tú, ¿quién podría?

—Has visto los registros. Ella era extraña —comentó Luis.

—Vinieron dos al Centro de Reparaciones —dijo el nudoso—. Comieron de la raíz. Uno de ellos murió; el otro cayó en el coma que conduce al estado de protector. Tuve tiempo de ocultar mi presencia y preparar medios para observarlo.

»Esa Teela vagó por el Centro de Reparaciones, y fue un placer observarla. Descubrió cosas que yo nunca había encontrado, y al fin llegó aquí. Entonces aprendió el sistema de defensa y el uso del telescopio.

»Luego se fue. Pude rastrearla un tiempo mientras se movía hacia el Muro. Usó el sistema de transporte magnético del Borde, que es mucho más rápido que lo que usamos nosotros, pero ella tenía un traje de presión avanzado.

— ¿Estaba apurada?

—Algún objeto extrasolar impactó al sol hace veintidós falans; una tormenta de partículas subatómicas empujó al arco fuera del balance. Luis, Teela estaba en grandes apuros.

Veintidós falans: el Mundo Anillo se desbalanceó cinco años antes de que la Aguja Candente de la Cuestión llegara.

—Ella estaba educada en la Tierra —dijo Luis—. Con una mente de protector y las clases básicas de física, debe haber calibrado la situación muy rápido. Fue a reparar el sistema de posición. ¿Se encontraría con Anne, quizá?

—Anne se escondería —aseguró Bram—. Vigilaría a Teela. A la primera señal de incompetencia, la mataría.

—Hum.

—Tú la conocías, Luis...

—La conocí como mujer. Pero aún así, Bram, nadie *conocía* a Teela. Ella era una anomalía estadística, una mujer que había tenido suerte a cada paso de su vida, de tal manera que Nessus la seleccionó por ello para la tripulación de la primera expedición al Anillo. La vida normal estaba fuera de su alcance.

—Mi padre menciona a Teela a veces —comentó Acólito—. Nunca supo qué hacer frente a ella. Para los titerotes, era parte de un programa de procreación: conseguir seres afortunados. Chmeee cree que tuvieron éxito.

—No fue así —dijo Bram.

—Ella está muerta, Bram; ya no es una amenaza —dijo Luis.

—Pero ¿qué debe dejar de lado un protector para lograr el futuro que desea? Nosotros planeamos a largo plazo, Luis. ¿Has visto todo lo que necesitabas ver?

—Sí.

Bram apareció nuevamente en último lugar, gritando:

—Inferior, ¡despierta!

Pero el Ser Último estaba ya despierto y bailando en la cabina... con tres fantasmas, tres titerotes demasiado transparentes para ocultarlo.

—Bram, he pensado en algo más. Moví la sonda hace una hora para ocultarla detrás del borde, fuera de vista de alguna nave invasora.

— ¿Cuáles son los números?

El Inferior silbó. Las ecuaciones se mostraron en varios colores.

Bram las estudió. Era la primera vez que Luis lo veía tan ensimismado, pero las ecuaciones se veían complejas, de hecho más allá de sus propios conocimientos. Luego el protector dijo:

—Bien. Comienza la deceleración.

El Inferior trinoó ahora. Una pantalla se abrió detrás de él, mostrando el Borde.

— ¿Así esta bien?

—Sí, mientras no te ocultes de mí —dijo Bram.

El Muro se movía borrosamente; su borde muy arriba, las cimas de las montañas derramadas muy abajo. La sonda debía estar a unos cuatrocientos a quinientos kilómetros de altura, calculó Luis.

Otro silbido. Luis miró para ver qué cambiaba, pero aún no... había que esperar un poco. Ahora. En la zona de oscuridad nocturna, el Muro se iluminó de repente con un reflejo azulado: un motor de fusión pequeño. Las ecuaciones flotantes lo expresaban mejor; algunos de los números comenzaron a decrecer.

Los tres fantasmas aún bailaban con el Inferior, y Luis de pronto los reconoció: los estilos de peinado diferían, pero los tres eran Nessus.

Acólito estaba clavando los dientes en algo que escurría un líquido rojo. No era una visión agradable, pero de repente Luis se sintió hambriento. Tipeó en la cocina mientras miraba de reojo las imágenes.

—Inferior —dijo Bram—, ¿qué sabes de Teela Brown?

El titerote repicó como una campana de bronce. Un tercer holograma se abrió detrás de él: una tabla de contenidos, según pudo apreciar Luis. La cabina estaba llena de imágenes ahora.

Bram destelló de ira.

—Ven aquí. ¡De inmediato!

El titerote no dudó: en un segundo estuvo a su lado.

—He intentado no perjudicar...

—Te prefiero aquí. Escuchad los tres: estoy intentando hacerme una idea de un protector en mi mente. Tengo mi lóbrega vista de Cronos y he conocido íntimamente a Anne, pero Teela Brown es un protector alienígena. Pronto debemos enfrentar a otros extraños. ¿Qué me estás mostrando ahí, Inferior?

—Son los registros del proyecto Humano Afortunado. Mi administración entendió que los humanos podían ser buenos aliados. Los humanos tienen buena suerte. Los haríamos más efectivos al hacerlos más afortunados aún. El experimento fue local, afectando a un solo planeta: la Tierra. Procuramos que se agregara un sorteo a las calificaciones formales que otorgan derechos de nacimiento. Mantuvimos registros de los seres nacidos gracias a la fortuna. Financiamos un programa social para que esos seres se conocieran entre ellos y procrearan.

— ¿Era ella afortunada?

Luis no escuchaba. Definitivamente, no escuchaba. Cuando él se liberó aquella vez del Mundo Anillo, Teela se quedó por propia elección. Luis había tenido cuarenta años para evitar el pensar en Teela Brown.

—Ella era una ganadora del sorteo en sexta generación, pero Teela no fue afortunada para nosotros, sus asociados titerotes. No puedo saber si ella fue afortunada para sí. Toda criatura busca la homeostasis, el equilibrio. Teela perdió su pareja, luego su identidad, género y forma, luego su vida. Parece no haber sido afortunada, pero la suerte es una cosa de difícil interpretación.

Acólito preguntó:

— ¿Qué dices si ella buscaba un motivo, una causa por la que valiera la pena morir? —Luis se quedó con la boca abierta—. O tal vez ella sólo quisiera ser más inteligente. Como mi padre. Como yo, ahora. La suerte le proporcionó esas cosas.

— ¿Qué dices, Luis?

—Puede ser. Interesante interpretación.

¡Cuarenta años, y él nunca había visto lo que había sido obvio para ese gato apenas adolescente!

— ¿Algo más?

Luis cerró los ojos. Aún podía verla, tocarla.

—Un accidente tonto la separó de nosotros por un breve tiempo. La suerte, supongo. Cuando volvimos a encontrarla, ella ya estaba con el Caminante. Grande, del tipo del fornido explorador, un guía perfecto para un mundo tan inmenso. Y supongo que ella se había enamorado de él, también...

— ¿Era tu pareja o la de él?

—Poligamia serial... Olvídalo.

— ¿Ella te dejó por él?

—No fue sólo por el Caminante. Bram, ella había hallado este gigantesco... «juguete», por así llamarlo. Nunca se le hubiera ocurrido a Teela que esto estaba

por encima de ella, que era demasiado grande para jugar con él. Esta... «cosa», estaba más allá de ella.

— ¿Quería jugar con el Arco? Sin destruirlo, por supuesto... Y sólo un protector puede hacer eso.

Luis se frotó los ojos en silencio.

—Entonces la dejasteis aquí en el Anillo —continuó Bram—. ¿Y luego?

—El Caminante la debe haber guiado hasta el mapa de Marte, o contado lo suficiente como para que ella pudiera hacer sus conjeturas. Sabía que yendo hacia allí entraría a un lugar extraño, plagado de secretos.

»Ella... veamos... se despierta como protector. El Caminante ha muerto. Teela es un protector en el Centro de Reparaciones. Curiosa alrededor. Luego encuentra cómo influir en el sol y generar el láser supratérmico. ¿Hizo estallar algunos cometas?

—Sí, lo hizo —admitió Bram.

—Ella aprende cómo usar el telescopio del cuarto de defensa. Se da cuenta de que el Anillo sufre un balanceo. Encuentra motores de posición en el Muro, pero la mayoría de ellos faltan. Cualquier protector podría predecir el resultado que sigue.

»Entonces fue hacia el Muro. Bram, ¿se llevó raíces consigo?

—Raíces, una planta en floración y óxido de talio.

—En el espaciopuerto del Muro encuentra los motores faltantes; los Ingenieros de las Ciudades los usaron para motorizar sus naves. Anne quizá ya había repuesto algunos de ellos... Claro, ¡por supuesto! Eso es lo que Anne había estado haciendo: interceptar a toda nave que regresara, quitarles los estatorreactores Bussard y recolocarlos en el Borde. Ésa es otra de las cosas que Halrloprillalar jamás me comentó. Ella y su tripulación deben haber sido desalojados de su nave y enviados a través de la pared del Anillo por un enojado protector...

Bram esperó.

—Nej, pobre Prill. Eso bastaría para enloquecer a cualquiera...

Bram siguió esperando.

—Bien, entonces hay unos reactores vueltos a poner en su sitio, pero lo que Teela supone es que simplemente los constructores de naves aún no los han retirado a todos. Retoma el trabajo de Anne. Es urgente. Busca algunos criadores y los vuelve protectores.

Nos comentó acerca de ellos: uno de las montañas derramadas, un vampiro, un Amo de la Noche. Todos ellos comienzan a quitar los motores de las naves y los vuelven a montar en sus alojamientos del Muro.

»Tenía veinte instalados y ya no había más naves a la vista, y los motores no alcanzaban a entregar la potencia necesaria para la corrección por sí solos. Entonces volvió al mapa de Marte, sabiendo lo que tenía que hacer a continuación. No se percató de que la Aguja Candente de la Cuestión se aproximaba hacia ella hasta que estuvo en el telescopio del Centro de Reparaciones.

—Deben haber tenido telescopios en el Muro, Luis —acotó el kzin.

—Seguro, y deben ser lo suficientemente potentes para detectar las naves de los Ingenieros que llegan. Pero la Aguja es mucho más pequeña.

— ¿Reconocería ella esta nave como de la Esfera?

—Seguro. Es un fuselaje número tres de Productos Generales.

Bram retomó el hilo.

— ¿Cómo podría la Aguja afectar sus planes?

—Ya te he dicho que no sé como piensa un protector, Bram.

—Pero debes intentarlo.

Luis no quería intentarlo.

—Esto es lo que Teela me contó: ella simplemente no podía matar a un billón de personas para salvar a treinta billones. Tenía la inteligencia de un protector, pero conservaba la empatía de la vieja Teela: podía sentir sus muertes. Sabía que debía hacerse, y también que nosotros... me refiero al Inferior, Chmeee y yo, podríamos llegar a la misma conclusión. Pero también supo que no podría permitirnos que lo hagamos. Estaba invitándonos a que la matáramos, Bram.

—La vi luchar contra ustedes. Yo hubiera luchado mejor a ún estando moribundo.

—Sí. Fue la más terrible lucha de mi vida, pero nadie vence en la lucha a un protector.

—Si sabía que no podría guiar un chorro de plasma a lo largo del Muro, ¿porqué volvió al Centro de Reparaciones?—era una pregunta tonta, y Bram no espeó respuesta—. ¿Qué buscaba ella realmente?

Luis meneó la cabeza.

— ¿Qué busca un protector? Eso es algo que hemos aprendido de ti. Tus motivos son muy fuertes: proteger tu línea genética. Cuando tu progenie desaparece, dejas de comer y te mueres. Teela no tenía descendientes en Mundo Anillo, pero había homínidos. Parentela, si haces la vista gorda. Ella *tenía* que salvarlos. ¿Porqué esperar? Con el Anillo desbalanceado...

Bram despreció la explicación con un gesto.

—Ella esperó que llegara la Aguja para aprovechar los programas de computación derivados de los titerotes. Miré al Inferior mientras los usaba y me alegro de no haber interferido.

Oh.

—Pero en ese caso¿porqué no decírnoslo?—preguntó Luis—. Nej,¿qué necesidad había de luchar? Espera... Bram, ¿Anne se fue enseguida luego de que vosotros vencierais a Cronos?

—Se tomó algunos días en la preparación.

—Y eso fue hace casi siete mil falans atrás...

—Sí.

—En mi calendario, eso sería por el año mil doscientos después de Cristo... ¿Se llevó raíces con ella? ¿Tuvo que volver por más luego?

—Anne llevó raíces, una planta en flor y óxido de talio. Plantó el Árbol de la Vida pero la cosecha se malogró luego de un tiempo y hubo de volver, hace unos cinco mil falans. No se quedó mucho tiempo conmigo. Desde entonces no volví a verla. O ha logrado mantener su jardín, o ha muerto.

—Hum. Teela hizo idéntica lista: raíces, una planta en flor y talio. Si hay allí un buen lugar donde plantar todo eso, entonces el jardín de Anne debe estar ahí. Teela sabría que eso debía ser así.

—Anne lo escondería adecuadamente.

—No puedes esconder las plantas de la luz del sol. Tampoco donde cualquier homínido pudiera sentir su aroma. Hubiera querido tenerlas al alcance, en alguna montaña derramada, en un lugar al que ni los globos de aire caliente pudieran llegar. Una fisura, un valle cortado a pico, tal vez. Y ahora tenemos que averiguar si Teela lo encontró.

— ¿Y qué si lo hizo?

Luis suspiró.

—Bram, ¿qué has conseguido respecto a los protectores vivos?

—Inferior, muéstrale. Me daré un baño.

CAPÍTULO 25 – OPCIÓN POR DEFECTO

A ciento sesenta kilómetros por encima de las montañas derramadas, la sonda aceleró. El Muro del Anillo corría por delante y detrás de ella como un río congelado del tamaño de varios mundos, pero ya no más a 1230 kilómetros por segundo. La sonda comenzó a igualar velocidades.

Luis se volvió al titerote.

—Esa instalación en el cometa, ¿puede ver a la sonda ahora?

—Sí. Está lo suficientemente por encima del plano del Anillo. Sin embargo, la habremos hecho descender antes de que la imagen de la sonda alcance a llegar al cometa.

Acólito se reclinó, grande y silencioso. Chmeee lo había enviado para aprender, y había estado mamando de Bram por más de dos falans. Enseñarle «sabiduría» habría sido un lindo truco, pensó Luis. A los protectores la inteligencia les salía por las orejas, pero... ¿la sabiduría? Sin embargo, ¿podría un kzin apreciar la diferencia?

—Y tú has destruido toda otra cosa que pudiera vernos...

—Sí.

—Bien, muéstranos el Borde.

—No puedo mostrarte a los protectores, Luis. Es lo que Bram ^{opide} pero la resolución del telescopio no es tan grande.

— ¿Qué has conseguido?

El Ser Último había tenido meses, falans para observar el Muro y las montañas derramadas. Los heliógrafos parpadeaban por todas partes, no sólo en las cordilleras del Muro. Varias veces la sonda había detectado reflejos de lo que se podrían llamar «clientes», en las tierras llanas.

Un poblado pasó por la cámara a toda velocidad, y el titerote congeló la imagen para ellos: un millar de casa desparramadas por uno de los lados de una fantástica cascada, de ochenta o cien metros de altura. Del otro lado, un muelle para los globos de aire caliente, marcado por un acantilado pintado de color anaranjado. Debajo del muelle se arracimaban factorías y depósitos, corriendo en hileras por debajo de los hielos hasta otro enorme peñasco naranja, y por debajo de él había una zona de aterrizaje. Viniendo desde abajo o desde arriba, los viajeros hallarían refugio allí.

El Ser Último hizo saltar la imagen hacia otra aldea, a unos mil doscientos kilómetros de la anterior. Un racimo de construcciones cubría la verde ladera de una colina poco empinada: casas con techos inclinados cubiertos de césped, y una fila vertical de edificios industriales, con sus zonas de aterrizaje naranjas al principio y al final de la hilera.

—Acólito —dijo Luis—, tú has visto mucho más que yo de esto. ¿Hay algo que no me haga falta ver?

—No puedo saber qué cosas son útiles y cuáles no, Luis. Esas gentes arrojan sus desechos igual que lo hace un cardumen de peces. Sus...

Luis rió largamente, mostrando los dientes. Acólito esperó a que terminara.

—La forma de las casas difieren, pero la ubicación de ellas sigue un patrón. Las factorías y zonas de aterrizaje son siempre muy similares. Bram estuvo de acuerdo conmigo en que los Amos de la Noche pueden haber proporcionado a través de sus espejos todo un tráfico de ideas: diseños, mapas, alertas meteorológicos, hasta música escrita, tal vez.

—El comercio entre las estrellas es similar a eso —comentó Luis.

El Muro del mundo era una hoja continua de scraith, el material de construcción del Anillo, tan fuerte como la atracción nuclear. Pero ni siquiera esa resistencia podía contra un meteoro impactando a la terrible velocidad de la rotación. Luis notó una perforación muy arriba en el Muro, unos pocos millones de millas hacia antigiro del otro Gran Océano. Por otro lado, los grandes montantes vacíos se distribuían cada cuatro millones y medio de kilómetros, a lo largo de la circunferencia del Anillo. Un delgado hilo corría sobre la coronación del Muro por un tercio de la circunferencia total: una pista tipo guía Maglev, un transporte magnético, que habían visto ya hacía once años, en ocasión de su segunda visita.

Veintitrés de los montantes tenían sus motores en posición. Aún a la máxima aproximación de las lentes, los delgados pares de toroides eran apenas visibles.

—Así es como se ven cuando están en funciones —dijo el titerote, y cambió la imagen.

El cambio no era notable. La fusión de hidrógeno expelía sobre todo rayos X. Un motor de fusión emite luz visible a causa de su temperatura, o porque se ha añadido masa pulverizada para incrementar el empuje. Cuando un motor de posición del Anillo estaba en funcionamiento, la trama de alambre que le daba forma se ponía al rojo blanco, y se flexionaba contra el campo magnético del plasma. Los toroides formaban la constricción en forma de cintura de avispa en medio de un reloj de arena hecho de malla de alambre, y una llamarada de color índigo corría a lo largo del eje. Veintidós de esas inmensas y tenues luces formaban una hilera fantasmal.

El Ser Último presentó una sucesión de placas mostrando las tareas alrededor del motor número veintitrés. Había grúas y cables lo suficientemente grandes como para ser visibles, y unas cosas planas que debían ser levitadores magnéticos, pero nada del tamaño de un hombre podía verse con esa aproximación.

Pero Luis sólo podía pensar en la necesidad que tenía de hablar donde Bram no lo escuchara.

El protector estaba haciendo uso de la ducha de la cabina de la tripulación. No había duda de que ese equipamiento había mantenido saludables a Luis, Chmeee y los dos Ingenieros, pero aún así era pobre en recursos, complicada y primitiva. A través de la pared se podía escuchar el murmullo del agua corriendo.

Dijo, por probar:

—Me llama la atención de que, si quería bañarse, no utilizara las facilidades de tu cabina.

—Luis, no sabes cómo desearía ahora mostrarte mi cabina. Pero el disco pedestre es estructural, y no puede modificarse. No puede transportar a un alienígena.

—Valorizas en mucho tu privacidad —comentó el kzin.

—Bien lo sabes ya —respondió el titerote—. A mí me agrada la compañía, la de Luis y aún la tuya, si es que no puedo rodearme con allegados de mi gente; pero mi especie es prisionera de sus temores. Y mis temores me guiaron al construir esta nave.

— ¿Has persuadido de ello a Bram?

—Así lo espero. Es la verdad.

La sonda estaba a una hora de alcanzar la velocidad de giro del Mundo Anillo.

—Habremos de usar los trajes. Hagamos algo respecto a ello.

—Conservo el mío en perfectas condiciones —respondió el titerote.

—Muy bien. Envíanos a Acólito y a mí a la zona de carga.

—Yo también iré —dijo el Inferior—. Hay otro equipamiento que deberé revisar.

Saltaron al disco.

—Aquí no puede oírnos —les aseguró el titerote.

Acólito resopló. Luis dijo:

—Supón que una inteligencia del nivel de la de un protector realmente quiera escucharnos...

—No, Luis. Yo quería espiaros a ti, a Chmeee y... —se interrumpió antes de decir «Harkabeeparolyn»—. Monté esta zona como mi puesto de escucha. Nadie podría colocar aquí un dispositivo espía sin que yo me enterara.

Tal vez.

—Inferior, ¿no estás a salvo cuando te encuentras en tu cabina?

—Bram tiene un modo de atacarme allí.

— ¿Puedes bloquearlo?

—No he podido hacerme una idea de qué ha preparado.

— ¿No será un puro alarde? Bram ha tenido mucho tiempo para trabajar en ti. Te tiene aterrorizado.

La mirada del titerote se concentró en Luis: visión binocular basada en un trípode.

—Nunca nos has comprendido bien. El protector oculto me ha asustado desde el principio, y sigo asustado. Aunque tú planeas eludir a Bram, yo aceptaré el riesgo o lo rechazaré, sólo basándome en las probabilidades. El peligro no me hará cambiar de idea.

—Yo no pretendo romper mi contrato.

—Excelente.

Había trajes y equipos de aire diseñados para humanos; debía preparar dos equipos completos para él y para Bram. Chequeó los cierres y las conexiones, vació los depósitos de reciclaje y llenó los de nutrientes, higienizó el interior de los trajes y de los depósitos de agua y aire, los llenó de nuevo, cargó las baterías.

Acólito hacía lo mismo con su propio equipo. El Ser Último inspeccionaba una pila de discos pedestres.

—Sé porqué murió Teela Brown —dijo Luis.

—Los protectores mueren con facilidad, una vez saben que ya no ~~son~~ útiles —dijo el titerote.

Luis negó con la cabeza.

—Ella encontró algo. Tal vez el jardín de Anne, tal vez sólo huellas de dedos en los motores. No importa lo que fuera, ella sabía que había un protector en el Centro de Reparaciones. Tuvo que recibir a la Aguja en el mapa de Marte, pero cuando lo hizo, nos tomó como rehenes. El único modo en que podríamos estar seguros aquí era si ella moría. Pero...

—Luis, no tenemos tiempo. ¿Qué quieres de nosotros?

—Quiero cambiar el esquema de los discos pedestres sin que Bram se entere. Luego quiero dejar todo como estaba. No estoy seguro de si estoy en lo correcto. Necesito una opción por defecto.

— ¿Opción por defecto? —preguntó el kzin.

El Inferior respondió por él.

—Decidir por anticipado lo que se debe hacer, por si no se tiene tiempo luego para decidir.

—Es como el primer movimiento que aprendes al usar el wutsai, la daga kzin —aclaró Luis—. Si eres atacado demasiado r ápidamente como para pensar en una defensa, tu entrenamiento te salva.

—El «destripador».

—No sé, lo que fuere. Sólo sabía que tenía que haber uno. Sea con espadas o armas de fuego, lucha libre o yogatsu, no importa: entrenas los movimientos para incorporarlos como reflejos, de modo de reaccionar instintivamente cuando eres atacado. De la misma manera, entrenarás a una computadora a que haga determinada cosa si no puedes decirle que lo haga.

—Una noción brillante —dijo el kzin.

—Inferior, no entiendo bien cómo funciona tu red de discos pedestres...

Lo discutieron.

—El sistema necesitaba saber que realmente querías mantener el cambio hecho, y eso sucede cuando bajas el borde del disco.

—Entiendo. Bien, ahora puedo hacer el truco, y no os enteraréis. Podréis negaros a admitir el hecho. Acólito, necesitareé que provoques una distracción.

—Dime en qué has pensado.

—No tengo la menor idea. Sólo necesito alrededor de dos respiraciones.

Cuando volvieron a la cabina, el Ser Último venía diciendo:

—Luis, ¿eras consciente de que estabas muriendo?

Luis sonrió débilmente.

—Nuestra tradición dice que todo el mundo muere. Las excepciones son para los titerotes y los protectores. Hola, Bram, ¿algún cambio?

Bram estaba furioso.

—Inferior, amplifica la imagen y la iluminación. ¡La villa!

La sonda se movía entre sombras, pero podía verse adelante, mucho más cerca de la banda de luz de día, un grupo de construcciones oscureciendo el tono nevado de la montaña derramada cercana.

El titerote cantó como flauta y cuerdas. La aglomeración se iluminó y se acercó.

La villa se asemejaba a una gran mancha en cruz vista desde arriba. Las casas eran blancas, aunque de tono distinto al de los campos nevados; tejados inclinados bajo una capa de nieve se engarzaban a lo largo de una repisa de roca desnuda, enlazados por caminos oscuros, desparramados horizontalmente por más de treinta y cinco kilómetros. Una serie de fábricas y depósitos cruzaban esa banda en forma vertical, organizados en forma más apretada, corriendo a lo largo de tres kilómetros de altura. Encima y debajo de esta hilera se veían manchas irregulares de color naranja brillante, y puntos de otros colores.

Bram se mantenía escasamente bajo control.

—Os necesitaba aquí. Temí que la sonda pasara de largo antes de que retornarais. ¿Podéis ver lo que nos concierne aquí?

—No... Ah, sí.

Luis también lo vio. Tres cuadrados de plata brillante: plataformas de carga, y de las grandes. Una estaba vacía; otra cargada con algo indefinible. La tercera, un rectángulo marrón con un borde grueso y brillante: el crucero del Pueblo de la Máquina, aún cabalgando su placa. Estaba sujeta en el dock superior, cerca de la roca desnuda pintada de anaranjado, y a su lado se veían dos parches de colores amarillo, naranja y azul cobalto: globos desinflados.

—Fue un viaje rápido —dijo Luis.

La luz del día llegó a la villa, viajando a mil doscientos kilómetros por segundo. La vista refulgió a causa del amplificador de luminosidad; luego cambió a colores más reales.

—Tienen su propia cámara red —les recordó Acólito.

El Ser Último abrió otra pantalla cercana a la de la sonda —y ya eran cuatro—. Por ella se veía a través de la proa del crucero.

Los Pastores Rojos usaban unas hermosas pieles a tiras grises y blancas. Luis sólo vio manos rojas al extremo de unas mangas grandes y colgantes, narices pequeñas y ojos oscuros bajo las caperuzas, pero ¿quiénes más podrían ser? Los valientes cazavampiros. Varias otras figuras peludas, bastante más grandes, debían ser Montañeses. Sus manos eran amplias, con dedos rechonchos. Vislumbres de sus caras bajo las capuchas revelaban pelaje gris plateado, como el de las manos.

Lanzaban nubes de vapor al trabajar. Manos rojas y otras café sujetaron los borrosos límites de la ventana, y la vista se balanceó.

—La sonda habrá pasado muy lejos antes de que podamos decelerarla—dijo el SerÚltimo—. ¿Deberé traerla para echar otro vistazo?

— ¿Para qué? —respondió Bram—. Tenemos esta cámara. Inferior, nos estamos acercando al extremo más cercano del sistema de transporte del Borde, y podrían ver la sonda. Pásala del otro lado del Muro apenas puedas.

—Muy bien. En veinte minutos.

La sonda se encontraba ahora a plena luz del día, y ya había dejado atrás la villa de la montaña derramada. La cámara red robada se movía alocadamente mientras era trasladada.

— ¿Dónde habéis estado? —preguntó Bram.

Luis respondió.

—El momento adecuado para revisar un traje de presión...

—Sí. Informa.

—...es antes de estar respirando el vacío.

—Tú usas una lista de revisión. Yo uso mi mente.

—Y tu primer error será memorable.

—Informa.

—No sé respecto al traje del Inferior, pero los nuestros nos mantendrán vivos por dos falans. Hemos recargado todo lo recargable. El Inferior dispone aún de seis discos pedestres listos para el uso, y podemos reutilizar parte de los que están instalados ahora. Podemos instalar cámaras en cualquier parte. No hay armas en la zona de carga; he asumido que las has guardado en algún otro sitio. Quieres decidir lo que podemos portar con nosotros. No pudimos pensar en otra cosa que revisar.

Bram no dijo nada.

La cámara instalada en el nido de cuervo del Patriarca Oculto no mostraba cambios, y el titerote silbó para cerrarla. La sonda de repostado corría a lo largo de una pared de tonos violeta. La siguiente imagen se movía a los tumbos por un camino de bajada a través de parches rectangulares de nieve.

—Estabas muriendo —dijo el Ser Último.

— ¿Acaso has visto...? No importa. Muéstrame ese informe médico.

El titerote repicó. El informe médico bloqueó parcialmente las otras ventanas.

—Aquí lo tienes; está en Intermundial.

Química... reestructuración mayor... diverticulosis... Nej.

—Uno se puede acostumbrar a lo que la edad le hace, Inferior. La gente anciana acostumbraba decir: «Si te levantas una mañana sin que nada te amenace alrededor, es clara señal de que te has muerto durante la noche».

—No me parece divertido.

—Pero cualquier idiota puede darse cuenta de que algo anda mal si comienza a mear gas junto con la orina.

—Me hubiera parecido descortés observarte durante tal procedimiento.

—No sabes qué alivio me das. Pero aún así, ¿cómo te hubieras dado cuenta?

—Luis siguió leyendo—. Diverticulosis, esto es unos pequeños reventones en el colon. Mi colon. Puede causar daño de muchas maneras; en mi caso parecen haberse extendido lo suficiente como para haberse adherido a mi vejiga. Luego se infectarían y reventarían, rompiendo la pared. Eso dejaría una conexión entre mi intestino grueso y mi vejiga urinaria: una fistula.

— ¿En qué estabas pensando, Luis?

—Tenía el botiquín de Teela. Me estaba dosificando unos antibióticos. Por unos días me pareció que... Bien, las bacterias podían pasar a la vejiga y harían gas, pero los antibióticos las habrían barrido. Pero supe que necesitaba un fontanero.

Acólito no solía mirar directamente a los ojos, pero lo hizo ahora. Sus orejas se cerraron sobre su cabeza.

— ¿Te estabas muriendo? ¿Estabas en peligro de muerte cuando rechazaste la oferta del Inferior?

—Sí. Oye, Inferior... de haberlo sabido, ¿hubieras aceptado mi contrato?

—No es una pregunta seria, Luis. Siento admiración por ti. Eres un negociador temible.

—Muchas gracias.

—Por favor —dijo Bram—, restaura la vista de la sonda... Gracias. En seis minutos la pasarás hacia el exterior del Muro. Supongo que no perderemos la señal, ¿verdad?

—El scrith detiene un alto porcentaje de los neutrinos. Algún tipo de reacción a nivel del núcleo del material produce eso, pero la caída de la señal es predecible y puedo compensarla.

—Bien. ¿Está en orden mi traje?

—Es mi repuesto, después de todo —dijo Luis—. Toma el traje que desees para ti. Yo usaré el que dejes.

La sonda aminoraba su velocidad. Continuaba aminorando.

— ¿Ahora?

— Ahora.

CAPÍTULO 26 – EL ASTILLERO

PUNTO ALTO, 2893

El crucero y su plataforma llegaron atravesando la noche. Warvia y Tegger se aferraban el uno al otro dentro de la cabina de carga. El miedo a las alturas era una cosa terrible. Ambos gritaron al sentir el golpe del aterrizaje; luego rieron por estar vivos todavía.

Abandonar la protección de la cabina era algo difícil de sobrellevar. Jadearon y tiritaron en el frío y cortante aire. El sol apenas comenzaba a asomarse tras la pantalla de la noche.

Los Amos de la Noche parpadearon por el creciente día y se arrastraron a la cabina para dormir su turno.

Arpista los había traído hasta el más alto de los dos puertos aéreos marcados por pintura anaranjada en los riscos; a su lado vieron otra placa flotante y tres canastas sujetas a globos desinflados.

La villa se agitaba. Hacia abajo y a los lados, formas cubiertas de pieles iban saliendo de las casas de nevados techos para buscar comida en las tierras de las laderas cercanas.

Tegger era un nómada, pero no le pareció una ciudad demasiado grande. En realidad, parecía casi invisible. Los tejados eran rectángulos de nieve sobre un suelo nevado; sólo se distinguían por sus sombras.

Cinco paisanos caminaban con pesadez colina arriba, para recibir a los visitantes del llano. Los Rojos los contemplaron mientras venían, pero no consiguieron ver nada debajo de sus capuchas. Traían cantimploras y abrigo extra.

El agua había sido entibiada, y sabía a gloria. Warvia y Tegger se arroparon en los abrigo con prisa desesperada, cerrándolos hasta que sólo sus narices se veían. Eso, y sus jadeantes respiraciones sorprendieron a los Montañeses.

— ¡Vamos, es un día hermoso! —dijo Saron, con un acento casi impenetrable—. ¡Camina en una ventisca, y recién entonces verás lo que es vivir en la montaña!

Curiosearon alrededor del crucero de hierro y madera, sin prestar atención a la plataforma en que estaba montado.

Los cinco Montañeses se veían como barriles enfundados en capas de abrigo, pieles a rayas blancas y grises. La piel de Saron era distinta: Blanco y marrón verdoso, con una capucha que debió ser la piel de la cabeza de alguna bestia feroz. Su condición debía de ser distinta, supuso Tegger, y consideró que debía ser hembra, apoyado por el hecho de que era la más pequeña de los cinco. Sin embargo su voz no entregaba pistas, y su abrigo cubría todo detalle.

Saron estudiaba la telaraña de bronce y su soporte de piedra.

— ¿Éste es el ojo? —preguntó.

—Sí —respondió Warvia—. Saron, no sabemos qué hacer a continuación.

—Nos fue dicho que vendrían unos Amos de la Noche. ¿Dónde están?

—Duermen. Ya no es de noche.

Saron rió.

—Mi madre me había dicho que sólo era una forma de hablar. ¿De veras sólo salen de noche?

Los Rojos asintieron.

Un pájaro los sobrevoló, cabalgando en el viento, y luego se zambulló de golpe barranca abajo. Cayó con las garras extendidas hacia el suelo, y se remontó nuevamente con algo debatiéndose en su pico.

— ¿Qué es lo que debe ver el ojo? —preguntó Deb.

Tegger y Warvia no tenían idea. Pero debía ser algo obvio, porque Deb respondió a su propia pregunta:

—El espejo y el Pasaje. Llevemos al ojo para allá. ¿Acaso habla?

—No.

— ¿Y cómo saben que puede ver?

—Eso habrán de preguntarlo a Arpista y Travesera.

—Voy a dejarles abrigos —dijo Warvia—. Podrían congelarse aquí arriba.

—Bien —dijo Jennawil, y subieron pieles a la cabina de carga.

Harrid y Barrey se pusieron a trabajar, desatando las cuerdas que sostenían a la telaraña y su soporte. Tegger supuso por ello que ambos serían machos. Aunque atisbaban bajo sus capuchas, en franca sorpresa ante los Pastores Rojos, se mantenían en silencio. Parecía que eran las mujeres quienes llevaban el peso de la conversación.

Tegger intentó ayudarlos, pero apenas comenzó a trotar lateralmente cargando con el peso, se encontró jadeando sofocado. Deb y Jennawil vinieron en ayuda. Tegger les dejó la carga, luchando por respirar.

—Eres débil —dijo Saron.

Tegger intentó recuperarse de sus jadeos.

—Podemos caminar.

—Vuestros pulmones no encuentran suficiente aire. Estaréis mejor mañana; hoy debéis reposar.

Los cuatro supuestos machos comenzaron a descender con la carga, entre los tejados cargados de nieve. Saron caminó al frente para señalar puntos de apoyo a Warvia y Tegger, lista para auxiliarlos si resbalaban.

El pájaro descendió hacia ellos y se estacionó en la hombrera de cuero que portaba Deb. Éste trastabilló fuera de equilibrio, y maldijo en algún extraño idioma, levantándose luego.

Los montañeses parecían tener el pie firme a pesar del peso y la inclinación.

Tegger y Warvia caminaban aferrados, intentándose mantenerse erguidos. Habían estado moviéndose demasiado en el viaje ascendente, y ahora la montaña parecía balancearse debajo de sus pies. El viento se las arreglaba para encontrar cualquier abertura de sus abrigos. Tegger se asomó un poco de su capucha entrecerrando los ojos, que lagrimeaban.

Afortunadamente había recuperado parte de su aliento. Preguntó a Deb:

—Esa es vuestra lengua, ¿verdad? ¿Cómo habéis aprendido el idioma del comercio?

El habla de Deb distorsionaba vocales y consonantes; Tegger tuvo que adivinar el sentido a través del silbido del viento.

—Los Amos de la Noche dijeron que les contáramos todo. Pero vosotros no diréis nada a los vishnisti del llano, ¿de acuerdo? Guardaréis el secreto, ¿de acuerdo?

Tegger no reconoció la palabra, pero Warvia sí.

—Vashnesht —le dijo, pronuncándola en su idioma; y respondió a Deb—. De acuerdo.

Vashnesht, protectores. Mantenerlo oculto a los protectores de allende las montañas...

—Sí, lo haremos —dijo también él.

Deb continuó:

—Teela vino de abajo, del llano. Una persona extraña, todo nudos, y que no resha. ¿Entendéis, reshra? No lo hace. No tenía nada ahí, él nos mostró.

»Nos enseñó el habla. Nosotros sabemos el habla de los espejos, pero hablábamos mal. Teela nos enseñó, luego nos dijo que enseñemos a la gente que sube en globos.

»Luego Teela se fue por el Pasaje. Volvió setenta falans después, sin cambios en él. Antes pensamos que era un vishnisti, ahora lo sabemos.

Pasaban entre las casas ahora. Eran rectangulares, hechas de madera que debió ser traída del bosque ladera abajo. Los seguía ahora un cortejo de niños curiosos, con sus ojos asomando de las capuchas y mucha charla entre nubecillas de vapor. Warvia intentaba responderles.

Tegger preguntó a Deb:

— ¿Podremos nosotros hablar con Teela?

—Teela bajó al llano otra vez, hace cuarenta falans o más —respondió Deb.

—Más —dijo muy segura Saron.

Jennawil preguntó:

— ¿Qué sabéis vosotros del reshra?

Tegger miró a Warvia. Ésta contemporizó:

— ¿Cómo sabéis del rishathra? ¿Recibís otras visitas del llano?

Los locales rieron, aún los hombres.

—No de abajo —dijo Deb—, sí de al lado. Gente de la montaña de al lado.

—Pero ellos son también Montañeses, ¿no es así? —intervino Warvia.

—Vairba, la gente de la montaña no es toda la misma gente. Nosotros somos de Punto Alto. Saron no...

Llegaron a una puerta. Tegger guió a Warvia por delante de él. El pájaro se asentó en el hombro de Deb cuando entró.

El pequeño espacio no era la casa propiamente dicha; sólo un cuarto vestibular con vigas de madera y perchas para los abrigos. Dos puertas enfrentadas al final del pasillo se abrían en forma opuesta entre sí.

Comenzaron a quitarse los abrigos, y ambas especies se contemplaron curiosas.

Las gentes de Punto Alto eran de amplios torsos, caras anchas y planas, con grandes bocas y ojos hundidos. Los cabellos y las barbas de los hombres eran oscuros y rizados. Bajo sus abrigos llevaban vestimentas completas desde el cuello hasta codos y tobillos, y por debajo de los puños asomaba una buena cantidad de pelos enrollados.

Deb resultó ser una mujer de fuerte complexión y de edad mediana. El pájaro —Skripu— le pertenecía, lo mismo que los dos hombres, Harrid y Barrey, que eran gemelos e hijos suyos. Jennawil era una mujer joven, pareja de Barrey.

Y Saron era una mujer de voz profunda, vieja y muy arrugada. Eran distintas sus mandíbulas y sus manos.

— ¿Tú también eres de aquí? —le preguntó Warvia.

—No, soy de Picos Gemelos. Un viento fuerte desvió nuestro globo del camino a El Pequeño y nos trajo a Punto Alto. El viento sopla mal aquí, no podíamos volver. El resto siguió el viaje, explorando, pero Makray, a quien conocí aquí, se mostró muy persuasivo. Él no podía tener más hijos y yo había tenido ya los míos, así que ¿por qué no?

Mientras Deb se quitaba el abrigo y lo colgaba, Skripu se aferraba al parche de cuero, pero al guiarlos Saron dentro de la casa el gran pájaro remontó vuelo y los siguió.

El techo era alto y los muebles escasos. Había una gran percha para el ave, dos mesas bajas, y ninguna silla. Ésta era la mitad de la casa de visitas, separada de la otra mitad por el largo vestíbulo. Tegger se preguntó si alguna vez conocería a los que ocupaban la otra mitad.

Los hombres apoyaron la telaraña de bronce contra la pared. Luego la gente de Punto Alto se sentó en el piso con las piernas cruzadas, formando un círculo que dejaba espacio para sus visitantes.

—Ésta es vuestro hospedaje, la Casa de Visitas —dijo Saron—. Es suficientemente cálida para la mayoría de los que vienen, pero me temo que vosotros deberéis dormir entre pieles.

Jennawil hizo un gesto para hablar.

—Nosotros somos puntoaltinos. En la montaña de giro, nuestros vecinos se llaman a sí mismos la Gente Águila. Narices como picos. Son más pequeños que nosotros y no tan fuertes, pero sus globos son los mejores que hemos visto y comercian con ellos, los venden. Nosotros podemos tener hijos con ellos, pero tan raramente que reshamos con poco riesgo.

»A antigiro están los de los Hielos. Viven a mayor altura, y el frío los afecta menos. Mazarestch tuvo un hijo de alguien de los Hielos. Según lo que ella cuenta, su fuerza mueve montañas. El chico Jarth puede forrajear más alto que cualquiera de sus pares.

»Llegan visitas de puntos más alejados, tanto de giro como de antigiro. Los recibimos a todos y reshamos con todos también, pero no tenemos hijos de ellos. Ellos nos cuentan que ocurre lo mismo en sus casos. El reshtra es para los de diferente especie, y la pareja es para los de la misma. La gente de montañas cercanas puede emparejarse; los de lejos no. Teela nos ha contado que nuestros antepasados han de haber viajado de montaña en montaña, cambiando a medida que lo hacían.

»Bien, ¿y qué hay de ustedes, pequeños Rojos?

Warvia reía demasiado tentada para responder, por el embarazo más que por la sorpresa, pensó Tegger. Intentó organizar una respuesta:

—En el llano es sencillo viajar, y todas las especies están bastante mezcladas. Hay muchos modos posibles de celebrar rishathra allí. Nosotros, los Pastores Rojos, viajamos con los animales que criamos, a todo lo largo de nuestras vidas. No celebramos rishathra, y sólo nos emparejamos una vez.

No podía estar seguro de cómo estaban tomando eso los Montañeses; sus caras eran demasiado poco familiares.

—Algunas especies celebran rishathra por placer, otros para cerrar contratos comerciales, para terminar con una guerra o para posponer un hijo. Hemos oído hablar de los Desbrozadores, que son apenas sensibles, pero rishan muy bonito, y son muy convenientes para quienes no quieren perder el tiempo en el... cortejo. La Gente del Río harían rishathra con cualquiera que pudiera aguantar la respiración lo suficiente, pero son pocos los que...

— ¿Gente del Río?

—Viven debajo del aguaíquida, Barrey. Imagino que no habrán visto nunca alguien de su especie por aquí.

Risas. Jennawil preguntó a Warvia:

—Vosotros no lo hacéis, pero ¿sólo escucháis?

— ¿Qué otra cosa puede hacer mi gente cuando llegan visitas? Pero tal vez podríais hablar con los Amos de la Noche cuando despierten.

Tegger vio que Jennawil intentaba mantener el rostro sereno.

—Por favor, comprended —dijo Saron, cuidadosamente—. Sólo hacemos reshtra con especies de las montañas. Todas somos suficientemente parecidas, aun si no podemos tener hijos. Vosotros sois... —buscó las palabras, pero no las halló.

¿Algo extraños? ¿Muy horribles? ¿Demonios del llano? Antes de que el silencio se extendiera y se volviera incómodo, Warvia cambió de tema.

—Hemos oído que los protectores pueden penetrar cualquier secreto. ¿Cómo esperaréis ocultar el vuestro?

—De los vishnisti del llano —dijo Deb.

Saron explicó:

—Los vishnisti son un peligro. Teela nos dijo eso, los Amos de la Noche también, y las leyendas también lo dicen. Pero el pasaje pertenece a Punto Alto. El pasaje es del interés de los vishnisti, porque atraviesa el Muro. Ellos pueden ir fuera del mundo a través del pasaje, si usan esos trajes de aire y cascos con ventanas. Los Amos de la Noche no desean llamar la atención de los vishnisti.

— ¿Vosotros tenéis protectores aquí?

Parecía claro que Saron hablaba para la telaraña de bronce tanto como para Tegger y Warvia.

—Tres vishnisti del llano controlan el pasaje. Es más: han tomado a varios de los nuestros, adultos, y algunos han vuelto convertidos en vishnisti.

»Cuando caía la Luz de la Muerte, los vishnisti del llano nos enseñaron cómo ocultarnos de ella. Los techos de madera o la roca son suficientes para detener la Luz que pasa a través de las pieles y la carne, pero lo mejor es ocultarse en el propio Pasaje. Mi pareja Makray estaba de cacería cuando brilló la Luz de la Muerte —dijo Saron, con pesar—; nosotros pasamos medio día en el refugio, y sin ningún vishnisti para decirle que él no estaba...

—Muchos de nosotros salimos a cazar —siguió Deb—, y si la Luz de la Muerte brilla afuera, muere uno de cada tres. Niños débiles y malos nacen después. Todas las montañas cuentan la misma historia, pero los vishnisti nos protegen sólo a nosotros y las montañas de cerca. Los vishnisti del llano no son malos del todo.

— ¿Luz de la Muerte? —dijo Tegger.

Pero ninguno de los puntoaltinos pareció oírle, y no repitió la pregunta. Saron continuó:

—Los vishnisti de Punto Alto servían a los del llano manteniéndonos a salvo. Pero no les contaron dónde teníamos el espejo, y ellos no lo descubrieron. Son buenos para descubrir los secretos, pero las montañas no eran su tierra.

Warvia suspiró.

—Los Amos de la Noche se alegrarán de saberlo. Hemos viajado mucho para encontrarlos. No hay duda de que ellos tendrán mejores preguntas que hacerles.

—Y también Luis Wu —dijo Deb—. ¿O es sólo un cuento?

— ¿Dónde habéis escuchado de él?

—En los mensajes del espejo y a través de Teela.

—Luis Wu evaporó un océano—dijo Tegger—. La Ingeniero de las Ciudades llamada Halrlloprillalar pactó e hizo rishathra con él. Luis Wu es real, pero no

sabemos si se encuentra del otro lado de esta telaraña de bronce. Deb, necesitamos dormir.

—Sí —dijo Warvia.

Jennawil expresó en palabras la sorpresa de todos:

— ¡Pero si estamos en mitad del día!

—Hemos trabajado toda la noche. A ún respirar es laborioso aquí —aclaró Warvia.

—Dejémoslos dormir —ordenó Saron—. Nos vamos. Tegr, Vairba, ¿os levantaréis cuando lo haga la Gente de la Noche?

Tegger apenas podía mantener sus ojos abiertos y sus pensamientos en orden.

—Esperemos que sí.

—Hay comida tras esas puertas... ¡Flup, lo hemos olvidado! ¿Qué coméis vosotros?

—Carne recién muerta —respondió Warvia.

—Tras esas puertas... No, no importa. Skripu os encontrará algo. Dormid bien.

Todos salieron.

Tuvieron que matar su curiosidad mirando tras las pequeñas puertas, y eso hizo que escapara la mitad del calor de la casa. Allí había comida para las visitas —plantas y carne vieja, no comida para Rojos—, y un paisaje helado ~~de~~ a través de unas tablillas de madera, que a modo de barrotes mantenían fuera del pequeño recinto a los predadores. El clima se encargaba de preservar la comida por el frío.

Warvia y Tegger se enroscaron entre sí, con pieles por debajo y por encima. Se quitaron sus ropas y las pusieron a un costado para que se airearan. Estaban bastante abrigados, pero Tegger podía sentir el frío entrar por sus narices. A través de la pared podían oír los golpes y susurros que hacían los puntoaltinos al abrigarse para salir.

Casi se había dormido cuando Warvia le habló:

—Murmullo hubiera hecho mejores preguntas aún.

—Eso sólo fue una locura momentánea —dijo Tegger.

—Entonces yo también estoy loca, pues me ha contado cosas...

— ¿Qué?

Warvia susurró en su oído.

—Estaba con nosotros en el trineo de aire, bajo el crucero. Me habló respecto a la velocidad, para que no me volviera loca de miedo. Se mantiene en secreto, Tegger. No quiero que la telaraña de bronce nos oiga.

Él echó un vistazo a la cámara red, recostada contra la pared de enfrente, con toda la habitación a la vista, y rió.

—Si esa telaraña no fuera más que un trozo de piedra adornada...

—...seríamos todos unos grandes tontos.

— ¿A qué se parece Murmullo?

—Nunca lo vi. Tal vez es un espíritu, un alma en pena sin cuerpo.

— ¿Qué te ha dicho? No, no me digas ahora. Tenemos que dormir.

— ¿Por qué les has dicho que no celebramos rishathra? ¿Por el modo en que nos miraban?

—No. No son más extraños que la Gente de la Arena. Pero me imaginé en brazos de Jennawil, jadeando como un pez en la playa...

Warvia rió deliciosamente contra su oreja.

—Luego recordé que ellos hablaban con... hablaban *para* el Imperio de los Amos de la Noche. Hubiéramos sido famosos. Seguramente querrás un día radicarte en un sitio donde ningún Pastor Rojo haya oído de una pareja de su especie rishando con toda raza bajo el Arco, ¿no?

— ¡Nunca hemos hecho tal cosa!

—Las historias crecen al contarlas. Son grandes contadores de historias esos Chacales, y los Montañeses comunican sus palabras para todos, y tú y yo hemos destruido el mayor nido de vampiros debajo del Arco.

—Sí.

— ¿Estás pensando...?

—Son nuevos en esto —dijo Warvia—. Sólo han rishado con gentes muy parecidas a ellos. Amor, ¿quisieras enseñar rishathra sólo una vez?

Durmieron.

CAPÍTULO 27 - LOVECRAFT

La sonda giró y ascendió a diez gravedades, muy cerca del Muro. El resplandor azul convergió y luego dejó de verse.

El borde del Anillo era delgado. La sonda lo superó por unos pocos cientos de metros, y se arqueó para pasar del otro lado. Una bocanada del motor de fusión le puso sombrero a su caída y la llevó al otro lado, detrás una pared sombreada de negro de tal tamaño que parecía llegar a los cielos.

Bajó la velocidad, sobrevoló y se apagó.

Una ventana se abrió, cubriendo a las anteriores. Mostraba a la sonda rondando la llama color índigo; luego cayó y sólo se vieron las estrellas.

—Ahora ya tienes una vista de más allá del Muro —dijo el Ser Último.

—Necesitamos ver el fondo del Anillo. Llévala allí —ordenó Bram.

—Sí, señor —dijo el titerote, pero no movió sus cabezas.

— ¡Haz lo que te digo!

—La sonda está cumpliendo ahora mis instrucciones: apaga los motores y rota. Quiero ver qué hay ahí.

La sonda giraba mientras caía. La vista cambiaba, como consecuencia de ello: el negro del Muro, el reflejo solar, el campo estrellado... Una hebra plateada brilló de pronto contra el cielo estrellado, por debajo del campo de visión de la sonda.

— ¡Allí! —dijo Luis— ¿Lo ves? Has de encender el motor, o la impactarás.

—Encendido, de acuerdo —un despliegue de sonidos, y luego—. ¿Qué es eso?

—No es el saliente de un espaciopuerto. Es demasiado delgado.

Esperaron, a causa de la demora debida a la velocidad de la luz. El trazo de plata se hizo mayor y más claro. Ahora se veían unas bandas en él, como si se tratara de una lombriz plateada. Once minutos...

La rotación de la sonda se detuvo. La vista tembló, debido al encendido del motor de fusión, y la emisión de rayos X iluminó la pared.

Un brillo incandescente ingresó por la pantalla.

Luis, cubriéndose los ojos con las manos, hubo de cubrirse también los oídos, cuando un alarido inhumano gritó:

— ¡Mi sonda de repostar ha sido destruida!

La voz de Bram era fría como el hielo.

—Lo único que me importa es saber quién nos disparó.

— ¡Nos han desafiado! —un alarido bestial, de plena locura—. ¡Dénme armas y envíenme!

Acólito. ¿Sería su idea de una distracción? ¿O acaso estábamos encerrados con un kzin enloquecido?

—Déjame entrar en mi cabina—pidió el Ser Último—. Debo ver si algo aún funciona...

— ¿Qué puede funcionar todavía? Tu sonda ha sido destruida y nos han atacado; por lo tanto, saben que estamos aquí. ¿Puede un invasor actuar tan rápidamente, o hemos de pensar en un protector?

—El disco pedestre al menos debe estar en condiciones.

Luis abrió muy grandes los ojos.

— ¿Porqué lo dices?

— ¡No soy un tonto! —baló el titerote—. Conecté el disco apenas la sonda cruzó al otro lado. Un chorro de plasma, armas cinéticas, cualquier amenaza, pasaría a través de él.

—A través... ¿hacia dónde? —Luis parpadeó; aún veía manchas.

—Lo conecté al disco sobre el monte Olimpo.

Luis rió. Era demasiado bueno esperarlo, pero se imaginó a mil marcianos tendiendo una nueva trampa, cuando el disco pedestre comenzó a tirar plasma a temperaturas de sol sobre ellos... ¡Ouch!

Unas garras se clavaban sobre sus hombros, mientras un aliento a carne fresca le ladraba en la cara:

—Estamos en guerra, Luis Wu. ¡No es tiempo de distracciones!

Distracciones. De acuerdo.

—Acólito, ve por tu traje. Trae el mío, y un lanzador de cámaras red también... y mi pila de platos de carga, donde sea que... Bram, ¿dónde la has puesto?

—Quedó en el comedor del Patriarca Oculto —dijo el protector.

—Inferior, encamina el circuito del disco allí primero. Bram, dale algunas armas. Si tenemos un disco en funciones en la sonda, deberíamos usarlo.

—De acuerdo —dijo Bram.

El Ser Último orquestó unas órdenes. Acólito saltó al disco y desapareció. El Inferior se paró donde había estado el bloque de granito y pasó a la cabina, donde se puso a lamer con sus lenguas lo que parecía ser un ajedrez alienígena, pero debía ser un teclado virtual. Una de las cabezas se alzó para decir:

—Tenemos contacto. El disco en la sonda sigue operando.

—Prueba el lanzador de cámaras —ordenó Bram.

—Pero... ¿dónde la pondrás?

—En el vacío.

Once minutos después, la negra pantalla latió otra vez: un cielo estrellado, girando lentamente. Luis podía imaginar una cámara red en caída libre a través

del vacío, con cierto momento de giro — ¿estaría girando la sonda, también?—, alejándose lentamente del disco pedestre. Entonces, mientras el protector estaba preocupándose por el kzin, intentando mantener vigilado al titerote y a las cuatro ventanas holográficas, Luis se arrodilló sobre el disco pedestre y levantó el borde.

Un pequeño holograma de puntos y líneas apareció justo por encima del disco: el mapa de la red de discos pedestres. Su pequeña escala lo hacía invisible para el protector. Luis hizo los cambios lo más rápido que pudo y bajó el borde.

— ¿Puedes verlo?

—Inferior, explícame cómo pudimos haber olvidado *eso* hasta ahora...

Era muy difícil que Bram y el Ser Último lo hubieran visto meter mano en el disco, se dijo Luis al volverse y ver de lo que hablaban.

Visto a través de la cámara en caída libre, el hilo plateado se había convertido en una cinta de plata con los bordes alzados, un canal de poca profundidad no muy distinto a un Mundo Anillo en miniatura, pero desplegado en forma lineal. Unos esbeltos toroides se arqueaban sobre él.

No había modo de confundirse: era el sistema transportador del borde, la pista de levitación magnética que corría sobre la cima del Muro a lo largo de un tercio de su circunferencia. La tripulación de Teela debía haberlo movido de lugar, quitándolo del borde superior y emplazándolo bajo el borde del Muro, sobre el lado externo.

—Bueno —dijo Luis—, al menos yo no he estado mirando el Muro en los últimos seis meses...

—Debimos haber mirado desde más cerca —comentó el Ser Último.

El riel plateado quedó atrás; ahora sólo se veían estrellas. La cámara red estaba escapando del Anillo, cayendo hacia el universo.

—Debí haberlo imaginado —dijo Luis—. Y t ú también, Bram. ¿qué otra cosa podría haber usado la gente de Teela para mover los estatorreactores recuperados?

»El final del recorrido del transportador debe estar lejos hacia giro, probablemente en una de las salientes usadas como espaciouerto. Estamos buscando la fábrica en el lugar equivocado.

Sobre el disco pedestre aparecieron las plataformas de Luis, junto a su equipo de presión y el proyector de cámaras red. Luis desplazó la masa flotante para hacer lugar al kzin.

Acólito apareció dentro de su traje de vacío: una serie de globos claros unidos por las articulaciones, y una escafandra como una pecera. Se quitó el casquete y preguntó:

— ¿Estamos listos?

Luis señaló al paisaje estelar de la cámara que caía.

—No querrás saltar a ese sitio...

Inesperadamente, el Ser Último dijo:

—El disco aún está operativo, y ha dejado de moverse.

— ¿Qué demonios...? —dijo Luis.

Bram restalló:

—Quemado con plasma, cayendo durante miles de kilómetros... y ¿aún funciona? ¡Imposible!

Luis retiró el proyector de cámaras de encima de las plataformas.

—Ya veremos.

Las cabezas se volvieron hacia él. No habían caído en la cuenta. De modo que Luis dijo:

—Inferior, voy a lanzar una cámara red a través de la conexión. Ajústala. Veremos a qué le impactamos.

El Ser Último silbó.

—Adelante —dijo.

Luis lanzó una red de bronce hacia el disco pedestre y la vio desvanecerse.

Esperaron. Acólito aprovechó la demora para darse una ducha. Treinta y cinco grados de arco del Anillo: cinco minutos y medio en tránsito, luego el mismo tiempo hasta recibir la señal. Las cabinas de transferencia actuaban a la velocidad de la luz, y por lo visto, lo mismo les ocurría a los discos pedestres.

—Tenemos señal —dijo el Ser Último, y su otra lengua se extendió. Una quinta ventana se abrió en la pared.

Se veía un campo de estrellas, cruzado por la sombra del Muro. Una mole borrosa al borde de la vista debía de ser la sonda. Era una vista pésima, pero demostraba que la sonda no estaba cayendo: había aterrizado en la superficie del transportador lineal.

—Acólito —ordenó Bram—, toma el proyector. Ve a través, e instala una cámara en un sitio donde podamos ver mejor. Retorna al instante y repórtate. No esperes a que te llegue una amenaza. Sabemos que están ahí.

«Demasiado pronto», pensó Luis. Apenas estaba comenzando a calzarse el traje. Acólito se habría ido antes de que él estuviera listo...

—Espera —dijo—. ¡Bram, deberías proporcionarle un arma!

— ¿Contra unos protectores concedores del terreno? Prefiero que vaya claramente desarmado. Vete ya.

El kzin saltó.

Luis terminó de ponerse el traje. Habría que esperar once minutos.

¿Habría pensado realmente Chmeee que un viejo como Luis podría refrenar y proteger a un poderoso macho kzin de once años?

Cuando apenas iban cuatro minutos, algo apareció en la pantalla.

Vieron una mancha oscura moverse en los bordes de la ventana, inspeccionando a placer la sonda. Luego se la vio cerca y claramente: un elegante traje de presión alienígena con un casco burbuja, y una cara triangular cuya boca parecía todo

hueso. Un dedo enfundado se acercó aún más, trazando curvas que Luis no pudo ver. Había descubierto la cámara.

De repente, se apartó como el rayo, pero no fue lo suficientemente rápido. Algo negro y veloz cruzó la imagen y se perdió fuera de rango.

El elegante traje del intruso había sido rajado a lo largo del costado izquierdo. Éste levantó un arma parecida a un viejo cohete químico terrestre, y lanzó una llamarada violeta tras el atacante. Debió haber fallado, porque siguió disparando con una mano, mientras con la otra intentaba cerrar la rajadura del traje. Una ráfaga de cristales de hielo comenzó a salir y girar alrededor de él.

—Esa fue Anne —dijo Bram.

— ¿Cuál de los dos?

—Quien atacó, Luis. Ambos son protectores vampiro, pero recuerdo cómo se mueve Anne.

— ¿Cómo alertaremos a Acólito?

—No podemos.

Luis se descubrió a sí mismo haciendo crujir los dientes. Acólito no era nada en ese momento: una señal, un punto, un cuanto de energía moviéndose a velocidad luz hacia donde un protector había matado a otro e iba por más.

—Vuestra Teela era demasiado confiada —dijo Bram—. Hizo protector a un vampiro, y ése debe haber cambiado a otros de su especie antes de que Teela lo acabara. Pero Anne y yo somos de diferente especie que ellos.

—Tenemos señal —dijo el Ser Último, mientras su otra lengua se proyectaba afuera. Ahora había dos cámaras mostrando el sistema transportador.

Acólito había llegado, e instalado una cámara en... Luis no sabría decir dónde. En algún sitio sobre su cabeza. No había señales de otro intruso. El kzin posó apoyado en la sonda. Se veía a medio derretir y bastante apaleada, y había caído bloqueando la pista.

Alguno de los protectores debería quitar el obstáculo.

—Maldita sea, ¿por qué no se va?

La pista se extendía por detrás hasta el infinito. Parecía tener unos sesenta metros de anchura, y ser geoméricamente recta.

Acólito giraba lentamente, registrando los alrededores. Lanzó otra cámara; luego se metió en el disco y desapareció.

—Ha cruzado —dijo el Ser Último.

—Bien, ¿dónde ha ido?

— ¿Acaso crees que quiero recibir plasma de fusión en mi cabina?

— ¿Adónde lleva la conexión? ¿Dónde lo has enviado?

El titerote no respondía, y Luis de pronto lo supo.

— ¿Al monte Olimpo, bicho malnacido?

Se abalanzó hacia el disco, pero a último momento retrocedió y se trepó a la pila de plataformas. Pasó una correa por el manillar, atándola luego a su cinturón de herramientas: una pobre red de seguridad.

— ¡Chmeee me quitará las orejas y las tripas!

Elevó las plataformas y las deslizó hacia el disco pedestre.

El cielo era mitad estrellas, mitad negrura. Una filigrana de fractales plateados bajo sus pies, y las estrellas viéndose a través de ello.

Maravilloso.

Echó una mirada hacia ambos sentidos de la pista Maglev. Estaba en paz, como el mismísimo infierno. Nada se movía.

Encaje plateado. ¿Dónde había visto antes este patrón fractal? Había esperado que el acelerador Maglev fuera sólido, pero se podía ver del otro lado de la malla.

Ah, sí. Lo había visto en el Molinete, la antigua estación orbital, aún usada para transferir carga entre la Tierra y la Luna, o el Cinturón. La malla fractal distribuía mejor las tensiones. Pero qué importaba eso ahora...

—Bram, Inferior, la pista es un bordado de encaje fractal. ¿Pueden verlo desde ahí? Si tuviera el proyector, podría poner una cámara en él. A través del encaje, detectaríamos a cualquiera que intentara ocultarse en la sombra del Anillo.

Ellos lo escucharían recién dentro de cinco minutos y medio. La Aguja Candente de la Cuestión estaba a esa distancia, yendo a velocidad luz.

Un borrón negro como la tinta se alzó sobre el borde de la pista y caminó hacia Luis... una sombra como un saco de patatas pintado de negro, llevando negligentemente en una mano un tubo ardiente.

Luis tocó el control de elevación.

La plataforma no se movió. Había una pista Maglev debajo de él, pero no tenía la suficiente masa para proporcionarle repulsión.

—Lleva un arma de la Brazo... —descubrió Luis. Los otros lo escucharían, y enseguida imaginarían el resto: los invasores de la Tierra habían alcanzado el espaciopuerto, y perecido a manos de los protectores.

¿Cómo activar el disco pedestre, si ni siquiera podía apearse? Estaría muerto para cuando Bram y el Inferior escucharan eso. Debería haberse traído una orquesta... o al menos, una grabación de la orden.

El protector —Anne, recordó— examinó a Luis con aire de propietario. Su aspecto era delgado, su cuerpo embutido en un traje diseñado para alguien de mayor talla. Sus cavernosas órbitas se asomaban por sobre el protector de la barbilla del casco, y de pronto se agrandaron en un gesto de sorpresa.

Flip.

Luis se encontró cabeza abajo, cayendo en medio de una luz rojiza.

Había roca roja todo a su alrededor, y cientos de metros de lava encarnada corriendo hacia abajo. La pila de platos de carga había surgido invertida, y pudo

sentir la fricción de las cuerdas que formaban su primitivo arnés cuando la estabilidad inherente de las placas las hizo girar para recuperar la posición correcta.

El estómago y los oídos internos de Luis quedaron revueltos, al igual que sus pensamientos. Pasó algún tiempo antes de que sus ojos pudieran enfocar en forma coherente.

No había marcianos en los alrededores.

Se deslizaba a lo largo de una cinta de lava vitrificada que caía directamente por... caramba... unos trescientos metros, antes de ponerse horizontal como un trampolín de esquí. Pudo ver una mancha anaranjada al fondo: Acólito, en su traje translúcido. Pudo haber sobrevivido a semejante caída... o no.

Luis decidió que no tenía nada que temer de los marcianos.

Esta vez, los marcianos habían montado el disco pedestre en posición invertida, en el risco más alto que encontraron. Luego la llama que había destruido la sonda penetró a través del disco, cocinando a cualesquiera de ellos que estuvieran vigilando. La vertiente del risco se había derretido y fluido, formando un tobogán.

Luis detuvo las plataformas, se soltó las correas y saltó al piso.

Acólito yacía en un extraño ángulo sobre la roca caliente.

Luis acomodó uno de sus hombros debajo del kzin pero no fue suficiente para alzarlo, por lo que tironeó de él, intentando colocárselo a sus espaldas. Acólito era una masa inerte; Luis podía sentir varias costillas rotas a través de su traje.

Habría sido bueno contar con verdadera gravedad marciana...

Tensó los músculos de su abdomen, rodillas y espalda, gruñó y lo alzó. Un kzin casi totalmente crecido, con el peso agregado del atuendo espacial... Apenas pudo levantarlo lo suficiente para dejarlo caer rodando sobre las plataformas.

Luis se arrastró a bordo, y ató al kzin con las correas. Elevó la pila de platos de carga, usando el pequeño propulsor para colocarse justo debajo del disco pedestre. Se elevó lentamente, encogiéndose hasta que sus hombros lo tocaron.

Flip.

Se encontraba dentro de la Aguja, con todo el peso de las plataformas y el kzin cargando sobre su espalda...

Bram hizo el resto: le quitó de encima los platos de carga, soltó las correas que sujetaban al kzin, abrió el traje y lo extrajo de él. Los ojos de Acólito parpadearon, se enfocaron, hallaron a Luis. Por lo demás, parecía imposibilitado de moverse.

Bram ayudó a Luis a quitarse su traje, lo alzó acercándolo al kzin, y lo revisó. Eso dolía.

—Te has desgarrado algunos músculos y tendones —dijo el protector—. Habrá que pasar por el autodoc, pero el kzin lo necesita más.

—Él irá primero —dijo Luis. Si Acólito moría, ¿qué iba a decirle a Chmeeee?

Bram solivió al kzin sin esfuerzo aparente, lo descargó en el ataúd y cerró la cubierta sobre él. Una idea extraña: ¿acaso Bram le había solicitado permiso?

No, no era tan extraña. A Luis comenzaba a dolerle de veras todo el cuerpo, y no podía impedir que Bram lo supiera. Pero Luis era un homínido y Acólito no lo era, y el protector debía «necesitar» su aquiescencia como «criador» para auxiliar a un alienígena en primer término.

Bram lo alzó y lo depositó sobre la plataforma en un único y suave movimiento. El dolor retumbó en sus huesos, dejándolo sin respiración y reduciendo su grito a un lamento. Bram le conectó líneas y tubos desde el botiquín de Teela Brown, soldado a las plataformas.

—Varios de los reservorios necesitan recarga, Inferior¿Puede tu doc generar medicamentos para él?

—La cocina tiene un menú de farmacia —dijo el titerote.

A proa y estribor, las paredes brillaban con fulgores naranja.

En otra ventana, vio una forma oscura y abolsada esconderse tras el borde de la pista Maglev. Luego nada, salvo el sendero plateado hacia el infinito.

El dolor iba retrocediendo. Luis supo que no se conservaría lúcido por mucho tiempo.

Sintió unos magros y nudosos brazos alrededor. Duros dedos lo revisaban aquí y allí. Una costilla dolió un poco, luego se calmó el dolor. Su espalda chasqueó, y otra vez algo más abajo, y luego su cadera, y luego su rodilla derecha.

Bram habló cerca de su oreja, pero no a Luis.

—Los Chacales se tomaron muchas molestias para mostrarnos una villa de los habitantes de las montañas derramadas; una en particular, entre decenas de miles. ¿Porqué lo harían?

— ¿Acaso no ves...? —comenzó a responder el titerote, pero Luis se durmió.

CAPÍTULO 28 – EL PASAJE

— ¿Sientes eso?

—Sí —dijo Warvia.

El cuarto temblaba bajo una suave vibración que atacaba a las paredes y la roca debajo.

Montar en tan extraños vehículos los había dejado confusos y desorientados, pero habían tenido horas para recuperarse de ello. Esto era otra cosa. Tegger no se había dado cuenta al principio, pero ahora la respiración de Warvia y el rumor de la continua vibración eran lo único que se escuchaba en el cuarto en sombras.

— ¿Tienes idea de qué pueda ser?

—El limo del fondo marino. Está cayendo sobre la cumbre, y lo sentiremos rodar todo el camino cuesta abajo.

Tegger la miró fijamente en la oscuridad.

—Es bombeado por unas cañerías, por detrás del Muro—siguió Warvia—. Cae desde una gran altura, desde el borde superior. Cae por encima de todas las montañas derramadas. De hecho, es eso lo que las forma. Sin el bombeo, todo el suelo del Anillo terminaría en el fondo de los océanos y mares. Murmullo me explicó todo acerca de ello.

—Te ha dicho mucho más de lo que nunca me informó.

—Me pregunto dónde estará ella ahora...

— ¿Ella?

—Es sólo una suposición —Warvia lo acarició—. Le he preguntado, pero no me contestó. ¿Sabes cómo se llama el limo del fondo marino?

— ¿Cómo?

—Flup.

Tegger se rió sonoramente.

— ¿Quieres decir que todo este tiempo...? Cielos, todo el mundo cree saber lo que significa flup, pero... ¿fondos marinos?

—Esta montaña está hecha de eso. La presión lo convierte en roca...

Una luz blanca los iluminó.

—Hola —dijo una voz.

Se revolvieron, apeándose y enfundándose en abrigos. Los puntoaltinos les habían dejado una piel como la que usaba Saron, reliquia de un perezoso de manchas verdes. En Warvia se veía primoroso.

Pero ella pensaba en otra cosa.

—No es el acento de los puntoaltinos... —susurró.

—Hola. Esta es la voz de Luis Wu. ¿Podemos hablar?

Tegger pestañó ante la fuerte luz. No pudo capturar detalles, pero sí distinguir una forma homínida y otra algo extraña.

—Has invadido nuestra privacidad —dijo.

—No estábais durmiendo. El dispositivo espía que habéis estado acarreado nos pertenece. ¿Podemos hablar, o hemos de hacerlo luego?

Alguien golpeó la pared al lado de la cortina de piel que oficiaba de puerta.

— ¿Tegr, Wirba? —llamó la voz de una mujer.

— ¡Flup...! Entrad —ordenó Tegger.

Jennawil y Barrey cruzaron la cortina de piel, trayendo un colgajo de carne que olía a sangre.

—Escuchamos voces —dijo la joven—. Si no fuera por eso, os lo habríamos dejado en el vestíbulo. Es un gwil; Skripu lo cazó para vosotros.

El gwil era un lagarto grande. Su cola todavía se crispaba.

—Habéis llegado justo a tiempo —dijo Tegger.

Sopesó al gwil: la piel parecía dura; habría que pelarlo. Enfrentó al brillo en la cámara red y a los monstruos que se veían adentro, y dijo:

—Hablaréis con Jennawil y Barrey, de la gente de Punto Alto; ellos conocen mejor que nosotros de lo que se trata. Jennawil, Barrey..., finalmente nos hemos comunicado con Luis Wu.

Adormilado, con su barbilla apoyada en el autodoc portable, Luis se escuchaba a sí mismo hablar.

—Estáis escuchando la voz de Luis Wu. Estos que véis son mis asociados, Bram y el Morador de la Red. Nos hemos mantenido en silencio porque tenemos enemigos.

—Somos Warvia y Tegger —respondió una extraña y aguda voz. Los ojos de Luis estaban abiertos ahora, y reconoció a los Rojos cazavampiros—. ¿Porqué habéis roto el silencio ahora?

—Tenemos preguntas que haceros.

Era la voz de Luis Wu, de acuerdo..., pero provenía del Ser Último.

Uno de los puntoaltinos —el hombre— dijo:

—Les mostraremos el espejo oculto, y el Pasaje a través del Muro, y cualquier otra cosa que deseéis.

—Gracias. ¿Estáis listos para atravesar el Pasaje?

Jennawil saltó consternada.

— ¡No! Los vishnishti... —el traductor de Luis dudó por un segundo —...protectores se mueven todo el tiempo a través del Pasaje...

Luis decidió no abrir la boca. Se sentía blando y atontado, y el dolor acechaba cualquier movimiento de su parte. No tendría sentido, y ¿cómo podrían manejarse con dos voces de Luis Wu?

—Dinos lo que sabéis de esos protectores —decía el titerote, siempre con su voz.

—Son de dos tipos. Los protectores de nuestra raza nos mantienen a salvo, pero ellos obedecen a los del llano...

— ¿Deberemos hablar con uno de esos protectores puntoaltinos?

—Me parece que no. Es casi imposible ocultar las cosas a los protectores del llano, y los puntoaltinos son muy evidentes... Pero puedo preguntar.

— ¿Nos hablará Murmullo? —dijo el titerote.

— ¿Cómo?

Los Pastores Rojos se miraron entre sí.

—No lo hará —dijo la hembra, con voz firme.

— ¿Qué podéis contarnos acerca de Murmullo?

—Nada.

— ¿Qué hay tras el pasaje?

—Pensamos que algo mortal, venenoso —dijo Barrey.

—Los protectores visten trajes que los cubren totalmente cuando entran en el Pasaje —explicó Jennawil—. Llevan grandes bultos con herramientas. Los rumores dicen que están construyendo algo allá afuera, algo enorme.

—Luis Wu —dijo la Roja—, ha sido la resolución de los Amos de la Noche la que movió el ojo hasta aquí. Vuelve a la noche, y podrás hablar con ellos.

— ¿Cuánto falta para la noche allí?

—Dos décimos —respondió Jennawil.

—Esperaremos —dijo la voz de Luis Wu, y sonó como un cuarteto de cuerdas, cortando la transmisión.

— ¿Has oído, Luis? —preguntó Bram.

—He seguido buena parte de ello. Bien actuado, Inferior, pero necesitas mejorar el maquillaje.

—Luis Wu es vashnesht, el Mago. Se mantiene fuera de la vista —dijo el titerote—, mientras que sus extraños servidores hablan por él.

—De acuerdo. ¿Quién es Murmullo?

—Anne es Murmullo —revél Bram—. He visto vuestras cintas de Murmullo guiando al Rojo. Anne usó la misión de los cruceros como encubrimiento.

—El nombre de Murmullo la describe bien...

El Ser Último se volvió hacia él tras la pared transparente.

—Luis, ¿tú qué opinas? ¿Dónde está Murmullo? ¿Interferirá ella?

—Bien, entonces hemos de guardarlo en secreto.

Fue divertido. Luis miraba en medio de una pasiva sensualidad. Un show como éste sería un suceso en los canales pagos de cualquier mundo del espacio conocido. Y, por supuesto estaba siendo grabado... Respecto a eso, ¿cuántos sentidos captarían las grabaciones de las cámaras red? Seguramente no sólo imagen y sonido. ¿Olores? ¿Radar, para las criaturas con sensores de movimiento?

En algún momento cayó dormido.

Tras lo que le parecieron horas, despertó y se quedó rígido, sorprendido de verse delante de sí mismo.

No, no era él. Era su traje de presión, de acuerdo, pero se veían bultos angulosos donde un humano hubiera mostrado redondeces. Bram se alzó la visera del casco y le preguntó:

— ¿Te sientes bien?

—Estoy bastante dolorido.

El botiquín de Teela liberaba sustancias sedantes en su organismo, pero podía sentir trazas de dolor ocultas.

—Tenías dos costillas desplazadas; las re Coloqué. Ningún hueso roto. Tienes algunos músculos desgarrados, ligamentos rotos o distendidos, y uno de los discos de tu columna se había desviado, lo que también arreglé. Tendrás que arreglártelas con tus propias defensas y el botiquín portátil.

— ¿Porqué te has puesto mi traje?

—Por razones de estrategia.

— ¿Muy complejas para mi débil cerebro? De acuerdo, Bram. Te has enterado de que hay nuevos visitantes. Si me desconectas, la voz de Luis Wu podrá mostrar una cara.

El Ser Último y Bram aguardaron a cada lado de Luis, y un poco detrás de él. Del otro lado de la ventana de la cámara, los Rojos se acuclillaron bajo una piel, permitiéndoles a los Amos de la Noche tomar el centro de la escena.

Los desgarrados Chacales tiritaban.

— ¡Está terriblemente frío allí afuera!—dijo la hembra—. De acuerdo, yo soy Travesera, él es Arpista. ¿Entiende tu caja lo que hablo?

—Sí, te entiende. ¿Cómo es que sabes acerca de mi traductor?

—Tu amigo Oboe parece haber partido, pero su hijo Flarpa nos contó de tu visita a la villa de los Tejedores.

—Dadle mis recuerdos a Flarpa. Travesera, ¿para qué habéis movido la piedra en que estaba la cámara espía a lo largo de tanta distancia, si podríais haberme hablado a través de Oboe?

Los Nocturnos rieron, mostrando todos esos dientes.

—Hubiéramos podido, es cierto, pero ¿qué te hubiéramos dicho? ¿Que el Muro estaba en manos equivocadas? No lo sabíamos—señaló a Bram—. ¿Eres tú un vashnesht? —«protector», dijo el traductor.

—Sí —dijo el hombre nudoso.

Tegger comenzó a levantarse; Warvia tiró de él, haciéndolo retroceder. También los Chacales se hicieron para atrás, pero Arpista se obligó a hablar:

—Sabemos ya lo suficiente para ser conscientes de nuestro desamparo. Son protectores de la raza de los vampiros. Usan a los puntoaltinos como ganado. Algunos retornan como protectores; otros, simplemente desaparecen.

—Están reparando el Arco —dijo Bram.

— ¿Hacen más bien que mal, dices?

—Sí. Pero son muchos, y lucharán entre sí una vez el arreglo haya terminado. Nosotros confiamos en poder lograr un equilibrio.

—Cómo pensáis ayudarnos?

—Debemos conocer más. Contadnos lo que sepáis.

Arpista suspiró sonoramente.

—Sabemos lo que vosotros. La gente de Punto Alto nos mostrará más apenas amanezca.

El Ser Último silbó, y la ventana se cerró.

—Esperaremos —dijo—. Luis, hemos grabado la anterior conversación. Ellos saben mucho de los protectores, y algo sobre Teela Brown... ¿O acaso hemos de volver a la música?

Bram estaba disponiendo el complejo instrumento musical que había recuperado del Patriarca oculto.

— Un poco de música sería agradable a la hora de la cena —dijo, en forma política—. Además, estoy hambriento.

Luis intentaba unas flexiones. El alzar en vilo a Acólito había lastimado varios de sus músculos y tendones. Los cuidados de Bram habían sido útiles, pero tenía que moverse con cuidado.

Habían pasado varias horas. En la ventana, nuevamente abierta, la vista de Punto Alto giraba y saltaba a lo largo del paisaje nocturno de la montaña: una mezcla de homínidos hacían rodar la plancha de material a que estaba sujeta la cámara red, llevándola como una rueda por los trillados senderos de la villa. Cuando dejaron el camino y comenzaron a trepar con ella por la pendiente de roca, el movimiento le hizo sacudir el estómago.

Dio la espalda a la imagen, confiando en que los otros lo alertarían cuando la cámara enfocara algo interesante. ¿Qué tomaría tanto tiempo con el kzin? En cualquier lugar del espacio conocido, Luis tendría que pasar por un autodoc. El botiquín no haría nada excepto inyectarle químicos..., y pronto necesitaría otra aplicación.

Cuatro puntoaltinos cargaban la losa, trepando cuesta arriba en la blindada noche. Saron iba por delante de los Rojos y Chacales, señalándoles puntos de apoyo.

Los Amos de la Noche intentaron colaborar con el acarreo, pero apenas podían mantener el aliento.

—Amanecerá pronto —comentó Warvia—. ¿Qué haréis entonces?

—Nos han dicho que podremos usar el Pasaje como refugio.

No había camino aquí. Sólo unas huellas de desgaste en las rocas y la tierra aluvional. Los puntoaltinos subían y subían por la aguda cuesta, a varios kilómetros por encima de la interminable llanura.

Hacia giro se apreciaba la línea del terminátor que llegaba, trayendo el día.

Las tierras cercanas a las montañas derramadas se veían como una maqueta, como la que los Chacales habían fabricado en las afueras del recinto de los Gigantes herbívoros. Quizá una vista como ésta fue la que les dio la idea. En lontananza, los detalles se perdían. Un hilo plateado parecía ser el río del Pueblo de la Corriente, o cualquier otro curso de agua... o cualquier otra cosa.

Warvia debía haber estado pensando en lo mismo.

—Los llanos por los que se mueven los Pastores Rojos, son suficientemente grandes para verlos? ¿Cómo podremos hallar a nuestra gente?

—Eso no será problema —dijo Arpista.

—Nuestra gente... —dijo Travesera, sin resuello— conoce las rutas de los Rojos...

—tuvo que detenerse para tomar aire—. Nos ~~han~~ har un mapa... del camino a vuestra comunidad más cercana... hablando por los espejos. Encontraréis un nuevo hogar... tan rápido como habéis llegado aquí.

—Oh. Bien... —Warvia rió—. Pero no hará falta tanto... No necesitamos viajar tan rápido.

Tegger no deseaba mostrar flaqueza mientras Warvia estuviera mirando. Con sus fuerzas desfallecientes pugnó por seguir a Saron. La anciana se movía más despacio ahora. Por detrás se oían los jadeos de los puntoaltinos que trasladaban el trozo de pared.

El día al fin llegó, proveniente de giro. Cuando las primeras luces los envolvieron, Arpista sacó de su mochila dos sombreros de enormes alas. Ahora sólo los Amos de la Noche caminaban en sombras.

—Debemos estar en los confines de las praderas de los Rojos —dijo Warvia—, tan lejos de todos que las leyendas deben haber comenzado ya a surgir.

—No, Warvia —le comentó Arpista—. Los Rojos no pertenecen todos a la misma especie.

— ¿Cómo? ¡Por supuesto que sí!

—Nos emparejamos entre las tribus de la pradera, cuando nos cruzamos en nuestros periplos —adujo Tegger—. Lo hemos hecho desde siempre, o al menos, que yo recuerde.

—Buena idea —comentó Arpista.

—Pero no lo haéis siempre —dijo Travesera—. Vosotros dos teáis el mismo acento.

—Es cierto; ambos hemos nacido en la tribu de Ginjerofer. Pero otras hordas se emparejan cuando las líneas se cruzan.

—Algunas tribus lo hacen obligatoriamente. Otras no lo consideran obligatorio, como la vuestra. Cuanto más lejos os vayáis de la tribu de Ginjerofer, será más difícil que vuestros hijos puedan reproducirse. Y no importará demasiado el que os emparejéis de por vida.

—Flup —suspiró Tegger.

Algo relumbró sobre ellos mientras rodeaban un desmoronamiento de rocas.

Tegger había intentado imaginar cómo se vería un espejo de los que se usaban para comunicarse; ahora podía verlo. Lo que vio fue a sí mismo, a Warvia, los Chacales y la gente de Punto Alto, el cielo y el Muro. Un espejo era una ventana plana que mostraba lo que tenía adelante, en lugar de lo que había detrás. Era de la altura de un Rojo, y de la anchura de tres hombres.

Apoyaron cuidadosamente la placa con la cámara red, en forma plana, cerca del espejo. Saron y los puntoaltinos se acercaron a los bordes del espejo, y los Amos de la Noche fueron con ellos.

Arpista comenzó a hablar, marcando bien las consonantes, como si dirigiera un discurso.

Los hombres comenzaron a mover el espejo, haciéndolo cabecear. Estaba montado sobre goznes. Jennawil se acercó a Tegger y le señaló algo paralelo al Muro.

Hacia la siguiente montaña derramada.

Un resplandor apareció sobre el flanco de la montaña, corriendo de abajo hacia arriba, cuando los hombres volcaban el espejo.

— ¿Cómo funciona esto? —preguntó Tegger.

Jennawil se rió.

—Ah, ¡los Amos de la Noche no os lo han contado todo! Los espejos reflejan la luz del sol, y trazan con ella un código conocido por nosotros y los Chacales. Llevan las noticias entre las montañas, pero también de las montañas a los llanos, y de regreso.

Eso explicaba muchas cosas. Los Chacales habían sabido demasiado acerca del clima, del Nido de Sombras, de la telaraña de bronce.

Los cuatro puntoaltinos volvieron a soliviar la placa con la cámara.

—Alrededor de esa saliente de roca —indicó Saron—, y más arriba.

—Travesera y yo hemos estado hablando de vuestro problema —les dijo Arpista—. Creo que hemos hallado una solución.

Tegger también había estado pensando.

—Es como estar atrapados entre dos toros salvajes. Si nos vamos demasiado lejos, condenamos a nuestros hijos. Si nos acercamos demasiado a la tribu de Ginjerofer, habrá historias sobre nosotros.

—Somos demasiado fáciles de reconocer —dijo Warvia—. Cuando los visitantes hablen de los cazavampiros que aprendieron el rishathra..., ésos seremos nosotros, sin duda.

Arpista sonreía con todos sus dientes.

—Suponed que hubiera una vieja leyenda —dijo—. En el principio de los tiempos, todos los homínidos eran monógamos. Ningún hombre miraba a otra mujer que no fuera la suya, ni ella a otro hombre. Cuando los homínidos se cruzaban en el camino de otros, ello traía la guerra.

»Luego aparecieron dos héroes, y predicaron que los homínidos podían vivir de otra manera. Inventaron el rishathra, y la guerra terminó. Viendo que esto era bueno, se diseminó como una religión, o una ley...

—Arpista, ¿existe de veras esa historia? —clamó Warvia.

—Aún no.

—Oh.

—Mi pueblo no se dirige a cualquiera, pero no por ello debéis pensar que nos mantenemos en silencio. Habéis visto los espejos; ellos son nuestra voz. Sabéis que todo sacerdote debe conocer cómo disponer de sus muertos; deben hablar obligatoriamente

con nosotros.

La ruta se había vuelto más abrupta, y todos resoplaban malhumorados ahora.

—Sólo los más ancianos recuerdan la historia —dijo Travesera—. Cuenta de héroes de la propia especie que inventaron el rishathra y acabaron con las guerras, y finaliza con que desde entonces ha sido así. Los detalles difieren de especie a especie. Cuando aparezca la variante en la que los héroes eran Pastores Rojos, y la guerra entre unos aliados contra los vampiros...

—Será sólo una leyenda... —rió Tegger; había comenzado a comprender cómo funcionaría—. Sólo una leyenda. ¿Qué opinas, Warvia?

—Puede ser... —dijo ella—. Quiz á funcione. Valdrá la pena probar. Podemos mentir una vez, cariño, si nos evita tener que mentir a cada paso.

Una roca tan grande como una ciudad estaba partida al medio en forma vertical, y los puntoaltinos los guiaban por la fractura. Cintas de color se veían a través de las paredes de la grieta.

—El hielo hace esto —comentó Deb—. El agua cae en la roca. Se hiela, se descongela y se hiela otra vez. La roca se rompe.

El viento aullaba a través, gélido, mordiendo cada centímetro de piel expuesta. Los ojos dolían. Tegger caminaba con los ojos apretados, sintiendo el camino con los pies; siguiendo a Warvia, a quien supuso cegada también.

Una gran mano en el pecho lo detuvo. Abrió una ranura de su ojo izquierdo.

Finalmente allí había un lugar donde refugiarse del viento: un túnel rocoso que se internaba en la montaña. Pero estaban detenidos a la salida de la fractura, con la boca de la caverna apenas a la vista. Desde la grieta, una cuesta de piedra partida trepaba hacia la entrada.

Barrey habló por primera vez:

—Tegr, no hay refugio ahí.

— ¿Por qué no? —preguntó Tegger—. ¿Hay monstruos adentro?

—Sí. Vishnishti.

Apoyaron la placa sobre el canto y la encararon hacia la cueva. Barrey se llamó a silencio nuevamente.

—Luis Wu, ¿puedes ver? —dijo Saron.

La telaraña de bronce habló:

—Sí, se alcanza a ver algo. ¿Qué tan profunda es la caverna?

—Pensamos que cruza toda la montaña. Ninguno de nosotros ha llegado tan lejos.

— ¿Habéis entrado allí?

—Muchos de nosotros hemos sido refugiados allí en momentos en que brillaba la Luz de Muerte —habló Deb—. Sólo podíamos salir de noche a cazar. Cuando la Luz se retiraba, nos sacaban de allí y nos prohibían regresar.

Una voz susurrante dijo:

—Describe a los vishnishti.

Tegger y Warvia cruzaron las miradas. Esa voz debía pertenecer al vashnesht Bram..., pero sonaba parecida a la de Murmullo.

—Los vishnishti cuidaron de nosotros —dijo Deb—, pero nunca vimos a ninguno.

— ¿Cómo? ¿Nunca?

—Pero de vez en cuando, uno de nosotros desaparecía. Había un límite para penetrar en el Pasaje. Sabíamos que la muerte nos esperaba ahí, pero también había muerte afuera del túnel.

— ¿No podíais encontrar o fabricaros otro refugio? La roca detiene la radiación... me refiero a la Luz de la Muerte.

—Lo sabemos —aseguró Deb—. Meteros en cuevas, dijeron los vishnishti. Pero... ¿hacer casas de roca? La montaña las derrumbaría sobre nuestras cabezas...

—Mis compañeros —dijo la voz de Luis Wu— me están mostrando una imagen de un lugar situado varios días de marcha por encima de vosotros. Es sorprendente cuántos detalles pueden apreciarse desde lejos, Deb. La montaña en la que

vosotros vivís es un cono truncado, pero alrededor de ese túnel se ve como un pilón de arena apoyado contra la pared, con un tubo saliendo de ella.

Ellos esperaron a que Luis Wu se explicara mejor.

—Sí... Lo que quiero decir es que el Pasaje es más antiguo que la montaña, y mucho más fuerte. Hecho de scrith, probablemente. La montaña se derrama hacia abajo a causa de su propio peso, pero el Pasaje se mantiene en su sitio, y los vishnishti han de mantener la entrada limpia cada vez, cavando en los detritos. ¿Podéis llevar la cámara adentro?

— ¡No! —dijeron los puntoaltinos al unísono.

—Nos lo han prohibido —aclaró Deb—. Si nos vieran, nos matarían...

—Nos hemos mantenido en la roca —añadió Saron—. No quedañ huellas ni olores de nuestro paso. Si los vishnishti se enteraran que hemos estado cargando esto... —señaló la placa—, seremos muertos.

Arpista protestó:

—El Ojo de Luis Wu ha viajado demasiado para ver tan poco...

—Así están las cosas, lo siento. Harrid, camina detrás de nosotros. Si ves que dejamos alguna huella, hazla desaparecer. Arpista, ¿podrás tomar el lugar de Harrid llevando la placa?

—Dejad la placa ahí —dijo una voz.

Nueve homínidos se paralizaron. Tegger no pudo ver a nadie más. Y esa no era la voz de Bram, ni la de Murmullo, pero tenía la misma cualidad susurrante, el mismo impedimento al hablar.

Los puntoaltinos comenzaron a retroceder por la falla, en completo silencio. Tegger y Warvia los siguieron, guiando a los Amos de la Noche, quienes estaban prácticamente cegados bajo sus grandes sombreros. Dejaron la telaraña de bronce en la salida de la grieta, y no volvieron la vista atrás.

CAPÍTULO 29 - MINERO

Eran cuatro en la cabina de la tripulación de la Aguja: Bram, el Ser Último, Luis Wu... y Acólito, en un gran ataúd negro ubicado en lo que solía ser la zona de ejercicios. Todos usaban la misma ducha y la misma cocina.

Los arreglos para dormir no fueron un problema. El Ser último pidió las placas sómnicas, pero eso no fue grave. Pusieron la pila de plataformas al lado de la cama de agua de Chmeee, y Luis se acostumbró a ellas.

Estaba sentado con las piernas cruzadas sobre la rebotante superficie, comiendo algo crocante pero poco nutritivo. El aburrimiento lo hacía comer demasiado. También debía estar tomando demasiados medicamentos.

Bram no quería que se ejercitara solo en la bahía de carga. Luis ya había mejorado lo suficiente como para necesitar moverse. Había ofrecido enseñarle yoga o alguna técnica marcial de lucha, pero Bram se negó. Quería estar allí cuando...

¿Qué era lo que esperaba Bram? Luis no se lo imaginaba. Por más de dos días había espiado las cámaras de la sonda destruida. Incluso ahora, la imagen de la abollada sonda cubría a las otras seis— y Bram estaba ¡allí observando.

Luis comenzaba a adolecer de fiebre de las cabinas.

Hacia proa y estribor de la nave, el brillo de las estrellas había mutado al negro mate del basalto enfriado. En el espacio al menos habría habido estrellas que mirar, un infinito universo a cada lado.

Bien, había estrellas. En la cámara ubicada por encima de la sonda, podían apreciarse algunas bajo el encaje de la pista Maglev. Pero el campo de estrellas más interesante—la cámara que Luis había lanzado sobre el vacío cuando probaba el proyector— había sido desconectado algunas horas después.

Por otra de las ventanas, la cámara robada del Nido de Sombras se había movido a lo largo de un túnel de paredes alisadas, se había detenido durante varias horas en lo que evidentemente era una esclusa de aire, y luego cruzó varias puertas, pasó a lo largo de pilas de extraño equipamiento vagamente brillante, y se detuvo. Nunca se vio a quien estaba cargando la placa, ni se escuchó aquella voz de nuevo.

La cubierta de vuelo se había convertido en una exposición de ventanas sobre ventanas, un paisaje que haría cruzar los ojos y revolcarse en las órbitas. Una de ellas mostraba una gráfica que semejava una cordillera y se meneaba constantemente, de propósitos desconocidos. Tres de las imágenes eran repeticiones: la montaña de los puntoaltinos, vista al pasar de la sonda; las maniobras de la misma sonda hasta que recibió el ataque de luz violeta, y la muerte del protector, con su traje rajado y perdiendo el aire en el vacío.

Nada sucedía en el sitio donde la sonda había impactado en el sistema de transporte Maglev. Desde el asiento de Luis, la imagen enmarcaba a Bram como una oscura silueta de Dalí, como en su obra *Caen las sombras de la noche*.

Luis cerró sus ojos y se reclinó sobre la cama de agua.

Luego los abrió de nuevo. Había recibido un flash blancoazulado de una de las imágenes.

La luz se había ido ahora, pero la sonda estaba al rojo. Algo delgado había llegado por la pista Maglev desde muy lejos, y entraba recto en la zona de captación de la cámara.

Llegaba a velocidad astronómica, flotando a unos centímetros por encima de la pista: algo parecido a un trineo, perdiendo velocidad en forma salvaje. Algo de aspecto humanoide se arrojó de su parte trasera y rodó hasta ponerse fuera de la vista, mientras el vehículo se detenía a sólo unos centímetros de la cámara.

El Ser Último se puso al lado de Bram.

La sonda se enfriaba, pasando del rojo cereza al oscuro, y luego al negro.

No era un trineo, sino una caja de fondo no muy profundo. El fondo era negro como hierro forjado, y los lados tan transparentes que eran casi invisibles. Sin embargo, Luis podía adivinarlos por las protuberancias destinadas a los obenques que asegurarían la carga. Unos cables de acero sujetaban herramientas a los laterales del vehículo: una vara con mango—quizás una sierra de hilo—, una tubería de boca amplia—cañón, lanzaproyectiles o arma de energía—, una barreta, cajas apiladas, piezas de metal de diseño esquelético.

La ventana que mostraba la parte superior de la sonda mostraba el vehículo como un plano. Luis le echó un vistazo, pero algo más llamó su atención: la cámara robada por los Chacales había sido quitada del túnel y entraba en una especie de elevador abierto, moviéndose a velocidad frenética.

Luis pudo oír:

—No entiendo la guerra, pero me parece que Luis Wu podría.

— ¿Aún drogado?

—Pregúntale.

—Luis, ¿estás despierto?

—Por supuesto que sí, Bram.

—Hay un duelo entre protectores...

—Medioevo japonés —dijo Luis, con voz poco clara. ~~Así~~ allá de lo que había respondido antes, las drogas lo adormecían—. Esconderse y atacar de golpe con puñal. Ganar de cualquier modo. Ellos no se batían como los europeos.

—Sí, entiendes el asunto. ¿Te das cuenta de porqué este segundo intruso está aún vivo?

—No. Espera...

El recién llegado se movía en cuclillas y a trompicones, examinando la escorificada sonda. La sombra tenía la forma nudosa de los trajes del Anillo, como el que Murmullo vestía, pero a éste le calzaba perfectamente.

Inspeccionó la proa de la sonda, y halló huellas allí donde había estado el disco transportador, que ya no estaba. De pronto su cabeza giró hacia arriba, y la imagen destelló y se apagó.

Pero Luis había alcanzado a discernir su cara.

—Un protector del Pueblo de las Montañas. Murmullo debe estar viendo esto, también. Es un esclavo, ¿verdad, Bram? Debe haber un Amo, el protector a cargo de la pista de transporte. El Amo lo envió.

Otra ventana, hasta entonces quieta, comenzó a balancearse; luego giró y siguió girando, mostrando ora la negra parte inferior del Anillo, ora las estrellas girando, luego el fondo del Anillo, luego las estrellas de nuevo... El sirviente había limpiado la pista arrojando la arruinada sonda al espacio.

Ahora, la ventana principal retrocedía. El protector montañés apareció en otra de las cámaras.

—El primer protector, el que murió con el traje roto, había dejado un trineo sobre la pista —arguyó Luis—. Acólito lo vio, y colocó una cámara en él. Esa imagen es la que estamos viendo ahora. Alguien tenía que liberar la pista Maglev de la sonda y del trineo anterior. Por eso vino este protector montañés: quitó la sonda, y ahora enviará el primer trineo de regreso al sitio de donde vino, seguramente el espaciouerto. Problema resuelto. Ahora aborda su propio trineo... y vuelve al lugar de donde partió.

—Veo que comprendes el asunto —dijo Bram.

—Murmullo ha iniciado algo que no puede detener.

—Ella supuso que yo envié la sonda. No quería que el enemigo la estudiara.

—No podía saber cuántos eran...

—Debió extrapolar —respondió Bram—. Comenzando con Teela Brown...

—Sí. Todo se inicia con Teela.

El dolor se había ido. Luis se sintió flotar en la cama de agua. Sería mejor desconectarse del botiquín, para tener la cabeza despejada.

La cámara del trineo se quedó sin movimiento. Luego inició la marcha, avanzando por la pista Maglev.

Murmullo lo estaba usando para seguir al otro trineo.

—Teela formó protectores para que la ayudaran a montar los motores —dijo Bram—. Un protector del Pueblo Montañés debería ser confiable, porque Teela podría destruir fácilmente toda su especie en venganza. Un protector Chacal habría de considerar que su especie rige todo lo que hay bajo el arco, por lo que sus acciones estarían encaminadas a preservarlo. Un protector vampiro...

—...comienza limpio —dijo Luis—. Nace con la mente en blanco, y Teela está ahí para educarlo desde cero. Ya lo has dicho.

—Sí. ¿Hemos de llamarlo Drácula?

—Mary Shelley.

—Hum. ¿Porqué le doy tanta importancia a lo que dice un criador aturdido por las drogas?

—Me parece que Teela tomara mujeres para hacerlas protectores. Tres mujeres.

Bram suspiró sonoramente.

—De acuerdo. No conozco el nombre, pero de acuerdo. Esa Mary Shelley hizo protectores de su propia especie, y los ocultó de Teela. Cuando ella retornó al mapa de Marte, dos de los protectores la siguieron. Sólo el Chacal quedó en el Muro.

»Mary Shelley debía haber sabido que sus sirvientes matarían y reemplazarían al Chacal. Ella registraría el Muro a través de ellos. El protector montañés debe haber adivinado que Teela planeaba bañar el borde con llamaradas solares; de modo que luchó para proteger a su especie. Sin embargo, Teela liquidó a los dos que la perseguían.

»Ahora la pregunta es: ¿cuántos protectores creó Mary Shelley?

—Fabricación, adquisición, transporte, montaje, suministros —dijo el Ser Último.

—Tres, supongo —dijo Bram—. Para la fabricación deben estar usando las instalaciones de reparación del espaciopuerto. Si llega una nave de regreso, la fabricación se transforma en adquisición. En cuanto a los suministros, ningún protector dejaría a otro el control de lo que necesita, como es lógico. Entonces tenemos tres: Lovecraft construye, el Minero transporta, y el Rey sobre todos, montando los motores.

Luis sonrió. Bram ha recordado quién fue Mary Shelley, se dijo.

Habló el titerote:

—Mi especie podría hacerlo todo con sólo un directivo.

—Mi especie —respondió Bram— diseñaría cada nuevo dominio para que pudiera manejarse solo, sin su ayuda. Están los montañeses a mano. Los toman para construir, mover y montar, mientras Lovecraft, Minero y el Rey acechan para atacar.

—Crees que estaban esperando a Murmullo? —preguntó Luis.

—A Murmullo, o a cualquier otro. A mí, por ejemplo, o a invasores de las estrellas. ¿Nos crees tan estúpidos como para no imaginar los planetas, sólo con lo que vemos del universo desde aquí? Anne percibió protectores en el Borde, listos para matarla. No importa dónde se ocultó o lo que haya hecho, consiguió llegar al Muro sin que ni yo ni ellos nos diéramos cuenta. Y ya ha matado a Lovecraft.

—Hará buena presa del Minero también, supongo. Oye, Inferior, ¿puedes mostrar la parte trasera de esa cámara?

—Perdón, pero... no comprendo... ¡Vidrio! ¡La instaló sobre vidrio!—un órgano de tubos gritó de dolor—. Listo, pero habrá que esperar once minutos.

Once minutos después la imagen súbitamente giró ciento ochenta grados sobre la pista Maglev, enfocando la plataforma del trineo.

Luis pudo distinguir varias formas, que sugerían herramientas sujetas a los costados. Nada lo suficientemente voluminoso como para esconder a un protector. ¿Dónde estaba Murmullo?

La imagen giró nuevamente hacia el frente, y algo había cambiado: el trineo de adelante estaba frenando.

El segundo también comenzó a desacelerar.

Luis escuchó un sonido de vientos, y vio al Ser Último girar ambas cabezas con sorpresa. No era la música del Inferior, sino Bram y su escultura musical... El hombre nudoso sopló un poco más y la dejó a un lado; saltó sobre el disco pedestre y se fue.

— ¿Has visto eso? —dijo Luis.

—Se ha ido —el Ser Último aún estaba sorprendido.

— ¿Adónde? ¿Porqué?

—Tú dímelo. Luis Wu entiende de duelos, ¿no es así? ¿Quieres algo de comer? —el titerote se situó a su lado, tendiéndole una ampolleta de líquido.

Luis la tomó y sorbió del pico. Caldo vegetal.

—Está bueno.

Con el bloque de granito en su sitio, el titerote estaba atrapado en la cabina, al igual que Luis.

—Ha ido a alg ún lugar donde necesita un traje de vacío. Bien, al menos se ha ido. Inferior, si apagas el sistema de discos pedestres, ¿dónde iría Bram?

—El sistema de seguridad me impide apagarlo mientras está en uso.

— ¿Y si lo destruimos con la pistola láser? Nej, no podemos: él tiene el láser y el cuchillo variable...

—El sistema de control de los discos está embebido en el casco, Luis.

— ¡Entonces cambia su destino al monte Olimpo! ¿Dónde está yendo, de todas maneras? Incluso puede haber ido allí. Muestra el diagrama de los discos, ¿quieres?

El Ser Último gorjeó unas notas.

Nada sucedió.

—Estoy aislado —la voz del titerote se hizo monocorde—. Bram ha aprendido mi lenguaje de programación. Me ha arrebatado el control de los discos.

Sus piernas se plegaron debajo de su vientre. Las cabezas se doblaron, escondiéndose bajo las patas delanteras.

Luis intentó levantar el borde del disco, pero no se movió. Bram había tomado pleno control. Nej, esos conciertos no eran para entretenerse. Bram practicó con sus instrumentos hechos a mano hasta que estuvo seguro de poder duplicar el lenguaje musical del Ser Último.

Algo sucedía en la imagen. La cámara se sacudió y saltó.

— ¡Inferior! —gritó Luis— ¡Da vuelta la cámara; está apuntando hacia el lado equivocado!

El titerote no se movió.

La imagen se deslizó bruscamente a un lado, golpeó el costado de la pista y salió rebotando y girando. Lo que atacaba al trineo tenía sus efectos.

El titerote comenzaba a desplegarse.

El trineo golpeó duramente contra el otro lado de la pista Maglev. La imagen retembló y se deslizó. Cuando al fin se detuvo, sólo se veía la filigrana plateada de la pista.

El Ser Último silbó, y la cámara se invirtió. A la luz de las estrellas, pudieron ver astilladas las paredes de cristal. Las balas habían convertido el trineo en un colador, y las herramientas sujetas en la plataforma estaban cubiertas de astillas del cristal.

La mayoría de esas cosas habían sido irreconocibles. Ahora todas eran chatarra, con una única excepción.

Murmullo había visto a Acólito y a Luis llegar y desaparecer, y eso debía haberle informado acerca de los discos pedestres. Ella debió quitar el transportador de la sonda y sujetarlo al trineo, y ahí estaba, incólume.

Tres trajes de presión saltaron súbitamente en el trineo. Dos de ellos rociaron de proyectiles todo lo que fuera de cierto tamaño, y luego comenzaron a quitar y arrojar fuera todo lo que se pudiera desmontar, en una rápida busca de un protector escondido entre los escombros. Pero Murmullo no estaba ahí.

Dos de ellos levantaron el disco para que el tercero pudiera revisar debajo de él. Luego lo soltaron. El protector vampiro debe haberlo considerado más peligroso que útil, porque ajustó el arma y lanzó un brillante y delgado haz de energía contra él.

El haz surgió del disco pedestre de la cabina donde Luis y el titerote estaban, y comenzó a calcinar el techo sobre ellos.

Aunque Luis no recordaba haber buscado refugio, de pronto se encontró detrás de la pared del reciclador, íntimamente abrazado con el Ser Último. Éste incluso no parecía molesto por su proximidad.

Luis asomó la cabeza luego de un momento.

El protector vampiro había levantado el disco e intentaba arrojarlo por sobre el borde de la pista, hacia el espacio.

Pero de pronto el disco pareció hacerse demasiado pesado para sus fuerzas, como si un fantasma se hubiera subido a él; hubo de soltarlo y cayó pesadamente sobre la pista.

El fantasma — ¡Bram!— apareció de repente, mientras el otro se retiraba. Un segundo vampiro — ¿el Minero?— cayó en dos trozos, cuando el cuchillo variable estirado a un metro ochenta lo partió al medio. Las dos mitades lanzaron niebla por los cortes, pero el torso del Minero aún portaba armas. Intentó apuntar el

arma de energía, pero el alambre esclavista zumbó de nuevo, y el arma quedó destruida.

No había forma de saber de dónde había salido Murmullo, pero allí estaba ahora. Dos protectores montañoses se enfrentaban con dos vampiros.

El titerote permanecía en un estado semi catatónico. Luis intentó seguir lo que ocurría en la pantalla, pero no era sencillo.

Los montañoses no atacaban.

Murmullo usaba uno de sus trajes; debería serle posible comunicarse con ellos. Luis podía oír la respiración de Bram, resoplando tras el empleo de sus reflejos, pero no estaba hablando. Al usar uno de los trajes humanos, no tenía la radio sintonizada de la

misma manera.

Bram le hacía guiños con la lámpara del casco a Murmullo.

¡Nej! ¡Ése debía de ser el lenguaje heliográfico de los Amos de la Noche! Y ahora los otros dos también estaban usando las suyas.

El diálogo continuó durante cierto tiempo, y pareció haberse llegado a algún acuerdo.

Los montañoses intentaron arrastrar el trineo dañado, con alguna dificultad. Bram le entregó su arma a Murmullo y los ayudó a arrojarlo por sobre el murete de la pista.

Subieron el disco pedestre al trineo intacto. Los vampiros treparon primero, y los montañoses los siguieron. El vehículo comenzó a moverse en reversa, de vuelta al sitio de donde había llegado. Antes de que alcanzara plena velocidad, Bram ya había lanzado una cámara en la pista y otra en el trineo.

Luego cantó algo parecido a una orquesta siendo bombardeada por terroristas. Se paró sobre el disco y desapareció... hacia ellos, hacia la Aguja.

Al momento que se desvanecía la luz de su partida en la pantalla, Bram apareció en la esquina de la cabina, subiéndose la visera del casco. Llevaba en la boca algo parecido a una flauta ocarina.

Cuando un titerote está enojado, no pierde el control de su vocabulario o su cultura, sino de sus señales emocionales. La voz del Ser Último era tan pura como una campanilla eólica.

—Has aprendido mi lenguaje de programación.

Bram dejó la flauta a un lado.

—Nuestro contrato no me impedía hacer tal cosa.

—Estoy muy molesto.

—Has visto lo que ha tenido lugar? ¿No? De los adoptivos de Mary Shelley, hemos acabado a Lovecraft y al Minero. Los sirvientes del Minero nos han dicho que los de Lovecraft están listos para seguir con los envíos de material. Esperamos que ellos nos serán de ayuda.

»Ahora sólo resta el Rey. Cuando él muera, Anne controlará el Borde y yo el Centro de reparaciones, y entonces podremos llevar algo a puerto.

La cocina entregó una ampolleta, y Bram bebió con fruición. Luis advirtió que portaba consigo el arma de energía tomada de los montañeses. Esa cosa probablemente mataría todo lo que había en la cabina con sólo apretar el gatillo.

Bram lo miró.

—Luis Wu, ¿qué harías ahora si fueras tú?

—Bien, Murmullo se dirige a acabar con el Rey. Ya es tarde para cualquier otra cosa. En cuanto a mí... Mi traje me mantendría vivo un par de falans, por lo que no tendré que subir a un trineo y acelerarlo a mil seiscientos kilómetros por segundo para matar al Rey...

o más bien, permitir que me mate. Si fuera yo, regresaría a este lado del Muro, y luego

treparía desde aquí.

—Perderías el elemento sorpresa...

—Él aún...

Bram desechó con un gesto el razonamiento.

—El traje de Anne no la mantendrá viva tanto tiempo.

—Hum —«envíos de material», había dicho Bram—. Bien, si yo tuviera algo que el Rey necesitara, lo llevaría en el trineo conmigo. Por supuesto, habría que hacerle saber que yo lo tengo. ¿Qué cosa podría cumplir con ese objetivo?

—No importa, Luis. Siempre es bienvenido otro punto de vista.

Bram silbó con la ocarina al sistema de discos, luego partió.

—Y ahora, ¿dónde habrá ido? Inferior, ¿aún no tienes control sobre los discos?

—No puedo acceder al sistema. Pero puedo encontrar a Bram.

—Hazlo.

Dos ventanas mostraban ahora patrones muaré: cámaras destruidas durante la reciente batalla. El Ser Último silbó para apagarlas, luego las reemplazó con otra. En la ventana comenzaron a aparecer varias vistas en sucesión. La villa de los Tejedores. El

Patriarca Oculto, visto desde el nido de cuervo del mástil posterior.

El titerote cantaba y percutía. Luego anunció:

—Inicié un programa de rastreo. Si llegan invasores usando naves conocidas, lo sabremos en minutos.

—Bien —Luis se ñaló a una de las ventanas que habían quedado semiocultas tras la principal—. Espero que estés grabando eso...

—Sí.

La cámara robada por los cazavampiros mostraba ahora el espaciouerto. Unos personajes en trajes de vacío flotaban como diminutas estrellas hacia una estructura demasiado gigantesca como para distinguir su forma. Les debía tomar toda una vida rodearla.

Aún más grande: un par de toroides dorados, montados en inmensos caballetes. Le tomó a Luis un momento apreciar el resto.

Unos alambres salían de los toroides, abriéndose como las finas hojas de una hierba a partir del tallo, adelgazándose en la lejanía hasta perderse de vista.

—Ajá. Están construyendo motores nuevos.

—Me pregunto si el tramado de alambre será una innovación... —dijo el titerote—. Mis registros sólo muestran los toroides.

—Una interesante posibilidad, pero tal vez los Ingenieros de las Ciudades sólo usaron los toroides. Esa trama de alambre traería complicaciones si se supone que habrás de aterrizar con la nave.

La ventana puesta en sucesión estaba mostrando ahora la cocina del Patriarca Oculto, con dos adultos Ingenieros y ¡tres! niños. ¿Dónde se habría escondido el mayor, que nunca lo habían visto mientras estuvieron allí? Pero ahora todos se movían hacia la puerta, y luego regresaban conversando, con Bram en medio de ellos.

El protector se había quitado el traje de vacío, acomodándose en una banca. Harkabeeparolyn y Kawaresksenjajok comenzaron a masajearlo.

Era todo huesos y articulaciones, y ni un gramo de grasa.

—Se ve como un maldito esqueleto ahora, qué nej... —dijo Luis.

Bram parecía adormilado.

—Si Bram supone que es tiempo para ello, probablemente ~~es~~ lo cierto. Inferior, ayúdame a sacar a Acólito del autodoc. Es mi turno.

El titerote silbó, y leyó la pantalla del ataúd.

—Luis, los dispositivos nanotecnológicos aún reparan el daño de su columna vertebral. Estará libre en unas pocas horas.

—Nej.

— ¿Lo dejamos dentro?

—Sí —Luis se enroscó en la cama de agua—. Me voy a dormir.

CAPÍTULO 30 – EL REY

Luis se desenroscó lentamente. El dolor es un buen maestro. Afortunadamente, se movía mucho mejor que en los cuatro días previos.

El botiquín le había suministrado complementos dietarios, pero él había suspendido el goteo del analgésico. Se desconectó y fue hacia la pared de proa.

Aquí: el salón de comidas del Patriarca Oculto, con Bram hablando a los Ingenieros de las Ciudades. Las cámaras red de las paredes estaban activadas, y una de ellas en el comedor tenía esa misma vista.

Allí: la vasta amplitud del espaciopuerto. El semiterminado motor que había visto ya no estaba; lo habrían terminado y trasladado a algún sitio. En ese momento, una enorme plataforma flotante pasaba frente a la cámara; tenía torres de entramado metálico en las esquinas y un decorado espiral... No, era más que un decorado: estaba doblada como un tentáculo de plata, y su extremo parecía bifurcarse hacia el infinito. Englobaba y alzaba el fuselaje de una desmantelada nave estelar de los Ingenieros de las Ciudades.

Más allá del borde del espaciopuerto se veía una hilera de anillos verticales: el sistema de deceleración de astronaves.

En otra imagen: un borrón de pista Maglev, con las estrellas viéndose débilmente a través. Murmullo debía haber echado a andar de nuevo el trineo. Había alcanzado una considerable velocidad mientras él dormía. Tenía que ser Murmullo... ¿quién más hubiera puesto una cámara ahí?

En otra: Un campo estrellado se movía perezosamente visto a través del encaje fractal de la cinta Maglev. Un cursor destellaba en verde sobre la imagen.

—Encontré una espacionave —dijo el Ser Último.

—Muéstrame.

El titerote cantó y la vista se acercó enormemente, para terminar en una borrosa imagen de algo que parecía más una barreta que una nave espacial. Otras menores, con pequeños alerones se movían a lo largo de ella, como pulgones en el tallo de una hoja. En el extremo más cercano presentaba un gran cono motor... o un enorme cañón de plasma.

—Otra nave de la Brazo —dijo Luis—. Buena pesca.

Bram había dejado el comedor.

El Ser Último detectó movimiento a lo largo de la pista Maglev. Lanzó un timbrazo; la cámara fijada en el trineo de Murmullo se invirtió para mostrar el otro lado.

Ese no era el trineo que había estado usando Anne. Era un gigantesco plano negro. Unos cables se elevaban en lazos de variados espesores y curvaturas, bifurcándose como arterias, subiendo alrededor del vehículo y fuera de la vista. Un delgado pilar se levantaba en el mismo centro del plano.

Murmullo estaba colgada del más delgado. Flotaba en el fondo, sujeta con una sola mano de un cable del diámetro de su puño cerrado.

Parecía un grabado de fantasía extraído de un viejo libro. El único elemento que Luis pudo reconocer estaba soldado a la plataforma justo debajo del protector: el disco pedestre retirado de la sonda de repostado.

Luis se dio cuenta de que su mente no podía asimilarlo. Necesitaba un abundante desayuno.

Los músculos de su espalda, los transversales de sus costillas y los tendones de su rodilla derecha protestaron cuando se desplazó hasta la cocina. Levantar a un kzin, aún a uno no completamente adulto... «Recordad, soy un profesional entrenado. No intentéis repetir esto en vuestras casas», murmuró por lo bajo. Pidió un *omelette* variado, papaya, pomelos y pan.

— ¿Has dicho algo, Luis?

—Nada. ¿Ha acabado el autodoc con Acólito?

El titerote revisó la pantalla.

—Sí.

—Espera —Luis escribió una orden en el teclado de la cocina—. Vamos a pacificarlo con un trozo de mamífero.

Acólito se sentó de un salto, y se encontró con un costillar completo. Lo tomó en sus manos y se encontró con el Ser último debajo de él.

—Tu magnificencia como anfitrión debe ser legendaria —dijo, y comenzó a trozar la carne con sus garras.

—Tu padre llegó a nosotros como embajador —dijo el titerote—. Te ha educado bien.

Acólito meneó sus orejas y siguió comiendo.

El titerote discó para sí un gran cuenco de algo gramíneo, pero sólo usó una boca a la vez. Para beneficio de Acólito, narró las muertes en la pista Maglev, silbando para mostrar las grabaciones. Luis agregó unos detalles aquí y allá. El Ser Último no comprendía el arte de la estrategia. Una cosa que Acólito no «escuchaba» era que Bram había tratado a

sus siervos alienígenas como prisioneros.

El kzin lanzó un gran hueso de imitación hacia el reciclador.

—Luis, ¿estás saludable?

—No estoy listo para correr de nuevo contra ti, si a eso te refieres.

—Has hecho bien. Lo que te ha costado... pero has hecho bien. Creo que tenía rota la espina dorsal. ¿Me permites ayudarte a entrar al autodoc?

—No, no, ahora no. Estamos llegando al punto crítico. Mira...

Luis señaló hacia una de las ventanas, donde se veía a Murmullo flotar serenamente sobre un infinito superconductor. Su mente había tenido tiempo de hacerse a la idea, y habló para ambos.

—Murmullo está en caída libre. Eso significa que la estamos viendo moverse en un vehículo que corre a mil seiscientos kilómetros por segundo, en dirección contraria al giro del Anillo. Es un vehículo, aunque se ve extraño porque tuvieron que ampliarlo para aprovechar todo el ancho de la pista Maglev. Debe tener unos sesenta metros de anchura, si no más.

»Esos lazos de cable... Acólito, tú estabas en el doc cuando Bram nos dio el indicio. Estáis viendo el desnudo borde inferior de un estatorreactor de los que se montan en el Muro. El grupo de Lovecraft tenía uno listo para enviar. Murmullo se los ha secuestrado.

Anne miraba hacia atrás, de cara hacia la cámara. Bram debía haberle contado lo que era.

De pronto, el mismo Bram apareció sobre el disco de la cabina de la tripulación, vestido con el traje de Luis y el casco retirado. Echó un vistazo a sus aliados, luego a las imágenes; entonces se volvió a la cocina.

— ¿Alguna novedad? —preguntó.

—Como puedes ver —dijo el titerote—, un transporte de la Brazo está en órbita a unos ciento sesenta millones de kilómetros del suelo inferior del Anillo. ¿Cómo piensas lidiar con él?

—Aún no lo haré —Bram se volvió a las imágenes. Ahora Murmullo colgaba como un mono del cable superconductor—. Comienza a perder velocidad... Acólito, ¿comprendes la idea? Suponemos que el Rey considerará que uno de los motores y el gran trineo son cosas demasiado valiosas para destruirlas.

—Luis me lo ha explicado.

—Anne me espera —dijo el hombre nudoso—. ¿Necesitan algo de mí antes de que me vaya?

—Dame acceso a mis discos pedestres —rogó el titerote.

—Aún no, Inferior.

Luis protestó:

—Pero... ¿qué clase de oposición...?

—El Rey tiene una larga cadena de suministros. Ha de tener algunos sirvientes protectores de entre los montañeses. Los rotará frecuentemente, a menos que prefiera verlos morir. Deben oler a su propia raza, para saber a quién proteger, o tal vez proteger todo lo que hay bajo el Arco. El Rey se reservó eso para él.

—No son muchos, entonces.

—Ninguno, seguramente. Sólo sus manos le servirán. Los motores del Muro no pueden ser movidos por el músculo. En cualquier caso, no temo a los protectores de Punto Alto. Si ellos ven una clara victoria, terminarán derrotados. Y el vencedor siempre recibe el perdón de su pueblo.

—Danos algún indicio —pidió Luis—. Si tú y Anne son asesinados, ¿qué haremos nosotros?

—Cumpliréis vuestro contrato. Protegeréis todo lo que hay bajo el Arco.

Bram cerró el casco y se lo colocó. Desapareció, una partícula virtual en movimiento, y las paredes a proa y estribor reflejaron el brillo anaranjado debido al intercambio de la energía del momento.

Unos pequeños recipientes aparecieron en el receptáculo de la cocina. El Ser Último los insertó uno por uno en el pequeño botiquín soldado a la pila de plataformas de carga.

—Antibióticos —dijo.

—Gracias, Inferior. Debo haberlos acabado.

Más recipientes.

—Analgésicos.

Murmullo ya no estaba a la vista. Hasta ese momento había sido bien evidente, mostrándose al telescopio del Rey, con el tesoro real a su alrededor. ¿A qué estaría jugando ahora?

¿Habría trepado al cono de cable superconductor? ¿Qué tan bien escalaría un protector vampiro?

¿Se habría escondido bajo la gran plataforma?

La vista hacia delante no presentaba cambios. La pista seguía pasando a velocidad de vértigo. La plataforma y su difícil carga habían de estar perdiendo velocidad, pero aún a alta deceleración llevaría su tiempo detenerla. Luis se preguntó si acaso Murmullo estaría planeando atacar la terminal. El Rey debía estar preguntándose lo mismo.

No le pareció posible. En diez horas a mil seiscientos kilómetros por segundo, Anne cubriría cerca de sesenta millones de kilómetros. Pero la pista corría a lo largo de más de cuatrocientos millones de kilómetros... Ella no podía darle al Rey tanto tiempo para dispararle.

Y hablando de ello, ¿dónde estaría el Rey? Si había entrenado a los protectores que tomó de Punto Alto para que colocaran los motores por sí mismos, podía hallarse en cualquier sitio del Borde...

¿Qué era eso?

Un trineo del tipo pequeño, casi perdido en la amplitud de la pista, se dirigía hacia la cámara. Ahora derivaba de un lado al otro, y bajaba la velocidad... Hacía contacto con la plataforma negra, y cinco figuras en traje de presión pasaron frente a la cámara antes de que Luis pudiera pestañar. El Ser Último silbó a la cámara para invertirla, pero cuando al fin cambió, los intrusos ya se habían perdido entre los mazos de cables.

Cinco protectores de las montañas derramadas, al parecer, pues sus trajes ajustaban bien... Cuidarían el estatorreactor, lo protegerían de los efectos de una batalla, sirviendo a ambos lados. Para el Rey, también servirían como maniobra de diversión.

Y a cualquiera que hubiera visto alguna vez un acto de magia, no le resultaría arriesgado conjeturar que uno de ellos era el mismo Rey en persona, con su traje provisto de blindaje o armas adicionales.

¿Dónde habrían ido?

Había algo de acción a lo lejos, muy atrás. Era algo frustrante, pensó. Echó una mirada hacia Acólito: ¿enloquecería de furia el kzin? Pero éste miraba la ventana con la paciencia de un gato frente a la cueva del ratón.

Unos atisbos de movimiento, distantes flashes de luz, y dos trineos Maglev aparecieron... ¡ondeando entre los cables! Chispas esporádicas los seguían. Se perdieron de vista, luego aparecieron nuevamente. Uno de ellos golpeó un cable, rebotando en una enceguedora chispa, chocó contra otro y se perdió, volando por sobre el borde de la pista, hacia el vacío. El otro...

—Muy listo —susurró Luis, dirigiendo su mirada a la plataforma. Pero no había nada que ver.

— ¿Me explicas, Luis? —dijo el titerote.

— Murmullo puso los trineos en marcha para que siguieran por ~~del~~ la plataforma, donde el Rey no podría verlos llegar. Sólo vimos dos de ellos, pero quizá haya más, todos guiados por el que ella conducía, y ¿cuál será ese? Ahora ella está enviándolos hacia delante cuando la plataforma desacelera, para que el Rey no tenga un blanco claro a qué dispararle.

»Aún si el Rey se da cuenta de la estratagema, no podrá asegurarse de en dónde está Murmullo, y apenas dispare ella sabrá su ubicación. Pero... puedo estar completamente equivocado.

—La plataforma se detendrá pronto. Entonces el terreno de duelo se expandirá, ¿no es así, Luis?

—Es cierto, tienes razón. Si...

Bram apareció de repente sobre el disco pedestre ubicado en la plataforma negra.

Unos rayos impactaron donde él había estado, pero ya Bram estaba entre los lazos de superconductor, contestando el fuego con el arma de Luis. Flamearon luces entre los rizos de superconductor, una tormenta de haces de energía. Bram se levantó, sujetando su traje con una mano.

El primer disparo no había fallado. Diabólicamente intenso, había podido penetrar el escudo láser del traje de Luis.

Ahora dos figuras delgadas disparaban entre los rizos, brincando y disparando, arriba y abajo del estatorreactor.

—Me pregunto... —dijo Luis, y se detuvo.

—Habla ya —escupió Acólito.

—La luz no puede destruir un superconductor. Y ellos, todos, están usando armas de luz. Si el Rey se entera...

Bram estaría muerto si no se refugiaba pronto. Se había cubierto tras un grueso rulo del reactor y sólo miraba. Como si no tuviera idea, pensó Luis, de cuál de las figuras era Anne y cuál el Rey. Hizo lo que pudo.

Uno de los combatientes brilló como un sol y desapareció.

El otro brilló más aún, y se disolvió más rápido. Cuatro formas brincaron como moscas, cerrándose como pinzas sobre Bram.

Luis comenzó a reír.

Bram corrió hacia el disco pedestre. Brilló como un sol y desapareció... y apareció en la cabina, arrojando lejos el casco, tomando el aire en grandes boqueadas. Su traje de presión brillaba al rojo en algunos sitios. Se lo quitó con energía, dejándose puestos los guantes para no quemarse con el resto; arrojó el bulto a la ducha e hizo correr el agua.

Luis seguía riendo.

Y Acólito parecía estar sonriendo, pero en un kzin eso no era una sonrisa.

—Alguno de ustedes tendrá que decirme qué es lo que ha sucedido —dijo.

—Anne está muerta, y yo estoy solo —dijo Bram—. ¿Hay algo más que importe? Los sirvientes protectores del Rey fueron a proteger el motor y la plataforma mientras los atacábamos. Pero luchábamos sobre un campo superconductor, y elegimos armas de energía. ¿Comprendes, Acólito? El Arco depende de esos motores, y somos protectores.

—Entiendo —dijo Acólito.

—Cuatro de los sirvientes vieron que ninguno de nosotros ~~podría~~ podía dañar el transporte o el estatorreactor. Anne y yo pensamos que ellos matarían a los perdedores. Pero ellos vieron a dos morir y al tercero mal cubierto, ¡y decidieron librarse de todos nosotros! Debo haber parecido un blanco fácil—dijo Bram—. Malditos estúpidos. Si me vieron llegar, ¿no pudieron suponer que podía irme del mismo modo?

Bram miraba hacia las ventanas que iluminaban la cabina del Ser Último. Cuatro protectores en trajes de presión se reunían alrededor del disco pedestre. Sus cascos emitían patrones heliográficos. Uno miró hacia arriba y vio la cámara.

Todos apartaron de inmediato la vista, y un instante después la ventana cambió a un patrón muaré.

—Eso no los salvará —dijo Bram, y se dio vuelta—. Inferior, ¿porqué hay una conexión establecida entre la villa de los Tejedores y el cuarto de defensa contra meteoros?

—Pregunta a Luis Wu —dijo el titerote.

— ¿Luis?

No se debe reprochar a un titerote su cobardía. Luis apenas miró al Ser último.

—Es por la cláusula moral del contrato, Bram. He juzgado que no reúnes las condiciones para regir Mundo Anillo.

La mano de Bram se cerró como una prensa en el hombro derecho de Luis, alzándolo en vilo. Luis pudo ver al kzin encrespase, intentando decidir si debía intervenir.

— ¿Por qué injustificable arrogancia podría un criador...? Ah. Es por Teela, ¿no es así?

— ¿Cómo?

—Ella te obligó a matarla. También te forzó a matar a cientos de millones de homínidos de las montañas derramadas para poder poner al Arco de nuevo en su sitio. Por supuesto, ella tenía que morir para salvar a mis actuales rehenes. Por supuesto, el Arco debía ser bombardeado con chorros de plasma solar para poder activar a plena furia los estatorreactores. Pero... ¿Porqué Teela te impuso a ti esas tareas?

—No lo sé.

Bram lo volvió a apoyar en el suelo, aunque su presa no se relajó.

—He leído tu expediente en los archivos de la computadora de la Aguja. Tú iniciaste los problemas, y luego los abandonaste.

Luis pensó que estaba preparado para morir, pero el asunto se estaba volviendo oscuro.

— ¿De qué problemas hablas?

—Tú encontraste una especie alienígena peligrosa en el espacio interestelar. Iniciaste las negociaciones, les enseñaste el camino a tu mundo, y luego dejaste en las manos de los embajadores profesionales el dilema de enfrentarse a ellos. Tú trajiste a Teela Brown a Mundo anillo, y luego la dejaste al cuidado de otro...

— ¡Nej, Bram! ¡Ella eligió por su cuenta!

—Llevaste a Halrloprillalar a la tierra, luego permitiste que la Brazo pusiera las manos en ella y la matara.

Luis hizo silencio.

—Sin contar a Teela, tú ignoraste las responsabilidades que te cabían por nada menos que cuarenta y tres falans. Sólo el temor a la muerte te trajo aquí. Pero has entendido el mensaje, ¿verdad, Luis?

—Eso es... completamente...

—Tú dices que has de juzgar por la seguridad del Arco. Ella confió en tu sabiduría, Luis, y no en la propia. Ella era sólo a medias brillante, sólo a medias.

El titerote habló desde su refugio tras de la pared de la cocina:

—Teela no era sabia. Ningún protector es sabio. Sus motivos no provienen del cerebro, Luis. Ella debe haber sido lo suficientemente sabia, y no más.

—Inferior, eso es ridículo —dijo Luis—. Bram, yo soy un maldito arrogante. Lo has dicho con propiedad.

— ¿Qué debo hacer con los que asesinaron a mi pareja?

—Bien, preguntémosle a la gente de Punto Alto si podemos hablar con un protector. Le diremos que ellos quedan a cargo del Borde. Bram, los protectores montañoses siempre han mostrado interés en proteger al Anillo de todo peligro. Cualquier cosa que fuera a suceder, pasará primero en el Borde, y ¿quién mejor que ellos para saber qué hacer?

Bram parpadeó, y dijo:

—Sí. Ahora, lo que sigue. He regido en el Centro de Reparaciones por más de siete mil años. ¿Cómo puedes tú juzgar...?

—Yo sé lo que has hecho. Las fechas, Bram. Las fechas. Nunca intentaste ocultarlas.

—Has hablado con demasiadas especies. Has viajado muy lejos ¿Cómo podría mentir? ¡Debieras haber aprendido!

—Estoy desconcertado... —dijo Acólito.

Luis casi se había olvidado del kzin.

—Tú y Murmullo habéis buscado al misterioso Amo protector por... ¿cuánto, Bram? ¿Cientos de falans? Pero no pudo ser suficiente, aún teniendo el telescopio del Centro de Reparaciones. El Arco es demasiado grande. Pero si supiérais dónde debiera estar un protector, podríais estar ahí antes, esperándolo. Un desastre atraería a los protectores.

Como te pasa a ti, Bram. Tendrás que hacer algo con ese acorazado de la Brazo, ¿verdad?

—Sí.

—Murmullo y tú encontraron una gran masa cayendo sobre Mundo Anillo. Eso era todo lo que necesitaban. Cronos tenía que hacer algo al respecto. Vino al Centro de Reparaciones; tú y Murmullo debíais estar listos, ¿verdad, Bram?

Silencio.

—Tal vez Cronos sabía cómo detener el impacto. Bram y Murmullo habrían esperado, ¿correcto? Para ver si podía hacerlo. Pero Bram supo que algo andaba mal...

—Luis, pensamos que era su costumbre —dijo Bram—. Su primera movida fue preparar las defensas. Nosotros... no podíamos...

Los dedos de Bram se clavaban en el hombro de Luis, que destilaba sangre.

—Lo matasteis antes de que terminara —dijo Luis.

— ¡ Por poco nos movimos demasiado tarde! Tanto él como nosotros nos acechamos. Él, igual que nosotros, mapeó todo el sitio y puso trampas... —Bram le hablaba a Acólito ahora, explicándole un duelo a quien amaba tales relatos Anne quedó incapacitada por largo tiempo, y aún no sé cómo hizo para quebrar mi pierna y cadera en la oscuridad..., pero lo matamos.

— ¿Y luego? —preguntó Luis.

—Él tampoco lo sabía. Luis, buscamos sus herramientas..., pero no había traído nada.

—Lo que fuera que pensaba hacer, nunca pudo. Pero vosotros... vosotros no teníais la menor idea.

—Acólito... —dijo Bram.

— ¡Tú permitiste que el Puño-de-Dios impactara en Mundo Anillo!

— ¡Acólito! Un enemigo espera por mí en el cuarto de defensa contra los meteoros. Aquí está tu wtsai. Ve y mata a mi enemigo.

—Sí —dijo Acólito.

Bram Silbó una tonada en su extraña flauta. El kzin dio un paso y desapareció. Luis intentó seguirlo, pero los dedos de Bram seguían clavados en su hombro.

—Tú, maldito hijo de puta...

—Tú sabes dónde debería estar yo, pero decidiré el resto por mi cuenta. Ven.

Caminaron hacia el disco pedestre y se fueron.

CAPÍTULO 31 – EL TRONO DE MUNDO ANILLO

Aparecieron en la penumbra del cuarto de defensa contra meteoros, y de pronto Luis se encontró volando, arrojado lejos.

Intentó rodar al aterrizar, para disminuir el golpe. Atisbó a Bram desapareciendo, bajo un loco sonido de flauta y oboe. Algo monstruoso y oscuro se acercó de un salto hasta Luis, y otra cosa mucho más rápida corrió hacia ellos.

Luis aterrizó sobre su hombro derecho, allí donde el protector vampiro había clavado su sucia garra. Aulló de dolor y siguió rodando, y el primer atacante aterrizó a su lado. El segundo se defendió de una patada lanzada por una pierna anaranjada y peluda, y retrocedió hacia el disco pedestre. Tocó una tonada y se fue.

El primer atacante lo levantó y rodó con él tres metros hacia la sombra.

— ¿Luis?

El hombro de Luis era un solo alarido. Tomó grandes bocanadas de aire; su nariz se llenó de olor a kzin.

—Acólito... —dijo.

—Intenté matar a Bram —respondió el kzin.

—Puede estar muerto ahora, de todas maneras... —el olor a kzin no era lo único. ¿A qué olía?—. ¿Aquél otro intentó matarte? Se suponía que tenías que morir como distracción para Bram. Igual que yo, supongo.

—No pude olerlo hasta que saltó. Debe haberme juzgado inofensivo.

— ¿Te sientes ofendido?

—Luis, ¿dónde está Bram?

—Quién sabe. Controla los discos pedestres; debe haber veinte o más distribuidos por todo el Centro de Reparaciones.

—Sí. Él lo preparó con un silbido, pero el otro pasó a través antes de que Bram pudiera cambiarlo, ¿no crees?

—Lo que me parece —dijo Luis— es que fue Bram quien saltó primero y luego cambió el destino del disco al monte Olimpo, o al Borde, o al infierno. Luego el otro copió la orden silbada de Bram y volvió atrás el cambio.

—Entonces nos hemos perdido una linda batalla...

¿Qué era lo que estaba oliendo? Olía a flores, a algún perfume; se clavaba en la cabeza de Luis y le hacía difícil pensar. El tufo a kzin era mucho más fuerte, y su pelaje tenía bultos duros adosados... Recordó de pronto las armas de Cronos: el cuchillo arrojadizo, la alabarda de metal con doble filo...

—Difícilmente puedas matar a Bram. ¿No te lo ha demostrado?

—Luis, ¿no debería matar a mi maestro?

— ¿Eh? Caramba... Lo tendré en mente.

—No, Luis, ¡no a ti! Yo vine aquí por tu sabiduría, pero Bram me ha hecho su sirviente. Aprendí escuchando a Bram, hasta que estuve listo para liberarme. Mira, conseguí éstas.

Las armas de Cronos.

—Parecen apropiadas, pero Bram...

Bram cayó del techo. Había diez metros de altura, y golpeó pesadamente, rodó, y se levantó con el cuchillo variable extendido a medio metro de longitud. Intentó protegerse con él cuando otra sombra homínida cayó, y se deslizó hacia donde estaba.

Los brazos del otro se lanzaron hacia delante. Bram saltó cuando unos objetos afilados golpearon el suelo cerca de él. ¿Shuriken? El cuchillo variable restalló; el enemigo se encogió brutalmente, rodó y se paró sobre sus pies. Parecía todo hecho de nudos... Era más alto que Bram; tenía un brazo apretado contra su pecho y un metal afilado en el otro.

La mente de Luis aún luchaba por entender.

Bram debía haber instalado un disco pedestre en el techo de la habitación, en forma invertida. ¿Copiando a los marcianos? Ahora el protector vampiro tenía a su alcance el disco pedestre del suelo, mientras que su enemigo estaba bastante más lejos. Entonces, Acólito surgió de su escondite, lanzando la vara de metal hacia las costillas de Bram.

Éste no se volvió. Sólo se detuvo por un instante. La vara pasó por delante de su vientre, y Bram sujetó el extremo. Tiró y retorció, la lanza se dobló, y el otro extremo dio de lleno a Acólito en la frente.

Pero eso detuvo a Bram lo suficiente. El otro lo alcanzó. Rebanó la muñeca de Bram, el pie que lanzó hacia su cara, luego el codo, el otro pie, el otro brazo.

Bram cayó al suelo tambaleándose, con huesos y tendones rotos en todas las extremidades.

El atacante se desvaneció en el aire. Pero entonces habló en la lengua del comercio de la villa de los Tejedores, distorsionada por el usual impedimento silbante. El traductor de Luis lo siguió apenas un momento después.

—Hombre peludo, deberás quedarte quieto por un rato. Seréis satisfecho luego, pero éste parece ser buen momento para hablar.

Acólito se sentó, atontado.

— ¿Luis?

Si el otro protector aún temía a Bram, Luis no le iba en zaga. No podía ver la manera de llevar a Acólito a cubierto. Su propio escondite era precario, pero se quedó donde estaba.

—Quédate atrás, Acólito. Yo lo traje aquí.

—Sí —dijo el atacante de Bram; las paredes reflejaban su voz, ocultando el origen—. Luis Wu, ¿por qué has hecho esto?

Bram se enderezó en medio de un charco de sangre. Había intentado aplicarse unos torniquetes, pero no había podido. Dejó caer sus armas. Luis se dio cuenta de que más allá de lo que se pudiera hacer por él, Bram dejaría de comer y moriría pronto. Los protectores hacían tal cosa cuando perdían su razón para vivir.

Luis habló a las tinieblas.

—Tú eres Oboe, ¿verdad?

—Y tú eres Luis Wu, el que evaporó un océano. ¿Porqué me has convertido en esto que soy ahora?

Bram interrumpió:

—Mi tiempo se acaba. ¿Puedo abusar del vuestro? Os ase guro que no os haré daño. Luis, Oboe ha respondido a mi pregunta. ¿Porqué has abierto un disco pedestre a un Chacal que nunca habías visto?

—Perdóname —dijo Luis.

Tenía problemas para concentrarse. ¡Ese aroma perfumado! Luego recordó dónde estaba, tirado en el piso, sujetándose el hombro que le escocía.

—Bram... —dijo al fin—. ¿Sabes porqué he juzgado que tú y Anne no eran competentes para gobernar el Centro de Reparaciones. No te he escuchado decir que yo estuviera equivocado. Podemos discutirlo ante Oboe, y dejarlo decidir a él. ¿Qué dices?

Silencio.

—Oboe, ¿has visto el esqueleto?

—Sí.

—He llamado Cronos a ese personaje. Cronos fue tu ancestro. Creo que a ún Bram puede entender lo que ello implica. Cronos ha tenido ocho mil falans para modificar su línea genética hacia los rasgos que buscaba. Construyó un imperio cuyas comunicaciones alcanzaban todo lo que hay bajo el Arco...

—Anillo. Es un Anillo —dijo Oboe.

—Cronos extendió su programa de procreación diseminándolo por un área demasiado vasta para ser descrita. Los Amos de la Noche debéis ser decenas de miles de millones. Y todos de una misma especie, mientras que los vampiros no lo son. Él os formó para que fuérais protectores ideales.

—Imagino algunas mejoras posibles —dijo Oboe.

—Seguramente. Bram es un protector de la especie los vampiros. Tenemos grabaciones de Bram en mejor estado, ya las verás. Tú eres claramente superior. Tu cerebro es más grande. Más versátil. Menos reflejos, más alternativas. ¿Qué opinas, Bram?

—Él me ha vencido —dijo el vampiro—. Ya era inteligente como criador, por ello es más inteligente ahora. Pero Luis, él no sabe nada. Estamos amenazados por las invasiones. ¡Estáis obligados a entrenarle!

—Lo sé, Bram...

—Hayáis o no violado el contrato, habéis de entrenarlo. Oboe, confía en su intención, pero duda de su juicio. Aprende del Morador de la Red, pero no confíes en él hasta que cierre contigo un contrato.

— ¿Es mi turno, ahora? —preguntó Luis.

—Habla.

—Oboe, los protectores producen inmensos daños cuando luchan entre sí. Bram y su pareja solucionaron un problema, y hoy por hoy, los protectores a cargo del Borde del Anillo son de una especie local de las montañas derramadas. Los necesitamos allí. Te mostraré el porqué cuando podamos —ese aroma...— volver a la nave —es del Árbol de la Vida...—. Sácame de aquí ahora, Oboe. ¡No puedo quedarme aquí!

—Luis Wu, tú eres muy joven para responder al aroma de las raíces. Incluso aquí es apenas...

— ¡Soy demasiado viejo! ¡La raíz me mataría! —Luis rodó sobre sus rodillas; no podía mover su brazo derecho—. La última vez que olí esto pude a duras penas mantenerme cuerdo...

Con ayuda de Acólito se puso de pie, trastabillando hacia el disco pedestre.

Había vencido la adicción al cable una vez. El Árbol de la Vida había abrumado su mente por un momento, pero lo había vencido también. Sin embargo, debió haber sido mucho más fuerte diez años antes. Sólo un cableta en vías de curación podría haber superado eso.

Una mano como una bolsa de nueces lo tomó por la muñeca.

—Luis Wu, lo escuché lanzar tres acordes, y lo seguí cada vez. Uno lleva a unas trampas y a un escondrijo con armas, otro a una caída desde el techo, y el tercero nos llevó a un lugar donde peleamos. Había allí una gran plantación de Árbol de la Vida, y un sol artificial...

Luis comenzó a reír en forma histérica. El olor del Árbol de la Vida estaba incrustado en su mente, y el único camino de salida llevaba al sitio donde habían peleado con Teela Brown...

Oboe lo miró.

—Eres viejo, pero algo te ha sido hecho.

Bram también intentó reír, pero sonó horrible.

—Vi los archivos. Nanotecnología. Un experimento robado a la Tierra, luego robado otra vez, y vendido por un ladrón a Productos Generales, en un planeta llamado Fafnir. Eso es el autodoc del titerote, Luis —su garganta no estaba preparada para ello, y sus pulmones colapsaban, pero estaba riendo—. Tienes ochenta falans, Luis, noventa a lo sumo. Nada más. Recuerda lo que te digo.

Oboe y Acólito miraban a Luis.

El olor estaba en su nariz, pero no lo jalaba con suficiente fuerza. Su mente aún le pertenecía. Pero eso significaba...

—Yo estaba en muy mala condición —les dijo—. El autodoc debe haberme curado a conciencia. Quizá haya cambiado todo. Cada célula...

Bram tenía razón. Veinte años, veinticinco como mucho.

—Puedes hacerte protector —dijo Oboe.

—Es una posibilidad —respondió Luis.

Bram había muerto. Tal vez un protector podía hacer detener su propio corazón. Sus últimas palabras habían sido sospechosamente apropiadas.

—Es sólo una posibilidad —repitió. Sus fuerzas desfallecían.

—Estás enfermo —dijo Oboe.

El kzin lo ayudó a acostarse en el suelo. Las manos nudosas de Oboe lo tantearon. El botiquín portable no había solucionado gran cosa. Algunos músculos, el mesenterio, el tendón de la corva. Su hombro estaba inflamado, y las cinco heridas sangraban levemente. El brazo izquierdo de Oboe estaba peor, totalmente hinchado y colgando inmóvil, pero el protector hizo caso omiso.

—No conozco tu especie. No creo que puedas caminar, y muy pronto tendrás fiebre. ¿Cómo te curas normalmente, Luis?

—Regrésame a la nave... dentro del autodoc. Cura lo que sea.

Oboe se fue, llevándose al kzin con él. Volvieron al poco rato; alzaron a Luis y lo depositaron sobre algo plano. Luego sintió que lo separaban del suelo.

¿El protector Chacal había inventado la camilla? No, había ido en busca de una plataforma de carga, y cuerdas para tirar de ella.

—Esto te llevará. Abre la puerta mágica.

—Yo no puedo silbar en el lenguaje de las puertas...

— ¿Estamos atrapados aquí?

—No necesariamente...

Lo hicieron descender.

—Luis —dijo Oboe—, ¿qué debo hacer para hallar a mi hijo?

* Buena parte de esta historia se relata en la novela *Colisionte*. En inglés, *Crashlander*. (N. del Tr.)

—Oh, nej... Había olvidado a Flarpa completamente. ¿Podrá quedarse con los Tejedores? ¿Tiene parientes en el área?

—Había otros Nocturnos con nosotros cuando yo pasé a través de la puerta mágica; quizá lo hayan llevado con su madre. Pero mi temor es que tal vez me haya seguido...

—Oh, no... No, espera: lo hubieras olido al llegar. Conocer por el aroma a tu línea genética está construido en tu cerebro. Oboe, él me conoce. Envíame a él en tu lugar. No vayas tú.

—Lo aterrorizaría. Luis, ¿puedo intentar buscar la combinación de sonidos?

— ¿Y cómo la probarás? Bram ha puesto trampas. Oboe, no necesitamos los discos pedestres. Hube de guiarnos a la Aguja antes, a pie, sin la ayuda del Inferior. Incluso hube de cavar un túnel, que está allí todavía.

— ¿Cuánto nos llevará llegar?

—Algunos días. Tendréis que remolcarme. Necesitaremos comida y agua...

—Hay agua en la plantación del Árbol de la Vida—dijo Oboe—. En cuanto a comida... —ambos se movieron hacia el cadáver de Bram—. Me enseñaron que nadie querría verme comer...

—Aún no es carroña —dijo Acólito.

—Mi amigo, pocos hay que discutan la comida de los Amos de la Noche, pero veo que estás interesado. Podemos comer a los muertos recientes, e incluso a veces los preferimos, pero algunos son muy duros al principio, y éste era un protector... Podemos cargarlo en otro plato, y arrastrarlo detrás de Luis, si conseguimos una cuerda más larga.

—Estoy hambriento ahora, Oboe. Espero no ofenderte si como en tu presencia.

—Toma lo que necesites.

Luis prefirió no mirar lo que venía ahora, pero no pudo evitar sonreír. Los sonidos le contaron lo que no veía. Un cachorro kzin debe pelear por su comida. Ahora Acólito intentaba retorcer y desgarrar su porción duramente ganada. Pronto utilizó su wtzai — ¡chak! ¡chak!— y se retiró con lo que hubo conseguido.

Oboe se acercó, sentándose con las piernas cruzadas frente a Luis.

—Los hábitos de los jóvenes son difíciles de quebrar. ¿Me escuchará Acólito después de esto?

—Es un buen comienzo.

—Hay comida para ti también, Luis. No veo riesgos en que comas las raíces hervidas del árbol de la Vida.

El pensamiento lo sobresaltó, pero lo pensó mejor.

—Son parecidas a las batatas y los ñames. Las asaremos.

— ¿Qué significa eso?

—Harás un fuego, y cuando hayan terminado las llamas y ya no estén tan calientes las brasas pondrás las raíces sobre ellas.

—Encontraremos algo para hacer fuego en la plantación —Oboe alzó la voz, para hacerse oír entre los sonidos de dientes raspando y los gruñidos de rabia del kzin, que aún intentaba conseguir algo de la presa tomada al protector—. Acólito, hay presas en la granja. Animales pequeños y rápidos. No creo que nadie excepto un protector del Pueblo de la Noche pueda comerse a Bram, y ni siquiera hoy.

— ¡Bien, déjame cazar, entonces!

—Me necesitarás para regresar.

Oboe hizo sonar el código en la flauta de Bram, y ambos se fueron.

El Chacal regresó con los brazos llenos de raíces amarillentas.

—Acólito se quedó cazando. Preparé el disco para que pudiera regresar cuando quisiera —colocó las raíces entre las brasas—. ¿Cómo quieres tu agua?

—Limpia. No importa mucho la temperatura.

— ¿Puede ser fría?

—Seguro.

Oboe volvió, esta vez con un bloque de hielo.

—Es más sencillo que estar buscando un recipiente.

— ¿Dónde has conseguido eso?

—Varios kilómetros por arriba de nosotros, donde el aire es tenue y frío —mojó un trapo con el agua que chorreaba del hielo y lo puso alrededor del cuello de Luis—. ¿Cuánto tiempo he de dejar aquello en las brasas?

—Una hora —dijo Luis, y le enseñó el cronómetro insertado en la piel del dorso de su mano—. Entrega el horario de las mareas, también, aunque no es de mucho uso aquí. Eso lo convierte en calculadora. Eso es un juego; has de mover los números alrededor como... Nej, eres rápido.

Acólito regresó, las fauces sangrantes, llevando en su mano algo que chorreaba rojo. Se puso a trabajar con el wtsai.

—Estuve buscando alguna presa conocida del mapa de la Tierra. Ninguna era exactamente igual, pero ésta es bastante parecida a un conejo, ¿no crees? —limpió la bestezuela, la despellejó y la abrió a la rana. Luego la perchó con la lanza sobre las brasas.

—La has pasado bien, ¿verdad? —dijo Luis.

Acólito lo consideró.

—Sí. Pero no he sido herido, lamentablemente.

La frente de Acólito estaba hinchada por el golpe de Bram, y la pelambre anaranjada empapada de sangre.

—Todos hemos sido heridos, pero los vencedores no han de prestar atención a eso. Acólito, cuéntanos una historia.

—Tú primero. Has luchado contra el protector afortunado, Teela Brown.

—No estoy muy orgulloso de eso. Déjame narrarte cómo cociné un mar.

Lo hizo. Luego Acólito narró la historia de su padre: el arribo al mapa de la Tierra con un bote de asalto kzinti y herramientas de los titerotes. La guerra. Aliados y enemigos, las muertes, los aparejamientos arreglados para crear alianzas. La educación de las mujeres en el habla kzinti.

Chmeee había engendrado tres hijos durante su corta permanencia en el mapa de Kzin. Kathakt, un señor local, había accedido a criarlos. Apenas pudo, Chmeee rescató a su hijo mayor del dominio de Kathakt —en forma amigable— y lo llevó al mapa de la Tierra. Acólito conoció a los humanos a la edad de doce falans.

El hijo mayor y heredero de un Señor kzinti ha de entrenar duro. Aliados y enemigos, a quién vigilar, en quién confiar, cómo dirigirse a las posibles parejas... Nunca hablar con embajadoras hembras; ellas pueden sacarte los secretos más...

—Parece muy aburrido —dijo Oboe.

—Sí, todo me fastidiaba cada vez más —dijo Acólito—, hasta que un día protesté. Reté a mi padre y luché con él. Me batió, pero no me mató. Desde entonces he sido herido, he pasado hambre, he sido esclavizado por un protector... Pero, al menos, toda esa diplomacia del flup ha quedado fuera de mi vida. Ahora cuéntanos algo tú, Oboe.

—Os lo cantaré. Luego dormiremos, y al despertar Luis Wu nos guiará a un lugar seguro.

El Chacal cantó acerca de una cosa mágica envuelta en llamas, que fue abandonada por Luis Wu, el que había evaporado un mar. Cinco Amos de la Noche, enfrentando grandes riesgos, habían desmontado una puerta mágica. No sabían adónde conducía, ni la podían hacer funcionar.

Pero una noche, Campanilla hubo desaparecido.

Los demás prometieron cuidar de Flarpa, y Oboe cruzó solo la puerta mágica para rescatarla. De pronto, un aroma tironeó de él hacia lo que sólo pudo definir como la promesa del Paraíso.

Despertó en el jardín del Árbol de la Vida. La hembra Nocturna yacía muerta en el suelo, a su lado. Campanilla era demasiado vieja para cambiar exitosamente.

Exploró. Encontró el salón de defensa contra los meteoros y el telescopio. Creó una física para explicarse qué era lo que estaba viendo. Lo discutió un rato con Luis, mientras Acólito prestaba oídos. Oboe no sólo había deducido la existencia de mundos y planetas, sino hasta la de los agujeros negros. Incluso había adivinado la existencia y naturaleza de los otros protectores.

— ¿Y qué has comido? —preguntó el kzin—. ¿Conejos muertos?

—Bien, me comí a Campanilla, por supuesto, pero no he estado despierto tanto tiempo como para sentir verdadero hambre.

Luis intentó hablar acerca de lo que el protector tenía que saber inmediatamente. Las naves invasoras: era tiempo de hacer prisioneros, para averiguar sus planes. El Patriarca Oculto y su tripulación: tenía que haber Ingenieros de las Ciudades por muchos sitios; debía ser sencillo encontrarlos, y los niños de Harka y Kawa necesitarían pareja dentro de no mucho tiempo. El Morador de la Red...

—Un contrato es una promesa sin ambigüedades, ¿verdad, Luis? Pero ¿cómo puedo conseguir tal cosa del Morador de la Red?

—Mediante el miedo, dado que suele temer con facilidad —acotó el kzin.

—Es más seguro si tú tienes algo que él necesita —propuso Luis—. Oye, ¿qué te parece si le ofreces el motor número cuatrocientos uno?

Su cena ya estaba lista por entonces. Siguió explicando mientras comía. Estatorreactores Bussard, motor de actitud, fusión de hidrógeno. Oboe ya había supuesto la ley de acción y reacción y la inestabilidad intrínseca del Anillo.

—Los montantes son cuatrocientos. Cuando arméis el motor cuatrocientos uno, podremos colocar la Aguja Candente de la cuestión en el eje. Es un fuselaje de Productos Generales; la radiación no puede dañarlo. A velocidad sublumínica, le tomará al Inferior unos mil años alcanzar la Flota de Mundos...

Acólito se alejó ante el tufo a política.

—No creo que el Inferior se moleste por ello —comentó Luis—. Los Conservadores tienen el poder de la Flota de Mundos. Nada habrá cambiado. Incluso puede que deseen su regreso. De todas formas, es algo que puedes ofrecerle.

—Le agradan los juegos de poder, ¿eh?

—Así es.

—Bien, lo dejaremos jugar. Si consigue más poder, le ofreceremos el número doscientos. Es claro que no lo necesitaremos mucho. ¡Acólito! ¿No te has preguntado el porqué sigues vivo?

El kzin regresó. Oboe cantó su hallazgo del esqueleto y las armas de Cronos. Las pistas le condujeron a pensar que había sido desafiado. Eligió su escondite y esperó.

Una forma monstruosa de color naranja apareció, de repente, de ninguna parte. Oboe lo acechó, pero no detectó peligro en él.

—Debe ser porque mi especie no creció intimidada por la tuya. No relacioné tu olor con el peligro.

Acólito reflexionó sobre ello en silencio.

—Pero entonces supe que mi enemigo usaría a otros como cebo. Por eso, cuando dos homínidos aparecieron y uno hizo al otro volar...

El Inferior apareció.

Lanzó un alarido como un piano de cola al romperse de un mazazo, y se fue al instante, pero Oboe fue más rápido. Pasó a través del disco con Acólito pisándole los talones, mientras Luis gritaba:

— ¡No! ¡Podéis salir en el monte Olimpo...! —consiguió alzarse sobre sus pies, pero ya se habían ido—. ¡Malditos idiotas!

Se arrastró hacia el disco y pasó, de todos modos.

Oboe se plantaba en alguna extraña pose defensiva, ondulando. Acólito se hallaba peligrosamente cerca de él, intentando tranquilizarlo. El protector ignoró al kzin.

—Quiero hablar con vuestro líder —dijo con firmeza.

Miles de criaturas de tres patas y dos cabezas lo observaban tras la pared de proa.

—Su título correcto es Ser Último —dijo uno de ellos—. Yo soy el Ser último.

—Has de enseñarme.

El bloque de granito había sido apartado.

Luis renqueó, poniéndose por delante de ellos. El dolor de su hombro lo hizo hablar con cierta furia:

—Ahora dime, ¿cómo has logrado quitarlo?

—Apoyé mis piernas delanteras contra la pared, y empujé con la trasera. Bram supo en sí mismo qué tan fuerte es mi cox; debería haberse dado cuenta de que podría hacerlo.

—Afortunados de nosotros...

— ¿Dónde está Bram?

—Ha muerto por nuestras manos. Oboe, las ayudas de aprendizaje de que te he hablado están aquí, a bordo de la Aguja. Especialmente esas imágenes. Han sido tomadas por telarañas de bronce, iguales a las que has visto en el acantilado sobre la villa de los Tejedores.

—Seguiré el consejo de Bram. Morador de la Red, necesito que me adiestres. No confiaré en ti hasta que tengamos un contrato.

—Imprimiré para ti el contrato de servicio estándar de mi especie.

—Sólo para mi diversión, supongo. Luis, mi hijo necesita—. Oboe echó otra mirada—. Tú, métete en el autodoc ahora. ¿Es aquello que está ahí?

Acólito estaba alzándolo en sus brazos.

Ya dentro de la gran caja, Luis vio que Oboe examinaba la pantalla con gesto dudoso.

— ¿Cuánto tiempo necesitará? —preguntó.

—Tres días, quizá menos —respondió el titerote.

Luis habló de prisa.

—Nadie firmará nada hasta que yo esté de pie nuevamente, ¿me oís? Inferior, no tengo idea de cómo alimentar a un Nocturno. Prueba con carne de res pasada. También prueba con el queso. Oboe, confío en que no destruirás la última nave de carga de la Brazo, a menos que haga algo muy preocupante.

— ¿Quieres conservarla pensando en una posible pareja?

—Nej... no había pensado en ello, pero parece lógico. Bien, ahora los protectores puntoaltinos dominan el Borde, y seguramente estarán aterrorizados. Habla con ellos a través de esa ventana, la que muestra el cielo negro y las grandes instalaciones... Los Amos de la Noche robaron esa cámara de un nido de vampiros, acarreándola por trescientos mil kilómetros a lo largo y más de tres kilómetros hacia lo alto...

—Los espejos nos han hablado de ello —dijo Oboe.

—Diles a los protectores montes que están a cargo del Borde. Dales a entender eso.

Acólito ya cerraba la tapa del ataúd. De repente, Luis lanzó una carcajada.

— ¿Qué sucede? ¿Has recordado alguna cosa?

Había escuchado la voz de Luis Wu diciéndole a una cara de piel roja y desnuda:

—Nos gustaría hablar con un protector, por favor. Queremos proponerle un contrato.

La tapa se cerró, y al fin pudo descansar.

FIN

ÍNDICE

Prólogo – El mapa del monte Santa Elena

Primera parte – El Nido de Sombras

- 1 – Guerra de aromas
- 2 – Recuperación
- 3 – Amenaza de tormenta
- 4 – El Pueblo de la Noche
- 5 – El Morador de la Red
- 6 – El paso del Corredor
- 7 – El alma en pena
- 8 – Por no ser Warvia
- 9 – Caras conocidas
- 10 – La Escalera
- 11 – El guardia
- 12 – Destetando vampiros
- 13 – La ley de Sawur
- 14 – Invasión
- 15 – Energía
- 16 – Red de espías
- 17 – Guerra a la oscuridad
- 18 – Costos y planes

Segunda parte – Bailo tan rápido como puedo

- 19 – El hombre nudoso
- 20 – La historia de Bram
- 21 – Lecciones de física
- 22 – La red
- 23 – Lecciones de velocidad
- 24 – Esos huesos
- 25 – Opción por defecto
- 26 – El astillero
- 27 – Lovecraft
- 28 – El Pasaje
- 29 – El Minero
- 30 – El Rey
- 31 – El trono de Mundo Anillo

Glosario

Parámetros del Mundo Anillo

Lista de personajes

GLOSARIO

Antigiro: dirección opuesta al sentido de rotación del Anillo.

Arco: el Mundo Anillo, según se ve desde la superficie. La mayoría de los nativos considera su mundo como una superficie plana coronada por un inmenso y estrecho arco parabólico, con el sol suspendido de él.

Babor: mirando hacia giro, dirección que queda a la izquierda.

Brazo: anteriormente, la Brigada Amalgamada Zonal; actualmente, la milicia de las Naciones Unidas. Su jurisdicción se limita al sistema Tierra-Luna.

Cabina de carga: el recinto cerrado hecho de fundición montado a bordo de un crucero.

Cableta: adicto a la corriente. Se utiliza un mecanismo llamado contactor o tasp, que se enchufa en la nuca (previamente insertado un electrodo por cirugía) y administra una determinada cantidad de electricidad al centro de placer del cerebro.

Cámara red: artefacto multisensor de tecnología titerote, que simula una telaraña de bronce muy poco visible.

Centro de Reparaciones: antiguo centro de mantenimiento y control del Mundo Anillo, oculto debajo del mapa de Marte, en el Gran Océano.

Crucero: vehículo diseñado y construido por el Pueblo de la Máquina, propulsado por alcohol.

Cziltang brone: supuesto mecanismo que permitía que los objetos sólidos atravesaran el scrith.

Día de marcha: unidad de distancia. Su longitud varía según la especie, pero usualmente significa una marcha constante a lo largo de un día. Para el Pueblo de la Máquina representa unos quince kilómetros. Para los Gigantes hervíboros algo menos, pero pueden mantener la marcha por más tiempo. Los Recolectores pueden cubrir un día y medio de marcha de los de la Máquina en un par de horas.

Disco pedestre: sistema teleportador abierto, de diseño y factura titerote. Otras razas del espacio conocido poseen sistemas menos perfeccionados que requieren el uso de recintos cerrados, llamados cabinas de transferencia.

Espacio conocido: La región del espacio mapeada y conocida por la humanidad, ya sea por propia exploración o de otras especies.

Etribor: mirando hacia giro, dirección que queda a la derecha.

Fideo: planta común en el Mundo Anillo. De obvia descripción, crece en las áreas húmedas o inundables.

Flota de Mundos: el mundo natal de los titerotes, acompañado por otros cuatro planetas más formando una roseta de Klemperer, moviéndose en ruta hacia las Nubes de Magallanes.

Flup: cieno del fondo marino. Por extensión, mierda.

Giro: sentido de la rotación del Mundo anillo.

Hiperimpulsor: un motor para navegar más rápido que la velocidad de la luz, común en el espacio conocido.

Montañas derramadas: montañas que se apoyan sobre los muros perimetrales del Mundo anillo, formadas por los desagües que se encuentran en lo alto del Muro. Son una de las fases de recirculación del flup, y tienen su propia ecología.

Nej: abreviatura de «no es justo», utilizada como interjección.

Patriarcado: el imperio kzinti.

Propulsor: motor sin reacción. En el espacio conocido, los propulsores han reemplazado a los motores de fusión en todas las naves espaciales, salvo las militares.

Raíz acodada: planta común del Mundo anillo, usada como cercado natural.

Rishathra (reshtra): práctica sexual interespecies, aunque siempre dentro de los homínidos. Es una costumbre propia del Mundo Anillo.

Scrith: el material estructural del Mundo Anillo. El scrith forma todo el subsuelo, y sobre él se asienta la superficie interior terraformada, de tierra y rocas. Está esculpido para formar los accidentes geográficos, y su espesor es prácticamente constante. Las paredes del Borde también son de scrith. Es muy denso, y tiene una resistencia mecánica del orden de las fuerzas de cohesión del núcleo atómico.

Vishnishti, vashnesht: mago, nombre dado a los protectores.

PARÁMETROS DEL MUNDO ANILLO

30 horas = 1 día del Mundo Anillo.

1 revolución = 7,5 días = 1 rotación del Mundo Anillo

1 falan = 10 revoluciones = 75 días

Masa = 2×10^{24} toneladas

Radio = $1,5915 \times 10^8$ km.

Circunferencia = 1×10^9 km.

Width = $1,6 \times 10^6$ km.

Superficie = 3×10^6 veces la de la Tierra (aprox.)

Gravedad superficial = $9,73 \text{ m/s} = 0,992 \text{ G}$

Altura del Muro: 1600 km.

Repair Center = 65 km de alto por $1,45 \times 10^8 \text{ km}^2 = 9,4 \times 10^9 \text{ km}^3$ Superficie del Gran Océano = 600 veces la de la Tierra Astro central: G3 próximo a G2, algo más frío y pequeño que el Sol.

PERSONAJES

PUEBLO DE LA MÁQUINA Valavirgillin (Vala, "Jefa") – Líder de la caravana. Representa al grupo de Comerciantes.

Oteadores. Foranayeedli (Forn) – hija adolescente de Barok. Tripulante de Kaywerbrimmis. Sabarokaresh (Barok) – macho de gran fuerza. Tripulante de Kaywerbrimmis. Kaywerbrimmis (Kay) – conductor del crucero de Valavirgillin. Anthrantillin (Anth) – conductor. Taratarafasht (Tarfa) -- hembra, Tripulante de Anth Whandernohttee (Whand) -- conductor Chitakumishad (Chit) – macho. Tripulante de Whandernohttee Sopashintay (Spash) – hembra. Tripulante de Whandernohttee Himapertharee (Himp) – macho. Tripulante de Anthrantillin Tarablliliast (Tarb) – pareja de Valavirgillin, a cargo de sus hijos, lejos a estribor.

GIGANTES HERBÍVOROS Paroom – macho centinela Thurl – El Toro, macho alfa Moonwa – hembra, primera esposa del Thurl Beedj – macho, probable heredero del Thurl Tarun – macho Wemb – hembra Makee – macho, hijo de Wemb Heerst -- macho Twuk – hembra de baja estatura

RECOLECTORES Perilack – hembra Silack – macho beta Manack – macho alfa Coriack – hembra

PASTORES ROJOS Tegger hooki-Thandarthal – macho, embajador Warvia hooki-Murf Thandarthal – hembra, embajadora Anakrin hooki-Whanhurhur – macho, mensajero Chaychind hooki-Karashk – macho, mensajero

PUEBLO DEL RÍO Wurblychoog – hembra Borubble – macho Rooballabl – macho, habla la lengua del comercio Fudghabladi – macho anciano y sabio

GENTE DE LA ESFERA Luis Wu El Ser Último /El Inferior / El Morador de la Red Chmeee

INGENIEROS DE LAS CIUDADES Harkabeeparolyn (Harka) – hembra adulta, bibliotecaria Kawaresksenjajok (Kawa) – macho joven, antiguo estudiante

PUEBLO DE LOS TEJEDORES Parald – macho adolescente Strill – hembra joven Sawur – hembra mayor Kidada – macho mayor

PESCADORES Shans Serpentstrangler Hishthare Rockdiver

NAVEGANTE Wheek

AMOS DE LA NOCHE / CHACALES / NOCTURNOS Arpista – macho, embajador Travesera – hembra, embajadora Flarpa – macho, hijo adolescente de Oboe Oboe – macho adulto, padre de Flarpa. Vigilador de la villa de los Tejedores

KZINTI Acólito – hijo mayor de Chmeee Kathakt – un señor del mapa de Kzin

PUEBLO DE PUNTO ALTO Saron – hembra anciana Deb – hembra adulta Skripu – ave de rapiña, perteneciente a Deb Harrid – hijo menor de Deb Barrey – hijo mayor de Deb Jennawil – hembra joven, pareja de Barrey

PROTECTORES Cronos – antiguo rey del Anillo Bram – especie de los vampiros, originalmente macho Anne – especie de los vampiros, originalmente hembra

Lovecraft – encargado de la construcción de los motores Collier – encargado del Pasaje King – Amo del Borde y el Muro ...y otros, innominados.

CITADOS Nessus – titerote, comandante de la primer expedición al Anillo Halrloprillalar (Prill) – hembra de los Ingenieros de las Ciudades, encontrada en la primera expedición. Teela Brown – humana, luego transformada en protector

Ginjerofer – antigua líder de los Pastores Rojos, encontrada por la primera expedición